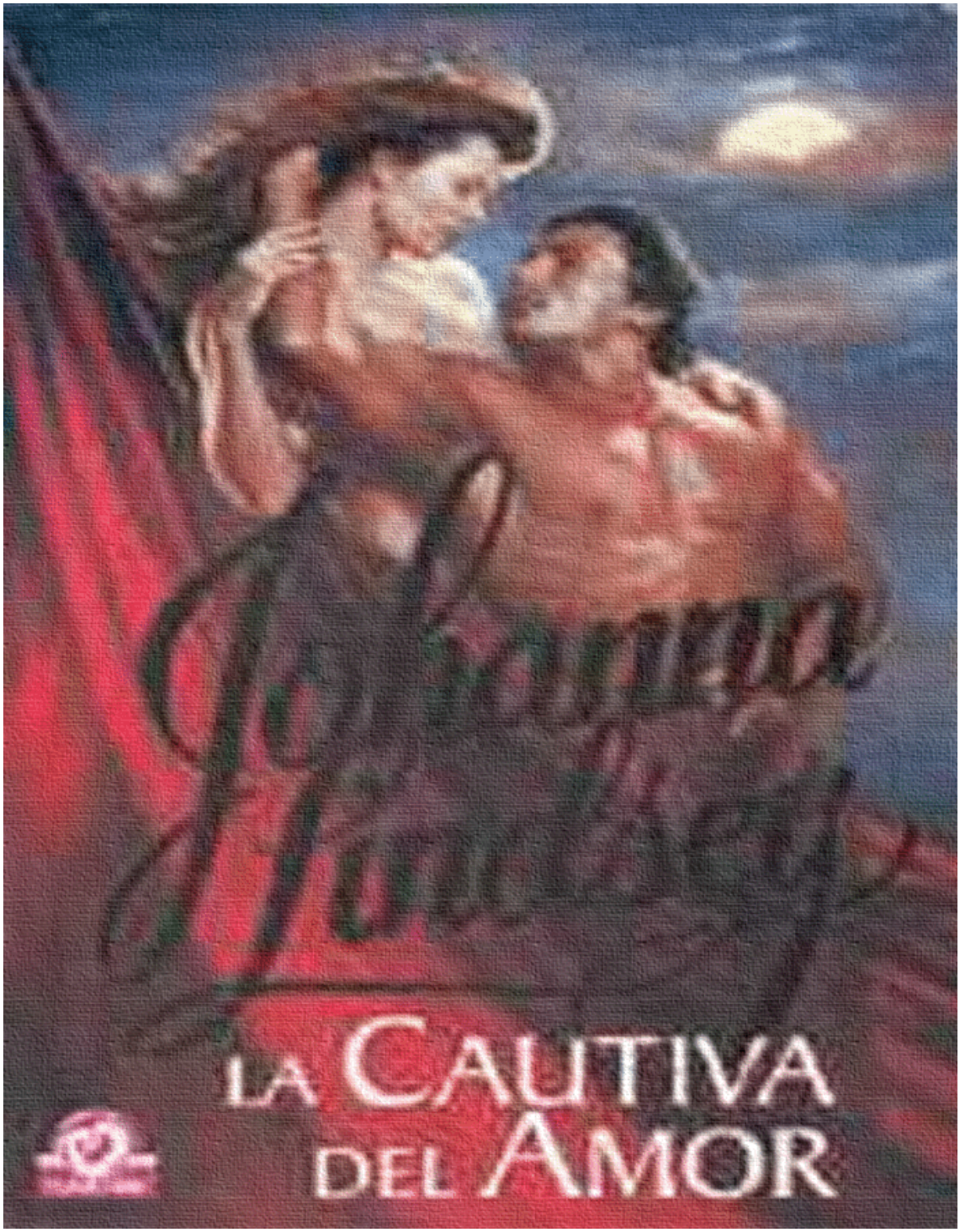
LA CAUTIVA DEL AMOR
JOHANNA LINDSEY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

No estaba mal aquel sitio que sería testigo de su venta al mejor postor. Era un lugar limpio, elegantemente decorado. El vestíbulo adonde la habían hecho pasar en primer lugar podría haber pertenecido a la casa familiar de cualquiera de sus amigos. Era una residencia lujosa, situada en uno de los mejores barrios de Londres y conocida por el eufemístico nombre de Casa de Eros. Un antro de perdición.

Kelsey Langton todavía no podía creer que estuviera allí. Desde que había atravesado el umbral, sentía un nudo de temor y angustia en el estómago. Sin embargo, había entrado en la casa por voluntad propia. Nadie la había llevado a rastras mientras ella chillaba y pataleaba.

Lo increíble era precisamente que no la habían forzado a acudir; había accedido a hacerlo... o al menos había aceptado que era la única alternativa. Su familia necesitaba dinero -y mucho- para evitar que la pusieran de patitas en la calle.

Si al menos hubiera tenido tiempo de hacer planes. Incluso una boda con un desconocido habría sido preferible. Pero tío Elliott tenía razón cuando decía que ningún caballero con la fortuna necesaria para ayudar los habría considerado una boda en tan poco tiempo, aún si fuera posible obtener una licencia especial. El matrimonio era un paso demasiado importante para aventurarse a él sin pensárselo con detenimiento.

Pero aquello... Bueno, era bastante común que los caballeros compraran amantes por impulso, incluso a sabiendas de que resultarían tanto o más caras que una esposa. La gran diferencia era que una amante podía abandonarse con la misma facilidad con que se había comprado, sin necesidad de afrontar los largos trámites o el escándalo propios de un divorcio.

Kelsey pronto sería la amante de un hombre. No su esposa. No es que conociera a ningún hombre con quien hubiera podido casarse, y mucho menos alguien con la solvencia necesaria para pagar las deudas de tío Elliott.

Antes de la tragedia, en Kettering -la tierra donde se había criado- la habían cortejado varios jóvenes, pero el único que tenía fortuna se había casado con una prima lejana.

Todo había ocurrido rápidamente. La noche anterior había entrado en la cocina, como acostumbraba hacer, para calentar un poco de leche que la ayudara a dormir. Desde que ella y su hermana habían ido a vivir con tía Elizabeth, Kelsey tenía dificultades para conciliar el sueño.

El insomnio no guardaba relación alguna con la mudanza a una casa y una ciudad nuevas, y tampoco con tía Elizabeth. Su tía, la única hermana de su madre, era una mujer maravillosa y quería a sus dos sobrinas como si fueran sus propias hijas. Las había recibido con los brazos abiertos, brindándoles el apoyo que tanto habían necesitado después de la tragedia.

Tía Elizabeth le había recomendado que tomara leche caliente varios meses antes, tras reparar en las ojeras debajo de los ojos grises de Kelsey y preguntarle delicadamente por su causa. Y la leche ayudaba... casi todas las noches. Se había convertido en un rito nocturno. La mayoría de las noches Kelsey no molestaba a nadie, pues a esas horas la cocina estaba vacía. Salvo la noche anterior...

La noche anterior, tío Elliott estaba allí, sentado a una de las mesas. Frente a él había una botella de licor. Kelsey nunca lo había visto beber más que el ocasional vaso de vino que tía Elizabeth le permitía tomar con la cena.

Elizabeth no veía con buenos ojos el alcohol, así que no guardaba licores en la casa. Pero dondequiera que Elliot hubiera obtenido la botella, lo cierto es que ya estaba medio vacía. Y el efecto que había producido en él era sorprendente. Su tío estaba llorando. Con la cabeza cogida entre las manos, emitía silenciosos sollozos, sus hombros se sacudían

penosamente y las lágrimas goteaban en la mesa. Kelsey creyó entender por qué su tía se negaba a tener bebidas en la casa...

Pero pronto descubriría que la congoja de Elliott no se debía al alcohol. No; estaba sentado de espaldas a la puerta, convencido de que nadie lo molestaría mientras pensaba en la posibilidad de quitarse la vida.

¿Habría tenido el valor de hacerlo si ella hubiera optado por marcharse en silencio de la cocina? La joven se había hecho esa pregunta muchas veces desde aquel momento. Nunca lo había visto como un hombre valiente; sólo como un individuo sociable y habitualmente jovial. Y al fin y al cabo, la presencia de Kelsey le había permitido entrever una solución a sus problemas, una solución que quizá no hubiera considerado antes, que ella, desde luego, jamás habría imaginado.

Kelsey se había limitado a preguntar:

-¿Qué pasa, tío Elliott?

El se había vuelto bruscamente, la había visto vestida con el camisón de cuello alto y la bata, llevando en las manos la lámpara que solía utilizar en sus incursiones nocturnas a la planta baja. Por un momento pareció sobresaltarse. Pero luego volvió a esconder la cara entre las manos y murmuró algo ininteligible. Kelsey le pidió que lo repitiera.

Elliott levantó la cabeza apenas un instante para decir:

-Vete, Kelsey. No quiero que me veas así.

-No te preocupes -dijo ella con dulzura-. Aunque quizá debería llamar a tía Elizabeth.

-¡No! -exclamó él con suficiente énfasis para asustarla. Luego, más sereno aunque todavía acongojado, había añadido-: No le gusta que beba y... no sabe nada.

-¿No sabe que bebes?

Su tío no respondió de inmediato, pero Kelsey dio por sentado que se trataba de eso. Toda la familia sabía que Elliott haría cualquier cosa para evitar un disgusto a Elizabeth, incluso si el disgusto en cuestión era responsabilidad suya.

Elliott era un hombre corpulento, de rasgos angulosos y una cabellera que, ahora que se acercaba a los cincuenta, estaba prácticamente gris. Nunca había sido apuesto, ni siquiera cuando era joven, pero a pesar de ello Elizabeth, la más bonita de las dos hermanas -y todavía hermosa a sus cuarenta y dos años-, se había casado con él. Kelsey sabía que seguía amándolo.

En sus veinticuatro años de matrimonio no habían tenido hijos, de ahí quizá el gran afecto que Elizabeth sentía por sus sobrinas. En cierta ocasión su madre había comentado a su padre que no había sido porque no lo intentaran; sencillamente, no estaba escrito.

Se suponía que Kelsey no debía oír comentarios semejantes, pero en aquella ocasión su madre no se había percatado de que ella estaba cerca. Así, a lo largo de los años, se había enterado de otras cosas; por ejemplo, de que su madre no entendía por qué Elizabeth se había casado con Elliott, un hombre sin aspiraciones ni fortuna, cuando habría podido elegir entre tantos pretendientes apuestos y ricos. Elliott era un vulgar comerciante.

Pero todo aquello era asunto de Elizabeth, y hasta era posible que la poca fortuna de Elliott hubiera influido en la decisión de su tía... o no. Su madre solía decir que no había forma de entender los extraños designios del amor, que nunca se había regido ni se regiría por las leyes de la lógica ni de la voluntad.

-No sabe que estamos arruinados.

Kelsey parpadeó, sorprendida, pues había pasado mucho tiempo desde que había hecho la pregunta, y sin duda no esperaba esa respuesta. No podía creer lo que había oído. La afición de Elliott a la bebida no podía ser la causa de su ruina, sobre todo cuando tantos caballeros -e incluso señoras- bebían de más en las reuniones sociales. Así que decidió animar a su tío.

-Conque has provocado un pequeño escándalo, ¿eh? -bromeó Kelsey.

-¿Un escándalo? -preguntó él, confundido-. Bueno, sí, claro que lo será. Y Elizabeth nunca me perdonará cuando nos echen de la casa.

Kelsey dio un respingo, pero una vez más llegó a una conclusión equivocada.

-¿Has perdido la casa en el juego?

-¿Cómo iba a hacer una locura semejante? ¿Crees que quiero acabar como tu padre? Aunque quizá debí haberlo hecho. Así habría tenido al menos alguna posbilidad de salvarme, mientras que ahora no tengo ninguna.

En ese punto Kelsey se sintió desconcertada, por no mencionar su vergüenza. Los antiguos pecados de su padre, junto con el recuerdo de la catástrofe que habían provocado, la avergonzaban.

Así que con las mejillas encendidas de rubor, un rubor que su tío seguramente no había notado, dijo:

-No entiendo, tío Elliott. ¿Quién va a quedarse entonces con la casa? ¿Y por qué?

Su tío volvió a ocultar la cara entre las manos, incapaz de mirarla a los ojos, y le contó en murmullos lo sucedido. Para oírlo, Kelsey tuvo que acercarse a él y soportar el fétido aliento a whisky. Cuando Elliott hubo terminado de hablar, la joven se sumió en un silencio cargado de horror.

La situación era mucho peor de lo que había imaginado y sin duda guardaba una gran semejanza con la tragedia de sus padres, aunque éstos la habían afrontado de manera diferente. Pero su tío Elliott no tenía la fuerza de carácter necesaria para aceptar el fracaso y volver a empezar.

Ocho meses antes, cuando las dos hermanas habían ido a vivir con sus tíos, Kelsey estaba demasiado ocupada llorando la muerte de sus padres para notar nada extraño. Ni siquiera se había preguntado por qué tío Elliott pasaba tanto tiempo en casa.

Ahora suponía que sus tíos no habían considerado oportuno revelar a sus sobrinas que Elliott había perdido su empleo de veintidós años, y que desde entonces estaba demasiado amargado para conservar cualquier otro. Sin embargo, habían continuado viviendo como si nada hubiera cambiado. Hasta habían aceptado alimentar dos bocas más, cuando apenas podían cubrir sus propias necesidades.

Kelsey se preguntó si tía Elizabeth estaría al tanto de la magnitud de las deudas. Elliott había vivido a crédito, cosa habitual entre las clases acomodadas, aunque también era habitual pagar a los acreedores antes de que éstos llevaran el asunto a los tribunales. Sin embargo Elliott, que no disponía de ingresos propios, ya había pedido demasiados préstamos a sus amigos para mantener a raya a los acreedores. No le quedaba nadie a quien recurrir. Y la situación era insostenible.

Pronto perdería la casa de tía Elizabeth, que había pertenecido a la familia de Kelsey durante generaciones. Elizabeth la había heredado porque era la hermana mayor, y ahora los acreedores amenazaban con arrebatársela en un plazo de tres días.

Por tal motivo Elliott estaba emborrachándose, tratando de encontrar en la botella el coraje necesario para quitarse la vida, porque no tenía valor para afrontar lo que ocurriría en los días siguientes. Tenía la responsabilidad de mantener a la familia -o al menos a su esposa- y había fracasado indignamente.

Desde luego el suicidio no era una solución. Kelsey señaló cuánto más grave sería la situación para tía Elizabeth si al inevitable desalojo se sumaba el funeral de su esposo. Kelsey y Jean ya sabían lo que era un desalojo. Aunque la vez anterior habían tenido a donde ir.

Pero ahora... Kelsey no podía permitir que volviera a ocurrir. Su hermana era su responsabilidad. Ella debía ocuparse de que Jean recibiera una buena educación, de que tuviera un techo. Y si para ello tenía que...

No recordaba bien cómo había salido el tema de su venta. Elliott mencionó que había pensado en la posibilidad de casarla con alguien de fortuna, pero que se había demorado tanto en plantearlo que ya era demasiado tarde. También había explicado por qué era demasiado tarde: un asunto tan importante requería tiempo de reflexión, no podía arreglarse en cuestión de días.

Puede que la bebida le soltara la lengua; lo cierto es que le había contado que a un amigo suyo le había ocurrido lo mismo años antes, cuando había perdido todos sus bienes, y que su hija había salvado a la familia vendiéndose a un viejo depravado que valoraba la virginidad y estaba dispuesto a pagar una fortuna por ella.

Acto seguido, Elliott confesó que había abordado a un caballero que conocía bastante bien para averiguar si estaba dispuesto a casarse con su sobrina. El hombre le había respondido que no deseaba casarse, pero que si la chica accedía, estaba dispuesto a pagar unas cuantas libras por una nueva amante.

Entonces comenzaron a hablar del papel de una amante en oposición al de una esposa. Elliott le explicó que muchos hombres de fortuna pagarían bien por una amante joven que pudieran lucir ante sus amigos, sobre todo si la chica en cuestión no había pasado antes por las manos de esos amigos, y que el precio se elevaría aún más tratándose de una virgen.

Había plantado bien la semilla, insinuando la solución sin pedir directamente a Kelsey que se sacrificara por ellos. La joven estaba escandalizada por el giro que había tomado la conversación, y desolada por los acontecimientos, pero por encima de todo le preocupaba su hermana Jean y la repercusión que podría tener todo aquello en sus posibilidades de casarse decentemente algún día.

Kelsey podía buscar un empleo, pero difícilmente encontraría uno que les permitiera vivir con dignidad, sobre todo si debía asumir la responsabilidad de mantener a toda la familia. No imaginaba a tía Elizabeth trabajando y Elliott... bueno, ya había demostrado que era incapaz de conservar un empleo mucho tiempo.

Fue la visión de su hermana mendigando por las calles la que la indujo a hacer la siguiente pregunta, aunque con un murmullo cargado de angustia.

-¿Conoces a algún hombre dispuesto a... bueno, a pagar lo suficiente, si yo accediera a ser su amante?

Elliott no pudo disimular su esperanza, su inmenso alivio, cuando respondió:

-No, no conozco a ninguno. Pero sé de un sitio en Londres, frecuentado por hombres de fortuna, un lugar donde seguramente harían una excelente oferta por ti.

Kelsey guardó silencio durante largo rato, atormentada por las dudas ante una decisión tan importante. La sospecha de que aquélla era la única solución posible le provocaba náuseas. Elliott aguardó, sudando de nervios, hasta que la joven hizo un gesto afirmativo.

Luego trató de consolarla, como si eso fuera posible.

-No será tan terrible, Kelsey, de veras. Una mujer lista puede ganar mucho dinero de este modo, el suficiente para independizarse e incluso casarse más adelante si lo desea.

No había un ápice de verdad en aquellas palabras, y ambos lo sabían. Sus posibilidades de casarse se esfumarían para siempre. El estigma de aquella acción la acompañaría el resto de su vida. Jamás volverían a aceptarla en sociedad. Pero tendría que llevar esa cruz para que su hermana tuviera el futuro que merecía.

Aún angustiada por la decisión que acababa de tomar, Kelsey sugirió:

-Dejaré que tú se lo cuentes a tía Elizabeth.

-¡No! No debe saberlo. No lo consentiría. Pero estoy seguro de que se te ocurrirá alguna excusa para justificar tu ausencia.

¿También tenía que ocuparse de eso? ¿Cuando se sentía incapaz de pensar en nada más que en el terrible paso que había aceptado dar?

Cuando por fin se marchó su tío, Kelsey estuvo a un tris de beberse el licor que quedaba en la botella. Pero entonces se le ocurrió una débil excusa. Diría a tía Elizabeth que una de sus amigas de Kettering, Anne, le había escrito para comunicarle que estaba gravemente enferma y que los médicos no le daban muchas esperanzas. Como era natural, Kelsey debía visitarla para ayudarla en la medida de sus posibilidades. Y tío Elliott se había ofrecido a acompañarla.

Elizabeth no había sospechado nada extraño, atribuyendo la palidez de Kelsey a su preocupación por el estado de Anne. Y Jean, bendita fuera, no la había atormentado con las interminables preguntas de rigor, sencillamente porque no conocía a esa amiga. Por otra

parte, Jean había madurado mucho durante el último año. La tragedia familiar había segado su infancia, quizá para siempre. Kelsey hubiera preferido que su hermana de doce años pusiera a prueba su paciencia con sus acostumbradas preguntas. Pero era evidente que Jean seguía sumida en su propio dolor.

¿Qué pasaría cuando Kelsey no regresara de su supuesta visita a Kettering? Bueno, tendría que dejar esa preocupación para más adelante. ¿Volvería a ver a su hermana y su tía? ¿Se atrevería a mirarlas a la cara cuando descubrieran la verdad? No lo sabía. Lo único que sabía en ese momento era que su vida jamás volvería a ser la misma.

2

-Vamos, querida, ha llegado la hora.

Kelsey miró al hombre alto y delgado que estaba en el umbral de la puerta. Le había dicho que lo llamara Lonny, el único nombre con que se lo habían presentado el día anterior. Era el propietario de la casa, la persona que se ocuparía de venderla al mejor postor.

Nada en su persona sugería que era un proveedor de vicio y pecado. Vestía como un señor, tenía un aspecto formal y hablaba con educación... o al menos en presencia de tío Elliott. En cuanto éste se hubo marchado, olvidó parte de su refinamiento, dejando entrever su verdadero origen. Sin embargo, continuó tratándola con amabilidad.

Le había explicado con cuidado que, puesto que iba a pagarse una suma tan importante por su persona, no tendría derecho a rescindir el contrato, como habría podido hacer una amante normal. Debían garantizar al caballero que la comprara que no había gastado su dinero en vano y que Kelsey estaría a su disposición durante el tiempo que él considerara menester.

La joven se vio forzada a asentir, aunque a sus ojos el trato la convertía prácticamente en una esclava. Tendría que estar con ese hombre tanto si le gustaba como si no, tanto si la trataba bien como si no, hasta que se cansara de mantenerla.

-¿Y si no lo hiciera? -preguntó.

-Bueno, querida, no creo que quieras saber lo que te ocurriría en tal caso -respondió Lonny con un tono que Kelsey interpretó como una amenaza a su vida.

Pero luego prosiguió con voz regañona, como si ella debiera conocer ya lo que le explicaba-. Yo garantizo personalmente mis transacciones. No puedo permitir que los caprichos de una jovencita que se arrepiente de un trato mancillen mi reputación. Si así fuera, nadie querría hacer negocios conmigo, ¿verdad?

-¿Ha organizado muchas ventas semejantes?

-Ésta será la cuarta, aunque la primera de una muchacha de tu procedencia. La mayoría de los caballeros acomodados que se encuentran en dificultades consiguen solucionarlas casando a sus hijas con hombres ricos. Es una pena que tu tío no te haya buscado un pretendiente apropiado. No me parece que tengas tipo de amante.

Kelsey no sabía si sentirse halagada u ofendida, y se limitó a responder:

-Como ya le explicó mi tío, no hubo tiempo suficiente para arreglar una boda.

-Ya, pero sigue siendo una lástima. Ahora te acompañaré a la habitación donde pasarás la noche. La subasta se celebrará mañana por la noche, de ese modo tendré tiempo de avisar a los caballeros que puedan estar interesados. Espero que una de mis chicas tenga prendas más adecuadas para ti. Ya me entiendes, una amante debe parecer una amante, no la hermana de uno. -La miró de arriba abajo con ojo crítico-. Tu traje es muy elegante, querida, pero sería más apropiado para una reunión social. A menos que hayas traído algo más conveniente...

Kelsey negó con la cabeza. Casi se sentía avergonzada de parecer una dama.

Lonny suspiró.

-Bueno, estoy seguro de que te encontraremos algo -dijo, y la guió escaleras arriba, hasta la habitación donde pasaría la noche.

Como el resto de la elegante casa, la habitación estaba elegantemente amueblada, y Kelsey tuvo la cortesía de señalarlo.

-¿Esperabas una decoración llamativa y vulgar? -Sonrió al ver que la expresión de Kelsey lo confirmaba-. Mis clientes son nobles, querida, y se muestran más dispuestos a desprenderse de su dinero si se sienten como en casa. -Rió-. Las clases bajas no pueden pagar mis precios. Ni siquiera se acercan a la puerta.

-Entiendo -dijo ella. Los hombres disfrutaban de sus placeres allí donde los encontraran, y prueba de ello era que había casas de mala reputación desperdigadas por todo Londres. Aquélla era sencillamente una de las más caras.

Antes de dejarla, Lonny repitió una vez más:

-Supongo que has entendido bien los términos de nuestro acuerdo y en qué difiere de un trato normal, ¿verdad?

-Sí.

-¿Y sabes que no recibirás retribución alguna, aparte de los regalos que decida hacerte el caballero que te compre? -Kelsey asintió, pero Lonny quería que las cosas quedaran perfectamente claras y prosiguió-: Se fijará una cantidad mínima, la que ha solicitado tu tío, y ésta irá a sus manos. Yo obtendré una comisión por cada libra que exceda de esa cantidad por haber organizado la venta. Pero tú no recibirás dinero.

Kelsey lo sabía, y rezaba por que se ofreciera mucho más de lo esperado, al menos lo suficiente para mantener a su familia hasta que tío Elliott consiguiera un empleo duradero. De lo contrario, su sacrificio sólo serviría para aplazar temporalmente el desastre. Pero de camino a Londres, su tío le había jurado que consguiría un empleo y lo conservaría aunque no estuviera a la altura de sus expectativas, que nunca volvería a hallarse en una situación similar.

Sin embargo, conociendo la magnitud de la deuda de Elliott, lo que le preocupaba, y lo que finalmente preguntó a Lonny, era:

-¿Cree que habrá alguien dispuesto a pagar tanto dinero?

-Desde luego -respondió él con absoluta confianza-. Estos nuevos ricos no tienen nada mejor en que gastar su dinero. Sus principales intereses son las mujeres, los caballos y el juego. Yo me siento orgulloso de proveer dos de estas tres aficiones, así como cualquier vicio que les apetezca, con la sola excepción del asesinato.

-¿Cualquier otro vicio?

Lonny rió.

-Ay, querida, te sorprendería saber las cosas que piden estos caballeros. Y algunas damas. Hay una condesa que viene aquí al menos dos veces al mes y me paga para que le consiga un caballero distinto cada vez que la azote con un látigo, con cuidado, desde luego, y que la trate como a una esclava. Lleva una máscara para que nadie la reconozca. De hecho, los caballeros que le envío están convencidos de que se trata de una de mis chicas. Yo estaría encantado de hacerlo yo mismo, pues es tan bonita como tú, pero no es lo que ella desea. Lo que más la excita es que conoce a todos los hombres personalmente, aunque ellos no lo saben. Alterna con ellos en las reuniones sociales, baila o juega a las cartas con ellos, sin que adviertan que está al tanto de sus más inconfesables y sórdidos vicios.

Al oír aquella historia Kelsey se ruborizó y se quedó sin habla. ¿Cómo la gente podía hacer esas cosas... y pagar a cambio? ¡Jamás habría imaginado nada semejante!

Al verla, Lonny chasqueó la lengua con expresión de disgusto.

-No está mal que te ruborices ahora, muchacha, pero será mejor que te vayas acostumbrando a esta clase de conversación. En un futuro próximo, estarás obligada a satisfacer las apetencias sexuales del caballero que te compre, sean cuales sean dichas apetencias. ¿Lo entiendes? Un hombre hace cosas con su amante que nunca haría, con su esposa. Para eso están las amantes. Enviaré a una de mis chicas a que te lo explique con más detalle, pues es evidente que tu tío no ha considerado oportuno instruirte.

Y para mayor mortificación de Kelsey, había cumplido su palabra. Una hermosa joven llamada May había ido a verla por la noche, enfundada en el llamativo vestido que ahora llevaba Kelsey, y había estado varias horas en su habitación hablando sobre los detalles de la vida sexual. May había tocado todos los temas, desde cómo evitar embarazos no deseados hasta todos los métodos imaginables para complacer a un hombre; las formas de incitar la lujuria de los hombres y de conseguir lo que ella deseaba. No estaba claro que Lonny hubiera

deseado instruirla en este último punto, pero al parecer May se había compadecido de ella y le había ofrecido esa información por iniciativa propia.

La conversación no había tenido nada en común con la breve charla sobre el amor y el matrimonio que Kelsey había mantenido con su madre algo más de un año antes, cuando la joven había cumplido los diecisiete. Su madre había hablado del acto sexual y de los niños con su habitual franqueza y se había apresurado a cambiar de tema, como si las dos estuvieran avergonzadas por el anterior.

May se había despedido con un último consejo:

-Recuerda que el hombre que te compre seguramente estará casado, y que la principal razón de que quiera una amante es que no encuentra satisfacción con su esposa. Demonios, lo creas o no, muchos de ellos ni siquiera han visto desnudas a sus mujeres. Cualquiera te dirá (bueno, cualquiera de mis conocidos) que a todo hombre le gusta contemplar a una mujer desnuda. Limítate a darle lo que no encuentra en casa y te adorará.

Ahora que había llegado el momento, Kelsey casi temblaba de miedo. Tras abrir la puerta y verla con el llamativo y escotado vestido rojo fuego, Lonny pareció complacido; muy complacido, por cierto. Pero el hecho de que él la considerara mejor vestida para la ocasión no bastaba para inspirar valor a Kelsey.

Para bien o para mal, el hombre que estuviera dispuesto a pagar más por ella decidiría su futuro. No tenía importancia si a Kelsey le gustaba o no ese hombre.

May había dejado claro que quizá lo detestara desde el primer momento, sobre todo si era viejo o cruel. Sólo le quedaba esperar que no fuera así.

Lonny la condujo a la planta baja. Cuando la joven advirtió, simplemente por el nivel de ruido, que abajo estaba atestado de gente, Lonny tuvo que tirar de su mano para animarla a seguir. Para colmo, no la llevó al salón, donde podría haber conocido a los caballeros y conversar con ellos.

La condujo en cambio a una amplia sala de juego, y cuando Kelsey se detuvo le dijo al oído:

-La mayoría de estos caballeros no están aquí para pujar por ti, sino para jugar o satisfacer otros placeres. Sin embargo, he descubierto que cuanto más concurrido está el lugar, más altas son las ofertas de los interesados. Para los demás será un buen espectáculo, y eso siempre es bueno para el negocio, ¿sabes?

Antes de que Kelsey comprendiera lo que Lonny se proponía hacer, la subió encima de una mesa y le advirtió en un murmullo:

-Quédate ahí y haz todo lo posible por parecer seductora.

¿Seductora, cuando estaba paralizada por el miedo y la angustia? Tal como había dicho Lonny, la mayoría de los presentes ignoraban qué hacía Kelsey sobre la mesa, así que el propietario de la casa anunció:

-Caballeros, les ruego que me concedan un minuto de su tiempo, pues está a punto de comenzar una subasta muy especial.

La palabra «subasta» tiene la virtud de suscitar atención inmediata, y ésta no fue una excepción. En cuestión de segundos reinó un silencio absoluto en la sala.

-Aquellos que estén conformes con su amante actual, pueden seguir jugando, pues la subasta no les interesará. Pero a los que deseen algo nuevo, les ofrezco esta visión de candorosa belleza. -Se oyeron algunas risitas burlonas, pues, en efecto, las mejillas de Kelsey se habían teñido del color de su vestido-. Y no sólo para catarla, señores, sino para disfrutar de ella el tiempo que deseen. Un privilegio que podrán gozar por un precio de salida de diez mil libras.

Naturalmente, esa suma provocó una conmoción, y el volumen de las voces se elevó por encima del murmullo que había reinado antes del sorprendente anuncio de Lonny.

-Ninguna mujer vale tanto, ni siquiera mi esposa -dijo un hombre arrancando carcajadas a la concurrencia.

-¿Puedes prestarme diez mil libras, Peters?

-¿Acaso la chica es de oro? -se burló otro individuo.

-¡Quinientas libras, ni un penique más! -gritó una voz ebria.

Ésos fueron sólo algunos de los múltiples comentarios que Lonny dejó pasar, sabiamente, antes de proseguir:

-Puesto que esta pequeña joya se convertirá en propiedad del mejor postor, éste podrá gozar de ella durante el tiempo que considere oportuno. Un mes, un año, toda la vida... la opción es suya, señores, no de la muchacha. Así se establecerá en el contrato de venta. Así pues, ¿quién desea ser el primer hombre en gozar de esta sensual jovencita, de este bocado de cardenal?

Los comentarios que siguieron horrorizaron a Kelsey. Le habían dicho que la «presentarían» a los caballeros, induciéndola a creer que tendría ocasión de conocerlos y hablar con ellos, y que más tarde, aquellos dispuestos a pujar, harían sus ofertas discretamente a Lonny.

En ningún momento había sospechado que se trataría de una venta a viva voz. Cielos, ¿habría accedido a dar ese paso si hubiera sabido que iban a subastarla como si se tratara de un objeto, en una sala atestada de hombres, la mitad de los cuales estaban borrachos?

Una voz la sacó de sus angustiosos pensamientos.

-Yo ofrezco el precio de salida.

Los ojos de Kelsey buscaron la procedencia de esa voz cansina y se encontraron con una cara igualmente cansina y vieja. Tuvo la sensación de que iba a desmayarse.

3

-Todavía no entiendo qué hacemos aquí -murmuró lord Percival Alden- La casa de Angela es tan bonita como ésta, nos quedaba igual de cerca, y sus chicas están acostumbradas a las perversiones normales.

Derek Malory rió e hizo un guiño a su primo Jeremy mientras seguían a su amigo hacia el vestíbulo.

-¿Existe una «perversión normal»? Parece una contradicción en los términos, ¿no?

Percy era capaz de decir las cosas más descabelladas, pero junto con Nicholas Edén era uno de los mejores amigos de Derek desde los tiempos del colegio, de modo que podían disculparle alguna que otra torpeza. Últimamente Nick salía poco con ellos, y desde que se había encadenado a la prima de Derek, Regina, no frecuentaba sitios como aquél. Aunque Derek estaba encantado de que Nick pasara a formar parte de la familia, era de la firme opinión de que el matrimonio podía esperar hasta después de los treinta, y a él aún le faltaban cinco años para cumplirlos.

Sus tíos más jóvenes, Tony y James, eran el ejemplo perfecto de la sensatez de esa opinión. En sus tiempos, habían sido los juerguistas más célebres de Londres, se lo habían pensado mucho antes de casarse y no habían formado una familia hasta bien entrados los treinta. El hecho de que James hubiera tenido a Jeremy dieciocho años antes no podía considerarse como iniciar una familia prematuramente, puesto que el joven -al igual que Derek- había nacido fuera de los sagrados vínculos del matrimonio. Además, tío James no se había enterado de su existencia hasta hacía pocos años.

-No lo sé -señaló Jeremy con seriedad-. Yo puedo ser tan perverso como cualquiera, pero lo hago con absoluta normalidad.

-Ya sabéis lo que quiero decir -respondió Percy, mirando con recelo hacia el salón y las escaleras, como si temiera encontrarse con el mismísimo demonio-. Todo el mundo sabe que a este sitio vienen algunos individuos muy raros.

Derek arqueó una ceja dorada, y dijo con tono burlón:

-Yo mismo he estado aquí varias veces, Percy, para jugar y gozar de las comodidades de una habitación de la planta alta... y de su ocupante. Nunca noté nada extraño. Y reconocí a la mayoría de los hombres.

-No he dicho que todos los que frecuentan este lugar sean raros, amigo. Al fin y al cabo, nosotros estamos aquí, ¿verdad?

Jeremy no pudo evitar intervenir:

-¿Quieres decir que nosotros no somos raros? Caray, yo habría jurado...

-Calla, bribón -interrumpió Derek haciendo esfuerzos por contener la risa-. Nuestro amigo habla en serio.

Percy asintió con un gesto enfático.

-Claro que sí. Dicen que aquí puedes encontrar las fantasías y los fetiches más extravagantes, por retorcidos que sean tus gustos. Y después de ver el coche de lord Ashford en la puerta, estoy dispuesto a creerlo. Temo que al entrar en una habitación, su ocupante me entregue unas cadenas -dijo y tembló.

La mención del nombre de Ashford cambió súbitamente el humor de Derek y Jeremy. Pocos meses antes, los tres habían tenido un altercado con ese hombre en una taberna cercana al río, tras subir a las habitaciones de la planta alta atraídos por los gritos de terror de una mujer.

-¿Te refieres al tipo que dejé inconsciente hace poco tiempo? -preguntó Jeremy.

-Lamento contradecirte, chico -respondió Percy-. Pero fue Derek quien lo dejó inconsciente de un puñetazo. Estaba tan furioso que no nos dio ocasión de intervenir. Aunque,

si no recuerdo mal, tú le diste un par de patadas después de que perdiera el sentido. Y ahora que lo pienso, yo también.

-Me alegra saberlo -dijo Jeremy-. Supongo que si no lo recuerdo es porque estaba borracho.

-Lo estabas. Los tres lo estábamos. Y es una suerte, porque de haber estado sobrios lo habríamos matado.

-Él se lo buscó -farfulló Derek-. Ese tipo está loco. No hay otra explicación posible para una crueldad semejante.

-Estoy completamente de acuerdo -dijo Percy, y luego añadió en un murmullo-: He oído que si no ve sangre no puede... Bueno, ya me entendéis...

Nadie como Percy para aligerar los ánimos. Derek soltó una carcajada.

-Por Dios, hombre, estamos en el burdel más famoso de la ciudad. No hay necesidad de bajar la voz para hablar de estos temas.

Percy se sonrojó y gruñó:

-Bueno, todavía no sé qué hacemos aquí. Los servicios que ofrecen en esta casa no van conmigo.

-Ni conmigo -asintió Derek-. Pero como he dicho, no es la única posibilidad. Aunque admitan a depravados, las mujeres de la casa saben apreciar una relación agradable y normal cuando no se les pide otra cosa. Además, hemos venido porque Jeremy descubrió que su pequeña y rubia Florence dejó la casa de Angela para mudarse aquí. Le prometí que podría pasar una hora con ella antes de ir a la fiesta. Juraría que ya te lo había dicho, Percy.

-No lo recuerdo -respondió Percy-. No niego que lo hayas dicho, pero no lo recuerdo.

Jeremy hizo una mueca de disgusto.

-Si este sitio es tan malo como decís, no quiero que mi Florence trabaje aquí.

-Entonces llévala de vuelta a casa de Angela -sugirió Derek con sensatez-. Seguro que la joven te lo agradece. Aunque le hayan prometido más dinero, dudo que supiera con qué iba a encontrarse aquí.

Percy hizo un gesto de asentimiento.

-Y date prisa, chico. Ni siquiera pienso entretenerme jugando un par de manos mientras buscas a tu chica. Sobre todo con Ashford en la misma estancia.

-Sin embargo, se acercó a la sala de juegos, echó un vistazo al interior y añadió con entusiasmo-: Aunque ahí dentro hay una chica con quien no me importaría pasar un rato. Qué lástima, parece que no está disponible... O puede que sí. No, no. Demasiado cara para mi gusto.

-¿De qué demomos estás hablando, Percy?

Percy miró por encima del hombro y respondió:

-Por lo visto, están celebrando una subasta. Pero yo no necesito una amante a mi edad. Puedo conseguir lo mismo gastándome unas cuantas monedas aquí y allá.

Derek suspiró. Era evidente que no conseguirían sacar una respuesta coherente a Percy. No era ninguna novedad: los comentarios de Percy casi siempre eran un enigma. Pero Derek no pensaba perder tiempo en descifrarlo cuando le bastaba con dar unos pasos para averiguar a qué se refería en esta ocasión.

De modo que se situó junto a su amigo en el umbral de la puerta, y Jeremy lo siguió. Ambos pudieron comprobar que la mujer que estaba de pie sobre la mesa era joven y hermosa... o por lo menos lo aparentaba. Era difícil asegurarlo con tantas manchas de rubor en la cara. Sin embargo, tenía una bonita silueta. Muy bonita.

Por fin entendieron los comentarios de Percy.

-Una vez más, señores -oyeron decir al propietario del local-, les repito que esta pequeña joya será una espléndida amante. Y puesto que nadie la ha tocado antes, el que la adquiera podrá instruirla para satisfacer sus gustos. ¿Alguien ha ofrecido veintidós mil libras?

Derek dejó escapar un gruñido de incredulidad. ¿Que nadie la había tocado? ¿Viniendo de un sitio como ése? No era muy probable. Sin embargo, era fácil convencer de cualquier

cosa a aquellos estúpidos borrachos. Por lo visto, el precio se había disparado y rayaba en el absurdo.

-Percy, no creo que tengamos ocasión de jugar mientras dure este circo -dijo Derek-. Echa un vistazo. Nadie presta la menor atención al juego.

-No los culpo -respondió Percy con una sonrisa-. Yo también prefiero mirar a la chica.

Derek suspiró.

-Jeremy, si no te importa darte prisa con tus asuntos, creo que me gustaría llegar temprano al baile. Coge a la chica y la llevaremos de vuelta a casa de Angela.

-Yo quiero a ésa.

Derek no tuvo necesidad de preguntar a quién se refería, pues Jeremy no había apartado los ojos de la mujer de la mesa.

-No puedes permitírtela -se limitó a decir.

-Podría si me hicieras un préstamo.

Percy rió, pero Derek no parecía divertido. De hecho, tenía una mueca de disgusto, y su «no» sonó tan contundente que debería haber zanjado la cuestión. Sin embargo, el bribón de Jeremy no se dejaba amilanar con facilidad.

-Venga, Derek -insistió-. Tú puedes cubrir un préstamo semejante con facilidad. He oído hablar de la suma que te pasó tío Jason cuando saliste de la universidad. Incluye las rentas de varias fincas. Y considerando que tío Edward ha estado reinvirtiendo los beneficios por ti... caray, ya debes de tener tres veces más de lo que...

-Seis veces más, pero eso no significa que esté dispuesto a derrocharlo en caprichos obscenos, sobre todo cuando no se trata de mis caprichos. No pienso prestarte esa suma. Además, una mujer tan hermosa como ésa exigirá una vida llena de lujos. Y tú, primo, no podrías dárselos.

Jeremy sonrió con descaro.

-Ah, pero la haría feliz.

-Una amante piensa más en lo que hay dentro de sus bolsillos que en lo que tiene entre ellos -terció servicialmente Derek, aunque de inmediato se ruborizó, avergonzado de su ocurrencia.

-No son tan interesadas -protestó Jeremy.

-Lamento diferir...

-¿Cómo lo sabes? Nunca has tenido una amante.

Derek puso los ojos en blanco y dijo:

-No tiene sentido que discutamos. La respuesta es y seguirá siendo «no», así que ríndete, Jeremy. Tu padre me cortaría la cabeza si te permitiera contraer una deuda tan importante.

-Mi padre lo entendería mejor que el tuyo.

Jeremy tenía algo de razón. Según se contaba, James Malory había hecho muchas locuras en su juventud, mientras que el padre de Derek, por su condición de hermano mayor y marqués de Haverston, había tenido que asumir responsabilidades desde muy joven.

Aunque eso no significaba que no estallara un escándalo si Derek accedía al pedido de su primo.

-Puede que lo comprendiera, pero tendrás que admitir que tío James se ha vuelto más conservador desde que se ha casado. Además, yo tendría que responder ante mi padre. Por lo demás, ¿dónde demonios instalarías a la chica, si todavía estás estudiando y vives en casa de tu padre?

Jeremy puso cara de disgusto.

-Maldita sea. No había pensado en eso.

-Y aún hay más. Una amante puede ser tan posesiva como una esposa -señaló Derek-. Una vez tuve una y no fue una situación grata. ¿Quieres sentirte atado a alguien a tu edad?

-¡Caray, claro que no! -exclamó Jeremy con consternación.

-Entonces alégrate de que no te permita gastar mi dinero en un capricho absurdo.

-¿Veintitrés mil? -dijo una voz, atrayendo la atención de los jóvenes a la sala de juegos.

-Y ahí tienes otra razón para alegrarte, Jeremy -dijo Percy con una risita-. Parece que las ofertas no acabarán nunca.

Sin embargo, Derek no parecía divertido. Por el contrario, al oír la última puja había tensado todos los músculos, y no porque el ridículo precio de venta siguiera subiendo. Demonios, ojalá no hubiera reconocido la voz que había hecho la última oferta.

4

-Veintitrés mil.

Kelsey jamás habría imaginado que pudieran ofrecer tanto dinero por ella. Sin embargo, saber que era capaz de obtener aquella suma no halagó su vanidad. Ni siquiera se alegraba de que la transacción fuera a solucionar el problema de sus tíos durante mucho tiempo. No; estaba demasiado asustada para alegrarse.

Ese hombre parecía... cruel. Era la única palabra que le venía a la cabeza, aunque no sabía por qué. ¿Acaso por la mueca de sus labios? ¿Por el brillo gélido en sus ojos azul claro mientras la veía encogerse bajo su mirada? ¿Por el escalofrío que había recorrido su espalda la primera vez que lo había visto contemplándola?

Kelsey le daba poco más de treinta años. Tenía el cabello negro y los rasgos aristocráticos característicos de muchos caballeros. No era feo, ni mucho menos. Pero la crueldad de su expresión le restaba cualquier clase de atractivo. Y Kelsey deseó que el anciano que había hecho la primera oferta, a pesar de sus miradas obscenas, continuara pujando.

Que el cielo la ayudara. Sólo quedaban ellos dos. Los pocos caballeros que habían pujado un par de veces al principio habían cejado en sus empeños al ver la fría mirada del último postor, una mirada lo bastante fría para helar el espíritu del más valiente. El anciano seguía pujando porque no se había fijado en su competidor; acaso debido a su mala vista o a su escasa cordura. En efecto, parecía borracho.

Entonces Kelsey oyó una voz subiendo la puja a veinticinco mil libras, seguida de una pregunta a viva voz:

-¿Para qué quiere una amante, Malory? Dicen que las mujeres hacen cola para meterse en su cama.

El comentario arrancó unas cuantas carcajadas del público, que se multiplicaron cuando el aludido respondió:

-Ya, pero ésas son señoras. Puede que me apetezca probar algo *diferente*.

Aquellas palabras sólo podían interpretarse como un insulto a Kelsey... aunque tal vez no fuera la intención del caballero. Después de todo, aquel hombre no tenía forma de saber que ella había sido una verdadera dama hasta el momento en que había entrado en esa casa. Y ahora no había nada en su persona que indicara que no era lo que aparentaba; es decir, cualquier cosa menos una dama.

No pudo ver al hombre que hizo la última puja. Adivinó que la voz procedía de la puerta, pero con tanto ruido en la sala era difícil precisar la posición exacta del hablante. Y en aquella zona había por lo menos una docena de hombres, sentados y de pie. No había forma de estar segura. Sin embargo, era evidente que el hombre que Kelsey no quería que la comprara sabía quién había pujado, porque dirigió una mirada fulminante hacia la puerta. Pero, una vez más, Kelsey no pudo determinar quién había suscitado esa expresión asesina.

Contuvo el aliento y esperó. Una mirada al anciano le bastó para comprobar que éste no tenía intenciones de seguir pujando. De hecho, se había quedado dormido y nadie hacía nada para despertarlo. No era de extrañar, pues parecía bastante borracho. Era obvio que la bebida le había afectado. Y su salvador, quienquiera que éste fuera, ¿seguiría pujando contra el otro señor? ¿O se dejaría intimidar como los demás?

-¿He oído veinticinco mil? -exclamó Lonny.

Silencio. Entonces Kelsey cayó en la cuenta de que todas las pujas, con excepción de la última, habían ido ascendiendo por fracciones de quinientas libras. El tal Malory había sido el primero en subir dos mil libras de golpe. ¿Significaba eso que iba en serio? ¿O que era

demasiado rico para preocuparse? Aunque también era posible que estuviera tan borracho que no hubiera prestado atención al resto de la subasta.

-¿He oído veinticinco mil? -repitió Lonny en voz ligeramente más alta, para que lo oyeran desde el fondo de la sala.

Kelsey mantuvo los ojos fijos en el caballero de los ojos azules, deseando que se sentara y dejara de pujar. Estaba tan enfadado que las venas del cuello parecían a punto de estallarle. Entonces, de improviso, se marchó de la sala con paso furioso, derribando una silla en el camino y empujando a todo aquel que no era lo bastante rápido para apartarse a tiempo.

Kelsey miró al propietario de la casa para estudiar su reacción, y la expresión decepcionada de Lonny confirmó sus sospechas. El hombre de los ojos azules había dejado de pujar.

-Veinticinco mil a la una, veinticinco mil a las dos... -Lonny hizo una breve pausa antes de terminar-: Muy bien, vendida a lord Malory por veinticinco mil libras. Si quiere pasar a mi despacho, señor, al fondo del pasillo, formalizaremos la transacción.

Una vez más, Kelsey intentó ver a quién se dirigía Lonny. Pero éste ya estaba bajándola de la mesa, y con su escaso metro sesenta de estatura no podía ver más allá de los hombres que tenía delante.

Dio gracias al cielo porque todo había terminado, pero la incertidumbre sobre su nuevo propietario le impedía sentir alivio. Y la mera sospecha de que se tratara de un individuo tan desagradable como los otros dos acrecentaba su desazón. Después de todo, el comentario de que las mujeres hacían cola para meterse en su cama podía haber sido sarcástico e insinuar exactamente lo contrario. Una ironía semejante también habría suscitado las risas del público.

-Lo has hecho muy bien, querida -dijo Lonny mientras la guiaba hacia al vestíbulo-. La verdad es que me sorprende que el precio subiera tanto. -Luego rió para sí-. Aunque estos ricachones pueden permitírselo. Ahora ve a buscar tus cosas, y no te entretengas. Ven a mi despacho, allí -señaló una puerta entreabierta al fondo del pasillo-, en cuanto estés lista. -Y le dio una palmada en el trasero, empujándola escaleras arriba.

¿Entretenerse? ¿Cuando se moría de impaciencia por saber quién la había comprado? Prácticamente voló por las escaleras. En realidad no había mucho que empacar, pues el día anterior no había tenido necesidad de deshacer su pequeña maleta. De modo que regresó abajo en menos de diez minutos, apenas poco más de cinco.

Pero a un paso de la puerta abierta se detuvo en seco. Su temor superaba con creces a la curiosidad por averiguar quién había pagado una suma exorbitante por ella. El trato ya estaba hecho, y ella debía cumplir con su parte o afrontar la velada amenaza de Lonny, que sin duda había ido dirigida contra su vida. El terror a lo desconocido la paralizaba. ¿Y si el individuo que la había comprado no era decente, sino tan cruel y depravado como parecía el otro? ¿O si era un hombre tan feo que no podía conseguir los favores de las mujeres a menos que las comprara?

¿Qué haría entonces? Por desgracia, no podía hacer nada. Sólo había tres opciones: le caería bien, lo odiaría o le resultaría completamente indiferente. En realidad, deseaba que le fuera indiferente. Naturalmente, no quería sentir apego por un hombre que jamás se casaría con ella, por más que tuviera que mantener relaciones íntimas con él.

-Le aseguro que ha hecho una compra excelente, señor -decía Lonny mientras se dirigía a la puerta del despacho. Entonces vio a Kelsey y añadió-: Ah, aquí la tiene, así que me despido.

Kelsey estuvo a punto de cerrar los ojos, pues aún no se sentía preparada para enfrentarse con su futuro. Pero su vena valiente, por pequeña que pareciera en esos momentos, se negó a esperar un segundo más. Miró a los hombres que estaban en la habitación y experimentó una súbita sensación de alivio. De inmenso alivio. Todavía no sabía quién la había comprado, porque en el despacho de Lonny no había un hombre, sino tres. Uno de ellos era apuesto, otro muy apuesto y el tercero increíblemente apuesto.

¿Cómo había tenido tanta suerte? No podía creerlo. Debía de haber truco en algún sitio. Pero ¿cuál? Incluso el menos atractivo de los hombres, que parecía el mayor, se le antojaba perfectamente tratable. Era alto y delgado, con unos bondadosos ojos castaños y una sonrisa de admiración. Cuando lo miró, la primera palabra que le vino a la cabeza fue «inofensivo».

El más alto de los tres también parecía el más joven. Tendría la edad de Kelsey, aunque sus hombros corpulentos y su expresión sosegada le daban un aire maduro. Era demasiado guapo, de cabello negro azabache y ojos del más fascinante azul cobalto, exóticamente rasgados. Kelsey tuvo la impresión de que se llevaría de maravilla con ese joven, y deseó -rogó- que fuera él quien la hubiese comprado. Tanto la atraía, que casi no podía quitarle los ojos de encima.

Sin embargo, se obligó a apartar la mirada para examinar al delgado caballero que tenía delante. Si no hubiera mirado al otro primero, habría dicho que era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Tenía una espesa cabellera rubia, ligeramente despeinada y rebelde. Sus ojos eran de color avellana -no, verdes, definitivamente verdes- y su mirada la turbaba, aunque no habría podido precisar por qué. Era algo más bajo que los otros dos, pero aun así quince centímetros más alto que ella.

El muchacho sonrió y, por primera vez en su vida, Kelsey sintió un hormigueo en el vientre ¡Qué sensación tan extraña! De repente la habitación se le antojó demasiado caldeada. Pese a estar en invierno, hubiera deseado tener un abanico.

-Puedes dejar eso un momento... -dijo mirando su maleta-. Tú date prisa, Jeremy, y resuelve el asunto que te ha traído aquí.

-Vaya, había olvidado que hemos venido a buscar a una chica -dijo el mayor de los tres-. Sí, date prisa, Malory. Ha sido una velada muy interesante, pero aún no ha terminado.

-Caray, me había olvidado de Flo -admitió Jeremy con una sonrisa culpable-. Pero no tardaré mucho en recogerla... si es que la encuentro.

Kelsey vio salir del despacho al más joven de los tres. Al parecer, su deseo se había cumplido. El otro joven acababa de llamarlo Malory, y el caballero que había pagado una suma exorbitante por una amante era un tal lord Malory. Entonces, ¿por qué no se sentía aliviada?

-Kelsey Langton -dijo, cayendo por fin en la cuenta, después de un buen rato, de que el rubio que había sugerido que dejara la maleta también le había preguntado su nombre.

Sin embargo, ahora la presentación sonó precipitada y Kelsey se ruborizó. Aún no había dejado la maleta en el suelo. Ni siquiera se percató de que seguía sujetándola hasta que el hombre rubio dio un paso al frente y se la quitó de la mano.

-Me llamo Derek, y el placer es mío, Kelsey, puedes estar segura -dijo-. Pero tendremos que esperar un momento hasta que nuestro joven amigo solucione el asunto que nos ha traído aquí. ¿Quieres sentarte mientras tanto? -Señaló una silla junto al escritorio de Lonny.

No sólo era apuesto, sino también amable. Sin embargo, la turbaba. Cuando se había acercado para coger la maleta, le había rozado los dedos, y el corazón de Kelsey había dado un vuelco. No sabía qué tenía ese hombre para provocarle esas extrañas reacciones, pero de repente se alegró de no tener que irse con él.

Bastante difícil le resultaría ya tener que convertirse en la amante de un hombre esa misma noche. Si no hubiera arrinconado la idea en el fondo de su mente, no habría sobrevivido hasta ese momento. No necesitaba más preocupaciones. Y suponía que el único problema que tendría con el joven Jeremy sería evitar mirarlo todo el tiempo como una idiota. Aunque, sin duda, aquel joven de aspecto fascinante estaría acostumbrado a esa clase de miradas.

-Hace tiempo conocí a un conde en Kettering apellidado Langton -dijo el otro hombre-. Un tipo agradable. Aunque he oído que terminó mal. Aunque no será pariente tuyo, desde luego.

Gracias a Dios, fue una afirmación y no una pregunta, de modo que Kelsey no se vio obligada a mentir. Sin embargo, oír el nombre de su padre fue un mal trago. ¿En qué

demonios estaba pensando al dar su verdadero nombre? En nada, naturalmente, y ahora era demasiado tarde para corregirse.

-¿Por qué mencionarlo, Percy, si está claro que no es pariente suyo? -dijo Derek con frialdad.

Percy se encogió de hombros.

-Es una historia interesante, y el apellido me la recordó. Eso es todo. A propósito ¿te fijaste en la cara de Ashford cuando pasó a nuestro lado?

-Era imposible no fijarse, amigo.

-¿Crees que podría causarnos problemas?

-Ese tipo es un canalla y un cobarde. Ojalá me causara problemas, porque entonces me daría un pretexto para volverle a pegar. Pero los hombres como él solo atacan a los incapaces de defenderse.

Kelsey se estremeció al notar la furia del joven que respondía al nombre de Derek. Aunque no estaba segura, tenía la impresión de que hablaban del hombre de los ojos azules que había pujado por ella y que finalmente se había retirado hecho una furia. En tal caso era evidente que esos caballeros se habían cruzado en su camino con anterioridad.

Sin embargo, no quiso hacer preguntas. Se dirigió hacia la silla que le habían ofrecido, con la esperanza de que no se fijaran en ella. Pero se equivocó, pues los dos hombres la siguieron con la mirada. Kelsey se encogió aunque estaba harta del nerviosismo y el miedo que la habían mantenido en vilo todo el día.

Sintió un súbito arrebato de ira que la indujo a decir:

-No permitan que mi presencia los distraiga, caballeros. Les ruego que prosigan con su conversación.

Percy parpadeó y Derek entornó los ojos. De inmediato, Kelsey comprendió que había vuelto a equivocarse. Puede que con aquel llamativo vestido rojo no pareciera una dama, pero acababa de hablar como si lo fuera Sin embargo, no podía evitarlo. No se le daba bien fingir. Incluso si procuraba parecer menos educada y lo conseguía, en un momento u otro se traicionaría y tendría que dar explicaciones.

De modo que decidió armarse de valor y mentir. Lógicamente, no podía confesar la verdad.

Miró a los dos caballeros con expresión inocente y preguntó:

-¿He dicho algo fuera de lugar?

-No es lo que has dicho, querida, sino la forma en que lo has dicho -respondió Derek.

-¿La forma en que lo he dicho? Ah, sí. De vez en cuando sorprendo a la gente. Verán, mi madre era institutriz y yo tuve ocasión de beneficiarme de la misma educación que daba a sus pupilos. Fue una experiencia muy educativa, valga la redundancia.

Sonrió ante su propia broma, y la hubieran comprendido o no, notó que Percy le creía y se relajaba.

Sin embargo, Derek seguía mirándola con ojos entornados. Y no tardó mucho en responder:

-Resulta difícil de creer, pues la mayoría de los caballeros pertenecen a la vieja escuela y creen que las clases bajas deben permanecer en su sitio; es decir, que hay que impedirles acceder a una educación superior.

-Ya, pero en este caso no había caballero alguno que diera las órdenes. Sólo una viuda a quien le tenía sin cuidado lo que hicieran los hijos de los criados. De hecho, ella misma dio su conformidad. Mi madre era incapaz de tomarse esas libertades sin permiso. Y yo siempre estaré agradecida a aquella dama, por no dar importancia a nuestra posición.

Percy tosió y soltó una risita tonta:

-Déjalo ya, amigo. Sabes que lo que estabas pensando es imposible.

-Como si tú no hubieras pensado lo mismo -gruñó Derek.

-Sólo por un brevísimo instante.

-¿Puedo preguntar a qué se refieren? -dijo Kelsey, sin dejar de fingir inocencia.

-No tiene importancia -respondió Derek en voz baja. Se metió las manos en los bolsillos, se dirigió a la puerta y se apoyó contra el marco, de espaldas a los demás.

Kelsey miró a Percy con aire inquisitivo, pero el joven esbozó una sonrisa tímida, se encogió de hombros y también se metió las manos en los bolsillos, balanceando el peso del cuerpo sobre los pies. Kelsey tuvo que esforzarse para contener la risa. Los jóvenes se negaban a admitir en voz alta que, por un breve instante, ambos la habían tomado por una dama. Los caballeros de su posición no podían concebir siquiera una idea semejante. Y era una suerte. Su familia ya había sufrido un escándalo, y si Kelsey podía evitarlo, no se convetiría en la causa de otro.

5

-¿Estás seguro de que no quieres que quede en deuda contigo para siempre, Derek?

-Se te ha despertado la gula, ¿no? Hubiera jurado que ese asunto había quedado zanjado.

-Bueno, eso fue antes de que tú resolvieras quedarte con la presa -dijo Jeremy con una sonrisa encantadora.

Kelsey no sabía de qué hablaban, y tampoco le importaba. Ahora que se dirigían a su nueva casa -o eso suponía-, los nervios volvían a importunarla. Muy pronto se convertiría en la amante oficial de un hombre y... Tembló, incapaz de pensar en lo que le esperaba.

Viajaban en un coche cómodo y elegante, que por lo visto pertenecía a Derek. Y ahora eran cinco. Jeremy había regresado al despacho de Lonny del brazo de una joven rubia, vestida con prendas tan llamativas como las de Kelsey. La habían presentado como Florence, y Kelsey advirtió de inmediato que sentía auténtica devoción por Jeremy Malory. No podía quitarle los ojos ni las manos de encima, y ahora, en el interior del coche, iba prácticamente sentada en su regazo.

Kelsey permaneció imperturbable. Ella y Jeremy aún no habían iniciado su relación, pero incluso si lo hubieran hecho, sabía que no tenía derecho a exigirle fidelidad. Él correría con todos sus gastos. Aunque su relación no hubiera sido inusual -y lo era, pues la había comprado sin conocerla-, el joven habría esperado fidelidad absoluta de su parte. Pero en esta clase de arreglos, el hombre no tenía obligación de ser fiel. Ni mucho menos. Al fin y al cabo, la mayoría de los hombres que tenían amantes estaban casados.

Mientras los caballeros continuaban bromeando sobre dinero y deudas eternas, Kelsey hizo todo lo posible por permanecer indiferente. Sin embargo, tras oír la alusión de Jeremy a las deudas, se preguntó cómo era posible que un hombre de su edad pudiera permitirse el lujo de pagar un precio tan alto por ella, cuando la mayoría de los jóvenes vivían de las asignaciones de sus padres o de las rentas de fincas que heredarían en el futuro.

Debía de tener una fortuna personal, y Kelsey se alegraba de ello. De no haber sido así, ahora estaría con aquel hombre horrible, en lugar de con unos caballeros auténticos de camino hacia... No sabía hacia dónde.

Poco después, cuando el coche se detuvo, sólo se apearon Jeremy y su amiga Florence. Nadie le dio explicaciones y Kelsey no hizo preguntas. Pero Jeremy regresó poco después, sin la empalagosa Florence, y puesto que nadie le preguntó qué había hecho con la chica, Kelsey supuso que los demás ya lo sabían.

El coche reanudó la marcha, y pasaron quince minutos antes de que se detuviera otra vez. Kelsey no conocía Londres, pues no había visitado la ciudad antes de que Elliott la llevara allí, el día anterior. Sin embargo, bastaba con echar un vistazo por la ventanilla para comprobar que estaban en un barrio elegante, con mansiones y casas imponentes, las residencias de las clases acomodadas.

No era de extrañar, teniendo en cuenta la fabulosa suma que habían pagado por ella esa noche. Pero Kelsey se equivocó al pensar que ése era su destino, pues fue Derek quien descendió del coche, y no Jeremy. Supuso entonces que Derek vivía allí y que dejarían a éste y a Percy en sus respectivas casas antes de continuar viaje con Jeremy.

Pero se equivocaba otra vez, pues Derek regresó al coche y le tendió la mano para ayudarla a bajar. Kelsey estaba lo bastante sorprendida para coger su mano sin pensar y dejarse conducir hasta una enorme puerta antes de atreverse a preguntar:

-¿Por qué me acompaña usted, en lugar de Jeremy?

Derek la miró, sorprendido por la pregunta.

-No te quedarás mucho tiempo aquí. Sólo esta noche. Mañana haremos otros arreglos.

Kelsey asintió con un gesto y se ruborizó, creyendo comprender la situación. El joven Jeremy debía de vivir aún con sus padres, de modo que no podía llevarla a su casa. Sin duda

Derek se había ofrecido a alojarla por una noche, lo que era muy amable por su parte. Con un poco de suerte, allí no habría nadie a quien tuviera que dar explicaciones.

-¿Entonces usted vive aquí?

-Sí, cuando estoy en Londres -respondió él-. Es la casa de mi padre, aunque él no la visita con frecuencia. Prefiere el campo y Haverston.

La puerta se abrió antes de que terminara la frase, y un mayordomo de aire solemne saludó a Derek sin mirar a Kelsey:

-Bienvenido a casa, señor.

-No me quedaré, Hanley -informó Derek-. Sólo he venido a dejar a una invitada que pasará la noche en la casa. Te agradeceré que llames a la señora Hershal para que se ocupe de ella.

-¿La invitada se alojará en la planta alta o en la baja?

Kelsey se sorprendió al ver que Derek se ruborizaba ante esa pregunta impertinente, aunque necesaria. Había hecho todo lo posible para ocultar su llamativo atuendo debajo de la chaqueta, pero la parte que permanecía visible proclamaba a todas voces su nueva posición.

-Se alojará en la planta baja -respondió Derek con sequedad-. Ya he dicho que no me quedaré.

Esta vez se ruborizó Kelsey, consciente de las implicaciones de esa afirmación. El mayordomo, sin embargo, se limitó a asentir con la cabeza y se marchó a buscar al ama de llaves.

Mientras se alejaba, Derek murmuró:

-Esto pasa por conservar los mismos criados que te han visto en pantalones cortos. Cielos, se dan esas ínfulas porque llevan demasiado tiempo con la familia.

De no haberse sentido tan avergonzada, Kelsey habría reído. Pese al gran atractivo de Derek, el malhumor le daba un aspecto verdaderamente cómico. Sin embargo, aunque Kelsey hubiera reunido valor para reírse, él no habría sabido apreciar la gracia de la situación. De modo que fijó la vista en el suelo y aguardó a que se marchara.

Preparado para hacer precisamente eso, Derek dijo:

-En fin, espero que duermas bien esta noche. Mañana viajarás la mayor parte del día. Podría resultar agotador si no has descansado lo necesario.

Y antes de que Kelsey pudiera preguntar adonde viajaría, cerró la puerta a su espalda y se marchó.

Kelsey suspiró, embargada por una sensación de alivio. Pasaría la noche sola y aquello que tanto la asustaba y en lo cual se resistía a pensar se postergaría por lo menos un día más. Curiosamente, ahora que el motivo de su miedo se posponía, era incapaz de quitárselo de la cabeza.

El inicio de su vida como amante equivalía a una noche de bodas, aunque sin el certificado de matrimonio y con una total ausencia de ternura entre las dos partes. Sabía que el matrimonio entre extraños no era un hecho insólito en la historia de la humanidad. Los padres o los reinos concertaban matrimonios, concediendo a las parejas apenas unos días para conocerse... a veces incluso menos, según las circunstancias. Pero los arreglos de esta clase eran muy raros en los tiempos que corrían. En la actualidad, cuando los miembros de la pareja no hacían su propia elección, por lo menos tenían tiempo de sobra para entablar una relación antes de la boda.

¿Cuánto tiempo tendría Kelsey? Este aplazamiento la había tomado por sorpresa. Había supuesto que no pasaría la noche sola. Y al día siguiente se iría de viaje. ¿Significaría eso una nueva dilación?

Ojalá. Aunque ningún aplazamiento le serviría de nada si no tenía ocasión de conocer mejor a Jeremy. Si no recordaba mal, hasta el momento no le había dirigido la palabra, y tampoco él a ella. ¿Cómo demonios iban a entablar una relación si no hablaban?

Sin duda lo averiguaría al día siguiente. Por el momento sólo debía preocuparse de cómo tratar al ama de llaves. ¿Con sus modales de costumbre? ¿O de una manera más adecuada a su nueva posición?

Pero no sería ella quien tomara esa decisión. La señora Hershal se presentó en ese punto, y después de mirarla de arriba abajo, hizo una mueca de disgusto y volvió a perderse en los oscuros pasillos de la casa, dejando a elección de Kelsey si deseaba seguirla o no. De modo que así estaban las cosas. Tendría que acostumbrarse a esa clase de tratamiento. Sólo esperaba que la vergüenza que le producía se hiciera más fácil de tolerar con el tiempo.

Librodot

6

Derek debería haber supuesto que sus amigos del alma no lo dejarían en paz. En cuanto regresó al coche, Jeremy dijo:

-No lo puedo creer. ¿Piensas ir al baile de todos modos? Caray. Yo en tu lugar no lo haría.

-¿Por qué no? -preguntó Derek arqueando las cejas doradas-. La chica no escapará, y nuestra prima Diana nos rogó que asistiéramos a la presentación en sociedad de su amiga. Puesto que ambos aceptamos la invitación, Jeremy, ¿qué consideras más importante?

-A eso me refiero -respondió Jeremy con un gruñido-. Yo tengo claro qué es más importante, y no creo que sea precisamente sumarse a la multitud que asistirá al gran baile de la temporada. Habrá tanta gente que es muy probable que Diana ni siquiera repare en nuestra presencia.

-Lo haga o no, lo cierto es que dimos nuestra palabra y estamos obligados a asistir. Percy, ¿te importaría explicar a este joven irresponsable cuáles son sus deberes sociales?

-¿Yo? -Percy rió-. Me temo que comparto su punto de vista, amigo. No creo que tuviera el valor de abandonar a una nueva amante para asistir a una fiesta de sociedad que no promete ser distinta de tantas otras. Claro que si alguno de tus tíos, o tu hermosa prima Amy, tuvieran intención de asistir, la cosa cambiaría. Tus tíos saben animar una velada aburrida, y Amy aún no se ha casado con su novio yanqui, de modo que sigue ocupando un lugar de honor en mi lista de mujeres disponibles.

Dada la característica falta de locuacidad de Percy, esa larga perorata dejó sin palabras a sus dos amigos.

Derek fue el primero en reaccionar.

-Amy todavía no está casada, pero su boda se celebrará la semana próxima, así que ya puedes tacharla de tu lista, Percy.

-Y deja de contar con que mi padre nos entretenga -añadió Jeremy-. Ahora está demasiado civilizado para animar las reuniones con sus cotillees. Y yo diría que al tío Tony le ocurre otro tanto.

-Lamento discrepar, chico. Esos dos miembros de la familia Malory nunca estarán lo bastante civilizados para no hacer arquear varios pares de cejas con su comportamiento. Cielos, yo mismo tuve ocasión de comprobarlo poco después del nacimiento de tu hermana, Jack. Tu padre y tu tío llevaron al yanqui a una sala de billar, y el pobre tipo salió casi a rastras.

-Acababan de descubrir que Anderson estaba interesado en Amy, y no aprobaban sus intenciones. Fue una reacción previsible. Pero ya te lo explicamos antes, Percy, cuando tú mismo querías cortejar a Amy. Esa actitud se remonta a la época en que tuvieron que criar a nuestra prima Regan, después de la muerte de su madre, y como Amy se parece tanto a Regan...

-Reggie -corrigió Derek tal como habría hecho su padre de haber estado allí, aunque con menos ardor-. Entiendo que tu padre insista en cambiarle el nombre para chinchar a sus hermanos, pero tú no tienes por qué seguir su ejemplo.

-Ah, pero me gusta su ejemplo -repuso Jeremy con una sonrisa desvergonzada-. Y no lo hace para chinchar a sus hermanos... Bueno, quizá en parte sí, pero no fue por eso que empezó a llamarla Regan. Comenzó a hacerlo hace tiempo, antes incluso de que yo naciera. Con tres hermanos, dos de ellos mayores que él, necesitaba destacar en todos los aspectos.

-Pues no cabe duda de que lo consiguió -dijo Derek haciendo un guiño picaro.

-Por supuesto.

Los primos se referían a los tiempos de pirata de James Malory, cuando se había hecho acreedor al mote de El Halcón y la familia lo había repudiado. Precisamente cuando

desempeñaba esa deshonrosa profesión, James había descubierto que tenía un hijo que era casi un hombre. No sólo le había dado su apellido, sino que también lo había llevado a vivir consigo, razón por la cual Jeremy tenía una educación muy poco ortodoxa. A la heterogénea cuadrilla de piratas de James debía sus conocimientos sobre la bebida, las peleas y las mujeres.

Pero Percy no lo sabía ni lo averiguaría nunca. Era un buen amigo, pero también un hombre incapaz de guardar un secreto, y la familia mantenía una reserva absoluta en lo referente a las pasadas correrías de James Malory.

-Además, Percy -dijo Jeremy, volviendo al tema inicial-, mi padre detesta las fiestas y sólo asiste a alguna cuando su mujer lo lleva a rastras. Lo mismo le ocurre al tío Tony. Comprendo perfectamente cómo se sienten, pues yo también me veo arrastrado a ésta.

Derek frunció el entrecejo.

-No pretendo arrastrarte a ningún sitio, chico. Sólo me permito señalarte tus obligaciones. Si no querías ir, no debiste aceptar la invitación de Diana.

-¿No? -replicó Jeremy-. Sabes que soy incapaz de decir que no a una mujer. A cualquier mujer, por cierto. Me resulta imposible defraudarlas. Y te aseguro que nunca habría defraudado a la joven que acabas de abandonar.

-Teniendo en cuenta que la chica sólo quería que la dejaran en paz, no se puede decir que la haya defraudado, Jeremy.

-¿Dices que quería que la dejaran en paz?

-Te cuesta creerlo, ¿verdad?

-Las mujeres conspiran y luchan para meterse en tu cama, primo, no para salir de ella. Lo he visto con mis propios ojos...

-Pero algunas mujeres no quieren que se las moleste -interrumpió Derek-, por un motivo u otro. Y ésta me dio claramente esa impresión. Parecía agotada. Puede que fuera sólo eso, pero como de todos modos yo tenía otros planes... Además, Jeremy, no he pagado tanto dinero sólo para meterme en la cama con la chica, así que no estoy impaciente por hacerlo. Para empezar, ni siquiera quería una amante, aunque ahora que la tengo, si no te importa, me ocuparé de ella cuando lo considere conveniente.

-Pues vaya si no has pagado una suma desorbitada por algo que no querías -observó Percy.

-Ya -dijo Jeremy con una risita.

Derek se repantigó en el asiento y gruñó.

-Sabéis muy bien por qué lo hice.

-Desde luego, amigo -respondió Percy-. Y te felicitamos por tu hazaña. Yo habría sido incapaz de un acto tan noble, pero al menos uno de nosotros tuvo el valor de arriesgarse.

-Sí -convino Jeremy-. Venciste a Ashford y al mismo tiempo conseguiste un premio estupendo. Debo admitir que ha sido un trabajo excelente.

Lejos de ruborizarse por los inesperados halagos, Derek dijo:

-Entonces, ¿queréis hacerme el favor de dejar de chincharme por haber dejado sola a la chica?

-¿Es necesario? -dijoJeremy con una sonrisa.

La mirada fulminante de Derek hizo que Jeremy girara la cabeza hacia la ventanilla y comenzara a silbar una alegre melodía. Era un bribón incorregible. El tío James lo tendría crudo para enderezar al chico y enseñarle sus responsabilidades cuando llegara el momento. Desde luego, el padre de Derek se lamentaba de sus propias dificultades para educar a su hijo. Sin embargo, Derek había tenido que vérselas con el cabeza de familia de los Malory y, en su condición de marqués de Haverston, Jason Malory era el más severo de los hermanos y el más difícil de complacer.

7

Derek solía disfrutar de las fiestas, aunque no así de aquellas a las que asistían más de trescientas personas, como la de esa noche. Pero le gustaba bailar y por lo general participaba en un juego amistoso de cartas o billar, e invariablemente aparecía alguna cara nueva que despertaba su interés.

Sin embargo, no permitía que su interés se mantuviera vivo mucho tiempo, pues la mayoría de las jóvenes que se vestían tan espléndidamente para la ocasión y coqueteaban con aparente recato sólo tenían un objetivo en mente: el matrimonio. Y en el preciso momento en que dejaban entrever sus intenciones, Derek huía despavorido, ya que el matrimonio era lo último que deseaba para sí.

Había pocas excepciones a la regla, aunque no se presentaban a menudo. Incluso cuando una joven no deseaba casarse de inmediato, debía soportar las inevitables presiones de su familia. Era excepcional la mujer que podía dedicarse a divertirse sin ceder a esa clase de presiones.

Derek prefería a las jóvenes de mentalidad independiente y había llegado a intimar con varias. Solían ser muchachas inocentes, de modo que la relación nunca tomaba un cariz sexual. Ni mucho menos. Derek respetaba las reglas sociales y le complacía vincularse con las jóvenes en otros términos: buena conversación, intereses comunes y la posibilidad de bajar la guardia ante ellas.

Lo que no significaba que no fuera siempre en pos de nuevas compañeras de cama. Simplemente, no las buscaba en el grupo de inocentes que aparecía en Londres cada nueva temporada. No; sus conquistas sexuales solían ser jóvenes casadas o viudas: las primeras, insatisfechas con su matrimonio; las segundas, libres para hacer su santa voluntad... aunque siempre con discreción, por supuesto. Y rara vez se marchaba de una gran fiesta en Londres sin concertar antes una cita amorosa para un día de esa misma semana, o incluso para esa misma noche.

Sin embargo, en esta fiesta en particular no había nadie que le interesara. Bailó el tiempo necesario para complacer a su anfitriona y tuvo que esforzarse para no bostezar antes de ceder su pareja al siguiente caballero de la lista. Jugó un par de manos a las cartas, pero fue incapaz de concentrarse en el juego, incluso cuando las apuestas se hicieron peligrosamente altas.

Dos de sus antiguas amantes quisieron arrancarle una cita, pero en lugar de seguir su costumbre de aplazar el encuentro para más adelante, se limitó a responder que en ese momento tenía otro compromiso. Sin embargo, no era así. La mujer que había dejado en su casa no podía considerarse como tal... al menos por el momento. Por otra parte, una amante no era nunca un compromiso. Una amante era sencillamente una conveniencia agradable... y costosa.

Y todavía no podía creer que tuviera una amante. Su única experiencia anterior en mantener a una mujer a cambio de sus favores había resultado un desastre.

Se llamaba Marjorie Eddings y era una joven viuda de buena familia, que no tenía dinero suficiente para mantener el lujoso estilo de vida a que estaba acostumbrada. Derek había pagado sus deudas -en su mayoría contraídas por su difunto esposo-, restaurado su casa y sucumbido a su capricho de poseer joyas caras.

Hasta había accedido a acompañarla a las reuniones sociales, pese a su resistencia a desempeñar tal papel. Naturalmente, se conducían con absoluta discreción y respetabilidad. Incluso cuando la dejaba en su casa, debía esperar horas antes de entrar a recibir los favores que le correspondían... y que la mitad de las veces ella le negaba excusándose en el cansancio. Y durante los seis meses que había durado la relación, pese a saber perfectamente que él no tenía intenciones de casarse, la mujer había empezado a conspirar para llevarlo al altar.

Librodot

Aunque Marjorie le hubiera atraído lo suficiente para entablar una relación permanente -y no era el caso-, Derek nunca habría tolerado juegos sucios y mentiras, y ella era una especialista en ambas artes. Le dijo que estaba preñada cuando no lo estaba. Hizo pública su relación, asegurando que Derek había prometido casarse con ella. Ésa fue la última gota. Y hasta tuvo la osadía de hablar directamente con el padre del muchacho.

Naturalmente, Marjorie había subestimado a la familia Malory, con la que era imposible congraciarse con mentiras. El padre de Derek conocía a su hijo lo suficiente para saber que nunca habría hecho una promesa semejante.

En realidad, la noticia de una boda inminente habría agradado sobremanera a Jason Malory, pero sabía que su hijo no estaba preparado para sentar la cabeza y, gracias al cielo, nunca lo había presionado. Derek sabía que llegaría un día en que lo haría. Tarde o temprano le recordaría sus responsabilidades, la necesidad de continuar la estirpe y de hacerse acreedor al título nobiliario que le correspondía heredar.

En cuanto a Marjorie... Bien, Jason también detestaba las mentiras. Era un hombre de principios, y tras tantos años al frente de la familia -exactamente desde que contaba dieciséis-, en que había tenido que lidiar con las travesuras de sus hermanos y ocuparse de la educación de Derek y Reggie, conocía su papel al dedillo.

Tenía además un carácter fuerte, y sólo los inocentes podían superar la prueba de sus furiosos sermones. Los culpables se acobardaban rápidamente o, en el caso de las mujeres, se deshacían en lágrimas, pues, como solía decir tío Tony, era duro ver cómo el techo se derrumbaba sobre tu cabeza.

Tras la entrevista con Jason, Marjorie se había marchado avergonzada y llorosa, y no había vuelto a importunar a Derek. Habida cuenta de que la mujer se había embolsado mucho dinero durante la breve relación, Derek no se sintió culpable de que todo acabara en catástrofe. Además, había aprendido su lección... o al menos eso creía.

La mujer que había comprado esa noche no plantearía -o no debería plantear- los mismos problemas que Marjorie. Kelsey Langton no pertenecía a la nobleza, aunque su forma de hablar sugiriera lo contrario. No estaba acostumbrada a los privilegios, de modo que estaría agradecida por cualquier cosa que él le diera, mientras que Marjorie se creía con derecho a exigir.

Por otra parte, Derek la había comprado. Así lo demostraba la factura que tenía en el bolsillo. El joven aún no sabía qué pensar de esa transacción, pero Kelsey había accedido a la subasta. No era como si la hubieran vendido sin su permiso y... mejor no pensar en lo que eso significaba. Acababa de comprar una amante, y ni siquiera lo había hecho por iniciativa propia, sino para evitar que ese demonio de Ashford maltratara a otra mujer. Una mujer que, en este caso, debido a las condiciones del contrato, no podría escapar de su crueldad.

Era evidente que la paliza que había dado a Ashford no había servido para poner fin a sus perversiones, como Derek habría deseado. Ahora se conducía con mayor impunidad que nunca, como había demostrado en esa absurda subasta, visitando una casa como la de Lonny, que proporcionaba mujeres para estos fines.

Con anterioridad, David Ashford solía alquilar los servicios de prostitutas baratas por una sola noche. Esas mujeres estaban indefensas ante caballeros como él. Peor aún, sin duda creían que las pocas monedas que conseguían a cambio eran una compensación justa por las cicatrices que les dejaban. Patético, pero cierto. Incluso si Derek hubiera decidido denunciarle, como testigo de sus perversos métodos para obtener placer, sabía que ninguna de las víctimas testificaría en su contra. Las comprarían o las eliminarían antes del juicio.

Pero Derek estaba tan indignado por el comportamiento de Ashford que ahora que sabía que éste seguía en las mismas, estaba dispuesto a hacer algo más. No podía arrebatarle a cada mujer que Ashford decidiera comprar, ni siquiera si conseguía enterarse de todas las subastas de esta clase. Sus reservas de dinero no eran inagotables. Esa noche había actuado por impulso.

Quizá debiera consultar a su tío James, que durante sus tiempos de pirata había tenido ocasión de lidiar con los aspectos más siniestros de la vida. Si alguien sabía cómo tratar con una basura como Ashford, ése era James.

Pero se ocuparía de ello al día siguiente. Por el momento, debía concentrarse en disfrutar de la fiesta, cosa que le resultaba muy difícil. Finalmente, tras un buen rato de ver ante él unos ojos grises en lugar de los azules de su actual amante, comenzó a preguntarse si Jeremy y Percy no estarían en lo cierto. ¿Qué demonios hacía en la fiesta, cuando bajo su propio techo había una hermosa mujer que sin duda estaría preguntándose por qué la había dejado sola?

Desde luego, el hecho de que se encontrara bajo su propio techo ponía freno a sus impulsos. Una de las razones por las que se llevaba tan bien con su padre era porque éste no interfería en sus asuntos, siempre y cuando los llevara con total discreción. Y Derek lo hacía.

Lo que significaba que nunca alojaba a una mujer en su casa de Londres ni en ninguna de las dos fincas que había heredado. Los criados eran la peor fuente de cotilleos, pues no había medio más rápido y seguro para cambiar información entre casa y casa que la red de mayordomos, cocheros, doncellas y lacayos. En consecuencia, esa noche no tendría ocasión de conocer mejor a su nueva amante.

Por fin dejó de fingir que se divertía y buscó a Percy y a Jeremy para comunicarles que se marchaba y que enviaría un coche a recogerlos más tarde. Como es natural, los dos jóvenes respondieron con sonrisas burlonas y guiños de complicidad, convencidos de que regresaba a casa para pasar un buen rato. Al fin y al cabo, sus respectivos padres no se parecían en nada a Jason Malory.

En cualquier caso, Derek no pudo evitar pensar en su joven amante durante el viaje a casa. Después de todo, Kelsey Langton no era una criada. Y no permanecería en la residencia de Londres el tiempo suficiente para cotillear con los sirvientes. De hecho, podía hacerle una visita furtiva y volver a su cama antes del amanecer. El mayordomo no se enteraría, pues nunca lo esperaba levantado.

No tardó mucho en convencerse de que debía visitarla asi que su decepción no pudo ser mayor cuando Hanley le abrió la puerta, a pesar de lo insólito de la hora, y desbarató sus planes de un plumazo.

Maldito cotilla. Si Hanley no se hubiera quedado en el vestíbulo, mirándolo subir las escaleras peldaño a peldaño, Derek podría haberse dirigido a las dependencias de servicio a buscar a la joven. Pero estaba seguro de que el mayordomo permanecería al acecho, vigilándolo.

Su padre se enteraría de todo en menos de una semana, y lo llamaría al orden, recordándole la necesidad de proteger su honor, de actuar con discreción y de asegurarse de que los cotilleos de los criados se limitaran a los asuntos de otras familias, no la suya. ¿Era necesario correr ese riesgo por un breve encuentro con una joven a quien podría visitar a su antojo a partir de esa noche? No valía la pena.

Pero de todos modos le resultó muy difícil conciliar el sueño.

8

-Es culpa mía -masculló la señora Hershal- Debería haberme dado cuenta, aunque debo admitir que mi vista ya no es lo que era, sobre todo por la noche.

Kelsey se frotó los ojos soñolientos mientras escuchaba distraídamente al ama de llaves. No respondió, pues no podía adivinar de qué hablaba la mujer. Era evidente que se había perdido la parte más importante de la conversación, pues nada más despertar había visto a la señora Hershal sacando uno de sus vestidos de la maleta y alisando las arrugas con la mano.

La mujer ya había ordenado la habitación, aunque Kelsey no había tenido mucho tiempo de desordenarla la noche anterior. Y había una jofaina de agua esperándola, junto a una pila de toallas limpias y una tetera.

Bostezó y dio gracias al cielo por no haber despertado desorientada, preguntándose dónde estaba y quién era aquella mujer que registraba su habitación. Tenía el cabello castaño recogido en un severo moño, los hombros anchos, un voluminoso pecho que daba un aspecto desproporcionado a la mitad superior de su cuerpo y gruesas cejas arrugadas en una perpetua mueca de disgusto.

Cómo no iba a recordar al ama de llaves, con sus modales desdeñosos y sus crueles miradas que la noche anterior la habían hecho sentir como una rata de alcantarilla. Jamás olvidaría su último comentario antes de despedirse hasta la mañana siguiente:

-Y no se te ocurra levantarte a robar, pues sabremos quién ha sido.

Era difícil tolerar semejante humillación, cuando una no había sufrido nada similar al desprecio en toda su vida, pero Kelsey comprendió que debería acostumbrarse a esa clase de tratamiento. Tendría que proteger sus sentimientos con una coraza para que en el futuro no pudieran avergonzarla ni herirla de esa manera.

Kelsey deseó que el ama de llaves se diera prisa y la dejara en paz. Pero la mujer seguía hablando sola, como si no se hubiera percatado de que la joven estaba despierta. Sin embargo, cuando prestó atención a los comentarios de la mujer, comprobó que en realidad se dirigía a ella.

-Todo por fiarme de la opinión de Hanley. Pero ¿qué sabe él de estas cosas? Dijo que el señor había traído una zorra a casa, y yo le creí. Aunque es culpa mía. Lo sé y lo admito. Debería haberla mirado mejor. Se nota en las facciones, ¿sabe? Las facciones no engañan,y usted las tiene.

-Le ruego me disculpe, pero no la comprendo.

-¿Lo ve? Debería haberme rogado que la disculpara anoche, mi lady, y yo me habría percatado de inmediato que esta habitación no era digna de usted. Fue por el vestido, ¿sabe? Y, como he dicho antes, mi vista ya no es lo que era.

Kelsey se puso en guardia y se sentó en la cama. La noche anterior ni siquiera había notado que fuera tan incómoda. Caray, aquella mujer se estaba disculpando. De ahí tanta cháchara. Por algún motivo, había llegado a la conclusión de que había cometido un error al clasificar a Kelsey como una rata de alcantarilla. ¿Y qué iba a hacer ella al respecto? No quería que nadie la tomara por una dama.

Guardaría silencio. Dejaría que el ama de llaves pensara lo que quisiera. Al fin y al cabo, no iba a permanecer en esa casa, así que no tendría que verla a diario Pero cabía la posibilidad de que el sentimiento de culpa de la señora Hershal la indujera a disculparse también ante el señor Derek, y eso era lo último que deseaba Kelsey.

De modo que esbozó una sonrisa tímida y dijo:

-No es lo que usted cree, señora Hershal. No se equivoca al pensar que ese vestido no es mío y le aseguro que me alegraré de no volver a verlo. Pero tampoco soy una dama.

-¿Cómo explica entonces...?

Kelsey se apresuró a interrumpirla:

-Mi madre era institutriz y no tuvimos una vida difícil. Trabajó para la misma familia durante casi toda mi vida, y yo me crié en una casa tan bonita como ésta. Incluso tuve el privilegio de compartir los mismos tutores que las pupilas de mi madre, razón que le ha inducido a tomarme por quien no soy. Créame, no es la primera vez que mi forma de hablar provoca un malentendido.

La mentira se volvía más fácil con la repetición, pero la señora Hershal la miraba con expresión dubitativa y estudiaba la cara de Kelsey como si la verdad estuviera escrita en ella. De hecho, eso era precisamente lo que estaba pensando.

-Eso no explica sus facciones, mi lady. Tiene usted los rasgos distinguidos de las clases altas.

Kelsey reflexionó un instante y dijo lo primero que le vino a la cabeza:

-Bueno, lo cierto es que nunca conocí a mi padre. -Y no necesitó fingir el rubor que provocó esa mentira.

-Ah, conque es ilegítima, ¿eh? -replicó la señora Hershal con aire pensativo, aparentemente satisfecha con una respuesta tan lógica. Luego añadió con tono comprensivo-: En fin, hay muchos casos como el suyo. Incluso lord Derek, que Dios le bendiga, ha sido fruto de una cana al aire. Claro que su padre, el marqués, lo reconoció y lo nombró su heredero, por eso lo aceptan en sociedad. Pero no siempre fue así. De niño tuvo muchas peleas, se lo aseguro, pues los jóvenes son muy crueles. Así hasta que hizo buenas migas con el vizconde Edén en el colegio.

La historia de Derek, el amigo de Jeremy, tomó por sorpresa a Kelsey, que no supo qué decir. Su condición de hijo ilegítimo no era de su incumbencia, desde luego, pero como acababa de inventarse un pasado similar, supuso que debía fingir cierto grado de comprensión.

-Sí. Sé muy bien de qué me habla.

-Desde luego que sí, señorita. Desde luego que sí.

Kelsey se tranquilizó al oír que la señora Hershal había reemplazado el tratamiento de «mi lady» por el de «señorita». El ama de llaves no se le antojaba tan amenazadora ahora que comprendía que no se había equivocado tanto, y no le crearía problemas.

La mujer sacó rápidamente sus propias conclusiones.

-Por lo visto ha tenido problemas y el señor Derek se ha ofrecido a ayudarla.

Hubiera sido muy sencillo responder con una escueta afirmación y dejar correr el asunto, pero el ama de llaves era demasiado curiosa para conformarse con esa respuesta.

-¿Hace mucho tiempo que conoce al señor?

-No, en absoluto. Yo estaba... perdida, ¿sabe? No conozco la ciudad. Acababa de llegar, y aunque tuve la suerte de encontrar un buen alojamiento, también tuve la desgracia de que el edificio donde me alojé se incendiara la noche pasada. Por eso llevaba ese vestido. Alguien me lo dejó antes de que pudiera recuperar mi maleta. Lord Derek pasaba por allí, vio el humo y se detuvo a ayudar. Kelsey, que había improvisado la historia a medida que la contaba, se sintió bastante orgullosa de haber inventado un incendio que explicara al mismo tiempo su vestuario y su presencia allí. El ama de llaves hizo un gesto de aprobación.

-Sí, el señor Derek tiene un gran corazón. Recuerdo que una vez…

Unos golpes en la puerta interrumpieron la anécdota. Una joven criada asomó la cabeza y dijo:

-El coche del señor está esperando.

-¡Cielos! ¿Tan temprano? -dijo la señora Hershal mientras despedía a la criada con un ademán expeditivo. Luego miró a Kelsey-. Bien, parece que no tendré tiempo de plancharle el vestido. Aunque creo que he alisado la mayor parte de las arrugas. La dejaré sola para que se arregle. Tampoco tendrá tiempo para desayunar, así que ordenaré a la cocinera que le prepare una cesta.

-No es nece... -comenzó Kelsey, pero la mujer ya se había marchado.

Kelsey suspiró. Esperaba que la mentira que acababa de contar no tuviera consecuencias. En realidad no importaba, ya que no permanecería en esa casa. Pero no le gustaba mentir, y tampoco lo hacía bien, pues le faltaba práctica. Tanto ella como Jean habían sido educadas en el más escrupuloso respeto a la verdad, y ninguna de las dos había faltado a esa norma... hasta ahora.

El té se había enfriado, pero aun así apuró una taza antes de lavarse y vestirse a toda prisa. Pensó en dejar el vestido rojo, pero recordó lo que May le había dicho en casa de Lonny: que siempre debía lucir prendas provocativas para su amante. Y no tenía ninguna otra prenda que pudiera calificarse de provocativa. Aunque a ella el vestido le pareciera de pésimo gusto, era evidente que los hombres no compartían su opinión; de lo contrario, las pujas no habrían subido tanto.

Sin embargo, si volvía a usarlo sería sólo por la noche y en la intimidad. Por el momento, se pondría el vestido de lana beige que le había preparado la señora Hershal y que combinaba con su chaquetilla. Cielos, era un alivio vestir decentemente otra vez, aun sabiendo que la «decencia» ya no iba a formar parte de su futuro.

Cuando bajó las escaleras, descubrió que en lugar de Jeremy era lord Derek quien la esperaba en el vestíbulo. Impaciente, se golpeaba un muslo con un par de guantes. A la luz del día tenía un aspecto diferente, aunque no menos apuesto.

En efecto, la radiante luz del vestíbulo permitía apreciar en su justa medida todo su atractivo, desde el cuerpo alto y delgado, hasta la cara de rasgos finos y... sí, sus ojos eran color avellana, no verdes como ella había creído.

Y en aquel momento la miraban con expresión crítica, creando la impresión de que no daban crédito a su recatado atuendo. Cosa muy natural. Después de todo, no podía prever que Kelsey apareciera vestida como una dama. Sin embargo, no era él a quien la joven debía impresionar o seducir, de modo que restó importancia al asunto.

Cuando la criada había anunciado que «el señor la esperaba», Kelsey había dado por sentado que Jeremy había acudido a recogerla, pero el joven no estaba a la vista. Claro que era probable que la aguardara en el coche.

-Confío en que hayas dormido bien -dijo Derek con un tono ligeramente escéptico, como si en realidad no lo creyera posible.

-Sí, muy bien.

Ella misma se soprendía de que se hubiese quedado dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada. El miedo y el nerviosismo del día anterior habían acabado por agotarla.

-Creo que esto es para ti.

No había reparado en la cesta que Derek sujetaba en una mano, parcialmente oculta tras su cuerpo. Asintió con un gesto. Esperaba que la señora Hershal no se la hubiera entregado en persona o que, en caso afirmativo, no hubiera hecho ningún comentario. Pero no caería esa breva...

-Así que se me atribuye una buena acción que yo ni siquiera recuerdo.

Kelsey se ruborizó. La habían pillado en una mentira.

-Lo siento, pero esta mañana su ama de llaves me apremió con sus preguntas, y supuse que no querría que supiera la verdad.

-Tienes razón, no es asunto suyo. ¿De verdad has dormido bien?

Le sorprendió que volviera a preguntárselo, y una vez más con tono de incredulidad.

-Sí. Por lo visto estaba exhausta. Ayer fue un día agotador.

-¿De veras? -Su desconfianza era inconfundible, pero sonrió-. Bueno, esperemos que hoy sea mejor. ¿Nos vamos? -Señaló la puerta.

Kelsey suspiró y asintió. Aquel hombre se comportaba de una forma harto extraña, pero eso le tenía sin cuidado. Quizá no hubiera motivo para extrañarse y él fuera una persona naturalmente escéptica. Pero qué más daba, ya que probablemente no volviera a verlo en el futuro.

La ayudó a subir al coche, y cuando le cogió la mano, Kelsey volvió a sentirse turbada. Sin embargo, no fue ésa la causa de que arrugara la frente mientras Derek se acomodaba a su lado, sino descubrir que el coche estaba vacío.

No pospuso la pregunta:

-¿Ahora recogeremos a su amigo Jeremy?

-¿Jeremy?

La perplejidad de Derek molestó a Kelsey y se sumó a su propia perplejidad, pero repitió con calma:

-Si, Jeremy. ¿Lo recogeremos esta mañana?

-¿Para qué? -replicó él-. No necesitamos su compañia en el viaje a Bridgewater. -Entonces sonrió, y Kelsey habría jurado que sus ojos eran verdes otra vez-. Además, ésta es la ocasión perfecta para que nos conozcamos mejor. No puedo esperar un minuto más.

Antes de que Kelsey se diera cuenta, la cogió en brazos y la sentó en su regazo. Pero la reacción de la joven no se hizo esperar. Apenas Derek le hubo rozado los labios con los suyos, le dio una bofetada. Él la miró con desconcierto. Y ella le devolvió una mirada de indignación.

Entonces, mientras la dejaba caer otra vez sobre el asiento, Derek dijo con brusquedad:

-No sé si debería pedirle perdón, señorita Langton. Pero teniendo en cuenta el agujero que ayer dejó en mi bolsillo por el uso exclusivo de su dulce personita, creo que me debe una explicación. ¿O acaso se ha creído que soy uno de los pocos y selectos parroquianos de Lonny a los que les gusta combinar sexo con violencia? Porque le aseguro que no es el caso.

La boca de Kelsey se abrió de asombro al tiempo que sus mejillas se encendían de rubor. La había comprado *Derek*, no Jeremy. Y ella había empezado la relación con una bofetada.

-Puedo... puedo explicárselo -dlijo con un nudo en el estómago.

-Eso espero, querida, porque de lo contrario pediré que me devuelvan el dinero.

9

Kelsey se sentía consternada. No sabía cómo explicar lo que acababa de hacer. Y no lo sabía porque no podía pensar con claridad bajo la severa mirada de Derek. Lo único que tenía claro era que él la había comprado. Él, el hombre que tanto la turbaba. El que menos esperaba.

Y ahora comprendía por qué no había deseado que fuera él. La turbaba tanto que no podía pensar.

-Estoy esperando, señorita Langton.

¿Esperando qué? ¿Qué? Ah, sí, que le explicara por qué lo había abofeteado.

-Usted me sobresaltó -respondió.

-¿La sobresalté?

-Sí. No esperaba que me atacara de ese modo.

-¿Atacarla?

Kelsey se encogió ante el tono de su voz. Estaba hecha un lío. ¿Cómo hacerle comprender lo ocurrido sin admitir su necedad? ¿Por qué no había preguntado quién la había comprado en un primer momento? Debería haberlo hecho. Aunque, en honor a la verdad, alguien tendría que habérselo dicho. No podía adivinarlo.

-He escogido mal las palabras -concedió-. Pero no estoy acostumbrada a que un hombre me siente en su regazo y... en fin, como ya he dicho me sobresalté y reaccioné sin pensar...

No había terminado. Él seguía mirándola ceñudo y se había quedado sin excusas. No tenía otro remedio que confesar la verdad.

-Muy bien, si quiere saberlo, ayer no alcancé a ver cuál de ustedes tres había pujado por mí. Sólo oí el nombre de lord Malory, y cuando alguien llamó de ese modo a Jeremy creí...

-¡Caray! ¿Creíste que te había comprado mi primo? -No podía ocultar su sorpresa. Kelsey volvió a sonrojarse y asintió con un gesto-. ¿Incluso después de que te llevara a mi casa? -Quería aclarar ese punto.

Kelsey volvió a asentir con la cabeza. Aunque esta vez añadió:

-Usted dijo que era un arreglo temporal. Teniendo en cuenta la edad de Jeremy, supuse que todavía viviría con sus padres y que le habría pedido que me alojara por una noche. ¿Por qué, si no, iba a preguntar si lo recogeríamos esta mañana?

La sonrisa de él la confundió aún más.

-En realidad, querida, comenzaba a temer que te hubieras quedado prendada de ese bribón. No sería la primera vez. Pese a su corta edad, suele despertar ardores entre las mujeres.

-Sí, es inusualmente apuesto -concedió ella, aunque enseguida se arrepintió de sus palabras. La sonrisa de Derek se desvaneció.

-Supongo que te sentirás decepcionada ahora que sabes que debes quedarte conmigo, ¿no?

Fue una pregunta desafortunada. La verdad estaba escrita en la cara de Kelsey, aunque mintiera para tranquilizarlo:

-No, claro que no.

La expresión de Derek proclamaba que no la creía, pero ella no quiso complicar las cosas con explicaciones. La belleza de Jeremy la había impresionado, pero este caballero le despertaba sensaciones que no alcanzaba a comprender. Había supuesto que con Jeremy todo sería bastante simple. Y estaba convencida de que nada sería simple con este hombre. Era natural entonces que prefiriera quedarse con Jeremy. pues daba por sentado que la relación con él no seria tan complicada.

Cuando Derek no respondió y siguió mirándola con expresión dubitativa, Kelsey se defendió diciendo.

-Lord Malory. puedo asegurarle que lo encuentro infinitamente superior a los otros dos caballeros que pujaron por mí. Sin embargo, nunca sospeché que mis preferencias tuvieran alguna relevancia en una transacción de esta naturaleza. Nadie me preguntó si usted me gustaba. Eso no entraba en los términos del contrato. ¿Acaso hubiera querido que fuera así?

Derek sonrió al ver volverse las tornas, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos. Y su tono fue ciertamente seco cuando respondió:

-Buena respuesta, querida. Quizá debiéramos volver a empezar. Acércate; procuraré hacerte olvidar que no es Jeremy quien está sentado aquí. Y tu procurarás hacerme creer que lo has olvidado.

Kelsey miró la mano tendida. No podía rechazarla. Pero su estómago volvía a contraerse con extrañas sensaciones, y cuando por fin cogió la mano, la corriente ascendió con tal intensidad por su cuerpo que casi dio un respingo.

-Mucho mejor -dijo Derek mientras volvía a sentarla en su regazo.

Kelsey esperó el beso con las mejillas ardientes. Pero él no la besó. La movió ligeramente hacia un lado. luego hacia el otro, y cuando sus brazos la rodearon por fin, lo oyó suspirar.

-Tranquilízate, querida -dijo con leve sarcasmo-. Apoya la cabeza donde quieras. Creo que me limitaré a abrazarte durante un rato para que te acostumbres.

Kelsey se sorprendió, pero parte de la tensión se desvaneció al oírlo.

-¿No peso demasiado?

-En absoluto -respondió él con una risita.

El coche continuó traqueteando por las calles de la ciudad, que a esas horas de la mañana estaba congestionada de carros, coches y ciudadanos de camino al trabajo. Cuando llegaron a las afueras, Kelsey estaba ya lo bastante tranquila para apoyar la cabeza en el pecho de él. Entonces Derek le acarició la cabeza, rozándole la cara con el pulgar, cosa que no disgustó en absoluto a la joven. Despedía una fragancia agradable, fresca y especiada, que también le gustó.

-¿Cuánto tardaremos en llegar a Bridgewater? -preguntó tras una pausa.

-Como nos detendremos a comer por el camino, es muy probable que el viaje dure todo el día.

-¿Y qué hay en Bridgewater?

-Tengo una finca cerca de allí. Pensaba ir en estos días. En las proximidades hay una cabaña deshabitada en estos momentos y donde espero te encuentres cómoda durante un par de semanas, mientras busco un sitio apropiado para ti en Londres.

-Estoy segura de que estaré a gusto.

Guardaron silencio durante la hora siguiente. Kelsey estaba cómoda, abrigada y a punto de quedarse dormida cuando oyó:

-¿Kelsey?

-¿Mmmm?

-¿Por qué permitiste que te vendieran?

-Era la única manera de... -comenzó, pero se detuvo súbitamente. Tan tranquila y segura se sentía que había estado a punto de confesar la verdad. Pero se apresuró a corregir su error-. Si no le importa, preteriría no hablar de ese tema.

Él le levantó la barbilla y la miró a los ojos. Definitivamente, los de él eran verdes, llenos de curiosidad y de algo más que no atinaba a precisar.

-Aceptaré esa respuesta por el momento, cariño, pero no sé si podrás conformarme con ella la próxima vez -dijo con dulzura.

Entonces inclinó la cabeza y le rozó los labios con los suyos. No fue un gesto amenazador ni alarmante, apenas una suave caricia. Kelsey suspiró, aliviada. No había estado tan mal, y desde luego no parecía haber motivos para asustarse.

En Kettering la habían cortejado varios jóvenes, pero ninguno se había atrevido a besarla. Como correspondía, su madre no les quitaba los ojos de encima. Pero ese beso había

sido muy agradable. Ahora no veía la razón para que los padres privaran a sus hijas de aquel recreo.

El pulgar de Derek seguía acariciándole la mejilla. Sin embargo, después de unos instantes se desplazó a la comisura de la boca y se abrió paso con suavidad entre los labios entornados. Enseguida su lengua recorrió los labios, abriéndolos más, luego los dientes y por fin mas allá.

Esto no era en absoluto reconfortante. De hecho, sintió una rebelión de curiosas sensaciones en las entrañas, pero a medida que el beso se prolongaba, Kelsey comprendió que esas sensaciones no eran desagradables. Ni mucho menos. Nunca había experimentado nada igual.

Procuró recordar los consejos de May: «No te quedes inmóvil como una manta empapada. Acarícialo siempre que se presente la ocasión. Hazle creer que lo deseas constantemente, tanto si es verdad como si no.»

Kelsey no sabía cómo hacerle creer a Derek que lo deseaba. Pero quizá bastara con acariciarlo... siempre que pudiera olvidar sus propias sensaciones y concentrarse en lo que debía hacer. Le tocó la mejilla y deslizó los dedos entre su pelo, suave y fresco comparado con la calidez de su boca...

Su boca. Estaba obrando magia en la de ella, impidiéndole concentrarse en lo que hacía. Le asía el pelo casi sin darse cuenta, mientras los dedos de la otra mano se hundían en su espalda, tirando de él, como si fuera posible acercarlo aún más de lo que ya estaba. Y tenia tanto calor que temió perder el conocimiento.

Pero la boca de Derek abandonó la suya repentinamente. Kelsey creyó oír un gemido, aunque no habría podido asegurar de qué boca procedía.

Entonces, antes de que acabara de despenar de su ensueño y abriera los ojos, le oyó decir con voz crispada:

-Muy bien, creo que no ha sido una buena idea.

No entendió el sentido de las palabras, pero él volvió a dejarla sobre el asiento y sus manos se apartaron rápidamente de su cuerpo, así que dio por sentado que su peso tendría algo que ver. Apenas se atrevía a mirarlo mientras se esforzaba por recuperar la compostura y luchaba contra el rubor que le teñía las mejillas.

Cuando por fin alzó la vista, advirtió que Derek tampoco parecía sereno. Se aflojaba el corbatín y se removía en el asiento, como si sus uñas se hubieran quedado enganchadas en la tapicería de terciopelo.

Cuando sus miradas se encontraron, el joven pareció advertir su confusión y procuró explicarse:

-Kelsey, cuando decida hacerte el amor, lo haremos en una cama, como corresponde, y no dando tumbos en un coche en marcha.

-¿Estábamos a punto de hacer el amor?

-Sí, sin lugar a dudas.

-Comprendo.

Pero no lo comprendía. Estaban completamente vestidos. May le había explicado con tono burlón que algunos hombres hacían el amor a sus mujeres en la oscuridad y sin quitarse la ropa de noche, pero para hacerlo con sus amantes siempre se desnudaban.

Sin embargo, supuso que debía dar crédito a las palabras de Derek y convenir que, en este caso, habían estado a punto de hacer el amor. Sólo esperaba que los consejos y advertencias que había recibido le sirvieran de algo cuando por fin llegara el momento. Mientras tanto, todo se le antojaba demasiado confuso.

10

Se detuvieron en Newbury para almorzar en una modesta posada que Derek frecuentaba desde que había heredado la propiedad de Bridgewater. Sabia que el sitio era más limpio que la mayoría y que la comida era excelente. Más aún, ofrecían un comedor privado a aquellos que no querían codearse con los parroquianos Era un servicio bastante caro como para que solo pudieran disfrutarlo las clases acomodadas, y puesto que Derek aún no conocía las costumbres de Kelsey, no quería arriesgarse a descubrir que carecía de buenos modales a la vista de todos los comensales.

Sin embargo, los modales de la joven eran impecables. No tendría que temer que lo avergonzara si por casualidad comían con otros conocidos. Y no veía razón para mantenerla escondida cuando se mudaran a Londres. A fin de cuentas, en la ciudad había muchos sitios donde uno podía llevar a una amante sin correr el riesgo de encontrarse con señoras que se sentirían agraviadas por la presencia de alguien de la clase y la profesión de Kelsey.

En el coche la había estudiado durante largo rato sin que ella lo advirtiera. Sentada con recato y decoro y vestida con ropa que, sin ser cara, era perfectamente adecuada para una dama, bien podría haber pasado por la hija de un duque.

Su ropa le había sorprendido. Incluso a esa hora de la mañana, no esperaba verla con un atuendo tan insólito para una amante. Si eso era lo mejor que había encontrado en su maleta, tendría que comprarle algo más apropiado.

También le desconcertaba su forma de hablar. Su dicción era mejor que la de muchas personas de clase alta que, como él, tendían a chapucear las frases. Pero Kelsey a la luz del día era una revelación. Mucho más bonita que la noche anterior, cuando parecía tan rígida y aturdida a causa de los nervios. Tenía un cutis impecable, de un suave tono crema que hacía que su rubor resultara aún más atractivo. Sus cejas finas y arqueadas realzaban unos ojos almendrados que parecían incluso más grandes gracias a las tupidas pestañas negras que los delineaban. Los pómulos prominentes eran el marco ideal para una nariz pequeña y una barbilla delicada.

Su cabello negro era naturalmente rizado, de modo que necesitaba pocos arreglos para parecer bien peinado. Lo llevaba recogido en una trenza por encima de la cabeza, y las finas y delicadas ondas que caían junto a las orejas le favorecían mucho. Y esos ojos, del más claro tono de gris, tan expresivos cuando se llenaban de inocencia, enfado o simple confusión. Tendría que descubrir cuánto de lo que veía en ellos era verdad, y cuánto un astuto artificio.

La encontraba fascinante; de eso no cabía duda. La noche anterior había tardado siglos en conciliar el sueño sabiendo que estaba bajo el mismo techo, mientras que ella había dormido como un ángel. Eso le había molestado. La joven no había permanecido despierta, esperando su visita, porque ignoraba que estaba en la casa del hombre que la había comprado. Había pensado que ese hombre era Jeremy.

Derek aún no comprendía su propia reacción ante el malentendido. Apenas conocía a esa chica. El solo hecho de haberla comprado no justificaba sus celos... al menos por el momento. ¿Y celos de Jeremy?

Claro que su primo no había disimulado su deseo de comprarla. Y ella había reconocido que lo encontraba apuesto. Naturalmente, si hubiera dicho lo contrario jamás la habría creído. Todas las mujeres encontraban a Jeremy excepcionalmente atractivo. Y desde luego no se había dejado engañar cuando ella había asegurado que lo prefería a él. Era más que evidente que mentía.

Pero no debía preocuparse por esas cosas. Al fin y al cabo, no tenía el menor deseo de que se enamorara de él y empezara a fantasear con un hogar e hijos propios. Ningún hombre quería una cosa así de su amante. Y ahora, después de lo que había pasado en el coche, sabía que la deseaba con todo su ser.

La falta de sutileza de la chica se había sumado a su propia pasión para formar una extraña mezcla que había desbordado su deseo. Todavía no podía creer cuánto la había deseado en el coche y cuánto tiempo había necesitado para recuperar la compostura.

Lujuria. Debía reconocer que era el sentimiento más idóneo y conveniente que uno podía abrigar por una amante, de modo que no estaba disgustado. Puede que Kelsey hubiera preferido a Jeremy en lugar de a él, pero su reacción había sido más que satisfactoria.

Todavía absorto en los mismos pensamientos, cuando acabaron de comer Derek señaló, aunque más para sí que para ella:

-Estoy tentado de alquilar una habitación aquí mismo; vaya si lo estoy. Pero tengo la impresión de que la primera vez que hagamos el amor tardaremos varias horas, y en tal caso llegaríamos demasiado tarde a Bridgewater... ¿Por qué te sonrojas?

-No estoy acostumbrada a esta clase de conversacíon.

Derek rió. Su fingida inocencia le resultaba divertida. Se preguntaba cómo pensaba mantener la farsa cuando por fin llegara el momento decisivo. Pero lo descubriría esa misma noche, ¿no? Y esa perspectiva lo hacía muy feliz.

-No te preocupes, querida. Pronto te acostumbrarás.

-Eso espero -respondió ella-. De lo contrario necesitaré aligerarme de ropa. Estos rubores constantes me dan calor.

Derek soltó una carcajada.

-Pues yo esperaba ocuparme de ese detalle.

-¿Lo ve? -dijo ella mientras se abanicaba con la mano la cara nuevamente encendida-. Estoy pasando tanto calor como si estuviéramos en verano.

-Supongo que cuando llegue el verano será difícil hacerte ruborizar -respondió Derek, aunque sospechaba que nada cambiaría puesto que la joven parecía capaz de sonrojarse a voluntad. Sin embargo, no tenía intenciones de terminar con una farsa que por el momento le resultaba divertida-. Ahora será mejor que nos vayamos antes de que cambie de idea y alquile una habitación.

Lo cierto es que la chica no brincó de la silla y corrió hacia la puerta, pero estaba claro que luchaba contra su deseo de hacer exactamente eso. Derek cabeceó mientras la seguía hacia la puerta. Extraña muchacha. Si hubiera podido dar crédito a las apariencias, se habría sentido verdaderamente confundido. Pero había conocido demasiadas mujeres sofisticadas para saber que todo formaba parte del juego de seducción: esos pequeños artificios estaban destinados a divertir a los hombres, más que a engañarlos o a crear una falsa impresión.

Faltaba quizá una hora para que se pusiera el sol cuando llegaron a la cabaña para campesinos de la finca de Derek. La casa tenía una habitación con una cocina en un extremo, una mesa en el centro y una pequeña zona en el otro extremo que, a juzgar por la presencia de un canapé grande y mullido, debía de hacer las veces de sala de estar, en el fondo había un dormitorio y un minúsculo cuarto de baño con una tina redonda en lugar de una bañera. Allí no habían llegado los adelantos de la vida moderna.

Los escasos muebles cubiertos de polvo atestiguaban que el lugar había estado deshabitado durante mucho tiempo. Había unas cuantas ollas colgadas de la pared encima del fregadero, una mesa pequeña con dos sillas, el amplio canapé cubierto con una manta y, en la alcoba, una sola cama sin sábanas. Tampoco había armario. Pero la cabaña estaba en buen estado; la madera de las paredes no estaba podrida ni había grietas que dejaran pasar el aire. Con una buena limpieza y unos cuantos artículos básicos quedaría acogedora.

Tras echar un vistazo al lugar, Derek fue a buscar leña a un cobertizo situado detrás de la casa y encendió el fuego. Cuando terminó, se sacudió el polvo de las manos y se volvió hacia Kelsey.

-Tengo que ir a la casa para avisar que he llegado -dijo-. Preferiría que nadie supiera quién eres y qué haces aquí, así que cuanto menos te dejes ver, mejor. Nunca he traído a una mujer a este sitio, ¿sabes? Si te vieran, te convertirías en la comidilla de los criados y la noticia llegaría pronto a oídos de mi padre, cosa que preferiría evitar. Pero haré que te traigan

sábanas y algunas otras cosas esenciales y regresaré pronto. ¿No te importa quedarte sola un rato?

-Claro que no -respondió Kelsey.

Derek la obsequió con una amplia sonrisa, aparentemente complacido al ver que ella no se quejaba de las condiciones del lugar.

-Estupendo. Y quizá podríamos cenar en el pueblo cuando regrese. Está a apenas un kilómetro y medio de aquí y creo recordar que hay algunas fondas excelentes. -Mientras hablaba se acercó a Kelsey, que estaba sentada a la mesa, y se inclinó para besarla brevemente en los labios-. No veo la hora de que llegue esta noche, querida. Y espero que compartas mi impaciencia.

Kelsey se ruborizó otra vez, pero Derek ya no estaba allí para verlo. Cuando la puerta se cerró tras él, la joven suspiró. ¿Esta noche? No. No estaba impaciente. Para evitar pensar en ello, decidió adecentar un poco el lugar. Descubrió un par de cajas en el cobertizo del fondo: una estaba llena de platos rotos y en la otra había trapos y un cubo.

Usó los trapos para quitar el polvo de los exiguos muebles y para limpiar las ventanas y los armarios vacíos de la cocina. Pero no podía hacer mucho más sin jabón y sin escoba. De modo que poco después se sentó a esperar la llegada de Derek y de las cosas necesarias para convertir la cabana en un lugar habitable.

Sin embargo, pronto anocheció y el cansancio de un largo día de trajín le pasó factura. En el coche, Kelsey se había sentido más cómoda durante los breves momentos que había permanecido sentada sobre el regazo de Derek que durante el tiempo que había estado frente a él, bajo su atenta mirada que parecía querer leer sus pensamientos. Había sido una experiencia agotadora. Así que antes de que llegara nadie se durmió en el canapé, abrigada por la manta y el calor del fuego.

11

Kelsey no supo qué pensar a la mañana siguiente, cuando despertó y encontró la cabaña en el mismo estado que la noche anterior. Por lo visto, Derek no había regresado, o si lo había hecho, no se había molestado en despertarla. Pero era evidente que no se había quedado, pues no estaba allí en esos momentos. Como tampoco los enseres que había prometido.

Aquel imprevisto la mantuvo en ascuas durante horas, preguntándose por el motivo de aquel cambio de planes. No se le ocurría nada. Lo único que podía hacer era esperar. La noche anterior Derek había dejado claro que no quería que ella fuera a la casa, así que ni siquiera podía ir a buscarlo para averiguar qué ocurría.

Por fortuna tenía el cesto que le había preparado la señora Hershal y que no había tocado el día anterior. Estaba hambrienta. En el interior encontró un plato con cuatro bollos envueltos en un paño de cocina, un bote de mermelada y un cuchillo.

Los bollos, que ya estaban duros, bien habrían podido reemplazar el desayuno del día anterior, pero hoy, y teniendo en cuenta que la noche pasada tampoco había cenado, sólo consiguieron contentar su estómago durante unas horas, y Kelsey deseó haber dormido más en lugar de despertarse con las primeras luces del alba que se filtraban a través de las ventanas sin cortinas.

A mediodía estaba demasiado preocupada para hacer caso de la advertencia de Derek sobre los posibles rumores que despertaría su presencia. Ya no le importaba lo que hubiera pensado enviarle; era la comida lo que más le preocupaba, y también la falta de recursos para conseguirla. Derek no le había dejado dinero ni un medio de transporte. Si no regresaba pronto, tendría serios problemas. La clase de problemas que la habían empujado a venderse como amante.

Pero, naturalmente, Derek regresaría. No le cabía la menor duda. El problema era cuándo. Por lo visto había olvidado que no había alimentos en la cabaña. Por la tarde, al ver que el caballero no volvía, el hambre empujó a Kelsey a desobedecer sus órdenes. No podía hacer otra cosa. Tenía que encontrarlo.

Pero en cuanto abrió la puerta encontró su carta. Estaba metida en la rendija de la puerta y cayó al suelo cuando la joven se disponía a salir. Desde luego, Kelsey no sabía de quién era hasta que rasgó el sobre y la leyó:

Querida Kelsey:

Nada más entrar en la casa un mensajero de mi padre se abalanzó sobre mí. Al parecer, requieren mi presencia en Haverston con suma urgencia, lo que significa que debería haber estado allí ayer. No quiero perder un solo minuto, por eso envío esta nota en lugar de acudir en persona.

Ignoro por qué me han enviado a buscar, pero debería estar de vuelta en un par de días. Si no fuera así, te lo haré saber. Confío en que te encuentres cómoda hasta que volvamos a vernos. Hasta entonces... Saludos cordiales,

DEREK.

¿Confiaba en que estaría cómoda durante un par de días? ¿Cuándo se había marchado con tanta prisa que había olvidado enviarle las cosas más imprescindibles para adecentar la cabana? ¿Cuánto tiempo tardaría en caer en la cuenta de que no había hecho los arreglos necesarios y en tomar medidas al respecto? Estaba preocupado por la llamada de su padre y sin duda pensaría más en eso que en ella. Podrían pasar días...

¡Qué desconsideración! ¡Qué negligencia! Kelsey estaba ya tan hambrienta que perdió la cabeza y arrojó la carta al fuego, donde le habría gustado arrojar al propio Derek Malory.

Tardó casi media hora en localizar la casa, que era la más grande de la zona. No era simplemente una casa de campo, como había supuesto Kelsey, sino una auténtica finca, con cuadras, huertos y un ejército de criados.

Pidió hablar con el ama de llaves y le explicó que lord Malory le había alquilado la cabaña para unas breves vacaciones y que había prometido que estaría correctamente amueblada y bien provista de alimentos, cosa que no había resultado así. Un pequeño problema, fácil de resolver. O al menos eso esperaba. Pero el ama de llaves no se lo puso tan fácil.

-Yo no me ocupo de los arrendatarios de lord Jason... quiero decir lord Derek, señorita. Bastante tengo ya con atender esta enorme finca, considerando la poca ayuda con la que cuento. El capataz de lord Derek se ocupa de los inquilinos. Lo enviaré a la cabaña en cuanto regrese, al final de la semana. Estoy segura de que él solucionará sus problemas.

-No me ha entendido -dijo Kelsey y procuró explicarse mejor-: Ya he pagado por el uso de la cabaña, y no he traído más que la ropa imprescindible para mi estancia aquí porque me aseguraron que en la cabaña habría comida, ropa de cama y todo lo necesario.

El ama de llaves arrugó el entrecejo.

-Entonces permítame ver su contrato de arrendamiento. Yo debo responder por todo lo que sale de esta casa, incluida la comida. No puedo darle nada sin instrucciones expresas del señor, y él no me dio ninguna cuando estuvo aquí anoche.

Naturalmente, no había ningún contrato de arrendamiento. Y la única prueba que tenía Kelsey de que conocía siquiera a Derek era la carta que había arrojado al fuego.

Razón por la cual, se vio forzada a decir:

-No se preocupe. Pediré crédito en Bridgewater, si usted me indica cómo llegar allí.

-Desde luego, señorita -dijo el ama de llaves, nuevamente amable ahora que sabía que no tendría que sacar nada de su despensa-. Llegará allí por el camino del este. -Señaló en esa dirección.

Kelsey se alejó de la finca sintiéndose mortificada. Si no hubiera mentido acerca del alquiler de la cabaña, quizá habría obtenido la ayuda que necesitaba. Pero había querido guardar su relación con Derek en secreto, tal como él deseaba, y ésa era su recompensa: un ama de llaves suspicaz, que ni siquiera le había ofrecido una taza de té con pastas.

Regresó a la cabaña aún más descorazonada y hambrienta. No tenía forma de conseguir crédito en el pueblo, desde luego. Se imaginó a sí misma pidiendo un préstamo en su condición de amante de lord Malory. El banquero se reiría de ella y la pondría de patitas en la calle.

Pero al menos le quedaba algún objeto que podía vender en el pueblo para comprar comida. Tenía un reloj de bolsillo, una bonita joya con dos diamantes que le habían regalado sus padres al cumplir catorce años. También tenía aquel horrible vestido rojo. Detestaba la idea de vender el reloj, pero no tenía alternativa.

Puso el vestido en el cesto de la señora Hershal, pensando que lo necesitaría para traer la comida a su regreso, y se dispuso a emprender el largo viaje hacia el pueblo. La cabaña no reunía los requisitos mínimos para vivir en ella, pero al menos en la cocina había agua fresca en abundancia y en el cobertizo leña suficiente para mantenerse caliente. Tenía incluso un plato y un bote de mermelada.

Kelsey comenzaba a sentirse algo mejor cuando llegó a Bridgewater a última hora de la tarde. Pero el pequeño sentimiento de optimismo que albergaba no duró mucho, pues ninguno de los joyeros con quienes habló demostró el menor interés por comprar su reloj.

Ya anochecía cuando se dio por vencida y decidió probar suerte con el vestido.

La costurera, una tal señora Lafleur, estaba a punto de cerrar su tienda cuando Kelsey llegó y sacó el vestido rojo del cesto para enseñárselo. Cuando le dijo que quería venderlo fue casi como si la hubiera insultado.

-¿En *mi* tienda? -exclamó la mujer mirando el vestido como si Kelsey hubiera dejado una serpiente sobre el mostrador-. No tengo esa clase de clientela, señorita, y nunca la tendré.

-Lo siento -se vio obligada a decir Kelsey-. ¿Conoce a alguien que la tenga?

-Claro que no -gruñó la mujer-. Podría darle unas cuantas monedas por el lazo, si puede quitarlo sin estropearlo. Yo no tengo tiempo. La chica que me ayudaba se ha marchado y lady Ellen me ha encargado un vestuario nuevo para su hija, y tengo que entregarlo la semana próxima. Es mi mejor clienta y podría perderla si no termino a tiempo.

Kelsey no quería oír los problemas de esa mujer teniendo tantos en su haber, pero al menos le dieron una idea.

-Le ayudaré con el encargo de lady Ellen si me compra el vestido por cinco libras... -sugirió- y si me paga algo más, desde luego.

-¡Cinco libras! ¿Por un vestido del que sólo podré aprovechar la cinta? Le daré una libra por el lazo y terminará tres vestidos... sin ningún pago adicional.

-¿Diez libras por dos vestidos?

La mujer se escandalizó, y su cara naturalmente rubicunda se puso aún más roja.

-¡Yo no pago esa cantidad ni por un mes de trabajo!

Kelsey pasó una mano por la manga de su chaquetilla.

-Sé lo que vale la ropa de calidad, señora Lafleur. Y si usted no pagaba a su ayudante esa cantidad por mes, la estaba estafando.

Para desgracia de la joven, su estómago escogió aquel momento para proclamar su hambre con un sonoro gruñido. Al ver la reacción de la costurera, Kelsey supo que la mujer llevaba las de ganar.

Una vez más, se vio obligada a cambiar de táctica y dijo:

-Muy bien, diez libras por terminar tres vestidos. Y a propósito, soy una excelente costurera.

Ya era de noche cuando Kelsey terminó de regatear con la mujer. Pero tenía una libra en el bolsillo y la promesa de recibir otras cuatro cuando terminara los vestidos que ahora llevaba en el cesto junto con agujas, hilo y tijeras. Por fortuna, la hija de lady Ellen aún no había cumplido los diez años, así que no habría tanto que coser.

Desgraciadamente, no encontró ninguna tienda abierta y se vio obligada a comer en una posada, lo que le costó tres veces más de lo que pensaba gastar. Pero aún le quedaban algunas monedas para comprar comida a un precio normal al día siguiente. También necesitaría una vela para coser por la noche. Y al menos una olla decente, jabón y...

No había sido un día en absoluto agradable. Paradójicamente, se encontraba en la situación que quería evitar cuando había decidido venderse. Pero al menos tenía el estómago lleno. Y la esperanza de recibir más dinero cuando terminara la tarea que le habían encomendado.

Sobreviviría... al menos lo suficiente para asesinar a Derek Malory a su regreso.

12

Derek llevaba meses sin pisar su casa de Haverston. Como casi todos los jóvenes de su edad, prefería la diversión, la sofisticación y los entretenimientos que ofrecía una ciudad como Londres a la vida de campo. Las dos fincas que le habían legado todavía no eran su hogar, o no en la forma en que lo era Haverston.

Sospechaba que sus tíos -Edward, James y Anthony- compartían sus sentimientos, pues los tres se habían criado en Haverston. Su prima Regina también había vivido allí después de la muerte de sus padres. De hecho, Reggie, a quien llevaba sólo cuatro años, era como una hermana para él ya que habían crecido juntos en Haverston.

Derek había llegado en plena noche. En lugar de viajar en coche, había cogido un caballo de las cuadras para llegar antes. Y había estado tentado de despertar a su padre para preguntarle por qué lo había enviado a buscar. Pero la expresión horrorizada del mayordomo cuando le había preguntado si le importaría despertar al señor lo había convencido de que debía subir a su antigua habitación y aguardar a la mañana.

Y tras pensarlo con más tranquilidad llegó a la conclusión de que había hecho lo correcto. Al fin y al cabo, si había acudido a su casa para ver cómo el techo se derrumbaba sobre su cabeza, despertar a su padre en plena noche sólo conseguiría hacer que ese techo fuera más pesado todavía. Aunque no recordaba haber hecho nada en los últimos tiempos que justificara la ira de Jason. En realidad, no se le ocurría una sola razón para explicar su llamada.

Naturalmente, Jason Malory no necesitaba una razón para convocar a un miembro de su familia. Era el mayor de los Malory, lo que lo convertía en el cabeza de familia, y tenía la costumbre de enviar a buscar a sus parientes, en lugar de ir a verlos él mismo, ya fuera para hablar con ellos, para informarles de algún asunto... o para derrumbar el techo sobre sus cabezas. El hecho de que Derek tuviera otros planes, en este caso una hermosa mujer esperándolo en la cama, no podría haber importado menos a su padre. Cuando Jason requería la presencia de algún familiar, éste debía acudir de inmediato. Así de sencillo.

Así que Derek aguardó hasta la mañana. Pero bajó a buscar a su padre apenas una hora después del amanecer. Claro que antes se encontró con Molly. No era de extrañar. Molly siempre parecía estar al tanto de sus visitas e invariablemente lo buscaba para darle la bienvenida. Era un hábito tan arraigado que si Derek no la veía en una de sus visitas sospechaba que algo iba mal.

Molly Fletcher era una mujer madura de excepcional belleza, con cabello rubio ceniza y grandes ojos castaños. Había comenzado a trabajar en la casa como doncella y luego había ascendido gradualmente en la jerarquía de los criados hasta ocupar el puesto de honor: llevaba veinte años como ama de llaves de Haverston. En el transcurso de esos años se había esforzado mucho para mejorar su educación, tanto que había conseguido librarse del acento vulgar que Derek aún recordaba de su infancia y había adquirido una serenidad digna de una santa.

Y como todas las mujeres de la casa, desde la cocinera hasta la lavandera, Molly siempre había tratado a Derek y a Reggie con un talante maternal, aconsejándolos, regañándolos o preocupándose por ellos cuando lo consideraba oportuno.

Era una conducta natural teniendo en cuenta que ninguno de los dos niños había tenido una madre cerca cuando más la necesitaban. Jason se había casado con su esposa. Francés, precisamente para darles una madre.

Pero por desgracia las cosas no habían salido como esperaba. Lady Francés era una mujer enfermiza que se pasaba la vida tomando los baños en Bath y rara vez estaba en casa. Derek la tenía por una buena mujer, quizá un tanto nerviosa, pero lo cierto era que ningún miembro de la familia había llegado a intimar con ella.

A veces se preguntaba si el propio Jason la conocía o incluso si tenía algún interés por hacerlo. Eran una pareja extraña: Francés tan delgada, pálida y nerviosa; Jason tan corpulento, robusto y bravucón. Derek no los había visto intercambiar una sola palabra de ternura en todo el tiempo que llevaban juntos. Claro que no era asunto suyo, pero siempre había compadecido a su padre por la desafortunada unión con Francés.

Molly había aparecido silenciosamente a su espalda, mientras Derek asomaba la cabeza en el estudio vacío de su padre. Su «bienvenido a casa» le había dado un susto de muerte, pero se había vuelto hacia ella con una sonrisa amable.

-Buenos días, Molly. Supongo que no sabrás dónde está mi padre a una hora tan temprana de la mañana, ¿no?

-Claro que lo sé -respondió ella.

En realidad, Molly siempre sabía dónde estaban todos los habitantes de la casa a cualquier hora. Derek ignoraba cómo se las apañaba para saberlo, con lo grande que era la casa y el pequeño ejército de personas a su servicio, pero Molly era así. Tal vez simplemente supiera dónde debía estar cada uno, y dado que controlaba con serenidad y firmeza todas las actividades domésticas, nadie se atrevía a estar en ningún otro sitio sin mantenerla informada.

-Está en el invernadero -prosiguió-. Vigilando los rosales y rabiando porque no florecen de acuerdo con *sus* planes... O eso dice el jardinero -añadió con una sonrisa.

Derek rió. La horticultura era una de las aficiones de su padre, y se la tomaba muy a pecho. Era capaz de hacer un viaje a Italia si se enteraba de que por allí había un nuevo espécimen digno de su jardín.

-¿Y por casualidad no sabrás por qué me ha enviado a buscar?

Molly negó con la cabeza.

-¿Acaso me crees capaz de husmear en sus asuntos personales? -dijo con tono regañón. Luego le hizo un guiño cómplice y murmuró-: Pero puedo asegurarte que esta semana no ha montado en cólera por ningún asunto en particular... aparte de las rosas.

Derek sonrió, aliviado, y resistió la tentación de abrazarla... durante cinco segundos. La mujer protestó entre sus brazos y dijo:

-Eh, vamos, no querrás que los criados se hagan una falsa idea.

Derek rió y le dio una palmada en el trasero antes de alejarse por el pasillo, gritando por encima del hombro para que cualquier criado pudiera oírlo en un radio de cinco habitaciones a la redonda:

-¡Pues yo habría jurado que todo el mundo estaba al tanto de que te amo con locura, Molly! Pero si no es así, y ya que insistes, guardaré el secreto.

Las mejillas de Molly se encendieron de rubor,aunque vio marchar a aquel bribonzuelo con una sonrisa tierna y los ojos castaños llenos de un amor más grande del previsible. Pero de inmediato contuvo sus sentimientos maternales y continuó con sus obligaciones matutinas.

Tras muchos años de estar lleno hasta los topes, el invernadero había sido trasladado fuera de la casa. Situado detrás de las cuadras, era un edificio rectangular con techo de cristal, casi tan grande como la propia casa. Las dos paredes principales eran también en gran parte de cristal y estaban constantemente empañadas por la humedad producida por docenas de braseros que ardían día y noche en el interior.

Derek se quitó la chaqueta en cuanto entró. El olor a flores, tierra y fertilizantes era sofocante. Y no le resultaría fácil encontrar a su padre en un sitio tan amplio, donde casi siempre había por lo menos media docena de jardineros trabajando.

Pero finalmente localizó los rosales y a Jason Malory inclinado sobre los delicados pimpollos blancos que trasplantaba en esos momentos. A un desconocido le habría resultado difícil creer que ése fuera el marqués de Haverston, con la camisa arremangada, los antebrazos cubiertos de tierra, algún terrón en la ropa -otra camisa blanca estropeada- y una mancha de barro en la frente, adonde se había llevado la mano distraídamente para enjugarse el sudor.

Como casi todos los Malory, era corpulento, rubio y de ojos verdes. Sólo unos pocos elegidos habían heredado el cabello negro y los ojos azul cobalto de la bisabuela de Derek, por cuyas venas se decía que corría sangre gitana, aunque ni Jason ni ninguno de sus hermanos habían confirmado nunca ese rumor.

Jason estaba tan absorto en su tarea, que Derek tuvo que carraspear varias veces para anunciar su presencia. Pero cuando el grandullón se volvió por fin, su atractivo rostro se iluminó con una sonrisa y dio la impresión de que se proponía abrazar a su hijo.

Derek retrocedió un paso, alzó una mano y dijo con cara de susto:

-Si no te importa, acabo de bañarme.

Jason se miró a sí mismo y respondió:

-Comprendo. Pero me alegro mucho de verte, hijo. Ya no vienes por aquí muy a menudo.

-Y tú tampoco vas a Londres -replicó Derek.

-Es verdad.

Jason se encogió de hombros, se dirigió hacia una bomba de agua y hundió los brazos en la tina que había debajo, rodeada por docenas de regaderas. Las flores más cercanas recibieron una cuota adicional de agua cuando sacudió las manos.

-Los negocios y las bodas son los únicos motivos capaces de arrastrarme a una ciudad tan atestada de gente -añadió Jason.

-A mí me gustan las multitudes -respondió Derek.

Jason soltó un gruñido.

-Como a la mayoría de los jóvenes, te encandilan las diversiones que puedes encontrar en la ciudad. En ese aspecto has salido a mis hermanos James y Tony.

Esa observación encerraba una crítica, y a pesar de su sutileza Derek se alarmó.

-Pero ellos están casados -respondió con fingido horror-. Caray, espero no haber caído en esa trampa sin darme cuenta.

-Sabes muy bien lo que he querido decir -gruñó Jason con expresión severa.

Lo mejor de ser hijo de aquel austero y sobrio jefe de familia era que uno no tenía que refrenar el deseo de provocarlo como el resto de los parientes. Derek había aprendido de pequeño que pese a su apariencia severa, su padre era mejor ladrador que mordedor, al menos cuando se trataba de su hijo.

Derek sonrió. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que James y Anthony Malory habían sido los picaros más célebres de Londres y que no habían sentado la cabeza hasta bien entrados los treinta.

-Claro que lo sé -respondió Derek sin perder la sonrisa-. Y cuando tenga la edad de tus hermanos, es probable que ya te haya dado un par de nietos. Pero falta mucho para eso y mientras tanto me gusta seguir sus pasos... sin crear los escándalos que los hicieron célebres, por supuesto.

Jason suspiró. Había sacado el tema que le preocupaba y, como de costumbre, Derek lo había eludido. De modo que se concentró en los asuntos más inmediatos.

-Te esperaba ayer.

-Ayer viajé a Bridgewater. Tu mensajero tuvo que seguirme hasta allí. Casualmente llegó en el mismo momento que yo y no me dio tiempo ni para cenar antes de salir hacia aquí.

-¿Bridgewater, eh? Conque te estás ocupando de tus propiedades. Nadie lo hubiera dicho después de oír a Bainsworth. Recibí una carta de él donde decía que llevaba una semana buscándote infructuosamente. Dice que es un asunto urgente. Por eso te envié a buscar.

Derek frunció la frente. Era cierto que en los últimos días ni siquiera había abierto su correspondencia, pero estaban en plena temporada festiva y las montañas de cartas lo amilanaban. De cualquier modo, no le gustaba la idea de que Bainsworth se pusiera en contacto con Jason al menor problema. Las propiedades que administraba Bainsworth le habían sido legadas a él y su padre ya no tenía relación con ellas.

-Puede que vaya siendo hora de que contrate a una secretaria. Aunque, como bien sabes por experiencia, Bainsworth suele hacer una montaña de un grano de arena. ¿Mencionó acaso el asunto que considera tan urgente?

-Tiene que ver con una oferta para comprar el molino, con cierta limitación de tiempo, y por eso está ansioso por encontrarte.

Derek maldijo entre dientes.

-Tal vez sea hora de que contrate también a otro administrador. El molino no está en venta, y Bainsworth lo sabe.

-¿Ni siquiera por un buen precio?

-Ni siquiera por el doble de lo que vale -respondió Derek con énfasis- Ni por ningún otro motivo. No acepté hacerme cargo de mis propiedades para venderlas sin más.

Jason sonrió y le dio una palmada en la espalda.

-Me alegra oír eso, muchacho. Para serte franco cuando el administrador se dirigió a mí, pensé que estarías al tanto de la oferta y no quise esperar a verte en la boda la semana entrante. Pero después de esta pequeña charla, la próxima vez sabré a qué atenerme... Si hay una próxima vez.

-No la habrá -le aseguró Derek mientras se dirigían a la salida.

-Y hablando de bodas...

Derek rió.

-¿Hablábamos de bodas?

-Bueno, si no es así deberíamos hacerlo -gruñó Jason-. La boda de Amy se celebrará dentro de cuatro días.

-¿Asistirá Francés?

El hecho de que Derek se refiriera a su madrastra por su nombre de pila no era una falta de respeto hacia ella. Sencillamente, siempre le había resultado difícil llamarla «madre» cuando apenas la conocía.

Jason se encogió de hombros.

-Nadie sabe lo que va a hacer mi esposa. Yo al menos no lo sé -dijo con manifiesta indiferencia-. Pero, ¿sabes, hijo?, hace unos días estaba pensando que mi hermano Edward, pese a ser más joven que yo, está a punto de casar a su tercer hijo, mientras que yo...

-Está a punto de casar a su tercera hija -se apresuró a aclarar Derek, que sabía perfectamente adonde quería llegar su padre-. Sus hijos varones aún no se han dejado atrapar. Y hay una gran diferencia, pues las mujeres se casan en cuanto acaban los estudios, pero los hombres no.

Jason suspiró, consciente de que había perdido la batalla.

-Me pareció... bueno, algo injusto.

-Padre, tú sólo tienes un hijo. Estoy seguro de que si hubieras tenido más, o alguna hija, ya habrías conseguido casarlos a todos. Pero no puedes compararte con el tío Edward, que tiene una prole de cinco.

-Ya lo sé.

Echaron a andar hacia la casa en silencio. Y sólo cuando llegaron al comedor dispuesto para el desayuno, donde les esperaban una variedad de platos calientes, la curiosidad de Derek se impuso.

-¿De verdad te gustaría ser abuelo tan pronto?

La pregunta sobresaltó a Jason, pero tras meditar unos segundos respondió:

-Pues sí, me gustaría mucho.

Derek sonrió.

-Muy bien. Lo tendré en cuenta.

-Excelente, pero... Bueno, espero que no sigas los pasos de James también en ese sentido. La boda ha de llegar primero que los niños.

Derek rió, aunque no porque la hija de James Malory hubiera nacido antes de que se cumplieran los nueve meses de su boda, sino porque era extraño ver sonrojarse a su padre. Y

sabía por qué se ruborizaba. Tras hacer su pequeña declaración, Jason había advenido de inmediato su error. A fin de cuentas, Derek era hijo ilegítimo y todos los conocidos de la familia lo sabían.

Ahora Jason parecía disgustado por la risa de su hijo, y como era su costumbre, volvió las tornas diciendo:

-A propósito, ¿quién es la chica que llevaste a la casa de Londres la otra noche?

Derek puso los ojos en blanco. No dejaba de sorprenderle la rapidez con que su padre se enteraba de cosas que, en teoría, no debían llegar a sus oídos.

-Sólo una mujer que necesitaba ayuda.

-Me han llegado informes contradictorios -gruñó Jason-. Según Hanley es una zorra; y según Hershal, una señora. ¿Quién está en lo cierto?

-En realidad, ninguno de los dos. Ha recibido una buena educación, quizá mejor que la de muchas damas, pero no pertenece a la nobleza.

-Una pequeña aventura, ¿eh?

No era precisamente pequeña, pero Derek prefería que su padre no se enterara, así que respondió:

-Si, algo asi.

-Y te cuidarás mucho de no volver a llevarla a nuestra casa, ¿de acuerdo?

-Desde luego. Admito que fue una imprudencia por mi parte. No tienes que preocuparte. No volverás a oír hablar de ella.

-Los que no deberían oír hablar de ella son los criados, ni los de Londres ni los de aquí. Esta familia ya ha provocado demasiados chismorreos, suficientes para vanas generaciones. No tenemos por qué seguir contribuyendo al entretenimiento público.

Derek asintió. Estaba de acuerdo. Con la sola excepción de las circunstancias de su nacimiento, siempre había mantenido sus asuntos en la más absoluta reserva, y nunca había dado lugar a un escándalo. Se enorgullecía de ello y se proponía seguir así.

13

Derek no regresó a Bridgewater. Pasó el resto del día con su padre en Haverston y a la mañana siguiente se marchó a Londres, donde revisó su correspondencia y leyó la larga carta de Bainsworth. Y ya que estaba allí, comenzó a buscar una casa en alquiler para Kelsey.

La búsqueda habría resultado más fácil si hubiera recurrido a su tío Edward. Éste tenía casas en alquiler por todo Londres y sin duda le habría proporcionado lo que quería. Pero también le habría preguntado para qué quería la casa, y Derek no estaba dispuesto a confesar sus motivos al tío más apegado a su padre. Los demás tíos no le habrían planteado problemas. Habrían comprendido perfectamente la situación, pues ellos mismos habían tenido numerosas amantes antes de casarse. Pero Edward era un hombre de familia y siempre lo había sido.

Por desgracia, sus tíos Tony y James no alquilaban propiedades en Londres, o si lo hacían, dejaban que Edward se ocupara de ellas, como del resto de las inversiones de la familia. De modo que Derek se vio obligado a buscar por los cauces normales y recorrer toda la ciudad, visitando casas demasiado grandes, caras o ruinosas. No encontró lo que buscaba hasta la víspera de la boda de su prima Amy, así que no tenía sentido ir a Bridgewater, sabiendo que tendría que regresar a Londres de inmediato.

Por otra parte, tampoco tenía sentido que Kelsey siguiera en el campo cuando acababa de firmar el contrato de alquiler de una casa amueblada y lista para su ocupación. Lo único que necesitaba era una pequeña cuadrilla de criados, pero Kelsey debería ocuparse de contratarlos. De modo que envió una nota a su cochero para que fuera a buscarla.

En realidad, estaba demasiado impaciente por verla para esperar al día siguiente de la boda de Amy, cuando estaría libre para recogerla en persona. De este modo, la joven llegaría a la casa de Londres la noche siguiente y podrían iniciar una relación más íntima un día antes.

Eran muy raras las ocasiones en que toda la familia Malory se reunía bajo el mismo techo. Hasta los dos miembros más nuevos de la familia, Jacqueline, hija de James y Georgina, y Judith, hija de Anthony y Roslynn, dormían en un cuarto de la planta alta para que sus madres no tuvieran que correr a casa a darles de comer. También estaba allí el hijo de Reggie, aunque éste ya tenía edad para comer solo.

Reggie contempló a su cada vez más amplia familia. El otro nuevo miembro era, naturalmente, el novio, Warren Anderson, ahora definitivamente atrapado después de la ceremonia a la que todos acababan de asistir. Reggie sonrió con afecto a los recién casados. Eran una pareja perfecta: Warren más alto que cualquiera de los Malory con su metro noventa de estatura, de cabello castaño claro y ojos verde lima; Amy, la radiante novia vestida de blanco, de cabello negro y ojos azul cobalto.

Reggie tenía los mismos colores, igual que Anthony y Jeremy y la madre de Reggie, Melissa, que había muerto cuando su hija tenía dos años. Esos cinco eran los únicos de la familia que habían salido a la bisabuela de Reggie. Los demás eran casi todos rubios con ojos verdes, excepción hecha de Marshall y Travis, que habían heredado los ojos y el cabello castaño de su madre, Charlotte.

La recepción se llevaba a cabo en la mansión de tío Edward, en Grosvenor Square. Corpulento, jovial y, a diferencia de sus hermanos, siempre de buen humor, Edward sonreía con orgullo mientras palmeaba la mano de su esposa Charlotte, que sollozaba en silencio a su lado. Charlotte no había parado de llorar durante la ceremonia, cosa comprensible, pues Amy era su hija menor. Claro que, a decir verdad, la tía Charlotte lloraba en todas las bodas.

Los demás primos de Reggie estaban desperdigados por la habitación. La prole de Edward incluía también a Diana y Clare, con sus respectivos maridos, y a los hermanos de Amy, Marshall y Travis. El primo Derek, único hijo del tío Jason, conversaba con el marido de Reggie, Nicholas, y con los tíos Tony y James. Derek y Nicholas eran amigos íntimos

Librodot

desde los tiempos del colegio, mucho antes de que Reggie conociera a Nicholas y se enamorara perdidamente de él. Pero cuando sus tíos más jóvenes se acercaban a su mando, no podía evitar preocuparse.

Reggie suspiró, preguntándose si alguna vez se llevarían bien. No era muy probable. El tío Tony no pensaba que Nick fuera un buen partido para ella, pues había sido un libertino. En el caso del tío James, bueno... su encono era algo más profundo, pues por desgracia Nick se había enfrentado con él en alta mar en sus días de pirata. James había perdido la batalla y su hijo Jeremy había resultado herido, aunque no de gravedad. Pero aquello había sido el punto de partida de innumerables enfrentamientos entre los dos, en el último de los cuales Nicholas había recibido tal paliza que había estado a punto de aplazar su boda. James, por su parte, había terminado en la cárcel, salvándose por los pelos de la horca por piratería.

Claro que ahora que Nicholas pertenecía a la familia desde hacía varios años no intentaban matarse cada vez que se veían. Hasta era posible que se apreciaran, aunque ninguno de los dos lo reconociera y nadie que los oyera hablar pudiese sospecharlo. Cada vez que se encontraban, parecían enemigos acérrimos. Y Reggie no dudaba de que disfrutaban provocándose mutuamente. Pero eso formaba parte de la tradición familiar, al menos en la rama masculina de la familia.

Todos sabían que los hermanos Malory no eran felices si no discutían entre ellos, aunque permanecían unidos ante cualquier dificultad externa. El novio y sus cuatro hermanos eran un claro ejemplo de ello, por lo menos en su relación con Tony y James.

James no les caía bien debido a la forma poco ortodoxa en que había iniciado sus relaciones con la hermana de los cinco, Georgina, y tampoco ayudaba el hecho de que en los tiempos en que le llamaban El Halcón les hubiera hundido un par de barcos. Habían vencido a James y estaban a punto de ahorcarlo, cuando éste se había escapado secuestrando a Georgina ante sus propias narices.

Sin embargo, como buenos estadounidenses tenaces, lo habían seguido a Inglaterra para recuperar a su hermana, sólo para descubrir que la joven se había enamorado de su raptor. Pero había sido un mal comienzo. Cuando las dos familias se habían conocido por fin en una reunión social, todos los Malory habían respaldado a James, hasta que éste había acabado dando la bienvenida a los Anderson. Claro que a regañadientes y obligado por Georgina.

Los primos de Reggie se llevaban bien con los estadounidenses. De hecho, Derek y Jeremy habían tomado bajo su ala a los dos Anderson más jóvenes. El cuarto hijo, Drew Anderson, era un diablillo licencioso, igual que Jeremy, y Boyd, el menor de todos, tenía debilidad por los asuntos frivolos, de modo que también disfrutaba de la compañía de los otros.

Reggie suspiró. Ahora que habían decidido que Warren se quedaría en Inglaterra para ponerse al frente de Skylark lines, la gran flota de buques de mercancías de la familia Anderson, Reggie no dudaba de que su marido estrecharía su amistad con Warren. Al fin y al cabo tenían mucho en común: ambos detestaban con igual intensidad a James Malory. Y Reggie se habría preocupado de la amistad de Nicholas con el yanqui si Anderson no hubiera cambiado tanto después de pedir a Amy en matrimonio.

Antes de ese momento, Reggie no conocía a ningún hombre tan camorrista como Warren. Parecía guardar rencor a todo el mundo, y ese rencor iba acompañado de un temperamento explosivo. Pero nadie lo diría al verlo ahora. Estaba radiante de felicidad, un milagro que había que agradecer a Amy Malory.

Reggie se inquietó al ver que Derek había dejado a su marido solo con los tíos. Nicholas se ponía de pésimo humor cuando cambiaba unas palabras con esa pareja, pues siempre terminaba aplastado por los sarcasmos de tío James. Estaba a punto de ir a rescatarlo cuando vio que se alejaba por voluntad propia. Y sonreía.

Reggie también sonrió. Por mucho que quisiera a sus dos tíos más jóvenes, que siempre habían sido sus preferidos, quería más a su marido. Y si Nick acababa de ganar unas de sus múltiples batallas verbales, se alegraba por él. Claro que la razón que los había unido esa

Librodot

noche le proporcionaba toda la munición necesaria para arremeter contra James. A fin de cuentas, James no debía de estar muy contento al ver que otro de sus principales adversarios pasaba a formar parte de su familia. No, no estaría nada contento.

-Esto lo convierte en oficial -señaló Anthony Malory a su hermano mientras contemplaban a la pareja de recién casados-. Claro que, para desgracia tuya, él ya era tu cuñado. Pero no estaba emparentado con nin guno de nosotros... hasta ahora.

-Siempre se puede hacer caso omiso de un cuñado. Mi George lo hace muy bien contigo, ¿verdad? -respondió James.

Anthony rió.

-Esa jovencita me tiene mucho aprecio y tú lo sabes.

-No creo que te tenga mucho afecto. Tony, pues es un miembro de mi familia.

Anthony sonrió.

-¿Cuándo dejarás de culpar al yanqui por intentar colgarte, cuando fuiste tú quien instigó aquella absurda batalla?

-No lo culpo en absoluto -reconoció James-. Pero al amenazar con colgar también a toda mi tripulación se ganó mi odio eterno.

-Entiendo, es razonable -asintió Anthony.

James había sido capitán del Maiden Anne durante diez años, y en ese tiempo su tripulación se había convertido en una segunda familia para él. O en la primera,teniendo en cuenta que en aquellos tiempos su propia familia lo había repudiado. Pero había vuelto a su seno poco después de abandonar sus correrías de pirata.

-¿Crees que la hará feliz? -preguntó Anthony,sin apartar la vista de los recién casados.

-Aguardaré pacientemente el día en que deje de hacerlo.

Anthony rió.

-Detesto admitirlo, pero Nick tenía razón. El gran afecto que sentimos por nuestras sobrinas nos ata de pies y manos a la hora de enfrentarnos con sus maridos.

-¿Verdad que sí? -James suspiró-. Aunque yo me guío por el principio de «ojos que no ven, corazón que no siente». Eso nos da cierto margen de maniobra.

-Mmm. Es cierto. Me pregunto si el yanqui tendrá ganas de continuar con sus lecciones de lucha libre.

-Yo pensaba preguntárselo personalmente.

Anthony rió, pero entonces notó la presencia de una recién llegada y dio un codazo a su hermano.

-¿Puedes creerlo? Ha venido Francés.

James siguió la vista de su hermano hasta la mujer delgada y menuda que estaba en el umbral de la puerta.

-¿Y eso te sorprende? -preguntó-. Cielos, ¿no querrás decir que Jason y Francés aun no viven juntos?

-¿Acaso creíste que habían reparado esa valla cuando estabas en alta mar? -Anthony negó con la cabeza-. En todo caso, la valla acabó de desmoronarse y la han cortado para leña. Ya ni siquiera se molestan en inventar excusas. Ella vive en la casa que compraron en Bath, y él en Haverston. De hecho, creo que es la primera vez en cinco años que los veo en la misma estancia.

James hizo una mueca de disgusto.

-Siempre pensé que era una tontería que Jason se casara con ella por la razón que lo impulsó a hacerlo.

Anthony arqueó sus cejas morenas.

-¿De veras? A mí me pareció un acto de nobleza. Ya sabes, el sacrificio y todas esas patrañas tan propias de los ancianos.

«Los ancianos» era la expresión que estos dos pícaros usaban para referirse a sus hermanos mayores, puesto que la diferencia de edad entre los dos pares era notable. Anthony

sólo le llevaba un año a James y Jason sólo un año a Edward, pero entre James y Edward había nueve de diferencia. La única hermana, Melissa, muerta cuando su hija Reggie contaba dos años, ocupaba el lugar intermedio.

-Los niños no necesitaban una madre, sobre todo teniendo en cuenta que los cuatro hermanos podríamos haber ayudado a criarlos. Además, Francés nunca les dedicó el tiempo suficiente para ocupar el lugar de una madre.

-Es verdad -convino Anthony-. Los planes de Jason se troncharon. Es para compadecerlo, ¿no?

-¿Compadecer a Jason? -gruñó James-. De eso nada.

-Eh, venga, hermano. Quieres tanto a los ancianos como yo. Puede que Jason sea pomposo, tirano y gruñón, pero tiene buenas intenciones. Y ha hecho tal desastre de su vida privada que deberías compadecerlo, sobre todo teniendo en cuenta que tú y yo nos casamos con las mujeres más encantadoras, adorables y hermosas de este lado de la creación.

-Bueno, así planteado, supongo que podría sentir una pequeñísima migaja de compasión por él. Aunque si alguna vez se lo cuentas a ese cabeza de alcornoque...

-No te preocupes -dijo Anthony con una sonrisa-. A Ross le gusta mi cara tal cual es. Dice que tus puños no la favorecen. Y cambiando de tema, ¿qué te contaba Derek hace un momento?

James se encogió de hombros.

-Me ha dicho que necesita consejo, pero que éste no es el sitio adecuado para discutir el asunto.

-¿Crees que está metido en un lío? -especuló Anthony-. No me sorprendería, pues al parecer ha decidido seguir nuestros pasos.

-Y arrastrar a Jeremy con él -gruñó James.

Anthony rió.

-Eso sí tiene gracia. Tu joven heredero ya se corría sus propias juergas con tu tripulación cuando tenía dieciséis años, o puede que antes. Derek no hace más que enseñarle la mejor forma de divertirse.

-O tal vez Jeremy le esté enseñando a él la peor. Maldita sea, me estás haciendo decir tonterías. No hay una mala manera de divertirse.

14

Al otro lado del salón, lady Francés se acercó a su marido. Estaba tan nerviosa que casi temblaba, pero no titubeó. Con la ayuda de su querido Oscar había tomado la decisión de confesarse ante Jason. O al menos de contarle todo aquello que él no hubiera adivinado ya.

Era hora de que la farsa de su matrimonio terminara. En realidad, ella nunca había querido casarse con él; de hecho, la sola idea le causaba horror y en un principio se había negado en redondo. Al fin y al cabo, era un hombre fornido como un toro, severo, temperamental, con una repulsiva inclinación a los placeres de la carne... en fin, un hombre aterrador. Y Francés sabía muy bien que no estaban hechos el uno para el otro. Pero su padre la había obligado a casarse porque deseaba emparentarse con los Malory, aunque no había vivido lo suficiente para disfrutar de la relación.

Los dieciocho años de matrimonio habían sido tan insoportables como Francés había sospechado. Cada vez que Jason se le acercaba la embargaba una terrible aprensión. Jamás la había sometido a ninguna clase de violencia física, pero el solo hecho de saber que era un hombre violento, propenso a los exabruptos, bastaba para mantenerla en vilo. Y Jason siempre estaba protestando por algo que no le gustaba, ya se tratara de la actitud de alguno de sus hermanos, de algún asunto político o sencillamente del clima. No era sorprendente que Francés buscara constantemente excusas para evitarlo.

Su principal excusa había sido la salud, lo que había inducido a Jason a pensar que era una mujer enfermiza. De hecho, toda la familia Malory lo creía así. Su constitución delgada y la extrema claridad de su piel, que podía pasar fácilmente por palidez, habían contribuido a cultivar esa imagen. Pero la verdad era que gozaba de una excelente salud. Uno podría incluso decir que era tan fuerte como un toro. Aunque nunca había permitido que Jason se enterara.

Pero estaba cansada de ocultar la verdad. Harta de estar casada con un hombre a quien no podía soportar, sobre todo ahora que había hallado a uno que le gustaba.

Oscar Adams era la antítesis de Jason Malory. No era muy alto -más bien bajo- y no tenía un gramo de músculos. Era un hombrecillo tierno, encantador y refinado en el hablar, más interesado en los asuntos académicos que en la pasión física.

Tenían muchas cosas en común y habían descubierto que se amaban tres años antes. Francés había tardado todo ese tiempo en reunir el valor necesario para confesarle la verdad a Jason. ¿Y qué mejor momento para romper un mal matrimonio que el mismo día en que comienza otro más feliz?

-¿Jason?

Él no se había percatado de su llegada y estaba conversando con su hijo Derek. Los dos se volvieron y la saludaron con una sonrisa. La de Derek era sincera, pero no le cabía duda de que la de Jason no. De hecho, a Francés no le cabía duda de que él deseaba su compañía tanto como ella la de él. Se alegraría por lo que iba a decirle. Y no pensaba retrasar la cuestión con un preámbulo intrascendente.

-¿Puedo hablar un momento contigo, Jason? En privado.

-Claro, Francés. ¿Te parece bien que vayamos al estudio de Edward?

Ella asintió con la cabeza y cruzó la estancia a su lado. Su nerviosismo creció. En realidad, no debería haber aceptado esa sugerencia. Tendría que haber hecho un aparte allí mismo y discutido el asunto en murmullos. Nadie se habría enterado de nada, y la presencia de los demás le habría servido de protección contra la cólera de Jason.

Pero ya era demasiado tarde. En ese preciso momento él cerraba la puerta del estudio de su hermano. Lo mejor que podía hacer Francés era caminar hasta el otro extremo de la habitación para poner uno de los grandes sillones de la estancia entre los dos. Sin embargo, cuando lo miró, la expresión burlona de Jason hizo que las palabras se le atragantaran. Y

aunque sabía que él debería alegrarse por lo que tenía que decir, las reacciones de Jason Malory eran siempre impredecibles.

Tuvo que respirar hondo para recuperar el habla.

-Quiero el divorcio.

-¿Qué?

Ella tensó los músculos.

-Me has oído muy bien, Jason. No pretendas que me repita sólo porque he conseguido sorprenderte, aunque sabe Dios que no deberías estar sorprendido. No es como si alguna vez hubiéramos tenido un matrimonio normal.

-Lo que tengamos, señora mía, no viene al caso. Y lo que experimento no es sorpresa, sino total y absoluta incredulidad ante el hecho de que te atrevas siquiera a insinuar algo así.

Por lo menos no gritaba... todavía. Y su cara estaba apenas sonrojada.

-No era una insinuación -dijo ella mientras se preparaba para el estallido- sino una exigencia.

Lo había cogido con la guardia bajada por segunda vez. Por un instante, Jason se limitó a mirarla con incredulidad. Luego frunció el entrecejo en esa mueca inclemente que solía retorcerle las tripas a Francés. Y esta vez no fue una excepción

-Sabes tan bien como yo que no podemos divorciarnos, Francés. Procedes de una buena familia y te consta que en nuestro círculo el divorcio es algo inconcebible...

-No lo es -contestó ella-; sólo escandaloso. Y no sería el primer escándalo en tu familia. Tus hermanos han provocado uno tras otro en el transcurso de los años desde que se marcharon a Londres. Tú mismo diste mucho que hablar cuando anunciaste que tu hijo ilegítimo se convertiría en tu heredero.

La cara de Jason ya estaba más roja. No sabía encajar las críticas a su familia; nunca lo había hecho. Y, sin duda, decir que los Malory habían provocado muchos escándalos podía considerarse como una crítica.

-No habrá ningún divorcio. Francés. Puedes continuar escondiéndote de mí en Bath, si eso quieres, pero seguirás siendo mi esposa.

Esa reacción, tan típica de él, enfureció a Francés.

-Eres el hombre más desconsiderado que he tenido la desgracia de conocer, Jason Malory. ¡Quiero rehacer mi vida! Pero a ti no te importa, ¿verdad? Tienes una amante viviendo bajo tu mismo techo, una mujer de clase baja con quien nunca podrías casarte, aunque estuvieras libre para hacerlo, sin provocar un escándalo aún mayor que un divorcio. Por eso no quieres que las cosas cambien... ¿Por qué pones esa cara? ¿Crees que no estoy al tanto de lo de Molly?

-¿Esperabas que me mantuviera célibe cuando tú jamás has querido compartir mi cama?

La cara de Francés ardía, pero no estaba dispuesta a permitir que Jason descargara toda la responsabilidad de su desastroso matrimonio sobre sus hombros.

-No necesitas excusarte, Jason. Molly era tu amante antes de que te casaras conmigo, y cuando nos casamos tenías toda la intención de mantenerla como amante, que es exactamente lo que has hecho. Y no pienses mal, pues eso nunca me importó. Todo lo contrario. Por mí, podía quedarse contigo.

-Eres muy generosa, querida.

-Tampoco es necesario que te pongas sarcástico. No te quiero y nunca te he querido. Y tú lo sabes bien.

-Eso nunca fue un requisito ni una expectativa en nuestro trato.

-No, claro que no -convino ella-. Para ti nuestro matrimonio nunca fue más que un trato. Pues bien, yo quiero romperlo. Me he enamorado de un hombre y deseo casarme con él. Y no me preguntes quién es. Debería bastarte con saber que no se parece en nada a tí.

Había conseguido sorprenderlo otra vez. Hubiera preferido dejar a Oscar fuera del asunto, pero su mención le confirmaría a Jason que hablaba muy en serio. Sin embargo, él aún no parecía dispuesto a mostrarse razonable. Claro que un hombre intransigente y obstinado

como él nunca se mostraba razonable. Todavía le quedaba otra baza por jugar. En el fondo, había deseado no tener que usarla. Al fin y al cabo, el soborno era una táctica muy desagradable. Pero tendría que haber adivinado que no convencería a Jason por las buenas. Y tan grande era su deseo de terminar con su matrimonio que estaba decidida a recurrir a cualquier medio incluido el soborno.

-Acabo de darte una excelente razón para divorciarte de mí, Jason -señaló con serenidad.

-Creo que no me has escuchado...

-¡No! Eres tú quien no me escucha a mí. No pretendía caer en una bajeza semejante, pero tú me obligas. Concédeme el divorcio o... Derek se enterará de que su madre no está muerta. Sabrá que está viva y que ha estado en Haverston todos estos años... y en tu cama. Si te niegas a ser razonable, todo el mundo conocerá por fin tu gran secreto, Jason. Así pues, ¿qué escándalo prefieres ?

Librodot

15

La casa de Londres era muy bonita, pero Kelsey no dio por sentado que sería su nuevo hogar. Estaba cansada de dar las cosas por sentadas. Incluso si era cierto que viviría allí, el hecho de que la casa fuera agradable y estuviera amueblada con buen gusto no la tranquilizaba. No creía que nada pudiera tranquilizarla después de los espantosos cinco días que acababa de pasar.

El cochero de Derek había llegado a la cabaña a primera hora de la mañana, cuando ella se disponía a emprender su caminata diaria hasta el pueblo. Kelsey supuso que le traía un mensaje de Derek, pero no, el hombre le había dicho que estaba allí para llevarla a Londres. No le había dado ninguna explicación de por qué la había dejado librada a su suerte durante cinco interminables días. De hecho, el cochero no tenía ninguna otra información para ella. Sólo le habían dado instrucciones de recogerla y llevarla a Londres.

Kelsey se había apresurado a empacar todo, incluidos los pocos artículos esenciales que se había visto obligada a comprar, por si volvían a llevarla a un sitio tan espartano como la cabaña. Pero le había pedido al cochero que antes la llevara a Bridgewater para entregar el último vestido que le habían encargado y que, por fortuna, había terminado de coser la noche anterior.

Había acabado con los cinco primeros vestidos en tres días, pese a que había pillado un molesto resfriado. Sabía que no le darían más dinero hasta que terminara con el encargo. Pero la costurera había quedado tan conforme con su trabajo que le había encomendado el resto del pedido: otros tres vestidos por dos libras más.

Así que por lo menos no estaba sin un céntimo. Incluso había pagado por su propia comida al mediodía, cuando el cochero se había detenido en una posada, y comprado algo más de comida para llevar consigo por si acaso. Después del miedo que había pasado al encontrarse sola el primer día en la cabana, tardaría un tiempo en dejar de preocuparse por su sustento.

Derek Malory le debía muchas explicaciones, y Kelsey esperaba ser capaz de mantener la calma el tiempo suficiente para oír lo que tenía que decir. Pero durante todo el viaje a Londres había estado hirviendo de rabia contenida, y cuando llegó a su destino, a última hora de la tarde, estaba tan tensa que le dolía todo el cuerpo. Eso, sumado al resfriado, a la fiebre y al hecho de que en la casa no hubiera nadie para recibirla, no hizo más que aumentar su irritación.

Le quedaba una hora de luz natural para explorar la casa. El cochero sólo había permanecido allí lo suficiente para encender el fuego. Y había múltiples lámparas y velas para alumbrarse por la noche.

No era una casa grande para los cánones de la nobleza, pero las siete habitaciones eran agradables, cómodas y amplias, y la casa estaba situada en un barrio elegante, con un pequeño parque en el centro. Había una pequeña cocina independiente con una habitación contigua para uno o dos criados -contenía dos camas estrechas-, un comedor con una mesa lo bastante grande para seis personas, un salón, un pequeño estudio y dos dormitorios en la planta alta.

El hecho de que estuviera completamente amueblada, incluso con una estantería llena de libros en el estudio, pinturas exquisitamente enmarcadas en las paredes, adornos sobre las mesas y la cocina bien surtida de alimentos no perecederos, la indujo a creer que era la vivienda habitual de alguien. Muchos caballeros alquilaban sus casas de la ciudad mientras pasaban una temporada en el continente o en sus fincas del interior. Pero ya estaba dando cosas por supuestas, y se había prometido no volver a hacerlo.

Junto al dormitorio más grande, que Kelsey decidió sería el suyo si había de permanecer allí, había un cuarto de baño completo y moderno. Cuando terminó de inspeccionar la casa tomó un baño. La incómoda tina de la cabana -con poca agua caliente, puesto que tenía que

calentarla y cargarla hasta allí- no había sido en absoluto satisfactoria. Esta bañera sí era cómoda, aunque Kelsey no se demoró, pues no sabía cuándo podía aparecer Derek.

En la cocina no había comida fresca, de modo que comió lo que había traído de la posada. Podría haberse preparado algo con los alimentos no perecederos, pero no tenía ganas de cocinar. La fiebre le había subido varios grados, como ocurría cada noche. Esperaba poder curarse el resfriado ahora que estaba en Londres. Las largas caminatas diarias hasta Bridgewater en el aire helado, y una vez bajo la lluvia, no le habían permitido reponerse.

La fiebre junto con la comida abundante, el baño caliente y el fuego acogedor conspiraron todos para que se quedara dormida en el sofá de la sala. Pero despertó al oír la llave en la puerta principal y tuvo tiempo suficiente para sentarse antes de que Derek apareciera en el umbral, aunque no para parecer despierta.

Tenía los ojos entornados, los pasadores se habían caído de su pelo, dejando que éste cayera en cascada sobre los hombros, le goteaba la nariz, como de costumbre, y estaba a punto de sonarse con el pañuelo que llevaba siempre consigo cuando lo vio. Caramba. Casi había olvidado lo guapo que era, sobre todo vestido con ropa formal, como en esa ocasión. A juzgar por su elegancia, la fiesta de la que venía, o a la que se dirigía, debía de ser muy especial.

-Hola, querida Kelsey -dijo con una sonrisa afectuosa-. Aún es temprano para dormir. ¿Acaso te ha agotado el viaje?

Ella asintió y de inmediato negó con la cabeza. Demonios, aquél no era el mejor momento para tener la mente nublada por el sueño.

-Habría venido antes -prosiguió él mientras se acercaba-. Pero la boda a la que acabo de asistir congregó a toda mi familia, y es muy difícil escapar de ellos. ¿Qué te ha pasado en la nariz?

Kelsey parpadeó. Se llevó la mano automáticamente a la nariz y el contacto con la piel despellejada le indicó a qué se refería Derek. Estaba tan acostumbrada a no tener espejo en la cabaña que ni siquiera había recordado mirarse en alguno de los de la casa, aunque podía imaginar los estragos causados por el uso constante del pañuelo.

-Estoy constipada -comenzó, pero la sola mención de su estado aclaró su mente y desató su furia contenida-. Pillé un resfriado caminando hasta Bridgewater. Sin duda se preguntará por qué iba a hacer algo así con el tiempo tan frío. Bien, estaba muerta de hambre, y puesto que en la cabaña no había comida ni tenía esperanzas de que apareciera por obra y arte de magia, tuve que emplear el único medio de transporte que tenía, o sea mis pies, para ir a comprarla. Claro que tampoco tenía dinero, de modo que me vi obligada a buscar un trabajo para poder comer.

Su sarcasmo sorprendió a Derek, pero lo que más le alarmó fueron las últimas palabras: Kelsey había tenido que buscar trabajo. Dio por supuesto que para alguien del oficio de la joven, trabajar equivalía a hacer una sola cosa, la que encontraría más sencilla y familiar, es decir, vender sus favores.

Y sus pensamientos se pusieron de manifiesto cuando preguntó con sequedad:

-¿Y qué clase de trabajo encontraste?

El hecho de que, después de todo lo que le había contado, sólo se interesara por ese punto hizo que Kelsey respondiera airadamente:

-¡No el que usted piensa! Pero ¿y qué si lo hubiera sido? ¿Le parecería mejor que me hubiera muerto de hambre?

Era evidente que lo estaba acusando, de modo que Derek se puso a la defensiva.

-Que me aspen si sé de qué hablas -gruñó-. ¿Cómo ibas a morirte de hambre si ordené que te enviaran comida para varias semanas? Y mi cochero se quedó allí a tu disposición, de modo que no necesitabas ir andando a ningún sitio, a menos que quisieras hacerlo.

Kelsey lo miró con incredulidad. O sufría algún tipo de alucinación o mentía. ¿Y qué sabía ella de él, después de todo, para creer que no era un mentiroso? Le había parecido agradable. Le había pareado cortés. Pero quizá todo hubiera sido una estratagema para que

ella no sospechara que disfrutaba haciendo que la gente sufriera privaciones o pasara miedo. Si esto último era verdad, estaba en una situación más delicada de lo que había supuesto, atada a Derek por el contrato de compraventa hasta que él decidiera poner fin a la relación.

La sola idea de que pudiera ser un hombre cruel la enfureció hasta tal punto que se puso en pie y comenzó a arrojarle todo lo que tenía al alcance de la mano, mientras gritaba:

-¡Nadie me envió comida! ¡El cochero no apareció hasta esta mañana! ¡Y si piensa que va a engañarme y confundirme con sus embustes...!

No continuó porque Derek no permaneció inmóvil bajo la lluvia de proyectiles. Esquivó el primero con facilidad y el segundo pasó por encima de su cabeza mientras se abalanzaba sobre Kelsey, la empujaba al sofá y caía encima de ella.

Cuando recuperó el aliento después del impacto, Kelsey gritó:

-¡Quítese de encima, torpe!

-Mi querida niña, te aseguro que no he caído encima de ti por torpeza. La posición en que nos encontramos es intencionada, te lo aseguro.

-¡Pues quítese de encima de todos modos!

-¿Para que continúes con tu ataque? Pues no. La violencia no formará parte de nuestra relación. Juraría que ya lo había dejado claro.

-¿Y cómo llamaría a la forma en que me está aplastando?

-Pura y simple prudencia. -Hizo una pausa y sus ojos se volvieron cada vez más verdes mientras la miraba-. Aunque también diría que es una posición muy agradable.

Kelsey entornó los ojos.

-Si está pensando en besarme, le aconsejo que no lo haga -advirtió.

-¿No?

-No.

Derek suspiró.

-De acuerdo -dijo, pero una media sonrisa asomó a sus labios cuando añadió-: Aunque yo no siempre sigo los buenos consejos.

Era imposible detenerlo en la posición en que se encontraban, sobre todo porque él le cogió la barbilla para evitar que girara la cabeza. Sus labios rozaron los de Kelsey y se apartó, como si se hubiera quemado. De hecho, fue el calor de la fiebre lo que le hizo apartarse.

-Cielo santo, estás enferma. Estás ardiendo de fiebre. ¿Te ha visto un médico?

-¿Cómo quiere que pagara a un médico si las monedas que gané como costurera apenas me alcanzaron para comer?

Con la cara roja de rabia, Derek se levantó y exclamó:

-Explícate. ¿Te robaron? ¿Acaso se quemó la cabaña con todo lo que contenía? ¿Cómo es que no tenías comida, cuando ordené que te enviaran más que suficiente?

-Eso dice usted, pero como no llegó nada, yo diría que no es cierto.

Derek tensó los músculos.

-No me acuses de mentir, Kelsey. No sé qué ocurrió con las provisiones que envié a la cabaña, aunque lo averiguaré. Y es verdad que dejé instrucciones. También dejé el coche y el cochero a tu disposición.

Parecía sincero. Kelsey deseó tener la certeza absoluta de que lo era. Pero se limitó a concederle el beneficio de la duda hasta que tuviera pruebas de lo contrario.

-Si eso es cierto, le aseguro que no le vi el pelo al cochero hasta esta misma mañana.

-Tenía que pasar por la cabaña todos los días para preguntar si lo necesitarías. ¿Quieres decir que no lo hizo nunca?

-¿Cómo quiere que lo sepa, si casi nunca estaba allí? ¿O no ha oído que cada mañana iba al pueblo a comprar comida?

Finalmente Derek comprendió por lo que había tenido que pasar la joven... y sola.

-Dios santo, entonces no me extraña que te abalanzaras sobre mí. Ay, Kelsey, lo siento muchísimo. Créeme. Si hubiera sabido que estabas tan incómoda en la cabana, habría regresado de inmediato.

Parecía tan mortificado que Kelsey sintió deseos de tranquilizarlo. En realidad, a pesar del miedo y la preocupación, la situación no habría sido tan terrible si no hubiera sido invierno y no hubiera pillado un resfriado. Y ahora que la ira la abandonaba, los síntomas del resfriado se hacían más patentes.

Se reclinó en el sofá. Tras haber derrochado tanta energía en su rabieta, se sentía débil.

-Creo que me vendría bien un poco de descanso...

-Y un médico -agregó él mientras la levantaba en brazos y se dirigía al dormitorio.

-Puedo andar -protestó ella-. Y lo único que necesito es descansar, ahora que no tengo que salir al aire frío.

Derek dio un respingo, aunque ella no lo notó. Comenzaba a marearse al ver que las paredes pasaban a su lado a una velocidad vertiginosa. ¿Acaso Derek corría escaleras arriba? No; se estaba desmayando y muy pronto perdió por completo el sentido.

16

-¿Molly?

Se despertó lentamente, pero cuando se volvió y vio a Jason sentado en el borde de la cama, sonrió. No esperaba que regresara a Haverston esa noche. Tenía planeado quedarse en la casa de Londres, pues la fiesta de boda de Amy acabaría muy tarde. Pero el que apareciera en plena noche y en su habitación no era motivo de alarma, pues era bastante normal en él.

-Bienvenido a casa, amor mío.

Él era exactamente eso. Jason Malory había sido su amante durante más de la mitad de su vida. A Molly siempre le había costado creer que un hombre tan importante como el marqués de Haverston pudiera enamorarse de ella. Pero ya no dudaba de sus sentimientos.

Al principio, él había coqueteado con ella como haría cualquier joven caballero que descubre a una doncella bonita viviendo bajo su mismo techo. Él tenía veintidós años y estaba soltero. Ella acababa de cumplir los dieciocho y se había dejado fascinar por su belleza y su encanto, que pocas personas conocían.

Habían sido discretos, naturalmente -de hecho, muy sigilosos-, porque él aún vivía con sus dos hermanos menores y debía dar ejemplo. Había intentado romper la relación una vez, cuando uno de sus hermanos estuvo a punto de descubrirlos. Y había vuelto a intentarlo cuando consideró que estaba obligado a casarse. Debería haberla enviado a otro sitio, pero después de las promesas que le había hecho, no se atrevía.

Sin embargo, consiguió mantenerse apartado de ella durante casi un año. Pero había salido a su encuentro en una ocasión, cuando ella estaba sola, y en un instante la pasión se había encendido como si no hubiera estado dormida durante todos aquellos meses. Y no lo había estado. La imposibildad de tocarse cuando se necesitaban era físicamente dolorosa para ambos. Durante estas separaciones los dos habían sufrido demasiado, de modo que después de la última, él juró no volver a abandonarla.

Y cumplió su palabra. Ella era una esposa para él en todos los sentidos, menos en uno: el legal. Discutía sus decisiones y sus preocupaciones con ella. La colmaba de atenciones cuando estaban solos. Y pasaba con ella todas las noches cuando estaba en casa, sin temor a que los descubrieran, pues había hecho construir una puerta secreta que unía la habitación de Molly con una pared falsa que ya existía en la suya.

Una casa tan antigua como Haverston tenía numerosas salidas secretas que habían sido de utilidad en los años de revueltas religiosas y políticas. La puerta secreta en el dormitorio del amo comunicaba con una serie de escaleras y pasadizos que acababan en el sótano, donde había otras dos salidas secretas, una que conducía al exterior y otra a las cuadras. Pero el pasadizo del sótano también pasaba por las habitaciones de servicio y había sido muy sencillo paraJason hacer instalar otra puerta secreta en la habitación de Molly, que habían usado desde entonces.

Como de costumbre, Jason había llevado una lámpara consigo, pero de todos modos Molly tardó varios minutos antes de advertir su preocupación.

Le acarició con dulzura la mandíbula tensa.

-¿Qué pasa?

-Francés quiere el divorcio.

Molly previó en el acto las complicaciones de una decisión semejante. El divorcio era bastante común en las clases bajas, pero prácticamente insólito entre la nobleza. Que lady Francés, hija de un conde y esposa de un marqués, osara siquiera contemplar esa posibilidad...

-¿Se ha vuelto loca?

-No. Tiene una aventura con un idiota que conoció en Bath y quiere casarse con él.

Molly parpadeó, atónita.

-¿Francés tiene un amante? ¿Tu Francés?

Librodot

Jason asintió con un gruñido.

Molly no podía creerlo. Francés Malory era una mujer muy tímida. Quizá ella la conociera mejor que su propio marido, pues pasaban mucho tiempo juntas cada vez que Francés se encontraba en Haverston. Molly sabía que Jason la asustaba. Cualquiera de sus rabietas, aunque no estuviera dirigida a ella, hacía que la pobre mujer se deshiciera en lágrimas. También sabía que Francés detestaba la corpulencia de Jason -un hombre alto y fornido- porque aumentaba aún más su miedo.

Molly siempre se había sentido incómoda, pues estaba obligada a tratar a Francés como la señora de la casa y al mismo tiempo debía escuchar sus confidencias, pese a ser la amante de Jason. Por una parte, estaba agradecida de que Francés no amara a Jason, pues de lo contrario sus propios sentimientos de culpa no la habrían dejado vivir. Por otra parte, le molestaba la costumbre de Francés de ridiculizar o despreciar a Jason sin ninguna razón. Molly no le encontraba tacha alguna. Francés sólo le encontraba faltas.

-Es... bueno, sorprendente, ¿no crees?

-¿Que me pida el divorcio?

-Bueno, eso también, pero me refería al hecho de que tenga un amante. No es propio de ella. Hasta un idiota se habría dado cuenta de que no le gustan los hombres, o al menos ésa es la impresión que da cuando está con ellos. Como recordarás, ya hemos hablado de este tema. Incluso llegamos a la conclusión de que su aversión por los hombres se debía a un temor al sexo. Pero es evidente que nos equivocábamos... o que ha superado su miedo.

-Vaya si lo ha superado -gruñó él-. ¡Y lo ha estado viendo a mis espaldas durante Dios sabe cuánto tiempo!

-¡Jason Malory! No tienes derecho a levantarte en armas porque ella tenga una aventura con otro hombre, sobre todo cuando tú nunca la has tocado y has estado...

Jason la interrumpió:

-Es una cuestión de principios y...

-¿Y? -replicó ella.

Jason suspiró, relajándose un poco.

-Supongo que tienes razón. Debería alegrarme de que Francés haya conocido a otro hombre. Pero, maldita sea, no tiene por qué casarse.

Molly sonrió.

-Doy por sentado que no piensas concederle el divorcio a causa del escándalo que provocaría, así que ¿por qué estás tan alterado?

-Lo sabe, Molly.

La mujer se quedó paralizada. No necesitaba pedir explicaciones. Le bastó con mirar la expresión de Jason para saber que no se refería a la relación de ambos. Siempre había sospechado que Francés estaba al tanto del adulterio de Jason y que incluso se alegraba de él, pues era una forma de mantenerlo lejos de su cama. Pero no; esto tenía que ver con otro secreto.

-No puede saberlo con certeza. Se lo habrá figurado.

-Es lo mismo, Molly. Ha amenazado con decírselo a Derek y al resto de la familia. Y si el muchacho me lo pregunta directamente, sabes que no podré mentirle. Creíamos que sólo Amy conocía lo nuestro, porque nos descubrió besándonos unas Navidades de hace muchos años. Aquel maldito ponche que preparó Anthony me afectó tanto que no podía quitarte las manos de encima.

-Pero hablaste con Amy y ella te prometió que no se lo contaría a nadie.

-Y estoy seguro de que no lo hizo.

Molly comenzaba a asustarse. Había sido ella quien había insistido en mantener el secreto, y Jason le había hecho caso porque la amaba. Pero desde el día en que él había decidido nombrar a Derek su heredero oficial, Molly había vivido aterrorizada por la posibilidad de que el futuro marqués de Haverston descubriera que su madre era una simple criada. No quería que lo supiera. Ya era bastante deshonroso ser hijo ilegítimo, pero al menos

creía que su madre había sido una mujer de noble cuna, aunque promiscua, y que había muerto poco después de su nacimiento.

Al no confesarle la verdad a Derek, había renunciado a su derecho de ocupar el lugar de una madre. No había sido una decisión fácil, pero al menos siempre había estado cerca para verlo crecer y seguiría a su lado. Jason le había prometido que nunca la enviaría a un sitio donde no pudiera ver a Derek.

Derek ya era un hombre y rara vez visitaba la casa, pero los sentimientos de Molly no habían cambiado. No quería que su hijo se avergonzara de su madre. Y lo haría. Era inevitable. Si ahora descubría que su madre no había muerto, que había sido la amante de su padre durante todos esos años...

-Le dijiste que le concederías el divorcio.

No era una pregunta. Era evidente que ante semejante riesgo habría accedido al divorcio.

-No -admitió él.

-¡Jason!

-Molly, escúchame, por favor. Derek ya es todo un hombre y confío en que será capaz de afrontar la verdad. Yo no quería ocultársela, pero dejé que tú me convencieras. Una vez hecho, fue demasiado tarde para cambiar la historia, al menos cuando era un niño. Pero ya no es un adolescente impresionable. ¿No crees que se alegraría de saber que su madre está viva?

-No, y tú mismo lo has reconocido. Si antes fue demasiado tarde para cambiar la historia, ahora lo es más. Es probable que no lo conozca tan bien como tú, Jason, pero lo conozco lo suficiente para saber que cuando se entere de que le hemos mentido se pondrá furioso, y no sólo conmigo, sino también contigo.

-Tonterías.

-Piénsalo, Jason. Nunca se sintió privado de afecto. Siempre ha tenido una gran familia, un montón de hombros donde llorar cuando era niño. Nunca estuvo solo. Hasta tuvo una compañera de juegos, su prima Regina, después de la muerte de tu hermana. Pero si descubre la verdad, creerá que sí lo privamos de afecto, ¿no lo ves? Ésa será la primera reacción. Luego surgirá la vergüenza y...

-¡Basta! Puede que esas tonterías tuvieran alguna importancia hace veinticinco años, pero los tiempos han cambiado, Molly. El hombre corriente empieza a distinguirse en el mundo: en la literatura, en el arte, incluso en la política. Tú no tienes por qué avergonzarte de...

-Yo no me avergüenzo de lo que soy, Jason Malory. Pero vosotros, los nobles, veis las cosas desde una perspectiva distinta. Siempre lo habéis hecho y siempre lo haréis. Y no queréis que vuestra sangre aristocrática y pura se mezcle con la del hombre corriente, al menos cuando se trata de vuestros herederos. Y tú eres el mejor ejemplo de lo que digo. ¿O acaso no corriste a casarte con la hija de un conde, con una mujer a la que ni siquiera soportabas, sólo para darle una madre a Derek, cuando su propia madre dormía en tu cama?

Se arrepintió de sus palabras en cuanto acabó de pronunciarlas. Sabía que Jason no podía casarse con ella. Era impensable. Y nunca se lo había reprochado; siempre había aceptado lo que él podía darle, el lugar que él le había dejado ocupar en su vida. Se había jurado que Jason nunca sabría cuánto había sufrido a causa de su boda con Francés. Y esperaba que nunca supiera tampoco que en ocasiones sentía resentimiento por no poder ser su esposa. Pero después de esa estúpida e imprudente declaración...

Sin darle tiempo a responder, prosiguió, con la esperanza de distraerlo:

-Por lo visto, Francés está dispuesta a organizar un escándalo de cualquier modo, Jason, y uno no es peor que el otro, así que deja lo bueno en paz, por favor. Francés y tú habéis vivido separados durante la mayor parte de vuestro matrimonio. Todo el mundo lo sabe. ¿Crees que tu divorcio será una sorpresa? Estoy segura de que la mayoría de tus amigos te dirán: «Me extraña que no lo hayas hecho antes.» Dile que has cambiado de opinión.

-No le di una respuesta definitiva -gruñó él-. Una cosa así requiere tiempo de reflexión.

Librodot

Molly suspiró aliviada. Conocía bien a su amado. Le bastaba con oír su tono para saber que ya lo había hecho entrar en razón. No sabía cuál de sus palabras había obrado el milagro, pero tampoco quería saberlo. Lo único que le importaba era que su secreto continuara siendo un secreto.

Librodot

17

Tenía un aspecto tan frágil, allí tendida, con el cabello empapado en sudor, la frente y las mejillas húmedas, la respiración entrecortada. Pero Derek sabía que Kelsey Langton no era precisamente frágil. Vaya carácter el suyo, enferma y todo. Imaginaba cómo sería cuando estuviera en perfecto estado de salud.

Después de lo que debía de haber pasado, no podía culparla por tratar de partirle la cabeza con un candelabro. Había enviado al cochero a Bridgewater para averiguar lo sucedido y había recibido su informe la noche anterior. Él no tenía forma de saber que la doncella a quien había enviado a llevar los víveres a la cabaña acababa de ser despedida por el ama de llaves, y en consecuencia, no había cumplido las órdenes ni había dado instrucciones al respecto a nadie más. Se había limitado a recoger sus cosas y marcharse. Y Kelsey tampoco podía saberlo.

Derek aún no había podido decírselo. Apenas había recobrado la lucidez en un par de ocasiones en dos días. Los remedios que le había recetado el médico comenzaban a hacer efecto, pero como el propio doctor había advertido, su estado empeoraría antes de mejorar. Pero por fin le había bajado la fiebre y dormía plácidamente. Había sido una larga noche, y más largos aún los últimos dos días, porque Derek apenas se había apartado de su lecho desde el momento en que ella se había desmayado entre sus brazos, tres noches antes.

Era una paciente terrible, quejica, rebelde. Se negaba a que Derek hiciera nada por ella, quería levantarse y hacerlo todo sola. Pero él había insistido, le había cubierto con mantas mojadas y frescas las partes del cuerpo que ella había accedido a mostrarle y le había servido la comida en la cama, por poco apetitosa que ésta fuera. Derek era un desastre en la cocina.

Hoy debía presentarse una cocinera para una entrevista. En cuanto el cochero había regresado de Bridgewater, Derek lo había enviado a la agencia de colocaciones en busca de una cocinera. Aceptaría a quienquiera que se presentara, porque si no tenía que volver a entrar en la cocina en toda su vida, mucho mejor. Los demás criados podían esperar hasta que Kelsey estuviera en condiciones de contratarlos personalmente.

La noche de pasión que había anticipado al regresar a Londres no había salido como esperaba. Y pensar que había abandonado pronto la fiesta de Amy sólo para encontrarse con una furia apasionada, en lugar de lo que tanto ansiaba. Pero ahora que Kelsey estaba instalada en Londres, tendrían tiempo de sobra para intimar.

La luz que se colaba por la ventana despertó a Kelsey. Derek se había vuelto a olvidar de correr las cortinas por la noche. Lo cierto es que descuidaba muchos pequeños detalles como aquél, de los que normalmente se ocupaban los criados. No es que eso molestara a Kelsey, con todo lo que se había esmerado para cuidarla. Sentía remordimientos, quizá sin motivos, pero todavía intentaba compensarla por lo ocurrido en la cabana, y eso hablaba muy bien de él.

Al despertar la segunda mañana, lo había encontrado en la habitación con ella. El día anterior, Derek la había despertado con una taza de té, caldo y medicinas. Y esta mañana no sólo estaba allí, sino también dentro de su cama.

Fue una sorpresa despertar y encontrarlo a su lado. Y un gran esfuerzo devanarse los sesos para recordar si había alguna razón para que estuviera en su cama o si simplemente estaba demasiado cansado para buscar otro sitio donde dormir. Pero Kelsey no recordaba nada después de la cena ligera que había tomado la noche anterior y que a duras penas había conseguido mantener en el estómago, ya que ardía de fiebre.

Esta mañana se sentía mucho mejor; un tanto débil y con los miembros entumecidos después de dos días en cama, pero el calor constante que la había atormentado en las últimas jornadas había desaparecido. De hecho, por primera vez en varios días sentía un poco de frío.

Notó que el fuego se había consumido hasta quedar reducido a unas cuantas brasas y que su camisón estaba empapado de sudor.

El cuerpo tendido a su lado era una tentadora fuente de calor, pero no tuvo el valor de acurrucarse junto a Derek, aunque estuviera dormido. La había atendido durante esos días y pronto se convertiría en su amante oficial, pero apenas lo conocía... Y ojalá no hubiera recordado que pronto sería su amante. La sola idea la hacía sentirse incómoda con su proximidad. Bueno, no tanto incómoda como físicamente alterada. De repente tomó conciencia de que era un hombre atractivo, y ahora que estaba dormido tenía la oportunidad de estudiarlo con atención.

Estaba tendido de espaldas sobre las mantas, con un brazo sobre la cabeza y el otro a un lado del cuerpo. La camisa blanca estaba arremangada hasta los codos, dejando al descubierto un vello del mismo tono dorado de su cabello. Los músculos de sus antebrazos eran abultados; sus muñecas, anchas; sus manos, grandes.

La camisa entreabierta dejaba ver otra mata de pelo dorada. Al tener una mano levantada, la camisa también estaba tensa, dejando entrever un pecho grande y un vientre duro y plano. Y sus piernas eran tan largas que sus pies, descalzos aunque enfundados en calcetines, llegaban al borde de la cama.

Dormía con la boca entreabierta, los labios firmes apenas separados. No roncaba, pero Kelsey se preguntó si alguna vez lo haría. Sin duda tendría ocasión de descubrirlo.

Vio unas pestañas largas y doradas en las que no había reparado antes porque aquellos volubles ojos verdes acaparaban toda su atención. Arrugaba las cejas, al parecer disgustado con sus sueños. Kelsey sintió la imperiosa tentación de alisarle la frente con los dedos, pero se contuvo.

No quería estar a su lado cuando él despertara. De ninguna manera. Su posición en esos momentos era demasiado íntima y vaya a saber qué idea podía ocurrírsele... aunque quizá no. Después de todo, ella debía de tener un aspecto horrible, tras dos días de la mínima higiene en la cama, y el pelo sin lavar después de varias noches de intensos sudores. No cabía duda; parecería un esperpento.

De hecho, en ese mismo momento un baño se le antojaba un paraíso; un agradable y caliente remojón aliviaría sus músculos entumecidos y le quitaría el picor de la cabeza. Y quizá pudiera dárselo antes de que Derek despertara, así podría tener un aspecto algo más decente cuando le agradeciera su tierna, aunque dominante, atención.

Le sorprendía que se hubiera quedado cuidándola cuando no tenía por qué hacerlo. Podría haber contratado a una enfermera. Pero suponía que los remordimientos lo habían inducido a permanecer a su lado. Cualquiera que fuera la razón, se alegraba de que se hubiera quedado, de que le hubiera demostrado una vez más que no era el hombre cruel e insensible que ella había imaginado.

Se levantó de la cama con cuidado de no despertarlo y cogió algunas prendas. Antes de cerrar la puerta del baño, comprobó que Derek seguía durmiendo a pierna suelta... o al menos no había notado sus ojos entornados, espiándola. Incluso se tomó el tiempo necesario para secarse el pelo antes de vestirse y seguía cepillándoselo cuando volvió a la habitación.

Había tardado tanto que Derek ya no estaba allí. El fuego recién encendido en la chimenea comenzaba a vencer al frío de la habitación. Aunque lo cierto es que apenas había reparado en el frío al levantarse, después de pasar tanto tiempo contemplando a Derek. Sonrió al notar que había hecho la cama, y deseó haber podido presenciar cómo se las había apañado para hacerla solo.

Se tomó unos minutos más para peinarse de la forma habitual y luego bajó a ver si Derek se había marchado de la casa. No era así. Lo encontró en la cocina, preparando el té, con una bandeja de pastas a su lado. Todavía no se había cambiado de ropa. Claro que era muy probable que aún no tuviera otra muda en la casa.

Kelsey sonrió cuando él alzó la vista y la vio en el umbral de la puerta.

-No puedo creer que hayas tenido tiempo para hacer eso -dijo señalando la bandeja con pastas.

-Soy incapaz de cocinar y nunca volveré a intentarlo -gruñó él-. Oí pasar a un vendedor ambulante y fui a averiguar qué vendía. Sólo pastas, pero no vienen mal a esta hora de la mañana y todavía están calientes.

El «nunca volveré a intentarlo» quedó claro para Kelsey cuando vio el caótico estado de la cocina. Derek reparó en su expresión y dijo:

-Hoy vendrá una cocinera... ¿Qué pasa? -añadió al ver que parecía aún más preocupada.

-En cuanto asome la cabeza en la cocina se marchará corriendo -predijo.

Derek frunció el entrecejo.

-Tonterías -dijo, pero enseguida añadió-: ¿Te parece? Muy bien, la compensaré por quedarse. Pero si no te gusta esta cocinera, por favor no la despidas hasta que consigamos otra... a menos que sepas cocinar. Los demás criados vendrán a entrevistarse contigo la semana próxima.

-¿Así que me quedaré en esta casa?

-¿No te gusta?

Parecía tan decepcionado que Kelsey se apresuró a tranquilizarlo:

-Claro que me gusta, pero no estaba segura de que fueras a alojarme aquí.

-Cielos, ¿no te lo había dicho? Bien, he firmado un contrato de seis meses que puede prorrogarse con facilidad. Así que si hay algo que no te guste, algún mueble o lo que sea, podemos cambiarlo. Ésta será tu casa, Kelsey, y quiero que te sientas cómoda en ella.

Kelsey se ruborizó. Derek estaba insinuando que esperaba que la relación durara, aunque todavía no había empezado.

-Es muy amable de tu parte. Estoy segura de que me encontraré cómoda.

-Estupendo. Y ahora, ¿te parece que compartamos este magro festín en el comedor, que no está tan desordenado?

Kelsey sonrió y salió de la cocina. El comedor se veía muy alegre a esa hora, bañado por la luz del sol que, milagrosamente para la época del año, todavía no había desaparecido detrás de un banco de nubes.

-¿Cuántos criados debo contratar? -preguntó mientras se sentaba frente a él y comenzaba a servir el té.

-Todos los que necesites.

-¿Les pagarás tú el sueldo, o prefieres que yo me ocupe de eso?

-Mmm. No había pensado en eso. Supongo que lo más sensato será darte una suma para la casa y para ti. A propósito, en cuanto te sientas mejor iremos de compras. No debes de tener mucha ropa en esa maleta tan pequeña.

Kelsey supuso que podría ahorrarle dinero si enviaba a buscar el resto de su ropa. Pero ¿cómo se lo explicaría a tía Elizabeth, cuando en teoría sólo había ido a pasar una breve temporada con su amiga de Kettering? Ya era bastante desagradable tener que inventar excusas para prolongar su estancia. Además, no creía que Derek tuviera intención de comprarle ropa del estilo de la suya, aunque esperaba no tener que volver a llevar nada parecido a aquel horrible vestido rojo.

-Como quieras -dijo.

-¿Te encuentras mejor esta mañana? -preguntó él con voz titubeante-. ¿Ya no tienes fiebre?

-Creo que por fin estoy curada.

La sonrisa de Derek se volvió sensual.

-Excelente. Entonces te dejaré sola durante el día, pero regresaré para pasar la noche contigo.

Kelsey se enfadó consigo misma por no haber comprendido a qué se debía el interés de Derek por su salud. Era evidente a qué se refería cuando había dicho que iba a «pasar la

noche» con ella. Ahora, con las mejillas encendidas de rubor, no tuvo más remedio que asentir con la cabeza.

Librodot

18

La cocinera llegó por la mañana, poco después de que Derek se marchara, y tras pasar unos minutos con ella Kelsey intuyó que se llevarían de maravilla. Alicia Whipple no se daba ínfulas y aseguraba que nunca se metía donde no la llamaban. Después de que Kelsey le explicara con cierta vergüenza que recibiría las visitas de un caballero por las noches, la única forma elegante de expresarlo, Alicia le reiteró que las visitas de Kelsey no eran de su incumbencia.

Su situación podía plantear problemas. Sabía que muchos criados se negarían a trabajar para ella, imaginando que los demás los medirían con la misma vara.

Algunos sirvientes necesitaban sentirse orgullosos de sus amos, y trabajar para la amante de un caballero no era motivo de orgullo. Pero había otros que no daban importancia a esas cosas, que simplemente necesitaban trabajo. Kelsey tendría que escoger a sus criados entre estos últimos.

A mediodía apareció un carruaje. El cochero, que no era el de Derek, le informó que a partir de ese momento estaría a su servicio. Le indicó dónde dejaría el coche y los caballos, pues la casa no tenía sus propias cuadras, y dónde podía localizarlo cuando lo necesitara. Entonces Kelsey cayó en la cuenta de que, a pesar de sus planes de arreglárselas con un servicio mínimo, necesitaría al menos un lacayo.

Usó el coche por primera vez esa misma tarde. Después de pensárselo un poco y de recordar el dulce beso con que se había despedido Derek, decidió organizar una velada romántica para evitar que su primera noche juntos se convirtiera en una experiencia sórdida. De modo que encargó a Alicia que preparara una buena cena con vino y le dio dinero de sobra para las compras.

Por fortuna, Derek la había dejado con algo más que un beso. El fajo de billetes que le había entregado sumaba más de cien libras, y sólo había dicho: «Esto te alcanzará para una temporada.» Vaya que sí. Algunas casas grandes requerían menos dinero, y la suya era pequeña.

Aunque había dejado a Alicia a cargo de las compras, hizo algunas por su cuenta. Tardó bastante tiempo en encontrar lo que buscaba porque aún no conocía Londres y tuvo que recurrir a la ayuda del cochero. Por fin Kelsey -o más bien el cochero- encontró una tienda donde vendían lencería fina. Y aunque nunca había usado nada semejante -sus camisones eran todos abrigados y prácticos- la mujer que le vendió el conjunto, que incluía una bata y zapatillas a juego, le aseguró que todas las novias modernas compraban esa clase de prendas para su noche de bodas.

Kelsey ignoraba si eso era cieno o si la dependienta había advertido sus titubeos y sólo pretendía concretar la venta, pero le daba igual. El camisón era exactamente como ella lo había imaginado y estaba muy satisfecha con su compra. Otra cosa sería que se atreviera a ponérselo cuando llegara el momento...

Derek no le había dicho a qué hora regresaría esa noche. Debería habérselo preguntado, pero no saberlo tampoco era un problema, al menos para Alicia. Al fin y al cabo, los nobles estaban acostumbrados a comer a horas insólitas, dependiendo de si asistían o no a una fiesta, y la comida podía mantenerse caliente.

Pero Derek regresó antes de lo que Kelsey esperaba, poco después de la puesta de sol. Aunque ella no lo sabía, él tenía tantos deseos de iniciar la relación de una vez por todas, que había tenido que luchar consigo mismo para no ir antes y concederle algún tiempo a solas. Fue una suerte que no se lo dijera, pues Kelsey ya estaba suficientemente nerviosa. Saber que él habría preferido llevarla arriba de inmediato habría terminado de alterarla.

Sin embargo, era todo un caballero, y no permitió que su rostro o sus palabras delataran sus intenciones. También llegó con un ramo de flores, un detalle innecesario, pero encantador.

Mientras se entretenía poniéndolas en un florero, Kelsey tuvo ocasión de romper la tensión de los incómodos primeros momentos.

Derek vestía formalmente, aunque Kelsey supuso que su criado personal no lo dejaría salir a la calle por la noche de ninguna otra manera. Su corbatín estaba perfectamente atado y un remate de puntilla blanca sobresalía por debajo de los puños de su abrigo marrón, ceñido sobre sus anchos hombros. Era demasiado apuesto y Kelsey se sintió poco atractiva en comparación.

Se había hecho un peinado apenas un poco más festivo, pero no podía hacer mucho más. No había llevado ropa elegante consigo, sólo algunos trajes apropiados para viajar y un vestido que podía pasar en una reunión informal y que llevaba puesto ahora.

Era de tafetán rosa, con las mangas abullonadas típicas de los vestidos de noche, al estilo imperio, pero muy poco sofisticado para una ciudad como Londres. A diferencia de lo que dictaba la moda, el escote no era pronunciado. No tenía nada provocativo, ni lazos ni adornos que lo hicieran más elegante, y sin embargo Derek no le quitaba los ojos de encima.

Antes de cenar, tomaron un aperitivo en el salón. Kelsey sólo se había acordado del vino, pero Alicia había hecho un inventario de lo que había en la casa antes de salir al mercado, y por suerte había comprado varias cosas más.

Derek continuó hablando de trivialidades incluso después de que pasaran al comedor. Le contó que su amigo Percy acababa de comprar un caballo que esperaban se luciera en las carreras. Le habló de sus días de estudiante, de su mejor amigo, Nicholas Edén, y de cómo se habían conocido. Luego mencionó a algunos miembros de su familia, al menos a su prima Regina que se había casado con Nicholas, y a su tío Anthony, a quien había ido a ver esa misma tarde para presenciar cómo derribaba a su contrincante en Knighton Hall, lo que quiera que fuese ese lugar.

Fue una suerte que Derek mantuviera la conversación animada con anécdotas personales, pues Kelsey no podía decir gran cosa de sí misma sin mentir o delatarse. Todavía no tenían una historia en común que les permitiera hablar de las cosas que habían hecho juntos... sobre todo de cosas que no la turbaran.

A los postres, Derek le aclaró lo ocurrido en Bridgewater:

-La doncella que envié con tus provisiones ha sido despedida.

-¿Por no llevarme las cosas?

-No. La habían despedido antes de que le diera las instrucciones pertinentes y por eso no cumplió mis órdenes ni se preocupó de que otro lo hiciera en su lugar. Hubiera sido todo un detalle de su parte que me lo dijera en su momento, pero no lo hizo. Estaba enfadada con el ama de llaves a causa del despido y sencillamente empacó sus cosas y se largó.

-En tal caso te debo una disculpa.

-No, en absoluto -le aseguró él.

Kelsey sacudió la cabeza.

-Claro que te la debo, por pensar que eras insensible y desconsiderado... y por arrojar al fuego la nota que me enviaste, deseando que fueras tú.

Derek la miró con incredulidad unos segundos antes de echarse a reír. Kelsey se sonrojó. No sabía por qué había hecho esa confesión, aunque le había resultado útil para explicar su necesidad de disculparse.

Tampoco comprendió por qué le había causado tanta gracia a Derek, hasta que él dijo:

-Menudo carácter escondes bajo tu apariencia modosa. Nadie lo diría al oírte hablar.

-Sí, supongo que tengo un carácter fuerte -admitió-, aunque nunca sale a relucir sin una provocación previa. Es un rasgo de mi familia, al menos de la rama de mi madre.

La verdad es que se quedaba algo corta. La mayoría de sus conocidos dirían que su madre tenía un carácter extremadamente fuerte, considerando que había matado al padre de Kelsey durante una de sus rabietas. No había sido intencional, pero aun así había sido un asesinato.

Lo miró con las pestañas entornadas.

-¿Te preocupa?

-No mucho. Casi todos los miembros de mi familia también tienen un carácter fuerte, así que estoy acostumbrado. -Luego sonrió-. Pero no creo que vaya a provocarte muy a menudo.

Kelsey le devolvió la sonrisa. Qué forma más complicada de decirle que no volvería a darle motivos de queja. Se alegró de haberse preocupado en preparar una velada especial. Aunque ahora que lo miraba, no podía entender por qué había anticipado que su primera noche juntos fuera a ser sórdida.

Supuso que se debía al pecado que estaban a punto de cometer, pero tenía que dejar de pensar en ello en esos términos. Había hecho un trato. Y había conseguido salvar a su familia. Debería estar agradecida de que la hubiera comprado Derek Malory.

Sabía que muchas mujeres la considerarían afortunada. Y quizá después de aquella noche ella también se considerara así. Pero todavía tenía que sobrevivir a aquella noche... o más bien a lo que sucedería en la planta alta. Había llegado la hora. Habían pasado un buen rato juntos. El vino la había achispado. Podía demorar el momento decisivo un poco más, pero eso no iba a facilitarle las cosas. Sólo conseguiría intensificar su nerviosismo.

De modo que, con la cara ardiente de rubor, finalmente dijo:

-Si no te importa, subiré a ponerme algo más fresco para la noche.

-Cielos, claro que no me importa. Adelante.

Kelsey parpadeó, pues hasta ese momento no había caído en la cuenta de la impaciencia de Derek por llevarla a la cama. Saber que estaba tan ansioso desató una placentera ola de calidez en su interior y la hizo sonrojarse aún más.

Se levantó para marcharse.

-Entonces te veré pronto... arriba.

Derek le cogió la mano y se la llevó a los labios.

-Estás nerviosa, querida, pero no deberías estarlo. Nos divertiremos juntos, te lo prometo.

¿Divertirse? ¿Pensaba que hacer el amor era divertido? Vaya. Pero Kelsey sólo atinó a asentir con la cabeza. Las palabras se negaban a salir de su garganta. Sentía deseos de llorar por lo que estaba a punto de perder. Quería terminar con todo de una vez. Quería asesinar a su tío Elliott por haberla empujado a esa casa, donde estaba a punto de vivir su noche de bodas sin que previamente se hubiera celebrado una boda. Y, en el fondo, quería volver a saborear los besos de Derek Malory.

Dios santo, ya no sabía qué quería.

19

Kelsey se puso el camisón con manos temblorosas. Había sospechado que la haría sentirse incómoda, y así fue, pero de todos modos se negó a quitárselo.

Era una prenda indecente, no por su transparencia, sino porque tenía dos tajos a los lados que llegaban hasta las caderas y dejaban al descubierto una superficie de sus piernas superior a la que nunca había enseñado a nadie. Estaba confeccionado en seda azul cielo, sin mangas, con un pronunciado escote en V y unas cintas a modo de tirantes que podían desatarse con facilidad.

Si no hubiera sido por la bata, jamás se habría atrevido a usarlo. Pero la bata le cubría las piernas y los brazos. Incluso con el cinturón atado enseñaba un poco el pecho, pero suponía que en aquellas circunstancias era lo más indicado.

Cuando Derek llamó a la puerta estaba de pie junto al fuego, cepillándose el pelo. Quiso invitarlo a entrar, pero las palabras se negaron a salir de su garganta, aunque quedó claro que Derek no las creía necesarias porque abrió la puerta y se detuvo en el umbral. Sus ojos la estudiaron con detenimiento, primero se dilataron un poco y luego oscurecieron...

-Tendremos que hacer algo con esos rubores, Kelsey -dijo con tono divertido.

Ella bajó los ojos, y el calor en sus mejillas se le antojó más ardiente que el del fuego que flameaba su espalda.

-Lo sé.

-Estás... preciosa.

Lo dijo como si ésa no fuera la palabra que quería usar, como si estuviera embelesado. Unos segundos después estaba delante de ella; le quitó el cepillo de la mano, lo dejó a un lado, se llevó un mechón del largo cabello de Kelsey a la mejilla y enseguida dejó que volviera a caer hasta su cintura.

-Absolutamente preciosa -repitió.

Kelsey alzó la vista, y la admiración en los ojos verdes de Derek la sofocó todavía más. Pero su proximidad le producía otras sensaciones: un hormigueo en el vientre, una tensión en los pechos. Hasta su olor punzante excitaba sus sentidos. Y se sorprendió mirándole la boca, deseando que la besara, recordando cuánto mejor se había sentido antes mientras la besaba, cuando la timidez se había desvanecido y sus pensamientos habían volado, regalándole unos minutos de paz.

El cinturón de la bata se desató... con la ayuda de Derek. Kelsey volvió a sonrojarse al sentir la fina seda cayendo a sus pies. Escuchó la respiración contenida de Derek, sintió sus ojos recorriendo lentamente su cuerpo.

Su voz sonó ronca cuando dijo:

-Tendremos que comprarte más de éstos. -Señaló el camisón-. Muchos más.

¿Es necesario? Kelsey pensó que lo había dicho en voz alta, pero las palabras se negaban a salir de su boca. Estaba demasiado tensa, aguardando... aguardando.

Las manos de Derek le cubrieron las mejillas con ternura.

-¿Sabes cuánto he deseado que llegara este momento? -preguntó con ternura.

Kelsey no supo qué responder. Pero tampoco necesitó hacerlo, porque él había empezado a besarla con pasión, a separarle los labios, a hundir la lengua en su boca, peleando con la suya, saboreándola. Se acercó más. Ahora los senos de Kelsey rozaban el pecho de Derek. La joven se sintió súbitamente débil y deseó apoyarse en él, hasta que al fin cedió a sus impulsos.

Derek gimió al advertir que había vencido su resistencia y la levantó en brazos, la llevó hasta la cama y la tendió con suavidad. Luego retrocedió para contemplarla mientras se quitaba la chaqueta y el corbatín. Los ojos de Kelsey se encontraron con los de él y ya no

pudieron volver a apartarse. Sus labios abiertos temblaban, pero no podía desviar la vista, pues la mirada de Derek, intensamente sensual, la tenía hechizada.

Kelsey no había apagado las lámparas de la habitación y ahora deseaba haberlo hecho, pues se sentía avergonzada. También hubiera querido meterse bajo las mantas, pero no lo hizo. Recordó que May le había dicho que a los hombres les gustaba mirar a una mujer desnuda, y ya era como si lo estuviera, pues en aquella posición la seda suave se pegaba a su piel y dejaba entrever con claridad los contornos de su cuerpo. Pero era tan difícil permanecer allí tendida, esperando que él se reuniera con ella.

No podía imaginar cuan provocativa estaba, con el cabello negro extendido sobre la almohada y las rodillas apenas flexionadas, enseñando una pierna delgada entre la seda azul. Con los gruesos labios entreabiertos parecía implorar el regreso de la boca de Derek. Y las pestañas negras, los turbulentos ojos grises cargados de temor... o quizá no. Pero por alguna razón esos ojos hicieron que Derek se sintiera como un sangriento espartano a punto de violar a una doncella aldeana. Un sentimiento extraño, que no moderó en absoluto su ardiente deseo.

Desde el mismo momento en que había entrado en la habitación y la había visto con ese delicado atuendo, su miembro se había puesto grueso y duro. Intentó pensar en otra cosa, pero no lo consiguió. La deseaba demasiado; ése era el problema. Y ni siquiera sabía por qué.

Se había acostado con mujeres más hermosas, pero Kelsey tenía algo especial, quizá su fingida inocencia o esos ridículos rubores que podía controlar a voluntad, o quizá fuera el hecho de que la había comprado... No lo sabía, pero quería arrojarse encima de ella y saborearla lentamente al mismo tiempo, lo cual, naturalmente, era imposible.

Era una elección difícil, y no se hizo más sencilla cuando se reunió en la cama con ella y volvió a tocarla. Kelsey era suave como la seda, tersa en los sitios precisos. Ya estaba casi desnudo cuando le desató los tirantes y bajó el corpiño de seda para descubrir sus senos, que se tensaron de inmediato bajo su ardiente mirada. Una vez más, sintió la imperiosa necesidad de hundirse en ella de inmediato, y no se le ocurrió nada que pudiera enfriar su ardor aparte de un baño frío, cosa que habría sido ridicula en esas circunstancias.

Debería haber bebido más vino con la cena. No. Ella debería haber bebido más, entonces no le habría importado que la penetrara de inmediato. ¿Quizá le diera igual de todos modos? Demonios, a él sí le importaba. No era un adolescente sin experiencia, impulsivo, incapaz de controlarse. Se tomaría el tiempo necesario, aunque le costara la vida.

Comenzó a besarla otra vez, despacio, concentrándose en sus movimientos. Pero no pudo evitar que sus manos se pasearan por el cuerpo de la joven. Sus pechos grandes y firmes le ocupaban toda la mano. No pasó mucho tiempo hasta que su boca se dirigió allí y el gemido de placer de Kelsey fue como música celestial a sus oídos.

Le acariciaba todo el cuerpo. Kelsey tuvo que recordarse que tenía derecho a hacerlo. Y las sensaciones que desataba su boca... Temió que volviera a subirle la fiebre.

La mano de Derek trató de separarle los muslos, pero ella los mantuvo apretados. Derek rió y volvió a besarla con tanta pasión que ella relajó los muslos y él deslizó una mano entre ellos. Kelsey arqueó la espalda. Nunca había imaginado nada tan sobrecogedor ni tan excitante como lo que él hacía con sus dedos.

Los pensamientos dejaron paso a las sensaciones, tan placenteras que no notó el anhelo que crecía en su interior hasta que se apoderó de ella. Dejó escapar un gemido desde lo más hondo de su garganta. Se arqueó hacia él. Tiró de él. No entendía lo que le pasaba.

Y en ese momento Derek perdió el control. Se movió entre las piernas de Kelsey, las levantó, y un segundo después estaba dentro de ella. La penetración fue tan rápida que no tuvo tiempo de reparar en obstáculos. Aunque notó vagamente uno, pero no acabó de tomar conciencia de él, no cuando estaba rodeado de tanta estrechez, tan agradable calor, tan instintivo placer. Era una sensación tan maravillosa que estuvo a punto de acabar con la primera embestida, aunque lo hizo en la segunda.

Cuando su mente nublada por el placer cedió nuevamente el paso a una semblanza de lucidez, Derek suspiró. Creía haber dejado atrás sus primeras experiencias patéticas y

desesperadas de adolescente, en las que sólo le preocupaba su propio placer y no era dueño de sus acciones. Se regañó para sus adentros. Bonita demostración de autocontrol acababa de hacer.

Tan sumido estaba en sus propias sensaciones, que ni siquiera sabía si la querida joven había alcanzado su propio placer, pero no era prudente preguntar. Naturalmente, si no lo había hecho, estaba más que dispuesto a rectificar. La sola idea volvió a endurecer su miembro. Sorprendente. Claro que ella lo envolvía con una vaina increíblemente estrecha...

-¿Puedes apartarte, por favor?

Su peso. Vaya tonto, tendido allí saboreando su placer mientras aplastaba a la pobre chica. Se incorporó para disculparse, apartándose del pecho de la joven, aunque no del resto de su cuerpo. Pero se quedó sin habla cuando descubrió con horror sus lágrimas, su rostro compungido, y la certeza de que *realmente* había topado con un obstáculo que le había impedido penetrarla del todo. La barrera había cedido en un segundo, pero había estado allí.

-¡Por todos los santos, eras virgen! -exclamó Derek.

-Si no me equivoco, lo anunciaron en la subasta -respondió ella sonrojándose.

Derek la miró con incredulidad.

-Mi querida niña, nadie lo creyó. Al fin y al cabo, los proveedores de sexo son célebres por sus embustes. Además, te vendieron en un prostíbulo. ¿Qué demonios iba hacer una virgen en un prostíbulo?

-Ponerse a la venta, como es obvio -dijo ella con aspereza-. Y lamento que Lonny no se ocupara de desvirgarme antes de la venta. No sabía que pudiera ser una molestia.

-No seas ridicula -gruñó él-. Es sólo una sorpresa... un pequeño detalle que habrá que solucionar.

¿Un pequeño detalle? Todos aquellos rubores habían sido auténticos, no fingidos. Las miradas inocentes eran perfectamente lógicas.

Una virgen, la primera de Derek si no contaba aquella doncella de Haverston que había obsequiado con sus favores a todos los criados de la casa. No era de extrañar que Ashford la deseara tanto y que se enfureciera al no poder comprarla... Un poco más de sangre para añadir a sus enfermizos placeres.

Una virgen. El significado de esa circunstancia desató en él un sentimiento de posesividad que no había experimentado antes. Era su primer amante, el único hombre que la había tocado; más aún, su dueño. Kelsey le pertenecía.

Le dedicó una sonrisa radiante.

-¿Lo ves? Ya está solucionado. -Tenía una nueva erección y estaba ansioso por volver a poseerla, pero se apartó lentamente-. Lo he hecho muy mal para ser tu primera vez. Te deseaba tanto, que me comporté como un jovenzuelo sin experiencia, y sin duda eso te lo habrá puesto más difícil. Cuando te recuperes, me encargaré de darte el mismo placer que tú me has dado a mí. Pero ahora mismo nos encargaremos de tus heridas.

Sin darle tiempo a protestar, la levantó en brazos y la llevó al cuarto de baño. La dejó allí, envuelta en una toalla, mientras abría el grifo para llenar la bañera, añadiendo sales y perfumes al agua. Kelsey evitaba mirarlo, pues Derek había olvidado cubrirse y seguía completamente desnudo sin que eso pareciera turbarlo.

Cuando se inclinó para meterla en el agua, Kelsey lo atajó con una mano.

-Ya puedo hacerlo sola.

-Tonterías. -Le quitó la toalla, volvió a levantarla en brazos y la sumergió con cuidado en el agua humeante-. Ya me he acostumbrado a bañarte, y te aseguro que es un hábito muy agradable.

Arrodillado a un lado de la bañera, la lavó por todas partes. La piel de Kelsey permaneció rosada todo el tiempo, y no por el calor del agua. Luego volvió a levantarla en brazos, la secó y la llevó de vuelta a la cama, aunque esta vez la metió debajo de las mantas. Se acostó a su lado y la abrazó con fuerza.

Por fin Kelsey podía relajarse, sabiendo que aquella noche ya no volvería a sentir dolor... ni placer. La desnudez de ambos ya no la turbaba, sencillamente aumentaba el calor que inducía el sueño.

Estaba casi dormida cuando oyó:

-Gracias, Kelsey Langton, por obsequiarme tu virginidad.

Kelsey no le recordó que no había tenido elección. Pero no había sido tan desagradable como podría haberlo sido con otro. Incluso había sentido placer... antes del dolor.

Así que con el mismo tono solemne, aunque en medio de un bostezo, respondió:

-De nada, Derek Malory.

No lo vio sonreír, aunque sintió que la estrechaba con más fuerza. Su mano ascendió hasta detenerse en el pecho de Derek, primero titubeante, luego más relajada. Ahora podía tocarlo cuando quisiera. Después de esa noche, tenía el mismo derecho de acariciarlo que él de acariciarla a ella y, sorprendentemente, se alegraba de que así fuera.

Quién lo iba a imaginar.

20

Cuando Kelsey despertó a la mañana siguiente, estaba sola. Derek se había marchado en algún momento durante la noche. Era todo un detalle de su parte ahorrarle la vergüenza de encontrarlo en la cama, todavía desnudo. Se preguntó si siempre sería igual. Era posible que lo hubiera hecho por discreción. A fin de cuentas, la había instalado en un barrio elegante. Y parecía preocupado por guardar las apariencias.

Debía de estar casado, sin duda, de ahí la necesidad de mantener el secreto. Qué idea tan espantosa. Pero era muy posible, incluso le habían advertido que sería así. Tendría que preguntárselo. Aunque no le gustara, prefería saberlo a especular constantemente al respecto.

Encontró una nota de Derek sobre la almohada. Su olor también seguía allí, y por alguna razón la hizo sonreír. La nota decía que la recogería por la tarde para ir de compras y a cenar. Kelsey volvió a sonreír. Era una perspectiva divertida. Siempre le había gustado salir de compras, aunque esperaba que Derek no quisiera comprarle ropa llamativa, propia de una amante. Suspiró. Sin duda ésa era su intención. Bien, si debía ponerse esa ropa, lo haría, qué remedio.

Se sorprendió del alivio que sentía por haber dejado de ser virgen. Aunque algún día se arrepintiera, ya era irreversible. Era una auténtica amante. Se había acabado la angustia, el temor a lo desconocido. El dolor había desaparecido. No había sido una experiencia agradable, pero adivinaba que en el futuro sentiría placer. Ya había recibido un anticipo y vislumbrado la promesa de mucho más. Y Derek no era sólo apuesto, sino también muy considerado. ¿Qué más podía pedir en esas circunstancias?

-Vaya, qué satisfecho se te ve -señaló Nicholas Edén cuando entró en el comedor de su casa y encontró allí a Derek, sentado a la mesa, como solía hacer antes de que Nick se casara.

La sonrisa que lucía Derek mientras removía la comida con aire ausente cambió de forma casi imperceptible.

-¿Satisfecho? Si acabo de sentarme a comer.

Nicholas rió.

-No me refería a la comida, amigo, sino a otra clase de satisfacción. Tu expresión te delata. Me recuerdas a un gallo en celo que acaba de encontrar el gallinero. ¿Tan apetitosa es?

Derek se ruborizaba en raras ocasiones, pero ésta fue una de ellas. Y era extraño, porque compartir los pecadillos con los amigos solía divertirle más que avergonzarlo. Quizá fuera porque había jurado no volver a tener una amante, y Nicholas lo sabía. Sin embargo, estaba a punto de confesarle que tenía una nueva amante.

El día anterior, cuando había vuelto a casa a cambiarse de ropa, había encontrado una nota de Nicholas diciendo que él y su esposa pasarían una semana en la ciudad para hacer compras y visitas, lo que en realidad significaba que Reggie quería hacer compras y visitas y que el pobre Nick se había visto obligado a acompañarla. En los últimos tiempos, Derek no iba mucho por Silverly, donde Nicholas tenía una finca y donde él y Reggie hibernaban, al menos durante la temporada de fiestas en Londres. Durante la recepción de boda de Amy, Derek no había tenido ocasión de hablar con su amigo, distraído como estaba pensando en una excusa para retirarse temprano y regresar con Kelsey.

Lo más curioso es que tenía sentimientos encontrados: por un lado quería hablar de Kelsey con Nick, y por otro, no.

Los dos amigos tenían muchas cosas en común. Nicholas le llevaba unos años, era un poco más alto, con el cabello algo más oscuro aunque con reflejos dorados y los ojos más ambarinos que castaños. Nick era vizconde. Derek también lo era, pues había recibido el título junto con una de sus fincas, pero algún día se convertiría en el cuarto marqués de Haverston.

Los dos eran hijos ilegítimos, razón por la cual Nick se había hecho amigo de Derek en sus años escolares, si bien esto era del dominio público en el caso de Derek y un secreto en el

Librodot

de Nicholas. Ni siquiera Derek lo había sabido hasta después de que Nick se casara con su prima Regina.

Pero por lo menos Nicholas sabía quién era su madre. La mujer a quien todos habían tomado por su madre, la esposa de su padre, lo despreciaba tanto como él a ella y le había hecho la vida imposible. La hermana de esta mujer, a quien el joven siempre había creído su tía, era su verdadera madre. Siempre había estado a su lado, pero Nick no había descubierto su identidad hasta pocos años antes.

Los jóvenes veían su ilegitimidad de manera distinta. Cuando Nicholas se había enterado, había sentido un profundo rencor, aunque sólo hasta que se había casado con Reggie, a quien estas tonterías le tenían sin cuidado. Derek lo había sabido siempre, pero no le había importado... demasiado. Al fin y al cabo, tenía una gran familia que lo aceptaba tal como era. Nicholas había carecido de esa clase de apoyo. Pero a Derek le dolía no haber conocido a su madre y que nunca le hubieran dicho quién era. En las pocas ocasiones en que había interrogado a su padre al respecto, éste le había dicho que estaba muerta y que, por lo tanto, su identidad carecía de importancia.

Por fin Derek respondió a la observación de Nicholas:

-En realidad, se trata de mi amante.

Nick arqueó las cejas.

-Corrígeme si me equivoco, pero ¿no habías jurado que nunca volverías a tener una amante?

-Sí, pero esta vez las circunstancias son distintas -aseguró Derek.

-Eso pensamos todos durante una temporada -replicó Nicholas con su habitual cinismo-. Pues disfrútala mientras puedas, porque tan pronto como pase la novedad comenzarás a husmear por ahí en busca de otra. A mí me ocurrió muchas veces... Bueno, hasta que conocí a tu prima. Debería haber caído en la cuenta de que estaba enamorado en cuanto advertí que no podía quitármela de la cabeza.

-No, Nick, te aseguro que esta vez las circunstancias son muy distintas. No sólo la mantengo, sino que... eh... la he comprado.

Nick volvió a arquear las cejas.

-¿Cómo has dicho?

-Que la he comprado -repitió Derek, y aclaró-: La vi en una subasta y la compré.

-¿Y se puede saber cuánto pagaste por ella?

-No creo que quieras saberlo.

-Caray, entonces será mejor que tu padre no se entere.

Derek se estremeció de sólo pensarlo.

-Lo sé. Pero no tiene forma de enterarse.

Nicholas sacudió la cabeza.

-Doy por sentado que es tan guapa que no pudiste resistir la tentación.

-En realidad, ésa fue la reacción inicial de Jeremy. El muy bribón me pidió dinero prestado para comprarla. Estaba resuelto a hacerlo hasta que le recordé que no tenía dónde alojarla.

-Conque Jeremy también estaba allí.

-Y Percy.

-¿Y dónde se llevó a cabo esa extraña subasta?¿En uno de nuestros... eh... vuestros cotos de caza habituales?

Derek sonrió. En un tiempo el trío estaba formado por Nick, Percy y él, pero eso había sido antes de que James se mudara a Londres con Jeremy y el pobre Nick se dejara atrapar por Reggie.

-No -respondió Derek-. Fue en la nueva Casa de Eros, que se abrió después de que tú te retiraras de la buena vida, un antro donde atienden los caprichos de los pervertidos, aunque entonces nosotros no lo sabíamos. Pasamos por allí porque una de las chicas favoritas de Jeremy se había mudado a la casa.

Nicholas rió.

-¿Así que el muchacho te pidió dinero cuando tú superaste su puja? Se necesitan agallas, aunque tiene a quien salir, por supuesto.

-Eh, venga, no empieces a meterte con el tío James, que todos sabemos ya cuánto le quieres. -Derek esperó el previsible gruñido de respuesta, y en cuanto lo obtuvo, prosiguió-: Además, yo no estaba pujando y no tenía la menor intención de hacerlo.

-¿No? ¿Y entonces por qué lo hiciste?

-Porque había otra persona pujando. ¿Conoces a un tal David Ashford?

-No lo creo. ¿Por qué?

-Hace poco tiempo tuvimos una pelea con él, mientras estábamos de juerga cerca del río. Lo encontramos azotando con un látigo a una ramera que había atado a su cama. La zurró con tal brutalidad que la pobre desgraciada tendrá cicatrices durante el resto de su vida. Y lo peor es que aquello era el preámbulo de sus relaciones sexuales. Si la mujer no hubiera conseguido quitarse la mordaza de la boca, nunca habríamos oído sus gritos.

Nicholas dejó escapar un gruñido de disgusto.

-Ese tipo debería estar en un manicomio.

-Estoy completamente de acuerdo, pero por lo visto ha conseguido mantener sus repugnantes hábitos en secreto. Pocos saben de ellos, y paga muy bien a sus víctimas para que éstas no lo denuncien. Aquella noche lo dejé sin sentido. De hecho, estuve a punto de matarlo. Supuse que con eso le habría hecho desistir, hasta la otra noche, cuando lo vi pujar por esta joven y me di cuenta de lo que se proponía hacer con ella. No podía dejarla librada a su suerte, ¿verdad?

-Yo lo habría invitado a salir y habría vuelto a pegarle hasta dejarlo sin sentido. Te habría salido más barato, puesto que tú no querías a la chica.

-De todos modos se habría quedado con ella, pues su puja era la última. El propietario del local lo habría esperado y le habría entregado la joven más tarde. Además, no me arrepiento de haberla comprado.

Nicholas rió.

-Es verdad. Había olvidado la expresión que tenías en la cara cuando entré.

Derek volvió a sonrojarse. Demonios, debía de habérselo contagiado Kelsey.

-Ella no tiene nada que ver con la clase de mujer que uno encuentra habitualmente en un lugar así. Su madre era institutriz y ha recibido una excelente educación, mejor incluso que la de muchas de las damas que conocemos. Sus modales son impecables. Y aunque en la subasta se anunció que era virgen, cosa que ningún hombre razonable habría creído, resultó que de verdad lo era.

-¿Lo era? ¿Ya no lo es?

Derek titubeó un instante antes de asentir, porque sintió que el rubor volvía a teñirle las mejillas. Gruñó para sus adentros. Supuso que en el fondo no quería hablar de Kelsey en esos términos, ni siquiera con su mejor amigo. Lo que no dejaba de ser una tontería, por supuesto; no era más que otra mujer con quien disfrutar del sexo. Sin duda Nicholas tenía razón. Pronto pasaría la novedad y volvería al torbellino social en busca de otra joven capaz de despertar su interés.

-No me desagrada tenerla a mi lado. El gasto adicional no fue para cazarla a ella sino para desbaratar los planes de Ashford, y me alegro mucho de haberlo hecho. El problema es que se me hiela la sangre cuando pienso que he detenido a Ashford por una única vez y que seguirá encontrando rameras baratas a quienes maltratar a cambio de dinero. Sólo Dios sabe a quién más someterá al dolor y a la angustia de sus perversiones sexuales. No es cliente habitual de la Casa de Eros, que atiende a esta clase de hombres, pero sin llegar a las mismas cotas de brutalidad. Me gustaría detenerlo para siempre. ¿Alguna idea?

-¿Aparte de matarlo?

-Bueno, sí.

-¿Qué tal castrarlo?

-Mmm. ¿De verdad crees que eso lo detendría? -especuló Derek-. ¿Cuando parece disfrutar tanto causando dolor?

-Puede que sí y puede que no, pero se lo tendría bien merecido si lo que me cuentas es cierto.

-Claro que es cierto. Yo estaba algo trompa el día que lo encontré con la ramera, pero no vi visiones. Jeremy y Percy estaban allí y quedaron tan asqueados como yo.

Nicholas frunció la frente con aire pensativo.

-Doy por sentado que la mujer no atestiguará en su contra si lo denunciamos.

-No; aquella noche estaba demasiado dolorida para hablar con coherencia, pero fui a verla una semana después, cuando empezaba a recuperarse, y se negó en redondo a declarar contra Ashford.

-¿Porque es un caballero?

-Puede que eso influyera, pero lo fundamental es que él le había pagado muy bien, más de lo que la pobre podría llegar a ganar en dos o tres años de ejercer su oficio, y temía que le obligara a devolverle el dinero. Aunque la cifra era una insignificancia para Ashford. Lo he comprobado. Es lo bastante rico para hacer lo mismo varias veces a la semana sin necesidad de vaciar sus bolsillos.

-Supongo que le habrás ofrecido una suma igual o superior para que declarara contra él.

-Sí; desde luego. Fue la primera idea que se me ocurrió -admitió Derek-. Por desgracia, ella me confesó que sabía lo que Ashford se proponía y que de todos modos había aceptado acompañarlo. Claro que no podía imaginar hasta dónde llegaba su brutalidad ni tampoco que le iba a dejar cicatrices para el resto de su vida. Curiosamente, aún no había caído en la cuenta de las consecuencias que podrían tener esas cicatrices en su futuro profesional, y yo no tuve el valor de señalárselo.

Nicholas suspiró.

-Estás ante un gran dilema, amigo. Pensaré en ello, pero de momento no se me ocurre ninguna solución, sobre todo teniendo en cuenta que ese individuo se está cubriendo las espaldas siendo sincero, o parcialmente sincero, con sus víctimas. Por desgracia, en esta ciudad encontrará una fuente inagotable de rameras baratas que harían cualquier cosa por unas libras, sin pensar en las consecuencias.

-Estoy de acuerdo -dijo Derek.

-Detesto hacerte esta sugerencia, pero, ¿sabes?, creo que deberías pedir consejo a tu tío James. Él... eh... tiene experiencia en este campo, ¿no es así?

Derek sonrió.

-Ya lo había pensado. Tengo una cita con él mañana por la mañana.

-Estupendo. Cuando uno se vincula con la peor escoria del mundo, como siempre ha hecho él, adquiere una perspectiva distinta de las cosas. Bien, ahora basta de hablar de cosas serias. Me alegro de que hayas venido a visitarme, así podrás hacerme compañía mientras Reggie va de compras.

-Estaré encantado... al menos durante lo que queda de la mañana. Tengo planes para la tarde.

-Muy bien, amigo. Me conformaré con el tiempo que puedas dedicarme. ¿Sabes?, te echo de menos desde que vivo en el campo. No te dejas ver con frecuencia. A propósito, he comprado otro caballo de carreras y me gustaría enseñártelo.

-Percy también compró uno -dijo Derek-. Te morirás de envidia cuando lo veas.

Nicholas rió.

-Ya lo he visto. ¿Quién crees que me vendió el mío? Conseguí covencerlo de que lo cambiara por otro.

21

-¿Estás casado?

Kelsey parpadeó. Acababan de subir al coche cuando Kelsey dejó caer la pregunta. No había podido pensar en otra cosa desde que se había levantado esa mañana. Y aunque sabía que debía de haberlo preguntado con más tacto, ignoraba cuánto tiempo tardarían en llegar a su destino y quería una respuesta lo antes posible. Obtuvo precisamente la que deseaba.

-¡Caray, no! -exclamó Derek-. Y no tengo intenciones de casarme en mucho tiempo. -El alivio de Kelsey fue inmediato y manifiesto, lo que le llevó a añadir-: No, querida. No estás robándome a nadie.

-¿Ni siquiera a otra amante?

-Ni mucho menos -repuso él-. Bueno, quiero decir... Diantres, tuve una amante una vez y no salió bien. No estaba en mis planes tener otra, pero las circunstancias me hicieron cambiar de idea.

-¿Las circunstancias? ¿Quieres decir que me compraste por una razón distinta de la obvia?

-Bueno, sí -respondió él con reticencia-. No podía permitir que lord Ashford se quedara contigo, ¿no? Sobre todo sabiendo que es capaz de las más terribles perversiones.

Kelsey comprendió a quién se refería y se estremeció. El tal Ashford parecía un hombre cruel. Era evidente que se había salvado de un destino peor del que imaginaba. Y tenía que agradecérselo a Derek.

-Te estoy muy agradecida, muy agradecida, por lo que has hecho por mí.

-No me des las gracias, querida. Ha sido una buena inversión. Ahora lo sé.

Kelsey se ruborizó y Derek sonrió.

Pero la curiosidad de la joven aún no estaba satisfecha, así que dijo:

-He notado que no quieres que la gente se entere de nuestra... relación. Al menos ésa fue la impresión que tuve en Bridgewater. Y habida cuenta de que no tienes esposa, dime, ¿es sólo una cuestión de formas?

-No, no es sólo eso -respondió él-. Verás, mis dos tíos más jóvenes eran propensos a crear escándalos. Provocaban uno tras otro y eso sacaba de quicio a mi padre. Crecí escuchando sus diatribas en contra de sus hermanos. Eso me ha enseñado prudencia. No quiero hacerlo sufrir con otro escándalo.

-¿Y yo sería motivo de escándalo?

-No, en absoluto. Tener una amante no es nada inusual. Pero prefiero no dar razones para que mi nombre figure en los chismorrees de sociedad. A mi padre no le gusta que nadie se meta en nuestros asuntos, ni siquiera los criados, ¿entiendes?

Kelsey asintió y sonrió, porque lo entendía muy bien. También a ella le habían enseñado a ser discreta. En incontables ocasiones sus padres habían guardado silencio en medio de una discusión, acalorada o no, sólo porque un criado acababa de entrar en la habitación.

-Lo siento si te parezco curiosa. Pero me preguntaba si esto podría influir en la frecuencia de tus visitas.

Derek frunció las cejas. Había olvidado que debía ser prudente en ese extremo, como lo había sido con su amante anterior. No sorprendería a nadie si iba a buscarla en pleno día, pero si aparecía repetidamente en la casa y permanecía allí varias horas, pronto empezarían a circular rumores. Sin embargo, no tenía intención de restringir su tiempo con Kelsey a unas pocas horas furtivas.

Así que respondió con una evasiva:

-Todavía no lo sé. No conozco a nadie en este barrio, así que tendremos que esperar. Pero no te disculpes por preguntar, querida. ¿Qué mejor manera para empezar a conocernos? De hecho, a mí también me gustaría hacerte algunas preguntas.

-Estaré encantada de responderlas... si puedo.

-Estupendo. Entonces dime, ¿por qué, con la espléndida educación que te dio tu madre, no seguiste sus pasos y te hiciste institutriz? No es que lamente que hayas seguido el camino que elegiste, pero explícame por qué lo has hecho.

Kelsey suspiró para sus adentros. Al interrogarlo a él, se había expuesto a preguntas como aquélla. Sin embargo, ya se figuraba que algún día le preguntaría algo así y estaba preparada.

-Soy demasiado joven para ser institutriz. La mayoría de los padres prefieren confiar la educación de sus hijos a una mujer madura.

-¿Y no tenías alternativa?

-Ninguna que me permitiera ganar lo suficiente para pagar mis deudas.

Derek frunció el entrecejo.

-¿Cómo es posible que una mujer tan joven como tú haya contraído deudas por valor de veinticinco mil libras?

Ella esbozó una leve sonrisa.

-La verdad es que las deudas no eran mías y no llegaban ni siquiera a la mitad de esa cifra.

-Entonces habrás sacado un buen pellizco.

-No; yo no recibí ni un penique. El propietario del lugar se embolsó una cantidad importante por organizar la subasta y el resto... Bueno, como ya he dicho, fue para pagar deudas.

Esperaba que Derek se conformara con esa información, pero no caería esa breva.

-¿De quién eran las deudas que te sentiste obligada a pagar?

Podía mentir o eludir la pregunta, como había hecho en otra ocasión. Pero no quería mentirle más de lo que ya había hecho, de modo que volvió a recurrir a la misma excusa de antes.

-Si no te importa, es un asunto privado y no me siento cómoda hablando de él.

La expresión de Derek indicaba con claridad que sí le importaba y que no tenía intención de cambiar de tema.

-¿Vive aún tu madre?

-No.

-¿Y tu padre?

-Tampoco.

-¿Tienes otros parientes?

Kelsey sabía lo que se proponía. Intentaba deducir por sí solo a quién le había dado el dinero, pero ella no podía proporcionarle esa información.

-Derek, por favor, este tema me resulta muy desagradable. Preferiría no volver a tocarlo.

Derek suspiró y se dio por vencido... al menos por el momento. Luego se inclinó y le dio una palmadita en la mano. Aunque al punto pensó que no era suficiente consuelo, si lo que quería era consolarla, cosa que así pareció porque acto seguido la sentó sobre su regazo.

Kelsey se mantuvo rígida, recordando la última vez que la había tenido en esa posición. Pero Derek se limitó a rodearla con sus brazos y a apoyar la cabeza contra su frente, envolviéndola en su agradable aroma y en el ritmo regular y sereno de su corazón.

-Tengo el presentimiento, cariño, de que tú y yo vamos a hacernos muy amigos -dijo en voz tan baja que era casi un murmullo-. Así que llegará el día en que te sientas cómoda contándome cualquier cosa. Soy muy paciente, ¿sabes? Pero pronto descubrirás que también soy muy perseverante.

¿Eso quería decir que volvería a interrogarla en un futuro próximo?

-¿Te he dado las gracias por el coche que me enviaste?

Derek rió ante la ingenua táctica para cambiar de tema.

Librodot

22

El local de modas adonde Derek llevó a Kelsey no se parecía en nada a lo que ella había imaginado. Era un lugar muy elegante. El vestíbulo donde se exhibían las magníficas creaciones de la modista estaba lleno de sillas y sillones tapizados en seda, amén de docenas de libros con ilustraciones de los últimos diseños de moda. Era una habitación cómoda donde los hombres podían aguardar, si así lo deseaban, mientras las damas escogían su vestuario.

Y era una tienda frecuentada por muchas damas. Pero muy pronto Kelsey descubrió que la señora Westbury tenía varios probadores privados, lo que le permitía mantener a su clientela noble separada de la menos noble. Estaba en el negocio para ganar dinero, y no para juzgar a nadie. No rechazaba a ninguna clienta sólo porque su profesión le disgustara, aunque quizá sugiriera a algunas que usaran la puerta trasera en lugar de la principal.

Sin embargo, puesto que el establecimiento donde la había llevado parecía servir a la flor y nata de la sociedad de Londres, Kelsey ya no estaba segura de cómo esperaba Derek que se vistiera. Claro que quizá la había llevado allí porque no conocía otras modistas.

Decidió dejar el asunto en sus manos, y así se lo hizo saber. Derek no se lo esperaba, pero aceptó la responsabilidad y fue a cambiar unas palabras en privado con la señora Westbury. Cuando regresó, le dijo a Kelsey que la dejaba en buenas manos y que volvería a recogerla en unas horas.

Pero no le dio ninguna pista ni de la cantidad ni del estilo de ropa que quería que encargara. Con un poco de suerte, la modista tendría las respuestas, y con un poco más de suerte, Kelsey no se sentiría deprimida por ellas. Derek sólo parecía un poco avergonzado por la reunión, con las mejillas apenas sonrojadas. Claro que había huido rápidamente para evitar futuros bochornos.

La señora Westbury volvió pronto y llevó a Kelsey a la trastienda para tomarle las medidas. Su expresión no dejó entrever en ningún momento que sabía que Kelsey era la amante de Derek y que debía vestirla de acuerdo con su papel.

No tardaron mucho en tomarle las medidas. Una de las dependientas desplegó la cinta métrica alrededor y a lo largo del cuerpo de Kelsey y tomó notas en un cuaderno, sin dejar de hablar amistosamente durante todo el proceso. Sin embargo, la selección de telas, diseños y accesorios podría haber llevado todo el día, pues la señora Westbury ofrecía una amplísima gama de modelos.

Aunque Kelsey no escogió gran cosa. La mujer hacía sugerencias y la joven se limitaba a asentir o a negar con la cabeza. No era tan terrible como había pensado. La modista sugería siempre colores intensos y combinaciones que Kelsey nunca habría elegido para sí, pero al menos los modelos terminados no serían tan llamativos como el vestido rojo.

No habían acabado aún cuando entró otra clienta, una hermosa y joven dama que rechazó la ayuda de la señora Westbury y dijo que sólo pretendía cambiar la tela del modelo que acababa de encargar. Sin embargo, era lo bastante cordial para presentarse a Kelsey, que habría sido muy descortés si no se presentaba a su vez a sí misma, por mucho que eso incomodara a la modista.

La mujer escogió la tela en unos minutos, pero no se marchó de inmediato. Kelsey no se dio cuenta de que la miraba hasta que volvió a hablar.

-No, no. Ese color no la favorece en absoluto. Es demasiado... bueno, demasiado verde, ¿no le parece? Esos platinados y azules de allí, incluso el zafiro, realzarían el color de sus ojos.

Kelsey sonrió. Estaba completamente de acuerdo. Hacía rato que miraba con cierta añoranza la variedad de telas en distintos tonos de azul. Y la señora Westbury no pudo menos de darle la razón a la joven dama que esperaba una respuesta a su consejo.

Librodot

-Tiene razón, mi lady -dijo mientras iba a buscar varios rollos de tela de la pila, incluyendo el de tercio pelo color zafiro, que serviría para una chaqueta y un vestido magníficos, y un par de rollos de brocado gris y plata especialmente apropiados para trajes de noche.

Pero la joven señora no se marchó, esperando ver qué modelos ofrecían a Kelsey para cada tela. Y gracias a ella, Kelsey completó su guardarropa con algunas creaciones de las que hasta su madre se habría enorgullecido. Le habría gustado volver y cambiar los modelos que había escogido con anterioridad, pero eso hubiera sido abusar de su suerte. Después de todo, la señora Westbury había recibido instrucciones del hombre que pagaría la factura.

Poco antes de marcharse, Kelsey se enteró de que Derek también había encargado un conjunto ya confeccionado que pudiera llevar puesto al salir. Y sin duda había pagado un buen pellizco por eso, pues tuvieron que sacar las prendas del pedido de otra clienta y hacer los arreglos necesarios mientras ella escogía los demás modelos. Estaba claro que la dienta de cuyo pedido habían sacado el traje nunca tendría que entrar por la puerta trasera de la tienda.

Era un vestido de noche confeccionado en gruesa seda de color lavanda, con un ribete de puntilla púrpura en las mangas abullonadas, en el cuello, en la cinturilla alta y en el borde de la falda. Acompañaba el vestido una capa corta en el mismo tono de lavanda, aunque de terciopelo grueso. Cuando la joven regresó a la puerta principal así vestida, volvió a sentirse la misma Kelsey de antes.

Derek aún no había llegado, pero había otros caballeros esperando en sus coches y todos la miraron con manifiesta admiración. La joven dama que le había dado consejos también estaba allí. Se ponía los guantes, preparándose para partir, y dedicó una sonrisa cordial a Kelsey.

-¿Ya ha terminado? -preguntó. Ella también había notado las miradas de admiración, y quizá por eso añadió-: ¿Puedo llevarla a algún sitio? Mi coche está ahí fuera.

Le hubiera gustado decir que sí. Aquella mujer parecía verdaderamente cordial, y sólo Dios sabía cuánto necesitaba una amiga en esa gran ciudad. Pero, naturalmente, no podía aceptar. Y tampoco podía arriesgarse a trabar amistad con un miembro de la nobleza, que la despreciaría en cuanto descubriera quién era.

De modo que se vio obligada a decir:

-Es muy amable de su parte, pero mi acompañante llegará pronto.

La conversación debería haber acabado allí, pero la joven dama era demasiado curiosa.

-¿Nos hemos visto antes? -preguntó-. Su cara me resulta vagamente familiar.

Muy perspicaz. A Kelsey le habían dicho muchas veces cuánto se parecía a su madre, y sus padres habían viajado a Londres con frecuencia para asistir a las fiestas de sociedad.

-Quizá sea una coincidencia -dijo Kelsey-. No creo que nos hayamos visto nunca. Es la primera vez que vengo a Londres.

-En tal caso debe de estar muy emocionada.

-Intimidada sería una expresión más exacta.

La dama rió.

-Sí, es una ciudad muy grande. Y es fácil perderse en ella si una no ha venido varias veces. Pero tenga -sacó una tarjeta de visita que entregó a Kelsey-, si necesita ayuda, o simplemente le apetece conversar un poco, pase a visitarme. Vivo cerca de aquí, al otro lado de Park Lane, y me quedaré en Londres una semana más.

-Lo tendré en cuenta -dijo Kelsey.

No lo haría, naturalmente, y por un instante se sintió compungida por no poder visitarla. Era evidente que la joven dama hacía amistades con facilidad. Unas semanas antes, Kelsey se habría comportado de la misma manera, pero ya no.

Procuró sacudirse la tristeza. Era inútil lamentarse de su nuevo destino, pues había llegado a él con los ojos bien abiertos. Sólo tendría que aprender a aceptarlo.

23

-Rayos y centellas.

Kelsey había sonreído, dando por sentado que se trataba de un halago. Era lo único que había dicho Derek cuando había ido a recogerla, y eso después de mirarla en absoluto silencio después de unos veinte segundos. La hizo sentir hermosa, y Kelsey no estaba muy acostumbrada a esa sensación.

Sin embargo, cuando subieron al coche continuó mirándola fijamente, como si el aspecto de Kelsey le planteara un dilema. Finalmente, su mueca de preocupación la hizo sentir lo bastante incómoda para preguntar:

-¿Pasa algo?

-¿Te das cuenta de que pareces una señorita a punto de presentarse en sociedad?

Kelsey se sonrojó y se encogió en el asiento. Esperaba que Derek no hubiera reparado en eso, pero ahora que lo había hecho, lo más prudente era hacerle cambiar de opinión.

-¿Y qué parecía con el vestido rojo de la otra noche?

Tal como ella esperaba, el ceño de Derek se alisó ligeramente. Hasta sonrió con picardía, como si hubiera cogido la indirecta... o al menos eso creyó Kelsey. Sólo para asegurarse añadió:

-¿Lo ves? -continuó-. Es el efecto de la ropa, no de la mujer que la lleva. Por lo visto, éste era el único traje que podían arreglar con tan poco tiempo de aviso. Supongo que la señora Westbury consideró que querrías cualquier modelo apropiado para la noche.

-Sí, le dije algo al respecto. Bueno, no importa. Sólo tendremos que cambiar de planes.

-¿Qué planes tenías?

-Pensé que podríamos cenar en algún sitio apartado, pero demonios, ahora que estás tan elegante, no puedo dejar pasar la oportunidad de lucirte.

Kelsey se sonrojó otra vez. Los cumplidos de Derek eran muy agradables, y la conmovían. Pero de ningún modo quería contrariarlo.

-Por favor -dijo con sensatez-, no cambies tus planes porque...

-No te preocupes, querida -interrumpió él-; de cualquier modo tenía intención de averiguar qué tal es el nuevo cocinero del Albany. Y luego podríamos ir a visitar los jardines Vauxhall para completar la velada.

Hasta Kelsey había oído hablar de Vauxhall Pleasure Gardens, pues sus padres los habían mencionado en más de una ocasión. Durante el día, era un sitio respetable, con sus senderos flanqueados de árboles, vendedores ambulantes y conciertos. Pero por la noche, esos caminos estrechos con bancos eran el sitio ideal para los amantes, y ninguna dama respetable permitiría que la vieran allí después del atardecer. Razón por la cual Kelsey suponía que era el lugar ideal para que un caballero llevara a su amante.

Pero Derek tenía más planes. Como aún era demasiado pronto para cenar, visitaron varias tiendas más, y antes de que terminaran el coche estaba lleno de paquetes. Sombreros, zapatos, parasoles para el verano y, naturalmente, más camisones que Derek se empeñó en escoger personalmente, avergonzando a Kelsey.

Cuando por fin llegaron al Albany, que resultó ser un hotel en Picadilly, la joven estaba exhausta. Sin embargo, el comedor del hotel era muy bonito y comenzó a relajarse con la primera copa de vino. El único problema era que allí todo el mundo parecía conocer a Derek. Aunque era evidente que él se lo esperaba, pues cuando la presentó a los dos caballeros que se acercaron a saludarlo lo hizo como la viuda Langton.

Y el segundo caballero se sorprendió lo suficiente para decir:

-No será la viuda Langton que disparó a su marido, ¿no?

Derek se vio obligado a explicar que la joven procedía de una familia distinta, y la mentira sonó mucho mejor de sus labios que de los de Kelsey. Claro que el hecho de que él no supiera que mentía le daba mayor credibilidad.

Pero a mitad de la cena, que resultó ser excelente, Kelsey se atrevió a preguntar:

-¿Por qué una viuda?

-Bueno, las viudas suelen hacer lo que les place, ¿sabes?, mientras que las jóvenes que acaban de presentarse en sociedad, cosa que tú pareces a primera, segunda y tercera vista, necesitan una dama de compañía. Y que me aspen si parezco una dama de compañía. Nadie que me conozca creerá que estoy vigilándote.

Sonrió con descaro.

-¿Y no será porque tienes más fama de seductor que de simple acompañante?

-Por supuesto -dijo él con un brillo sensual en los ojos.

Pero entonces lo interrumpió una pareja a la que no esperaba.

Cuando Jeremy Malory y Percy Alden se sentaron a la mesa sin que nadie los invitara, Derek preguntó:

-¿Cómo diablos me habéis encontrado?

Percy miró con gula los platos y respondió:

-Este jovencito tenía que llevar una nota de su padre a tu tío Anthony. Y puesto que estábamos a la vuelta de la esquina, no es extraño que hayamos visto tu coche esperando fuera. A propósito, ¿qué tal es la comida? ¿Tan buena como dicen?

Derek parecía disgustado.

-¿Acaso no tenéis nada mejor que hacer esta noche?

-¿Mejor que cenar? -Percy parecía sorprendido.

Jeremy rió.

-Será mejor que llames al camarero, primo. No querrás privarnos de tan excelente compañía para cenar, cuando tú puedes gozar de ella en cualquier momento del día. Ten compasión.

-No nos has dejado verla en toda la semana -añadió Percy en lo que quiso ser un susurro, pero no lo fue-. Deberías tener la delicadeza de complacernos, amigo.

Súbitamente la mesa brincó cuando debajo de ella alguien dio un puntapié a alguien. Dado que Percy y Jeremy cambiaban una mirada fulminante, no era difícil figurarse quién había pateado a quién.

Derek suspiró.

-Si vais a permanecer aquí, tendréis que comportaros.

Kelsey tuvo que llevarse una mano a la boca para ocultar su sonrisa. Jeremy estaba radiante porque se había salido con la suya y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja. La joven casi había olvidado que era increíblemente apuesto.

Durante algunos instantes lo miró embelesada hasta que él le preguntó:

-Dime, bonita, ¿qué tal te trata este zoquete?

Kelsey se sonrojó, y no sólo porque el joven conseguía hechizarla, sino también porque había tocado un tema demasiado personal.

Pero respondió con tono neutral:

-Hoy mismo ha gastado muchísimo dinero en renovarme, es decir, en comprarme un vestuario nuevo.

Jeremy restó importancia a ese detalle con un ademán desdeñoso.

-No podía ser de otro modo, pero ¿cómo te trata? ¿Necesitas que te rescaten? -añadió esperanzado-. Yo estaría encantado de poder hacerlo, ¿sabes?

La mesa se movió otra vez, y en esta ocasión Kelsey no pudo contener la risa, pues era evidente que Derek le había dado una patada a su primo. Y Jeremy no era tan circunspecto como Percy. Gritó, atrayendo la atención de docenas de ojos.

También masculló:

-Caray, me habría bastado con un simple no.

Percy rió.

-Venga, Jeremy, ¿aún no has aprendido que si quieres robarle la compañía a un caballero no debes hacerlo delante de sus propias narices?

-Yo nunca le robaría nada a mi primo -gruñó Jeremy-. Él sabe que bromeaba, ¿verdad, Derek? -Al ver la expresión pétrea de Derek el joven añadió-: ¡No lo puedo creer! ¿Derek celoso? Pero si tú nunca te pones celoso.

-Será mejor que te cubras la otra rodilla, chico -advirtió Percy con una sonrisa.

Jeremy retiró la silla bruscamente y estuvo a punto de volcarla. Luego, con expresión malhumorada, dijo:

-Ya está bien. Cogí el mensaje la primera vez y el cardenal me durará toda la semana. No necesitas hacerlo por segunda vez.

Derek cabeceó y murmuró:

-Bribón incorregible.

Jeremy lo oyó y sonrió.

-Desde luego. De lo contrario no sería divertido.

Librodot

24

Kelsey no recordaba haberse reído ni divertido tanto en su vida como aquella noche que pasó con Derek y sus amigos. Las bromas y provocaciones se habían prolongado durante horas. Derek tenía razón al decir que Jeremy era un bribón incorregible, pero era obvio que le tenía mucho afecto y que el sentimiento era recíproco.

Era bueno que la familia se mantuviera unida. Kelsey compartía esa idea y por eso estaba allí ahora. Su hermana Jean era responsabilidad suya y la quería con toda su alma. También quería a la tía Elizabeth. En cuanto al tío Elliott... bueno, le había perdido el respeto, pero aplazaría su juicio hasta que le demostrara que podía volver a ser responsable. Y si no resultaba así, después del sacrificio que había hecho ella, quizá decidiera seguir el ejemplo de su madre y hacerse con una pistola.

Las risas no terminaron con la cena. Kelsey había mencionado de pasada que después irían a Vauxhall y tanto Jeremy como Percy juraron que tenían exactamente los mismos planes. Era mentira, por supuesto, pero Derek finalmente se dio por vencido y se resignó a su compañía.

Quizá los dos jóvenes se arrepintieran de su obstinación por seguirlos cuando comenzaron a temblar de frío... aunque sus esfuerzos por conservar el calor resultaban muy cómicos. Derek llevaba un abrigo y Kelsey su capa de terciopelo, que, sumada al calor del brazo de Derek sobre sus hombros, bastaba para mantenerla abrigada. Pero Jeremy y Percy vestían prendas ligeras, apropiadas para pasar del calor del coche al calor del interior, pero no para hacer una excursión al aire libre en pleno invierno.

Había sido un día largo y agradable... pero aún no había terminado. Cuando Derek la llevó a casa, la besó con ternura en el vestíbulo mientras el cochero bajaba los paquetes. Le tendió la mano para subir las escaleras. En la mesa que había junto a la cama la señora Whipple les había dejado fruta, queso y vino antes de marcharse a su casa.

-Todo un detalle -observó Derek al ver los alimentos.

-Sí, la señora Whipple es muy competente -asintió Kelsey. Alicia también había encendido el fuego, de modo que la habitación estaba caldeada.

-¿Quieres decir que se quedará?

-Sí, desde luego. Ya has probado una de sus cenas. Y te aseguro que se supera en el desayuno, como tuve ocasión de comprobar esta mañana.

-Me reservo mi opinión al respecto hasta mañana -dijo con voz ronca mientras se volvía a mirarla.

La voz de Kelsey también sonó más grave cuando preguntó:

-Entonces... ¿te quedarás toda la noche?

-Claro que sí.

La respuesta de Derek estaba mucho más cargada de intención que la pregunta de Kelsey. La joven se puso nerviosa, aunque no tanto como la noche anterior. En realidad, estaba deseando volver a hacer el amor con Derek para experimentar el placer que él le había prometido.

Cuando Derek le había rodeado los hombros con un brazo, en el parque, había sentido un hormigueo en su interior. ¿Qué le había dicho May? Que advertiría cuándo deseaba a un hombre y que podía dar las gracias al cielo si aquél era el que la mantenía. ¿Era el deseo, entonces, lo que la hacía sentir como si se derritiera cada vez que Derek la miraba con una media sonrisa en los labios? ¿O cuando su pulso se aceleraba al más leve roce de su mano?

Su corazón latía desbocado, anticipando el placer que le aguardaba, pero Derek no se le acercó de inmediato. Descorchó la botella de vino y sirvió una pequeña cantidad en cada copa. Cogió un racimo de uvas, se llevó una a la boca, y volvió a mirar a Kelsey mientras masticaba.

Con qué rapidez comenzaba a sentirse acalorada. A él debía de pasarle otro tanto, porque se quitó el abrigo y dijo:

-Ven aquí, deja que te quite la capa.

Kelsey se aproximó con paso vacilante. Los cálidos dedos de Derek le rozaron el cuello mientras desataban los cordones plateados de la capa, que enseguida arrojó sobre una silla, junto con su abrigo. Luego sus manos se deslizaron sobre la nuca de Kelsey, no para atraerla hacia él, sino para masajearle los músculos. Era una sensación deliciosa, y así se lo hizo saber el suspiro de la joven.

Cuando sintió que Derek le ponía la copa en la mano, bajó la vista y vio el vino. Lo apuró de un trago y Derek sonrió. Kelsey comenzaba a ponerse nerviosa otra vez.

-Me he divertido mucho esta noche... bueno, todo el día -dijo-. Gracias.

-No tienes nada que agradecer, cariño -respondió él-. Yo también me divertí.

Por extraño que pareciera, era la pura verdad. Derek aún estaba ansioso por hacerle el amor, lo había deseado durante todo el día, y sin embargo también disfrutaba de la compañía de Kelsey. Cosa poco habitual en él. Por lo general pasaba poco tiempo con las mujeres fuera del dormitorio, a menos que ellas fueran miembros de su gran familia.

También le sorprendía cuánto le había molestado la intrusión de sus amigos en el Albany y cuánta razón había tenido Jeremy al decir que estaba celoso. Se había puesto furioso al ver que Kelsey miraba a Jeremy con embeleso. Pero había dejado de mirarlo así enseguida, y era a él a quien sonreía, no a Jeremy. Este último detalle había hecho que los celos se disiparan.

-Tus amigos son muy graciosos -observó.

-Más bien odiosos.

Kelsey sonrió.

-Tú también reiste mucho -le recordó.

-Supongo que sí -respondió Derek encogiéndose de hombros.

Volvió a coger el racimo de uvas, arrancó otra y se la ofreció a Kelsey con la boca. Kelsey la cogió, sonrojándose. Era dulce y cálida, como el vino.

-¿Un poco de queso? -preguntó él.

-Preferiría que me besaras.

Su rubor se extendió como un fuego incontrolado. No sabía de dónde habían salido esas palabras ni la audacia que la había empujado a decirlas. Pero a juzgar por su expresión, Derek estaba encantado. Dejó las copas y las uvas sobre la mesa.

-Esto me pasa por querer saborear el momento -dijo-. De todos modos, la impaciencia me estaba matando.

¿Qué quería decir? Kelsey dejó de especular en cuanto los labios de Derek tocaron los suyos. Se derretía por dentro. Le flaquearon las rodillas, pero no las necesitaba para sostenerse porque él la estrechaba con fuerza. De todas maneras le rodeó el cuello con los brazos simplemente porque le gustaba abrazarlo.

Comenzaba a acostumbrarse a los besos. Claro que Derek era un excelente maestro. Cuando reunió valor para mover la lengua, como hacía él, Derek emitió un gemido de placer que acrecentó aún más su audacia.

La cama estaba convenientemente cerca. Derek se arrodilló sobre el colchón y la tendió con tanta suavidad que ella prácticamente no se dio cuenta de lo que hacía. Sí advirtió que la despojaba del vestido, y luego el calor de sus manos que la acariciaban desde el cuello a los muslos. Cerró las manos sobre los prominentes músculos de los brazos de Derek, sintió cómo se contraían en la espalda. Su piel era suave y firme al mismo tiempo.

Los labios de Derek comenzaron a recorrer su cuerpo, trazando un caliente surco desde las mejillas al cuello. La lengua aleteó en el oído y Kelsey tembló de placer. Luego descendió a los labios, y de ahí a los hombros, a un lado de un pecho, debajo de él y nuevamente arriba para capturar el pezón erecto y cubrirlo con el calor de la boca.

Las sensaciones se arremolinaban en el vientre de Kelsey, y aún más abajo, entre sus muslos, provocándole una tensión insoportable. Desaparecida la última de sus inhibiciones, Kelsey arqueó el cuerpo en una súplica muda. Derek la atrajo hacia él, vientre contra vientre, pero aún no dejó escapar el pezón de su boca.

Las uñas de la joven se hundieron en la espalda masculina, dejando señales inadvertidamente.

Después de unos instantes que a Kelsey se le hicieron eternos, Derek soltó un pezón para capturar el otro, y una nueva oleada de calor recorrió el invisible cordón que unía los pechos con el vientre y la entrepierna. La joven echaba humo y él parecía cocerse en su propio infierno. Cuando por fin Derek deslizó una mano entre sus muslos, Kelsey gritó de placer.

Era insoportable, demasiado intenso. Pero él la besaba otra vez profunda, ávidamente, y su cuerpo se estrechaba contra el suyo, aplastándola con suavidad. Y luego ese caliente miembro se abrió paso, encontró la abertura con facilidad y se deslizó delicadamente hasta lo más profundo de las entrañas de Kelsey.

La tensión se desvaneció en el acto y el placer se apoderó de ella, extendiéndose como una corriente que llegaba incluso a los dedos de los pies. La sensación se repitió con la segunda y lenta embestida, con la tercera, hasta que surgió una nueva tensión, más poderosa, que se incrementó rápidamente hasta hacerla estallar en una oleada del más puro placer, del más puro éxtasis, que la envolvió durante un largo y dichoso momento.

Unos minutos después, cuando Derek la miró, Kelsey sonreía. No podía evitarlo. Pero él también sonreía con expresión de orgullo.

-¿Ha estado mejor esta vez? -preguntó en voz baja, aunque ya conocía la respuesta.

-Mejor es decir poco -respondió ella con un largo y lánguido suspiro.

La sonrisa de Derek se ensanchó.

-Sí, estoy de acuerdo. Pero lo mejor es que sólo acabamos de empezar.

Kelsey parpadeó, atónita. Pero, para su satisfacción, Derek procedió a demostrarle que estaba en lo cierto.

25

Unos días después Derek fue a recoger a Kelsey sin previo aviso para llevarla con él a las carreras. Tenía planeado ir con Percy y Jeremy, pero en el último momento les dijo que los encontraría allí.

El cambio de planes no se debió a que hubiera pensado que Kelsey disfrutaría de la salida. Seguramente lo haría, pero no era ése su motivo. Lo cierto es que Derek había intentado tomar un poco de distancia y visitarla sólo por las noches, como correspondía con una amante. Sin embargo, tras conducirse así durante unos días descubrió que en realidad no quería guardar las formas con Kelsey. Lejos de ello, si bien continuaba con sus ocupaciones habituales, o procuraba hacerlo como si nada hubiera cambiado en su vida, tenía que obligarse a dejarla por las mañanas y luchar contra sus deseos de volver a verla antes de la noche.

El día de la carrera decidió ceder a esos deseos, diciéndose que sería sólo una vez. El problema era que le gustaba mucho estar con ella. Kelsey le hacía reír y no lo agobiaba con una chachara interminable. Era inteligente.

Una noche, tras hablar de literatura durante la sobremesa, Derek se sorprendió de poder enfrascarse con ella en un acalorado debate sobre filosofía -nada más y nada menos-, y disfrutó de cada instante de la discusión.

Aún no sabía si eso le plantearía un problema serio. En el fondo, seguía convencido de que una amante servía exclusivamente para una cosa. Su última amante había conseguido que la acompañara a todas partes, y con el tiempo Derek se había sentido agobiado. Tampoco había disfrutado de la compañía de Marjorie fuera del dormitorio. Sin embargo, Kelsey era diferente. No tenía exigencias. De hecho, nunca le había pedido nada, aparte de la ocasión en que le rogó que la besara.

Y ése era un recuerdo entrañable; Derek sonreía cada vez que lo evocaba. Lo cierto es que en los últimos tiempos sonreía mucho sin que viniera a cuento. Hasta su mayordomo se había fijado en ello. Claro que Kelsey siempre estaba en su mente y la verdad era que se había convertido en una fuente de placer para él, en todos los sentidos.

Kelsey se vistió rápidamente para salir. Otra cosa que a Derek le gustaba de ella era que no se pasaba horas arreglándose, afanándose y esmerándose para que cada rizo se mantuviera en su sitio. Sin embargo, para él siempre estaba perfecta -una auténtica delicia para los sentidos-, y ese día no fue una excepción.

Había hecho otra visita a la modista y esta vez había regresado a casa con varios vestidos, incluyendo el de terciopelo color zafiro con una chaqueta a juego. Estaba tan bonita, que Derek deseó que hiciera menos frío para poder llevarla en un carruaje sin capota y lucirla en Hyde Park, una idea escandalosa que lo horrorizó en cuanto se le cruzó por la cabeza. Pasear por el parque con la dama a quien uno cortejaba con intenciones serias era una cosa; con la amante, otra muy distinta. Quizá sus tíos más jóvenes lo hubieran hecho alguna vez sin preocuparse, pero lo cierto era que a los dos les tenía sin cuidado lo que la gente pensara o dijera de ellos. No era casual que aún los recordaran como los bribones más célebres de Londres.

La carrera se celebraría en las afueras de Londres. Poco después de llegar consiguieron aparcar el coche entre un birlocho y un faetón, justo enfrente de la pista, desde donde tendrían una vista excelente a pesar de la multitud. Por lo general, los mejores apostantes permanecían de pie junto a la pista y estacionaban los coches más lejos, dejando sitio para aquellos que preferían mirar la carrera junto con las señoras, en la comodidad del coche.

Algunas damas acudían con sus maridos o familiares, aunque pocas se atrevían a hacerlo en pleno invierno. De modo que Derek no tenía que preocuparse por la posibilidad de que alguien se sintiera ofendido por la presencia de Kelsey. Mientras permaneciera en el

Librodot

coche -y él le había advertido que lo hiciera- nadie se enteraría de que estaba allí, aparte de Percy y Jeremy.

Tenían un pequeño brasero en el coche, aunque el tiempo no era tan inclemente. Hacía frío, sin duda, pero no había viento e incluso el sol se dignaba a aparecer ocasionalmente.

En el hipódromo había refrigerios a la venta, pero casi todos los caballeros llevaban los suyos. Derek había ordenado a la señora Hershal que preparara un cesto con una variedad de bocadillos y tentempiés en cantidad suficiente para alimentar a sus amigos, amén de varias botellas de vino. Las carreras podían durar medio día o más, dependiendo de cuántos desafíos se plantearan después de las contiendas oficiales.

Percy y Jeremy se reunieron con ellos después de la primera etapa. Percy estaba tan jovial como siempre. Parecía tener un sexto sentido para predecir los resultados de las carreras. No sólo encontraba magníficos caballos para comprar en los sitios menos esperados, sino que también rara vez se equivocaba al escoger a un ganador, independientemente de los pronósticos. Sin embargo, no se tomaba las apuestas muy en serio. Se contentaba con el placer de demostrar que sus previsiones eran acertadas.

-Tengo entendido que ya has aceptado varias apuestas, ¿eh? -dijo Derek después de que Percy saludara con un lacónico «hola» y se pusiera a rebuscar en el cesto de comestibles.

-¿Acaso no lo sabes? -dijo Jeremy con tono burlón.

Derek sonrió.

-Percy no siempre acierta. Recuerdo que en una ocasión perdí varios miles de libras por seguir sus consejos, razón por la cual ya no me fío de sus predicciones.

Percy hizo una mueca de sufrimiento.

-Y nunca me dejará olvidarlo -dijo a Jeremy.

El joven rió.

-Creo que disfrutaste más aceptando la apuesta de Nick que acertando en la primera carrera.

A Percy se le iluminó la cara.

-Por supuesto. Claro que siempre que encuentro un magnífico purasangre, Nicholas consigue convencerme de que no lo compre. No sé cómo lo hace, maldita sea.

-¿Nicholas está aquí?

Percy asintió.

-Ha presentado el caballo que acaba de comprarme. Correrá en la cuarta carrera.

-Deberías haberle dicho que viniera -dijo Derek.

Jeremy tosió.

-Ejem, creo que no sería buena idea...

No había terminado la frase cuando se abrió la puerta del coche y entró Regina Eden, la esposa de Nicholas y la prima de Jeremy y Derek. Evidentemente, ella era la razón por la cual Jeremy no había creído prudente invitar a Nick, y Derek estaba completamente de acuerdo con él. Estaba confundido, preguntándose cómo evitar las presentaciones entre su dicharachera prima y su amante.

-Reconocí tu coche, Derek -dijo Reggie mientras se inclinaba para besarlo en la mejilla y se dejaba caer en el asiento junto a él. Luego se giró hacia Jeremy y preguntó-: ¿Por qué no me dijiste que estaba aquí?

Jeremy se metió las manos en los bolsillos y se arrellanó en el asiento, frente a ellos.

-No se me ocurrió -dijo sin convicción.

-¿Qué demonios haces aquí, Reggie? -preguntó Derek-. Nunca te han gustado las carreras.

-Ya lo sé. -Se encogió de hombros y sonrió-. Pero le he apostado a Nicholas que su caballo nuevo no ganará, así que tenía que venir a verlo con mis propios ojos. ¿Crees que me fiaría de su palabra? ¿Sabiendo cuánto detesta que yo le gane una apuesta?

Derek se había girado de lado en un intento de esconder a Kelsey, pero era una empresa imposible, teniendo en cuenta el vivo color de su vestido.

-Podrías habérmelo preguntado a mí -señaló con lógica... o eso creyó.

Reggie arqueó las cejas.

-Si apenas te dejas ver últimamente -dijo con tono de reproche-. ¿Y cómo diantres iba a saber que vendrías? -Luego prácticamente empujó a Derek hacia atrás, para inclinarse por delante de él y decir-: Me alegro de volver a verte, Kelsey. No sabía que conocías a mi primo.

Kelsey se sentía terriblemente avergonzada desde el momento en que había reconocido a Regina Eden.

Una cosa era conocer a una extraña y dejarle sacar sus propias conclusiones pensando que no volvería a verla, pero ahora que volvían a encontrarse...

Había girado la cabeza hacia la ventanilla, compartiendo la esperanza de Derek de que la dama no reparara en ella. Pero había sido en vano.

-¿Derek es su primo, lady Eden?

-Oh, sí, nos criamos juntos, ¿no lo sabías? Y por favor, llámame Reggie, como el resto de mi familia... -Hizo una pausa y miró a Jeremy-. Bueno, casi toda mi familia.

Derek ya no estaba confundido, estaba totalmente azorado.

-¿De qué conoces a Kelsey, Reggie?

-Nos encontramos en casa de la modista el otro día. Y debo decir que enseguida nos compenetramos. Pero ¿qué hace aquí sola contigo, Derek? Ya conoces las malas lenguas.

-Ella... ella...

Derek se quedó en blanco, pero Jeremy salió al rescate:

-Es la prima de Percy.

Percy parpadeó.

-Es... mi prima -le obligó a decir un pellizco de Jeremy-. Una prima lejana por parte de madre, ¿sabes?

-¡Estupendo! -exclamó Reggie-. En cuanto la vi supe que seríamos buenas amigas y ahora entiendo por qué. Si es pariente de Percy, es casi de la familia, pues él también lo es. Debes traerla a cenar a casa esta noche, Percy. Y vosotros también estáis invitados, primos.

Los tres hombres se asustaron.

-No será...

-No podríamos...

-Tengo otros...

Pero Reggie frunció la frente y se apresuró a interrumpir.

-No estaréis buscando excusas para no ir, ¿verdad? Sobre todo sabiendo que sólo permaneceré unos días en la ciudad. Acudirán tu padre y el tío George, Jeremy. Y también el tío Tony y la tía Roslynn, así que será una bonita reunión familiar. Cualesquiera que fueran vuestros planes, ninguno puede ser tan importante como una reunión familiar, ¿verdad?

Jeremy puso los ojos en blanco, Derek se echó hacía atrás en el asiento, gruñendo para sus adentros. Reggie era una artista de la manipulación. ¡Y la muy condenada lo hacía con tal aire de inocencia!

-¿Eso significa que tenemos que ir todos? -preguntó Percy a Derek.

A Derek le hubiera gustado asesinar a su amigo allí y entonces. Jeremy y él ya estaban contra las cuerdas, pero Percy aún habría podido poner un pretexto, puesto que no pertenecía a la familia. Sin embargo, ¿tenía acaso la astucia necesaria para darse cuenta de eso? No; no el bueno de Percy.

26

-Si quieres saber la verdad, todo fue bastante extraño -dijo Reggie a su esposo mientras se preparaba para recibir a sus invitados-. Los tres buscaban excusas, como si no quisieran venir. Cielos, no es más que una cena. Sólo les robaré unas pocas horas de su precioso tiempo. No les impedirá hacer... bueno, lo que quiera que deseen hacer más tarde.

-¿Has dicho la prima de Percy? -pregunto Nicholas arrugando la frente.

Reggie suspiró.

-¿Has oído alguna otra palabra de lo que te he dicho, aparte de lo de la prima?

Nicholas parpadeó. En verdad ese detalle le preocupaba, pues en una ocasión Percy le había contado que no tenía parientes, ni cercanos ni lejanos. Y ahora aparecía una supuesta prima. Pero había oído el resto de la perorata de Reggie... al menos vagamente. Aunque sólo ahora comenzaba a asimilarla.

-Claro que te he oído, cariño -le aseguró-. Pero ¿por qué crees que buscaban excusas? Quizá tuvieran otros planes.

Reggie soltó un gruñido impropio de una dama.

-Si hubieran tenido planes importantes, habrían concretado cuáles eran, ¿no crees? Pero no lo hicieron. Y tuve toda la impresión de que la idea de venir aquí les inquietaba.

Nick rió.

-Sabes que eso es imposible, pues hasta hace poco tiempo Percy y Derek prácticamente vivían en esta casa. Es probable que tuvieran otras cosas en la cabeza y por eso imaginaste que buscaban excusas.

-Conque lo imaginé, ¿eh? -dijo con escepticismo-. Bueno, esta noche veremos si se comportan con normalidad. Y si no es así, quiero que averigües por qué. Es obvio que no confían en mí, pero en tí sí.

-Reggie, estás haciendo una montaña de un grano de arena, y lo sabes, así que deja de darle vueltas a este asunto. Si realmente ocurre algo raro, ya saldrá a la luz. Y a propósito, gracias por invitar a Derek y a Percy. Así no me sentiré en minoría.

Naturalmente, se refería a los tíos James y Tony. No estaba contento con la perspectiva de la cena, pues Reggie le había informado que había invitado a sus tíos.

Ella le dio un codazo en las costillas y le advirtió:

-Nada de peleas esta noche, ¿eh? Me prometiste que te comportarías.

Nick la abrazó y esbozó una sonrisa inocente.

-Lo haré si ellos también se comportan.

Reggie suspiró, anticipando el desastre. Después de todo, ¿cuándo se habían comportado sus tíos?

Antes de cenar, Anthony llevó a Derek aparte. Se habían reunido en el salón, donde Anthony y sus hermanos hacían gala de una conducta intachable, cosa extraña teniendo en cuenta que estaban en la misma habitación que Nicholas Edén. Seguramente tenía algo que ver con la presencia de los niños: James tenía a su pequeña Jack en brazos y Roslynn a la pequeña Judith a su lado. Era sorprendente el cambio que se operaba en los tíos más jóvenes de Derek cuando los niños estaban cerca.

Pero el tío Anthony tenía una expresión muy seria mientras esperaba que los demás pasaran al comedón

-¿Te parece buena idea acostarte con la prima de Alden? -preguntó a Derek.

Para el joven, fue como si le asestara un golpe en el estómago.

-¿Qué te hace pensar que...?

La risa de Anthony lo interrumpió.

-Vamos, muchacho, yo también he tenido tu edad. No hay más que ver la forma en que la miras.

Derek se sonrojó. Y pensar que hasta el momento creía que todo iba a pedir de boca, habida cuenta de las circunstancias. Por desgracia, no había encontrado una excusa para no asistir lo bastante verosímil para que Reggie no estuviera torturándolo durante un año entero y haciéndolo sentir el peor de los mortales. Había pensado incluso en inventar un accidente o una enfermedad, pero conocía lo suficiente a su prima para saber que sospecharía e insistiría en enviarle un médico.

De modo que después de discutir el asunto con Percy y Jeremy y arrancar al primero la promesa de que continuaría con la mentira de que Kelsey era su prima, decidió correr el riesgo. Incluso si algo iba mal y la verdad salía a la luz, no habría un gran escándalo...sólo que Jason Malory montaría en cólera.

Nicholas se dio cuenta de quién era Kelsey en cuanto Derek se la presentó, y miró a su amigo con manifiesto horror. Sin embargo, Nick se tranquilizó cuando vio el comportamiento de Kelsey. No había nada en ella que indujera a pensar que no era la persona que Reggie creía. Tenía todo el aspecto de una dama y se comportaba como tal. Y tras informar a Reggie que Kelsey pronto regresaría al campo, había puesto coto a los planes de la primera de entablar una Gran Amistad.

Sin embargo, el propio Derek se había delatado, sencillamente porque no podía evitar mirarla de la forma en que la miraba. Pero no quería que el tío Anthony se preocupara, y al parecer ya lo hacía. De modo que se vio obligado a confesar:

-Kelsey no es prima de Percy.

-¿No?

-No. No tiene nada que ver con su familia. Reggie la había conocido antes por casualidad y la tomó por una señorita a punto de presentarse en sociedad, así que cuando nos encontramos esta tarde... Bueno, no sabíamos cómo explicar que no estuviera bien acompañada, al menos a ojos de Reggie. Entonces a Jeremy se le ocurrió decir que era prima de Percy, pues como éste también estaba allí, la situación parecería más normal.

-¿Y quién es en realidad?

-Mi amante -murmuró Derek.

Anthony arqueó sus cejas morenas.

-Creo que no he oído bien. ¿Has dicho tu...? -Derek asintió con la cabeza y Anthony soltó una súbita carcajada-. Cielo santo, Reggie te cortará la cabeza si se entera de que le has permitido hacer amistad con tu amante.

Derek dio un respingo.

-No hay razón para que se entere. Regresará a su finca de Silverly dentro de unos días, así que no volverán a verse.

-Conserva la esperanza, muchacho. Pero ¿no se te ocurrió que podrías haberle dicho la verdad? Tu prima es una mujer casada, ¿sabes?, aunque a todos nos hubiera gustado que fuera más selectiva al escoger marido. En fin, la cuestión es que no creo que se hubiera escandalizado.

-Es probable, pero me temo que ninguno de los tres atinó a pensar con claridad en ese momento. Yo al menos no lo hice. Y Jeremy sólo pretendía ahorrarnos el bochorno que habría causado la verdad, por eso decidió emparentarla con Percy.

Anthony sonrió.

-Vaya alternativa: entre la prima de Percy y una tórtola indecente. A mí tampoco me gustaría tener que escoger entre esas opciones.

-Percy es un buen amigo, tío Tony. -Derek se sintió en la obligación de decirlo-. Leal, digno de confianza...

-No lo dudo, muchacho -interrumpió Anthony-. Pero sigue siendo un memo.

Era difícil rebatir ese punto, de modo que Derek se encogió de hombros. Anthony rodeó con un brazo los hombros de su sobrino y lo acompañó al comedor.

Pero aún tenía que hacer un último comentario sobre el tema:

-Es difícil de creer que no proceda de una familia noble. ¿Estás seguro de que no te ha mentido?

Derek se detuvo en seco. ¿Era posible? No, no lo era. Ninguna dama accedería a ponerse a la venta en una subasta como había hecho Kelsey.

Anthony le dirigió una mirada inquisitiva, pero Derek negó con la cabeza y sonrió:

-Estoy seguro.

-Me alegra oír eso, porque es bastante frecuente que los caballeros caigan en la trampa de jóvenes casaderas, ¿sabes? Y casi siempre con la ayuda de la familia de la señorita. Pero supongo que ya lo sabrás, puesto que no te has dejado cazar hasta ahora. Ten cuidado, jovenzuelo. James y yo no somos los más indicados para censurar tu conducta, pero ya conoces a tu padre. A propósito, te convendría asegurarte de que no se entere de la pequeña comedia de esta noche. Cielos, no me gustaría estar en tus zapatos si lo hiciera.

Y a Derek tampoco.

Librodot

27

-Hoy he recibido una nota de Jason -dijo Anthony poco después de que las señoras abandonaran la habitación, dejando a los caballeros con sus copas y sus cigarros-. Me pide que vaya a casa del hijo de Eddie mañana por la tarde, pero no explica el motivo. ¿Alguno de vosotros sabe para qué viene a la ciudad?

-Yo he recibido una nota idéntica -respondió James con aire pensativo-Jason no suele venir a la ciudad, a menos que tenga negocios que atender o crea que alguien necesita que le corten la lengua.

Y dado que James miró a Jeremy mientras hacía la última observación, el joven se irguió en su asiento y protestó:

-No me mires a mí. Ya me has reñido por la última expulsión del colegio. Y George también lo hizo. Ya he dicho que no volverá a ocurrir.

-Si el asunto tuviera algo que ver con Jeremy, no me habría llamado a mí -señaló Anthony.

Derek estaba preocupado porque Kelsey se había visto obligada a abandonar la habitación en compañía de tres mujeres de su familia. De modo que demoró unos instantes en darse cuenta de que sus tíos lo miraban a él.

Se encogió de hombros.

-Yo no sé nada, y eso que estuve en Haverston hace unos días. Tampoco comentó nada en la boda. Pero no he vuelto a casa desde esta mañana, así que no sé si me habrá enviado una nota a mí también. Y aparte del asunto de esta noche, no me he metido en ningún lío que merezca la atención de mi padre.

-Te olvidas de la subasta, amigo -recordó Percy, servicial-. Sin duda tendrá algo que decir al respecto si se ha enterado. Al fin y al cabo, fue una venta pública.

Mientras Derek dirigía una mirada fulminante a Percy, James preguntó:

-¿Qué subasta?

Entonces Anthony preguntó a Derek:

-Diantres, no la habrás comprado, ¿no?

Antes de que el joven pudiera responder. James hizo sus propias deducciones.

-¿Ha comprado a Kelsey? Caray, y yo que creí que lo había hecho todo en esta vida, al menos una vez.

En ese punto Derek dirigió una mirada acusadora a su tío y preguntó:

-¿Se lo has dicho?

-Claro que no, jovenzuelo -dijo, claramente divertido-. Pero si yo me di cuenta de inmediato, ¿por qué crees que él no iba a notarlo? James siempre ha sido mucho más libertino que yo.

James arqueó las cejas.

-¿Cómo me has llamado?, ¿libertino yo?

Las cejas de Anthony se arquearon exactamente en el mismo ángulo.

-¿Acaso no lo eras?

-Puede que sí, pero prefiero la forma en que lo expresa Reggie: «conocedor de las mujeres» suena mucho mejor.

-Estoy de acuerdo -respondió Anthony-. Nuestra querida niña tiene un don especial para las palabras.

-«Libertino» me parece un término bastante apropiado -dijo Nicholas con una sonrisa burlona.

Los ojos verdes de James se posaron en su sobrino político mientras decía con su tono más seco:

-¿Has dormido en el sofá últimamente, muchacho? Porque si no es así, estaré encantado de acompañarte yo mismo.

Nicholas se sonrojó. Era un secreto a voces -al menos entre James, Anthony y el propio Nick- que Reggie se enfadaba con su esposo cada vez que éste discutía con sus tíos favoritos. Demonios, debería haber mantenido la boca cerrada, y las siguientes palabras de Anthony se lo confirmaron:

-No has debido empezar. El hecho de que Reggie no esté presente en estos momentos no quiere decir que no vaya a enterarse.

-Tienes un gran corazón, tío -murmuró Nicholas.

Anthony alzó la copa en un silencioso brindis y dijo:

-¿Verdad que sí?

Si Nicholas deseaba estar en alguna otra parte en esos momentos, Derek también hubiera deseado haberse roto una pierna o algo por el estilo para no tener que estar allí. Había sido una locura pensar que saldría airoso de esa velada sin que nada delatara su relación con Kelsey.

Pero dado que Percy había sacado el tema, le dijo a James:

-Quería hablar contigo de este asunto, tío. Esta semana pasé dos veces por tu casa, pero no te encontré.

-Sí, George me lo dijo. Pensaba ir a verte mañana, pero ya que estamos aquí...

-Bueno, no es un buen tema para la hora de la digestión; en realidad es bastante desagradable...

-Deja que yo me preocupe de mi digestión, muchacho -dijo James con una sonrisa.

Derek asintió con la cabeza y prosiguió:

-Verás, nos encontramos en una subasta por pura casualidad, y puedo asegurarte que yo no tenía ninguna intención de participar, pues no quería otra amante y la chica estaba en venta precisamente para eso. Hasta que vi quién estaba pujando... -Entonces pasó a relatarles todo lo que sabía de David Ashford, concluyendo con-: Comprenderéis entonces que no podía permitir que se quedara con Kelsey, sabiendo lo que sé de él.

-Claro que no -convino Anthony.

La expresión de James se había endurecido.

-¿Y cuál es la razón de que quisieras contarme esta historia?

Derek suspiró.

-Me parece intolerable que ese señor vaya por ahí practicando sus perversiones sin que nadie se lo impida. Esperaba que se te ocurriera alguna medida para detenerlo.

-Claro que sí -dijo James con una sonrisa cruel, ominosa-. Se me ocurren varias.

-Aparte de matarlo, claro está -consideró prudente añadir Derek.

James guardó silencio durante casi diez segundos antes de responder:

-Si insistes.

28

Las mujeres habían subido a la planta alta para pasar un rato con los niños. Judith estaba arropada en la cuna y dormía plácidamente, pero Jacqueline agitaba los brazos con energía sobre el regazo de su madre y el pequeño Thomas recorría la habitación, enseñando sus juguetes con orgullo a cada una de las mujeres.

Las mujeres de la familia Malory habían hecho sentir tan cómoda a Kelsey que por un momento olvidó su posición y disfrutó de su compañía. Le encantaban los niños, igual que a las demás. Siempre había soñado con tener hijos, aunque eso ya no era posible. Por desgracia, también tendría que renunciar a ellos.

La conversación era animada, con referencias constantes a los niños o a los maridos, como cuando Reggie dijo:

-He oído que el tío Tony arregló la boda de Judith y Jack antes incluso de que nacieran.

-Bueno, te aseguro que no tuve una hija inmediatamente después de Roslynn sólo para fastidiarlo -respondió George, y se apresuró a añadir con una sonrisa picara-: Aunque es una idea interesante. Puede que la próxima vez la ponga en práctica, sobre todo porque James estará encantado.

-¿Fastidiar a mi Tony? -terció Roslynn-. Ay, no me cabe la menor duda de que James Malory haría cualquier cosa por conseguirlo.

-Pero ¿no son hermanos? -preguntó Kelsey, confundida.

-Sí, querida, pero a los cuatro hermanos les encanta discutir, burlarse y provocarse mutuamente, sobre todo a Tony y James -explicó Roslynn-. Los dos mayores son grandes discutidores, pero los menores siempre están despedazándose, verbalmente, claro. Y disfrutan muchísimo haciéndolo. Cualquiera diría que son enemigos acérrimos, pero en realidad están muy unidos.

-Y se unen para meterse con cualquier otro, sobre todo con mi Nicholas -añadió Reggie con un suspiro-. Espero que no me cueste mucho limpiar la sangre del comedor, teniendo en cuenta que los hemos dejado solos.

Kelsey parpadeó, perpleja, pero Georgina y Roslynn rieron.

-Yo no me preocuparía, Reggie, puesto que Derek está también allí -dijo Roslynn-. Ejerce una influencia moderadora sobre James y Tony.

-Yo también lo he notado -señaló Georgina-. Quizá se deba a que lo ven parecido a Jason, y es evidente que la conducta de los dos mejora cuando Jason está cerca. A menos que discutan con él, desde luego.

-Hace un momento parecían llevarse bien -dijo Kelsey, todavía perpleja-. ¿Debo entender que tu marido no les cae bien, Reggie?

-Claro que sí -respondieron las tres mujeres a coro.

Reggie rió y explicó:

-Verás, tío James y Nicholas eran algo así como enemigos... En fin, cada uno de ellos iba tras la cabeza del otro. Pero cuando me enamoré de Nicholas y me casé con él, puse fin a su batalla particular. Lógicamente, tío James no podía continuar buscando la forma de vengarse de su sobrino político. Después de todo, somos una familia muy unida. Y en cuanto al tío Tony, bueno, no estuvo de acuerdo con mi compromiso con Nicholas. Prefería asesinarlo a permitir que se casara conmigo. Creía que no era lo bastante bueno para mí, pues Nick era un auténtico bribón en esas épocas.

-Como si Anthony no hubiera sido igual o peor -dijo Roslynn con una sonrisa.

-Y James era el peor de los tres -añadió Georgína-. Pero eso es típico de los hombres. Lo que es bueno para ellos no lo es para la sobrina favorita.

-La cuestión es que ahora mantienen una suerte de contienda amistosa -dijo Reggie-. Aunque mis tíos siempre vencen al pobre Nicholas en sus escaramuzas verbales.

-Anímate, Reggie -dijo Rosiynn-. Olvidas que ahora han encontrado una nueva víctima en Warren. Estoy segura de que acaparará gran parte de la atención que antes dedicaban a Nick.

-¿Quién es Warren? -preguntó Kelsey.

-Mi hermano -respondió Georgina-. Ingresó en el clan Malory la semana pasada, casándose con Amy. Pero hubo un tiempo en que quiso colgar a James y éste estuvo a punto de matarlo con sus propias manos. Pero ésa es otra historia. Baste con decir que también eran enemigos acérrimos. El hecho de que Warren fuera su cuñado no evitó que James quisiera zurrarlo. Pero ahora que Warren también se ha unido a la familia, esta vez como sobrino político, han hecho una tregua. Claro que eso no pondrá fin a sus batallas verbales.

-Amy también ha cambiado a Warren -señaló Reggie-. Antes tenía un carácter de todos los demonios, pero ahora disfruta esquivando sus provocaciones. ¿O acaso no habéis notado que cuando comienzan a meterse con él, se limita a sonreír y no les hace el menor caso?

Georgina rió.

-Yo sí lo he notado. James se pone furioso cuando Warren no le hace caso.

-Y sin duda Warren lo sabe.

-Desde luego -dijo Georgina con una sonrisa.

Kelsey comenzaba a entender. Poco antes había preguntado por qué James llamaba «Jack» a su hija, y la respuesta unánime había sido: «Porque sabe que a su cuñado no le gusta.» Y eso decía mucho de James Malory.

-A propósito -dijo Reggie volviéndose hacia Kelsey-, si aún no has perdido la cabeza por Derek, cualquiera de los hermanos de George sería un excelente partido para ti. Tiene cinco, ¿sabes? Y los otros cuatro no están casados.

-Ten cuidado, Kelsey -advirtió Rosiynn-. Reggie es una casamentera incorregible.

-Conque estás interesada en Derek, ¿eh? -dijo Georgina a Kelsey-. Tuve toda la impresión al ver la forma en que os mirabais.

Las mejillas de Kelsey se encendieron de rubor. Sabía que no debía haber ido allí, aunque Derek le había dicho que no tenían escapatoria, pues Reggie los había puesto contra las cuerdas durante las carreras. Esas mujeres eran encantadoras y amistosas, pero se habrían horrorizado de saber que Kelsey era la amante de Derek. ¿Y qué debía decir ahora que habían sacado el tema?

Estaban convencidas de que Kelsey buscaba marido, y ¿por qué no iban a creerlo? A fin de cuentas, estaba en la edad en que la mayoría de las mujeres deseaba casarse. Ella había quemado sus naves y nunca podría ser la mujer legal de nadie, pero lógicamente, la prima de Percy se encontraría en una situación muy distinta. La prima de Percy era pura, dulce y virgen, o eso pensaban aquellas mujeres.

-Derek es muy agradable -comenzó Kelsey con voz titubeante, sin saber cómo salir de ese lío-. Pero...

-Y muy apuesto -interrumpió Rosiynn.

-Y tiene un título nobiliario, si es que eso tiene alguna relevancia -añadió Georgina con tono burlón.

Roslynn rió.

-Tendrás que perdonar a mi cuñada americana, Kelsey. No le da mucha importancia a los títulos. De hecho se quedó de una pieza cuando descubrió que el título venía en el mismo paquete que James cuando se casó con él.

-Los títulos están bien si a uno le gustan. A mí no -aclaró Georgina.

-Derek es un excelente partido -prosiguió Reggie-, pero no creo que esté preparado para sentar la cabeza. Además, Kelsey todavía no conoce a tus hermanos, tía George. Drew es un verdadero tesoro y...

-¿Y qué te hace pensar que mis hermanos están preparados para sentar cabeza? -preguntó Georgina a Reggie con una sonrisa.

Reggie rió.

-En realidad, no creo que ningún hombre esté preparado nunca. Todos necesitan un empujoncito en la dirección correcta. En el caso de mi Nicholas, tenía a todo el clan Malory agobiándolo y al tío Tony amenazándolo con desheredarlo si no accedía a casarse conmigo.

-Lo cual era perfectamente lógico después de comprometerte de ese modo, querida -dijo Rosiynn.

-Pero no lo hizo -replicó Reggie con una sonrisa-. Aunque todo el mundo creyera que sí.

-Ya sabes que da lo mismo una cosa que otra. Cuando hay un escándalo de por medio, la verdad carece de importancia. Por desgracia, lo único que va a misa es lo que creen los demás.

-Bueno, yo no me quejo -respondió Reggie-. Después de todo, era la única forma de cazarlo. Y él tampoco se queja de que lo empujaran al altar, al menos no más de lo que se queja el tío James.

-Ah, James sí se queja -dijo Georgina riendo-. James no sería quien es si no protestara por todo.

-Pero yo todavía no busco marido -dijo Kelsey, con la esperanza de terminar con el tema-. Sólo he venido a Londres a comprarme ropa, como ya os ha dicho Percy. No tengo intención de casarme -añadió. Le molestaba tener que insistir en la mentira, pero no veía otra salida-. Dentro de pocos días volveré a casa.

-¡Qué pena! -dijo Reggie-. Tendré que hablar con Percy para que te obligue a quedarte. Todavía no has ido a ninguna fiesta. Yo misma prolongaré mi estancia para acompañarte. Sería muy divertido, Kelsey, así que piénsatelo.

¿Pensarlo? Lo único que podía pensar Kelsey en esos momentos era cuánto le gustaría que la mentira fuera verdad. Lo que Reggie le proponía podía ser muy divertido. Y Kelsey nunca había asistido a un baile de sociedad. Siempre había creído que llegaría el momento, pero ahora... ahora tenía que obligarse a recordar que esas cosas nunca formarían parte de su vida.

29

Jason no recordaba haber pasado un trance peor en su vida que el de decirle a su familia que iba a divorciarse de Francés. Saber que estaba a punto de desatar un escándalo de manera deliberada, cuando tantas veces los había sermoneado sobre la importancia de evitar que las malas lenguas se ensañaran con el nombre de la familia... En fin, muy pronto se lo recordarían, sobre todo James y Tony.

Por increíble que pareciera, los dos habían sentado la cabeza después de casarse, pero siempre serían unos tunantes. Y Jason nunca había disimulado su disgusto, así que ahora no le cabía la menor duda de que disfrutarían viendo cómo se volvían las tornas.

No había convocado a toda su familia. Sólo había requerido la presencia de sus hermanos y de Derek. Ellos podrían informar a sus esposas e hijos con posterioridad. Edward lo comprendería. James y Tony lo encontrarían muy gracioso, pero el que realmente le preocupaba era Derek. ¿Cómo tomaría la noticia? Al fin y al cabo. Francés era la única madre que había conocido.

Debería habérselo dicho primero a él, y en privado. Era una cobardía de su parte hacerlo en una reunión, pero esperaba un poco de apoyo de sus hermanos, por lo menos de Edward. También esperaba que la presencia de los demás evitara que Derek hiciera demasiadas preguntas.

Habían llegado todos salvo James. Anthony ya lo había interrogado dos veces acerca de las razones de la reunión, pero Jason no le había dado ninguna pista. Se había limitado a responder que iría al grano tan pronto como hubieran llegado todos.

Esperaba junto a la chimenea. Edward y Anthony se habían enfrascado en una discusión amistosa sobre inversiones mineras. Ganaría Edward, desde luego. Era un auténtico genio en cuestiones financieras. Derek parecía incómodo, casi culpable, pero, que Jason supiera, el joven no se había metido en ningún lío en los últimos tiempos. Aunque quizá debería visitar a algunos amigos antes de volver a Haverston para empaparse de los últimos chismes.

Finalmente, James hizo su aparición en el umbral del salón donde estaban reunidos. Las protestas de Anthony no se hicieron esperar:

-Llegas tarde, hermano.

-¿De veras?

-Jason no ha querido decirnos nada hasta que tú llegaras, así que llegas condenadamente tarde.

-Tranquilo, muchacho, no llego tarde. Es evidente que todos habéis llegado demasiado pronto.

-Eso ya no tiene importancia, ahora que todos estamos aquí -señaló Edward con placidez.

-Siéntate, James -invitó Jason.

James arqueó las cejas.

-¿Necesito sentarme? ¿Tan terrible es lo que vas a decirnos?

-¡Maldita sea. James, estoy en ascuas! Así que siéntate de una vez -exclamó Anthony.

Jason suspiró para sus adentros. No había una forma sencilla de abordar el tema, de modo que en cuanto James se sentó junto a Anthony en uno de los sofás, dijo:

-Os he hecho venir aquí para informaros, antes de que la noticia se haga pública, de que Francés y yo vamos a divorciarnos.

Sin decir otra palabra, esperó un aluvión de preguntas, pero sólo recibió silencio y miradas atónitas. No debería sorprenderle. Él había tenido tiempo para asimilar la noticia, por indigesta que ésta fuera, pero los demás no.

-No nos estarás tomando el pelo, ¿verdad, Jason? -preguntó Anthony por fin.

-No.

-¿Seguro?

-¿Alguna vez me has visto bromear sobre un asunto tan serio? -respondió Jason.

-Sólo quería asegurarme -dijo Anthony antes de soltar una carcajada.

Edward hizo una mueca de disgusto y dijo:

-No tiene ninguna gracia. Tony.

-Claro que... sí -consiguió articular Anthony entre risa y risa.

-Yo no le veo...

-Tú no puedes verle la gracia -interrumpió James con sequedad-. Quizá porque nunca has tenido que soportar los sermones de nuestro querido hermano mayor.

-Supongo que podrás explicar vuestra reacción -dijo Edward con tono solemne.

-Desde luego. Lo que le causa tanta gracia a Anthony es que esta vez quien dará lugar a un escándalo es Jason, para variar. Yo también lo encuentro bastante divertido... y creo que ya era hora.

-No me extraña de ti -dijo Edward, disgustado.

-Me refería al divorcio, no al escándalo. Fue un matrimonio absurdo y debería haber terminado mucho antes. El hecho de que Jason por fin haya decidido actuar con sentido común...

Jason interrumpió para explicar:

-Es Francés la que quiere el divorcio.

-¿De veras? -preguntó Edward-. Bueno, eso cambia las cosas. Dile que no.

-Ya he tomado la decisión de aceptar.

-¿Por qué? -preguntó Edward.

Jason suspiró. Esperaba el apoyo de Edward, no su oposición. Y había imaginado que James se desternillaría de risa, como estaba haciendo Anthony. Sin embargo, James parecía estar de acuerdo con él. Increíble. Y Derek no había dicho una sola palabra. Tenía la frente fruncida, pero en una expresión que reflejaba más preocupación que disgusto.

-Quiere casarse con otro, Edward -dijo Jason-. Sería muy egoísta de mi parte negarle ese derecho teniendo en cuenta que nuestro matrimonio nunca ha sido normal, como bien sabéis todos.

Edward negó con la cabeza.

-Tú siempre supiste que tu matrimonio no sería normal. En su momento te advertimos que te arrepentirías y que no tendrías escapatoria. Pero tú dijiste que no te importaba, que no tenías intención de casarte con ninguna otra.

-Es verdad, me lo advertisteis -admitió Jason-. Y en aquel entonces no me importó. Pero no voy a permanecer eternamente fiel a una decisión que tomé cuando era joven, preocupado por el bienestar de los niños.

-No eres tú quien quiere el divorcio, sino ella -insitió Edward-. Y esa mujer debería ser más sensata.

Anthony sonreía, disfrutando de la disputa de sus hermanos mayores. James se había cruzado de brazos y parecía tan imperturbable como siempre. Edward estaba tan alterado que tenía la cara roja como un tomate. Lo único que podía tranquilizarlo era otra pequeña dosis de la verdad.

-Tiene un amante, Eddie. Lo ha confesado. Es el hombre con quien desea casarse.

Anthony parpadeó atónito.

-¿Francés tiene un amante? Hombre, ésa sí que es buena -y volvió a estallar en carcajadas.

-Refrénate, hermano -dijo James a Anthony-. Esto ya no tiene gracia.

-Pero ¿Francés? ¿Su Francés? No me lo imagino -respondió Anthony-. Es un ratoncillo tímido. Quién iba a decir que tendría las agallas necesarias para... Bueno, con el carácter que tiene Jason se exponía a que la matara con sus propias manos. Y lo ha confesado. No puedo creerlo.

Dado que era realmente increíble. James miró a Jason buscando confirmación, y obtuvo un breve gesto de asentimiento.

-Es verdad. Como podéis imaginar, yo también me sorprendí. Pero después de mucho meditar, llegué a la conclusión de que no podía culparla porque yo nunca... Quiero decir, ella nunca tuvo un verdadero matrimonio conmigo.

-Eso no viene al caso, Jason -observó Edward, todavía ceñudo-. Muchos cónyuges hacen caso omiso de los vínculos maritales, pero el divorcio nunca ha sido la solución, al menos en nuestro círculo.

-No es correcto decir «nunca» -respondió Jasen-. Entre los nobles también ha habido divorcios, aunque sean menos frecuentes.

-Mi padre sabe muy bien que el divorcio traerá aparejado un estigma -dijo Derek por fin-. Creo que es un acto muy decente de su parte darle a su esposa lo que desea.

Increíblemente aliviado, Jason sonrió a su hijo. Al fin y al cabo, la opinión de Derek era la única que le preocupaba.

-Vamos, Eddie -dijo James-. Hasta el chico puede ver que este viejo caballo ha sido vencido. -Luego se dirigió a Jason-: Deberías haber dejado claro desde un principio que no pedías nuestros votos, porque ya habías tomado la decisión. Tu problema, hermano, es que siempre has concedido demasiada importancia a la opinión de los demás. Si tú no tienes dudas al respecto, el asunto no es de la incumbencia de nadie, ¿no crees?

-No todos podemos permitirnos ese lujo -señaló Jason-. Y mucho menos aquellos que debemos tratar a diario con los nobles. Pero, como bien has dicho, la decisión ya está tomada, y hoy mismo iniciaré las gestiones pertinentes. Gracias, James, por respaldarme en este asunto.

-¡Dios santo! ¿Es eso lo que he hecho? -exclamó James con fingida sorpresa-. Venga, Tony, vamonos a Knighton, a ver si puedes devolverme el sentido común con unos cuantos golpes. Parece que lo he perdido esta mañana.

Anthony rió.

-Sin duda a Jason le ha costado tanto darte las gracias como a ti digerirlas, pero estoy dispuesto a devolverte el sentido común a golpes, por cualquier razón.

-No lo pongo en duda -gruñó James.

Jason esbozó una sonrisa afectuosa mientras sus dos hermanos menores abandonaban el salón. Pero luego se encontró con la mirada desaprobadora de Edward y suspiró.

-Cometes un error, Jason.

-Ha quedado muy claro que así lo crees, Edward. Pero yo prefiero pensar que estoy corrigiendo un error que cometí hace mucho tiempo.

30

-Ya sé por qué mi padre convocó una reunión -dijo Derek en cuanto entró en el salón.

Kelsey estaba sentada en un sillón junto a la ventana, cosiendo alguna prenda. Se apresuró a dejar la prenda en cuestión y alzó la vista para mirar a Derek. Parecía perpleja. Pero su voz sonó tan calma como siempre:

-No sabía que había una reunión. ¿Debería haberlo sabido?

-No. Tienes razón. Anoche abandonaste la habitación con las demás mujeres antes de que saliera el tema.

Kelsey arrugó la frente.

-Si no te importa, no me recuerdes aquello.

Derek dio un respingo. La noche anterior, cuando la había acompañado a casa, Kelsey estaba muy disgustada. Peor aún, estaba absolutamente furiosa porque Derek la había puesto en una posición que la obligaba a mentir y fingir.

Una de sus observaciones había quedado grabada en la mente de Derek: «Si tanto te avergüenzas de mí que tienes que decir que soy una viuda o la prima de alguien, no me lleves a sitios donde tengas que presentarme.»

Paradójicamente, Derek cayó en la cuenta de que no estaba avergonzado de ella. Muy al contrario, le enorgullecía que lo vieran con Kelsey. De hecho, había pensado que la verdadera razón por la que no se había esforzado mucho buscando una excusa para declinar la invitación de Reggie era que quería que su familia la conociera. Era algo tan absurdo que no atinaba a comprenderlo. Pero no, no se avergonzaba de Kelsey. Lo que le avergonzaba era su relación con ella, y por eso debía ocultarla. Por desgracia, no tenía otro remedio.

-¿Tan difícil te resultó tratar con mis parientes? -preguntó.

-Tu familia es muy agradable, o por lo menos las mujeres. Tus tíos son bastante extraños, con su costumbre de discutir y provocarse, pero eso no me importa. El problema es que los engañamos y no debimos haberlo hecho. Sabes muy bien que no debiste llevarme allí.

Derek lo sabía. Pero lo había hecho y ya no podía volverse atrás.

Y puesto que había salido el tema, añadió:

-Mis tíos lo saben.

-¿Qué es lo que saben?

-Que eres mi amante.

-¿Se lo dijiste? -exclamó, compungida.

-No, se lo figuraron. Verás, los dos han tenido innumerables amantes. Antes de casarse, desde luego. De todos modos fue culpa mía, porque al parecer me delató la forma en que te miraba.

-¿Y cómo me mirabas?

-De una manera... íntima.

-¿Y por qué lo hiciste?

-No sabía que lo estaba haciendo hasta que me lo señalaron -insistió Derek.

Kelsey se sonrojó y Derek reaccionó como de costumbre: su cuerpo respondía a la dulce inocencia de la joven de una manera totalmente primitiva. Dio un paso hacia ella, pero enseguida se detuvo en seco y se llevó una mano a la melena dorada, furioso consigo mismo.

Ya había roto una de las reglas que él mismo se había impuesto yendo a visitarla antes del mediodía. Esa mañana había recibido una noticia sorprendente, y aunque no era asunto de Kelsey, quería contársela. Pero no había ido a hacer el amor. Ella no se lo esperaba.

A una amante se la visitaba en la oscuridad y discreción de la noche. Ya se había hecho a sí mismo bastantes concesiones permitiéndose ir a verla más temprano, para poder cenar con ella cada noche. Si seguía por ese camino, acabaría mudándose a casa de Kelsey y dedicándole todo su tiempo.

¡Qué idea tan loca y maravillosa a la vez! Despertar a su lado cada mañana, desayunar con ella, confiarle sus pensamientos a medida que los tenía, en lugar de tener que esperar hasta volver a verla. Hacer el amor con ella cuando deseara, en lugar de en el momento que se consideraba apropiado.

Procuró apartar esos pensamientos de su mente porque eran demasiado tentadores. ¿Qué demonios le pasaba? Al principio, ni siquiera quería una amante. Kelsey le había hecho cambiar de idea, estaba contento de tenerla, pero...

-¿Has dicho que fuiste a una reunión? -preguntó Kelsey rompiendo el largo silencio.

-Mi padre ha decidido divorciarse.

-¿Cómo has dicho?

-La reunión era para eso -explicó, sonrojándose ligeramente por haberle espetado la noticia de ese modo-. Para anunciar su divorcio.

Los ojos grises de Kelsey se llenaron de compasión y se levantó de su asiento para abrazarlo.

-Tu madre ha de estar destrozada.

-Bueno, la verdad es que...

-Y tú también.

Quería consolarlo, y diablos si a él no le gustaba. Lo suficiente para saborear la sensación unos minutos antes de confesar:

-No, las cosas no son así. Es mi madrastra, ¿sabes?, y aunque le tengo bastante afecto nunca estuvo a mi lado el tiempo suficiente para que pudiéramos estrechar lazos. Además, es ella quien quiere el divorcio.

-Entonces tu padre ha de estar...

-No, no, querida, nadie está destrozado. Bueno, excepto quizá el tío Edward -añadió con una pequeña mueca de disgusto-. Hizo todo lo que pudo para convencer a mi padre de que no se divorciara, pero cuando Jason Malory toma una decisión, jamás se vuelve atrás.

-¿Y a qué se deben las objeciones de tu tío?

-Supongo que teme el escándalo.

-Pero tú me dijiste que era tu padre quien aborrecía los escándalos.

-Y es así, pero en este caso hará una excepción para conceder la libertad a Francés. Verás, el suyo nunca fue un matrimonio normal. Sólo se casó para darnos una madre a mí y a Reggie, pero las cosas no salieron de acuerdo con sus planes. Como ya he dicho. Francés casi no paraba en casa.

-¿Por qué no?

-Es una mujer enfermiza -explicó Derek-, así que iba mucho a Bath a tomar los baños hasta que se compró una casa allí. Residía en Bath durante la mayor parte del año.

Kelsey suspiró y apoyó la cabeza en el pecho de Derek.

-La gente no debería casarse por ninguna razón aparte del amor.

-En teoría, no, pero muchos lo hacen.

-Bueno, me alegro de que esto no te afecte.

-¿Y si me hubiera afectado?

-Entonces habría hecho todo lo posible para ayudarte a pasar el mal trago, naturalmente.

-¿Por qué? -preguntó él en voz baja.

Ella alzó la vista, sorprendida.

-Porque es lo que haría una amante, ¿no?

Derek rió. Más bien era lo que haría una esposa. Una amante debía preocuparse de la posible ira de su protector, pero el hecho de que éste estuviera triste o contento no era de su incumbencia, a menos que esos sentimientos tuvieran una relación directa con ella.

-Habría sido muy generoso de tu parte, querida -dijo Derek cubriéndole las mejillas con las manos. La proximidad de Kelsey había terminado de excitarlo-. Puede que necesite tu ayuda de todos modos.

Y dado que mientras pronunciaba esas palabras la levantó en brazos y enfiló hacia la puerta, Kelsey preguntó:

-No pensarás ir arriba, ¿no?

-Claro que sí.

-Pero yo no me refería a esa clase de ayuda -señaló con sensatez.

-Ya lo sé, pero es la clase de ayuda que necesito en estos momentos. Y me importa un bledo qué hora sea.

Puso tanto énfasis en esa frase que Kelsey parpadeó.

-La verdad es que a mí tampoco.

-¿No?

-No, ¿por qué iba a importarme?

-Por nada, cariño -respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

31

Esa tarde Derek tenía que hacer varios recados y decidió llevar consigo a Kelsey. Había actuado por impulso, un impulso que debería haber reprimido, pero que no hizo. La culpa la tenía su excelente humor, cosa que debía exclusivamente a Kelsey.

La joven se había convertido en una amante estupenda, al menos el placer que sentía al hacer el amor con ella era mucho más intenso que de costumbre, comparable con el más puro éxtasis. Y después de la maravillosa hora que acababan de compartir, se sentía más reacio que nunca a dejarla.

Sin embargo, el vestido que Kelsey escogió para la salida había sido una sorpresa. Aparte del vestido rojo que llevaba en la subasta, siempre había lucido prendas propias de una dama, y Derek se había acostumbrado a verla así. El traje de terciopelo anaranjado con ribetes en verde lima le sorprendió tanto que no pudo menos de señalar:

-No te imaginaba vestida con ropa tan chillona.

Y era verdad. Sus otras prendas eran de buen gusto y colores discretos, de modo que uno reparaba de inmediato en su belleza. Los vestidos no hacían más que destacar esa belleza. Pero cualquiera que la viera así a plena luz del día no podría ver más allá de aquel horroroso color naranja, tan intenso que ensombrecía sus facciones.

Sin embargo, Derek comprendió que acababa de ofenderla. Pero Kelsey no parecía ofendida cuando lo miró. Con un aire meramente pensativo, dijo:

-A mí también me pareció horrible, pero es uno de los modelos que escogió la señora Westbury siguiendo tus instrucciones.

Derek se sonrojó. Era muy cierto que había dicho a la señora Westbury que Kelsey era su amante y que le hiciera un vestuario apropiado. Pero la modista debió de imaginar que todas las amantes procedían del barrio de los teatros, donde la mayoría de las actrices se vestían con colores chillones para llamar la atención.

-El escote es bastante atrevido -añadió, y cuando los ojos de Derek se posaron en sus pechos, que ella ya había cubierto con la chaqueta, negó con la cabeza-. No, no te lo enseñaré.

-¿Es muy provocativo? -preguntó él con una sonrisa.

-Sí, mucho.

Kelsey suspiró y le dirigió una mirada fulminante cuando él se acercó a desabrochar los botones de lachaqueta, pero no hizo nada por detenerlo. Y al abrir la chaqueta Derek cambió de idea acerca de que nadie vería más allá del vestido. No; nadie podría menos de notar aquellas dos maravillas a pesar de la llamativa tela que apenas alcanzaba a cubrirlas.

Carraspeó y le abrochó la chaqueta. Kelsey lo miraba con expresión inquisitiva, esperando un comentario. Pero Derek esbozó una sonrisa picara y la acompañó al coche que aguardaba en la puerta.

Sin embargo, decidió hacer una parada imprevista, en el camino. La dejó en el coche y poco después, cuando salió de casa de la modista, dijo:

-He ordenado algunos cambios en el resto de tu pedido.

Kelsey no necesitaba preguntarle cuáles. Al igual que ella, detestaba los colores vivos, pero era evidente que le había gustado el escote. Supuso que se acostumbraría. Cuando Derek no estuviera en casa, podría cubrir el escote con una pechera de puntilla que confeccionaría ella misma. Se hizo el propósito de ir a comprar la tela necesaria al día siguiente.

A mitad de camino al despacho del abogado, donde le esperaban para firmar un documento, Derek golpeó imprevistamente el techo del coche para indicar al cochero que se detuviera y se apeó de inmediato. Una vez más, Kelsey permaneció en el coche, pero pudo ver por la ventanilla adonde se dirigía su amante. Derek había detenido a una pareja madura con la que al parecer quería hablar.

Francés se detuvo al oír el grito de Derek. Su acompañante dio un paso atrás, como si no quisiera ser visto con ella, pero era un hombrecillo tan anodino que Derek apenas reparó en él.

-No sabía que estuvieras en la ciudad -dijo Derek a Francés mientras la abrazaba.

-Tenía... eh... que atender algunos asuntos, así que me quedé en Londres después de la boda de Amy.

Derek la miró con expresión de perplejidad.

-¿Dónde? No te he visto en la casa.

-Quizá porque nunca estás allí.

-Es posible -respondió él con una sonrisa-. Pero Hanley me lo habría dicho.

-La verdad, Derek, es que esta vez me alojo en un hotel -admitió.

-Pero ¿por qué?

-No quería estar en la casa por si aparecía tu padre.

Derek hizo un gesto comprensivo.

-Mi padre nos dijo lo del divorcio esta mañana.

Los ojos de Francés se iluminaron de la emoción.

-¿Así que ha aceptado?

-¿No lo sabías?

-No. Nunca me cuenta nada -respondió ella con un suspiro-. Aunque lo cierto es que no he vuelto a verlo desde que le pedí el divorcio. Le envié una nota diciéndole dónde podía localizarme, pero... En fin, supongo que ya me avisará.

Francés sentía afecto por Derek, pero nunca había adoptado una actitud maternal con él. Suponía que no formaba parte de su naturaleza. De haber sabido que Jason la quería exclusivamente para eso, quizá no hubiera accedido a embarcarse en ese desastroso matrimonio. Aunque tal vez no. En su juventud, ni ella misma sabía que no tenía instinto maternal, que no le gustaba vivir rodeada de niños. Sin embargo, no quería que el joven sufriera a causa del divorcio.

-Espero que la noticia no te haya afectado mucho -dijo, ligeramente incómoda.

-Ha sido una sorpresa, pero habida cuenta de las circunstancias, lo entiendo perfectamente. El único que protestó fue tío Edward, supongo que porque teme el escándalo.

-El escándalo no afectará a tu familia porque he dado motivos a Jason para divorciarse de mí. La clase de motivos que le harán granjearse la simpatía de sus amistades. Sé que toda la culpa recaerá sobre mí, aunque, por otra parte, nunca he llevado una vida social muy activa, así que tampoco me afectará demasiado.

Derek sabía que se refería a su supuesto amante, y la sola mención del tema hizo que dirigiera su atención al acompañante de Francés. Era un hombrecillo bajo y delgado, que no pesaría más de cincuenta kilos. Y apenas le sacaba unos centímetros de ventaja a Francés, lo que significaba que a Derek le llegaba por el hombro.

Pero al ver su expresión asustada, el joven supo de inmediato que aquél era el culpable.

Un sentimiento de protección invadió a Derek, al tiempo que crecía su furia. Ese tipejo había hecho sufrir a su familia y sería el responsable del bochorno del padre durante el proceso de divorcio. Demonios, tendría que pagar por ello.

Los largos brazos de Derek cogieron al hombrecillo por las solapas de la chaqueta y lo levantaron del suelo. El tipo soltó un chillido y se aferró al antebrazo de Derek, y la expresión de horror de sus ojos no hizo nada por atemperar la furia del joven.

-¿Sabía usted que lady Francés era una mujer casada cuando le puso las manos encima? -preguntó Derek-. Condenado idiota, podría aplastarle la cara de un solo golpe. Déme una razón para que no lo haga.

-¡Déjalo en el suelo, Derek, ahora mismo! -gritó Francés demostrando que ella también estaba furiosa- ¿Has perdido la cabeza? ¿Crees que le habría sido infiel a tu padre si él me hubiera hecho feliz? Además, él me fue infiel a mí desde el día en que nos casamos. Y debo añadir que nuestro matrimonio nunca se consumó.

Derek se giró y la miró con incredulidad.

-¿Nunca?

-Nunca -dijo con sequedad-. Aunque él jamás ha dormido solo.

-Ésa es una acusación absurda. Francés -dijo Derek con idéntica sequedad-. Sabes que mi padre rara vez sale de Haverston.

-¡No necesita salir de Haverston porque su amante vive bajo su mismo techo!

Derek se sorprendió tanto que dejó caer al hombrecillo al suelo.

-¿Quién es?-preguntó.

Francés, que estaba roja de vergüenza, sacudió la cabeza. Había recuperado la cautela y parecía preocupada mientras ayudaba a levantarse a su acompañante.

-¿Quién es? -gritó Derek.

-No lo sé -mintió la mujer.

-Mientes.

-Bueno, da igual quién sea -insistió ella-. Lo importante es que yo no fui la primera en ser infiel. Lo curioso es que no le fuera infiel desde el principio, cuando Jason Malory me dio todos los motivos para serlo. Pero ya es suficiente. Y tú no tienes derecho a atacar a Osear. Él sólo me ha ayudado a tomar una decisión que debí haber tomado hace muchos años para acabar con una relación insoportable.

Dicho lo cual, se marchó rápidamente arrastrando a su pequeño Oscar. Derek la miró alejarse mientras procuraba asimilar sus últimas palabras.

Unos instantes después sintió una mano en la suya. Bajó la vista, sobresaltado, y vio a Kelsey a su lado.

-Cielos, había olvidado que me esperabas.

-No te preocupes -dijo ella con una sonrisa-. ¿A qué venía tanto alboroto?

Derek señaló a la pareja que se alejaba.

-Son mi madrastra y su amante.

-Ah, por eso tuve la impresión de que ibas a matar a ese hombrecillo.

-Me hubiera gustado hacerlo -masculló Derek mientras la acompañaba al coche.

-Bueno, si tu padre se parece a ti, no entiendo que tu madrastra prefiera a cualquier otro, y mucho menos a ese tipejo.

Derek agradeció el cumplido con una sonrisa y abrazó a Kelsey antes de subir al coche. Una vez dentro, la atrajo a su lado.

-Lo increíble es que dice que mi padre no la ha tocado nunca en todos estos años y que tiene una amante viviendo bajo su mismo techo.

-Vaya -dijo ella-. Eso es... asombroso.

-Bueno, la casa es grande -repuso Derek, como si eso hiciera más verosímil la historia.

-¿Debo entender que no sabías nada? -Cuando Derek negó con la cabeza, añadió-: ¿Y todavía no sabes de quién se trata? ¿No lo adivinas?

-No tengo la menor idea. -Suspiró.

-Bueno, ahora que han decidido poner fin a su matrimonio, ya no importa quién sea esa amante, ¿no?

-No; pero estaré en ascuas hasta que lo averigüe.

-¿Crees que deberías hacerlo?

-¿El qué?

-Averiguarlo.

-Desde luego.

-Si nunca lo has sabido, Derek, quiere decir que tu padre lo ha mantenido en secreto intencionadamente. Y sin duda querrá continuar como hasta ahora, ¿no crees?

-Es probable -convino él.

-¿Así que lo dejarás correr?

-De eso nada -respondió él con una sonrisa.

32

Teniendo en cuenta que el plan original de Derek era hacer unos cuantos recados que no exigían contacto social alguno, se estaba encontrando con muchos conocidos. Primero con Francés y ahora, en la tienda de su sastre, con su primo Marshall.

Sin embargo, este segundo encuentro no le preocupó, pues Kelsey estaba en el coche y él pronto dejó a Marshall en la sastrería... o eso creía. Al parecer, Marshall estaba ansioso por ponerlo al tanto de los últimos chismorreos y lo siguió hasta el coche. Y allí vio a Kelsey, aunque la joven hizo lo posible para ocultarse en un rincón del asiento. Lo que con aquel maldito traje naranja era una empresa imposible, desde luego.

Marshall era el hijo mayor de Edward, aunque tenía tres años menos que Derek. Y no iba a dejarse amedrentar por la presencia de Kelsey. Marshall no preguntó quién era la joven ni qué hacía allí, y Derek tampoco le proporcionó la información voluntariamente. Pero en ese momento aparecieron dos amigos de Marshall y sir William, el más locuaz de los dos, tras cinco minutos de mirar a Kelsey con expresión insinuante, tocó un tema que ya empezaba a ser habitual:

-¿Es pariente de lord Langton, el conde asesinado por su esposa?

Y por lo visto, no estaba dispuesto a conformarse con un simple no.

-¿Entonces quién es? -insistió.

-Soy una bruja, sir William -respondió la propia Kelsey antes de que Derek pudiera hacerlo-. Y lord Derek me ha contratado para hacer un maleficio. ¿Es ésta nuestra víctima, Derek?

Derek parpadeó, sorprendido, pero William palideció. Su expresión de horror era tan cómica que Derek no pudo contener la risa. Y Kelsey se limitó a mirarlo con cara de inocente.

-Eh, a mí no me causa ninguna gracia, Derek -dijo Marshall.

-Bueno, es evidente que no te proponías hacerle un maleficio a William -dijo con sensatez el otro acompañante de Marshall-. Pero ¿quién es el desafortunado?

Marshall, que había pillado enseguida las intenciones de Kelsey, puso los ojos en blanco. Pero Derek tuvo otro ataque de risa, y era evidente que no iba a contestar por algún tiempo, de modo que Kelsey dijo con calma:

-Sin duda habréis advertido que estaba bromeando, caballeros. No soy ninguna bruja... que yo sepa, al menos.

-Sólo una hechicera -dijo Derek obsequiándole con una sonrisa tierna que provocó el inevitable rubor en Kelsey.

Pronto consiguió desembarazarse de su primo y sus amigos sin que volviera a tocarse el tema de la identidad de Kelsey. De camino a la siguiente parada, Derek la felicitó por su ingenio.

-Caray, fue una salida brillante, querida -dijo apretándole la mano-. Una broma en lugar de una mentira. Me alegro de que se te haya ocurrido.

-¿Y qué mentira habrías escogido tú esta vez? ¿La de la viuda o la de la prima?

Derek dio un respingo.

-Lo que acaba de suceder fue totalmente imprevisto, Kelsey. Marshall estaba en casa del sastre, y no me lo esperaba, pero lo cierto es que me despedí de él tres veces. Decía que no recordaba qué más quería decirme y me detuvo varias veces, la última cuando subía al coche.

Kelsey le sonrió, reconociendo que no era culpa suya. Al menos esta vez. Además, disfrutaba mucho de su compañía, pese a que estaba la mayor parte del tiempo esperándolo en el coche.

De modo que se contentó con decir:

-Haremos todo lo posible para que no vuelva a suceder, ¿de acuerdo?

-Por supuesto -le aseguró él.

Sin embargo al llegar a la cristalería, donde Derek esperaba encontrar un regalo para su prima Clare, le pidió a Kelsey que bajara para ayudarlo a elegir. Y allí se toparon con otro conocido. Aunque esta vez no hubo necesidad de hacer las presentaciones. Era alguien a quien ambos conocían y a quien deseaban no haber conocido nunca.

Fue sin duda una desafortunada coincidencia que David Ashford se encontrara en esa tienda a esa hora del día y también que, literalmente, se tropezaran con él. Se disponía a marcharse cuando se giró un instante sin reparar en que alguien entraba por el pequeño pasillo, a su espalda. Entonces chocó con Derek, que tuvo que soltar la mano de Kelsey para atajar el impacto.

Ashford se sobresaltó con la colisión, pero sus ojos azules se entornaron al reconocer al hombre que estaba frente a él.

-Vaya, si es el buen samaritano -dijo con tono burlón-. El liberador de damiselas afligidas. ¿Nunca se le ha ocurrido pensar, Malory, que algunas de esas damiselas disfrutan con el sufrimiento?

La desfachatez de ese comentario enfureció a Derek.

-¿Y a usted nunca se le ha ocurrido pensar, lord Ashford, que está enfermo?

-La verdad es que gozo de una estupenda salud.

-Me refería a su mente.

-¡Ja! -rió Ashford-. Ya le gustaría, pero estoy perfectamente cuerdo. Y también tengo una memoria excelente. Le aseguro que se arrepentirá de haberme robado a esta preciosidad.

-Oh, dudo que así sea -respondió Derek con fingida indiferencia-. Además, yo no le robé nada. Era una subasta. Podía haber seguido pujando.

-¿Cuando todo el mundo conoce la magnitud de la fortuna de los Malory? No sea ridículo. Pero llegará el día en que lamente haberme hecho enfadar.

Derek se encogió de hombros.

-Si me arrepiento de algo, Ashford, es de permitir que siga vivo, cuando la escoria como usted debería arrojarse a la basura en el mismo momento de su nacimiento.

El hombre tensó los músculos y su cara enrojeció. Derek deseó haberlo batido a duelo, pero por otra parte conocía a ese hombre: un cobarde que sólo se sentía poderoso ante los débiles e indefensos.

-También recordaré estas palabras -dijo Ashford y de inmediato miró a Kelsey con un brillo gélido en los ojos-. Aguardaré a que se canse de ti y entonces pagarás por haberme hecho esperar, bonita. Sí, te aseguro que pagarás...

Mientras pronunciaba esas palabras señalaba a Kelsey con un dedo y la habría tocado con él en el pecho si Derek no le hubiera arrebatado la mano. Ashford soltó un gemido de dolor cuando el joven le rompió el dedo, pero Derek no había terminado. No le preocupaban las amenazas contra su persona, pero su furia creció al oír que también amenazaba a Kelsey.

-¡Me ha roto...! -gritaba Ashford, pero un rápido puñetazo en la boca lo interrumpió.

Derek atajó a Ashford antes de que cayera al suelo y sin soltarlo dijo con furia:

-¿Cree que no voy a romperle la crisma aquí, porque estamos rodeados de artículos de cristal? Pues quítese esa idea de la cabeza, Ashford, porque no me importa lo que destruya mientras lo destruya a usted también.

El hombre palideció, pero en ese momento intervino el propietario de la tienda.

-No quiero perder mi negocio a causa de su pequeño altercado, caballeros -dijo con preocupación-,¿Les importaría continuar con su discusión en otro sitio?

Y Kelsey susurró:

-No permitas que te provoque y te obligue a hacer un escándalo.

Era acaso demasiado tarde para esa advertencia. Derek miró alrededor y no vio ningún cliente, sólo el propietario de la tienda estrujándose las manos.

Derek hizo un breve gesto de asentimiento y soltó a Ashford, pero esta vez fue él quien agitó el dedo.

Librodot

-Hablando de arrepentimiento, permítame decirle que usted no llegará a arrepentirse si vuelve a acercarse a ella, y tampoco tendrá que preocuparse de su memoria porque no le quedarán recuerdos, ni siquiera aliento para contaminar el aire de esta ciudad. Porque dejará de existir.

De una estantería que estaba a su lado cogió un florero, y sin mirarlo siquiera, se lo entregó al propietario.

-Me llevo esto.

-Desde luego, señor. Si tiene la bondad de acompañarme -dijo el hombre y caminó presuroso hacia el mostrador situado en el fondo de la tienda.

Derek cogió a Kelsey por el brazo y siguió al propietario, sin volver a mirar a Ashford. Instantes después, oyeron la puerta que se abría y se cerraba.

Kelsey dejó escapar un suspiro de alivio. El propietario dejó escapar un suspiro de alivio. Pero Derek aún estaba demasiado alterado para sentir algo más que furia. Debería haber vuelto a dejar sin sentido a Ashford sin preocuparse del escándalo. Tenía la impresión de que se arrepentiría por no haberlo hecho.

Enfadado consigo mismo por no haber sabido aprovechar la oportunidad y la provocación, arrojó al propietario de la tienda un fajo de billetes y dijo:

-Guárdese el cambio y olvide este desafortunado incidente.

-¿Qué incidente? -preguntó el propietario con una sonrisa, ahora que sus artículos estaban a salvo y sus bolsillos llenos.

Librodot

33

Con su rebelde melena rubia y sus encantadoras sonrisas, Derek Malory tenía un aire infantil que la hacía parecer inofensivo. Pero aquel día Kelsey había descubierto que las apariencias engañan. Se había quedado paralizada al volver a ver a lord Ahsford y evocar la terrible experiencia de la subasta. Pero Derek se había convertido en un hombre distinto, y ella se alegraba de que no fuera tan inofensico como parecía.

Ni mucho menos. Le había roto el dedo a ese hombre; deliberadamente. Y estaba segura de que la habría roto alguna cosa más si no le hubieran recordado que provocaría un escándalo.

Se lo había dicho porque sabía lo que Derek pensaba de los escándalos y quería detenerlo. Lo había conseguido. Pero ignoraba por qué quería detenerlo. Quizá porque no deseaba verlo en una situación violenta, o porque el propietario de la tienda estaba preocupado por sus artículos. O tal vez porque Derek le despertaba un instinto de protección y no quería que más tarde se arrepintiera de sus actos. Esta última causa era preocupante.

Desde el principio, Kelsey se había propuesto adoptar una actitud lo más impersonal posible, como correspondía a una amante. Pero cada vez le resultaba más difícil mantener esa actitud. Derek le gustaba; le gustaba estar con él, hacer el amor con él, todo lo que tenía que ver con él. Y estaba convencida de que esos sentimientos se intensificarían, a menos que él hiciera algo muy drástico para cambiar las cosas.

Era una idea aterradora. No quería amar a Derek. No quería sufrir pensando en el día en que le diría que ya no necesitaba sus servicios. Ese día llegaría inevitablemente, y cuando llegara, Kelsey quería suspirar de alivio, no llorar con el corazón destrozado.

Sabía que había tenido otra amante con anterioridad, de modo que tenía motivos para preocuparse. En una de las conversaciones con Percy y Jeremy, alguien había mencionado que esa relación había durado meses, no años.

La exorbitante suma que había gastado en Kelsey no tenía mayor importancia para él, pues su familia era muy rica. Así que no podía contar con que tuviera en cuenta ese punto. No; cuando decidiera aventurarse por un nuevo camino, la abandonaría sin importarle lo que ella sintiera. Y Kelsey no sabía cómo prepararse para sobrevivir a ese día, sobre todo cuando había cometido el estúpido error de enamorarse de él.

Derek estaba rumiando el incidente con Ashford, pero le había rodeado los hombros con actitud protectora y le acariciaba distraídamente el brazo. Puesto que Kelsey también estaba enfrascada en sus pensamientos, continuaron el viaje en silencio.

Cuando llegaron a la siguiente parada, Kelsey no quiso bajar del coche. Derek tampoco se lo pidió, pero regresó pronto. Y al regresar le entregó un paquete.

-Es para ti -dijo-. Ábrelo.

La joven miró la pequeña caja con expresión cautelosa. Conocía el motivo de ese regalo, pues Derek no podía disimular su sentimiento de culpa. Abrió la caja y vio una medalla en forma de corazón cubierta de pequeños diamantes y rubíes, colgando de una fina cadena de oro que le llegaría justo debajo del cuello. Muy sencillo, muy elegante, muy caro.

-No tenías por qué hacerlo -dijo sin apartar la vista de la medalla.

-Claro que sí -respondió él-. Ahora mismo me siento tan culpable que si no me dices que me perdonas me echaré a llorar.

Kelsey alzó los ojos, abiertos como platos, pensando que hablaba en serio, pero cuando vio la expresión de Derek supo que no era así. Rió, pero apenas un instante. Lo del llanto no iba en serio, pero era obvio que se sentía culpable.

-Hoy ha sido un día desastroso, ¿verdad? -dijo él con una sonrisa triste.

-No del todo -respondió ella y el rubor delató sus pensamientos.

-Bueno, no me refería a eso -convino él con una sonrisa-, sino al resto. Lamento mucho que hayas tenido que encontrarte en la misma habitación que el bastardo de Ashford y mucho más que tuvieras que presenciar ese desagradable incidente.

Kelsey se estremeció.

-Es un hombre ruin, ¿verdad? Vi la crueldad reflejada en sus ojos el día de la subasta y hoy otra vez.

-Es peor de lo que imaginas -dijo Derek y le habló de su locura. Le contó todos los detalles sobre él, al menos de manera indirecta, para que Kelsey tomara en; serio sus advertencias-. Si vuelves a toparte con él cuando yo no esté contigo, márchate de inmediato... Siempre que no corras mayores riesgos, desde luego.

Kelsey estaba pálida y sentía náuseas.

-¿Riesgos?

-Quiero decir, siempre que tengas la seguridad de que no te sigue. Bajo ningún concepto debes quedarte a solas con él, Kelsey. Si es necesario pide ayuda a cualquier desconocido, grita, pero hagas lo que hagas, no permitas que ese hombre vuelva a acercarse a ti.

-No, claro que no -le aseguró ella-. Con suerte, no volveré a cruzarme con él. Pero si lo hago, y si yo lo veo primero, él no me verá a mí, te lo prometo.

-Bien, y ahora dime que me perdonas.

-Te perdono -respondió con una sonrisa-,aunque no hay nada que perdonar. Anda, llévate esto y pide que te devuelvan el dinero. No tienes por qué comprarme joyas.

Derek rió.

-Kelsey, cariño, esa forma de hablar no es propia de una amante. Y no pienso devolverlo. Quiero que te lo quedes. Irá de maravilla con tu vestido color lavanda.

Y con media docena de vestidos más que recibiré pronto, podría haber añadido ella, pero no lo hizo. Suspiró.

-Bueno, supongo que sería una grosera si no te diera las gracias.

-Sí, muy grosera.

Kelsey sonrió.

-Muchas gracias.

-De nada, cariño.

Ésa había sido la última parada. Después Derek la llevó a casa y se quedó a cenar... y a dormir.

No lo había planeado. Siempre que Jason estaba en la ciudad y se quedaba a pasar la noche, Derek iba a cenar con él. Ignoraba cuándo se proponía volver su padre a Haverston, de modo que no sabía si tendría ocasión de verlo al día siguiente. Pero por muy impaciente que estuviera por hablar con su padre del divorcio -y de la amante que había conseguido mantener en secreto durante tanto tiempo-, su deseo de estar con Kelsey pudo más.

Sabía que la joven se había quedado impresionada por el encuentro. Pero él estaba aun más preocupado por ella. Por extraño que pareciera, Ashford la había tratado como si fuera una propiedad suya que estaba temporalmente en otras manos. Sus comentarios también indicaban que, cuando la recuperara, le haría pagar a Kelsey por haberse dejado robar. Y parecía muy seguro de que iba a recuperarla. Vaya a saber los planes que podía llegar a urdir su mente enferma.

Derek no podía estar siempre con ella. Kelsey salía sola para ir a la modista, de compras y demás. Tampoco podía pedirle que no lo hiciera, pues sus temores estaban fundados en meras amenazas. Al día siguiente iría a visitar al tío James para pedir le consejo. Quizá se estuviera preocupando sin motivo, pero esa noche no pensaba perder de vista a Kelsey.

34

A la mañana siguiente, Derek fue a ver a su tío James, incluso antes de pasar por casa para cambiarse de ropa. Tras mantener una pequeña charla con James se sintió más aliviado. Kelsey no corría ningún peligro inmediato, porque su tío ya había ordenado a sus dos mayordomos que siguieran a Ashford.

Claro que el alivio de Derek se debía a que Artie y Henry no eran dos mayordomos corrientes. Habían formado parte de la tripulación de piratas de James, permaneciendo a su servicio en alta mar durante más de diez años.

Los dos habían decidido quedarse con James tras la venta del Maiden Anne y ahora compartían las funciones de mayordomo en la residencia de Londres. Ambos disfrutaban mucho del empleo, porque en realidad no eran lo que aparentaban. Y tenían ocasión de ahuyentar a los visitantes indeseados.

A James le tenía sin cuidado que provocaran constantes piques con sus métodos poco ortodoxos, y George había renunciado hacía tiempo a sus esfuerzos por enseñarles buenos modales. Si alguien que no fuera un pariente llamaba a la puerta, con frencuencia recibía a modo de respuesta un estridente «¡No están en casa!» y un portazo en las narices, o bien un «¿Qué diablos quiere?», siempre que no se tratara de una dama atractiva, naturalmente. A una señora la arrastraban invariablemente al interior y cerraban la puerta tras ella sin darle tiempo a pronunciar dos palabras.

Pero los dos antiguos piratas eran muy competentes en las funciones que les había asignado James. Y según informó éste, hasta el momento habían seguido a Ashford a dos casas distintas, su residencia principal en la ciudad, y una finca en las afueras que parecía abandonada, y donde no pernoctaba pero permanecía varias horas cada noche.

También lo habían seguido a una taberna en uno de los barrios más pobres de la ciudad. Derek tensó los músculos al oír eso, pero se tranquilizó cuando James le contó que Artie, que estaba completamente trompa, había causado tal revuelo en el local que Ashford habían cambiado de planes y se había largado de inmediato.

Derek envió una nota a Kelsey para que dejara de preocuparse y bajara un poco la guardia. Luego regresó a casa y descubrió que su padre seguía allí. No sabía si alegrarse de ello, pues Jason parecía disgustado cuando lo hizo pasar a su estudio.

Derek supuso que Francés se había puesto en contacto con él y le había informado del pequeño altercado del día anterior. Pero no. Más tarde Derek deseó que se hubiera tratado de eso.

-¿Es verdad que has comprado una amante en un burdel y en una sala atestada de caballeros?

Aturdido, Derek prácticamente cayó sobre el sillón donde estaba a punto de sentarse. Cuando su padre ponía énfasis en algunas palabras era porque apenas conseguía dominar su furia.

-¿Cómo te has enterado?

-¿Por qué te sorprende que me enterara, cuando la subasta se celebró en público?

Derek se acobardó.

-Tenía la esperanza de que no llegara a tus oídos, pues los caballeros no suelen admitir que han estado en un sitio así.

-Pues da la casualidad de que anoche pasé por mi club -gruñó Jason-, y allí había un amigo que creyó que debía saberlo. Él se enteró por otro amigo que a su vez tiene un amigo que esa noche estuvo en el burdel en cuestión. Y sabe Dios cuántas esposas lo sabrán ya y estarán haciendo circular el rumor entre sus amigas.

La cara de Derek ardía de rubor, pero dijo en su defensa:

-Tú sabes mejor que nadie que esas cosas no se comentan con las esposas.

-Eso no viene al caso -respondió Jason sin que su expresión se serenara en lo más mínimo-. ¿Cómo has podido participar en una subasta de esa clase?

-Pensé que podía salvar a una joven inocente de...

-¿Inocente? -interrumpió Jason-. ¿De quién se trata?

-Se llama Kelsey Langton, pero no tiene ninguna importancia, así que no debes preocuparte por ella. Como te decía, la salvé de que la torturaran.

-¿Cómo has dicho?

Derek suspiró.

-En realidad, no tenía intención de participar en la subasta, padre. Nos detuvimos a echar una partida mientras Jeremy visitaba a una chica que trabajaba allí. Pero entonces...

-¿Llevaste a Jeremy a un sitio como ése? ¡Sólo tiene dieciocho años!

-Jeremy ha estado visitando sitios como ése desde mucho antes que yo. ¿O has olvidado que antes de que James lo encontrara vivía en una taberna? -Jason se limitó a mirarlo con furia, de modo que Derek continuó-: Como te decía, no tema intención de participar en la subasta hasta que vi quién estaba pujando por la chica.

-¿Quién?

-Es un hombre con quien me he cruzado antes y he tenido ocasión de ver lo que hace con las prostitutas. Las azota con un látigo, tan brutalmente que quedan desfiguradas de por vida. Dicen que sólo puede disfrutar del sexo de esa manera.

-Repulsivo.

-Estoy completamente de acuerdo. De hecho, como un favor personal, el tío James está buscando la forma de poner coto a las perversiones de ese hombre.

-¿James? ¿Cómo?

-No... no me molesté en preguntar.

Jason se aclaró la garganta.

-Bien. Siempre es preferible no saber qué se trae entre manos ese hermano mío. Pero, Derek...

-Padre, no tuve otro remedio -interrumpió Derek-. No se me ocurrió otra forma de salvar a la joven aparte de comprarla. Y lo de que la chica era inocente resultó ser cierto, así que me alegro de haberla salvado de las garras de Ashford.

-¿David Ashford? Cielos, pensé que alguna mujer lo habría castrado años ha.

-¿Lo conoces?

-Hace mucho, antes de que él alcanzara la mayoría de edad, oí rumores de que torturaba a las criadas. Nunca se probó nada, por supuesto. Más tarde me enteré de que lo habían denunciado, pero el caso nunca llegó a los tribunales porque la víctima se negó a atestiguar. Dicen que pagarle a esa mujer le costó la mayor parte de la fortuna de su familia. Si no recuerdo mal, se oyeron vítores en mi club cuando contaron esa anécdota. Al menos fue una suerte de castigo... si los rumores eran fundados.

Derek asintió con un gesto.

-Supongo que lo eran. Sin duda ahora ha perfeccionado sus métodos de tortura.

-Lo peor es que los tribunales no pueden hacer nada sin una víctima que lo acuse -dijo Jason con un suspiro.

-En la actualidad se cubre muy bien las espaldas -dijo Derek-. Yo busqué a una de sus víctimas, la misma a quien había visto azotar. Esperaba que accediera a denunciarlo. Pero Ashford no sólo les paga bien, también les advierte de lo que va a hacer con antelación y les pide su consentimiento.

-Es listo además de demente. Una combinación peligrosa. Pero si le has pedido ayuda a James, déjalo en sus manos. Casi podría garantizarte que encontrará la forma de pararle los pies para que no vuelva a hacer daño a nadie más.

-Eso espero, sobre todo porque acabo de tener otro pequeño incidente con él y me acusó de haberle robado a Kelsey, cuando en realidad sólo superé su oferta. También dijo que tiene intención de recuperarla.

Jason arqueó las cejas.

-¿Quieres decir que te has quedado con esa chica?

-Bueno, se vendía como amante, y pagué mucho dinero por ella...

-¿Cuánto?

-Preferiría no decir...

-¿Cuánto?

Derek detestaba aquel tono de «será mejor que confieses o...»

-Veinticinco -murmuró.

-¿Veinticinco qué?

Derek se hundió un poco más en el sillón antes de admitir:

-Veinticinco mil libras.

Jason se atragantó, tosió, abrió la boca para decir algo y la cerró de inmediato. Se dejó caer en el sillón situado detrás de su escritorio y se pasó las dos manos por la melena dorada. Por fin suspiró y fulminó a Derek con una de sus miradas más siniestras.

-Creo que no te he oído bien. No me has dicho que pagaste veinticinco mil libras por una amante. No. -Levantó la mano para atajar la respuesta de Derek-. No quiero oírlo. Olvida que te lo he preguntado.

-Padre, no había otra forma de evitar que Ashford comprara a la chica -le recordó Derek.

-A mí se me ocurren por lo menos media docena, la más sencilla de las cuales habría sido coger a la chica y largarte de allí. ¿Quién te lo habría impedido, teniendo en cuenta que esa clase de subastas son ilegales?

Derek no pudo menos de sonreír ante una respuesta tan típica de los Malory.

-Bueno, supongo que el propietario, Lonny, hubiera tenido algo que decir al respecto, sobre todo porque lo habría privado de unos suculentos beneficios.

-¿Lonny? -Jason frunció el entrecejo, abrió en la segunda página el London Times que estaba sobre su mesa y señaló-: ¿No será ese Lonny, por casualidad?

Derek se inclinó para echar un vistazo rápido al artículo, pero se quedó tan sorprendido que lo leyó con atención. Era una nota sobre Lonny Kilpatrick, que había sido asesinado en la casa de mala reputación que dirigía desde hacía un año y medio. Al parecer, lo habían apuñalado varias veces en el pecho. Se mencionaba que había habido un baño de sangre y que el asesino no había dejado ninguna pista.

-Maldita sea -dijo Derek arrellanándose en su asiento.

-¿Debo entender que se trata del mismo Lonny? -preguntó Jason.

-Así es.

-Interesante, aunque dudo que haya conexión alguna entre el asesinato y la subasta. Sin embargo, toda esa sangre sobre el cuerpo y a su alrededor me recuerda a la obsesión de Ashford por la sangre.

-Es un maldito cobarde -dij o Derek-. No tiene agallas para matar a un hombre.

Jason se encogió de hombros.

-A juzgar por lo que has dicho antes y por los rumores que oí hace tiempo, ese hombre está mal de la azotea. -Se señaló la cabeza-. Nunca se sabe qué puede llegar a hacer un demente, pero creo que tienes razón. Al parecer es un cobarde que disfruta atormentando a los más débiles. Además, ¿por qué iba a matar al tal Lonny, si su afición es torturar mujeres? Sin duda es una coincidencia.

Derek estaba de acuerdo, o quería estar de acuerdo, pero su padre había sembrado una pequeña duda en su mente, y no pudo evitar preocuparse otra vez. Así que en cuanto salió de casa de su padre, fue directamente a casa de James para informarle de las últimas novedades.

Por desgracia, había olvidado interrogar a su padre sobre la amante que había mantenido en secreto durante tantos años. Y cuando regresó a su casa, se encontró con una nota de Jason recordándole que lo esperaban en Haverston para Navidad. Su padre ya se dirigía hacia allí.

35

Aunque Derek le había asegurado que no debía temer a Ashford ahora que lo vigilaban, Kelsey estuvo casi una semana sin salir de casa. Envió a su lacayo a casa de la modista para cancelar dos pruebas. Por suerte, esa misma semana había contratado a un lacayo y al resto de los criados.

Tampoco regresó a la bonita tienda de telas donde había comprado todo lo necesario para los regalos de Navidad de Derek: una corbata y pañuelos con sus iniciales bordadas y algunas camisas de seda, varias de las cuales ya estaban terminadas.

Paradójicamente, el día en que se toparon con Ashford no estaba tan asustada como al siguiente, después de pasar la noche con Derek. Aunque él no había dicho una sola palabra más al respecto después de sus advertencias, Kelsey había percibido su miedo. Quedarse encerrada en casa tenía algunas ventajas.

Después de tres días de angustiosas dudas, por fin había terminado una carta para tía Elizabeth. En ella le explicaba que su amiga había visto a otro médico que le ofrecía alguna esperanza y que las dos se habían mudado a Londres para estar cerca del nuevo médico.

Le resultaba muy difícil seguir mintiendo a su tía, que además, esperaría unas señas a donde responder sus cartas. Finalmente, Kelsey usó las suyas puesto que era la única dirección que conocía de Londres, aparte de la de Derek, que lógicamente quedaba descartada.

Había incluido una carta para su hermana donde le contaba un montón de chismorreos de su ciudad natal, todos inventados por ella, naturalmente. Las dos cartas la habían hecho sentirse tan despreciable que no había sido buena compañía para Derek. Él había notado algo raro y se lo había hecho saber, pero ella se había excusado con más mentiras sobre una supuesta melancolía a causa del mal tiempo. Como resultado, al día siguiente había recibido flores que la habían hecho llorar.

Por fin se convenció de que era una tonta por que darse escondida dentro de la casa. Quizá influyera también el hecho de que era un precioso día de invierno; la cuestión es que se dirigió a la modista para las pruebas finales y terminó con ellas rápidamente. Vaciló un momento antes de salir de la tienda, temiendo encontrarse otra vez con lady Eden.

Pero el vestíbulo estaba prácticamente desierto a una hora tan temprana de la mañana; la mayoría de las damas se acostaban tarde a causa de sus compromisos sociales y, lógicamente, no madrugaban. Sin embargo, había una excepción.

Precisamente cuando iba a abrir la puerta de salida, ésta se abrió sola y entró tía Elizabeth con su hermana, Jean, apenas un paso detrás. Desde luego, Jean soltó un grito de alegría al verla y se arrojó a los brazos de Kelsey. Elizabeth estaba tan sorprendida como Kelsey, aunque sin duda para ella no era una sorpresa tan desagradable como para la joven.

-¿Qué haces en Londres? -preguntaron las dos al unísono.

-¿No has recibido mi carta? -dijo Kelsey.

-No... claro... que... no.

Las pausas entre palabras añadieron fuerza al reproche de Elizabeth, como si Kelsey no viera ya suficiente reproche reflejado en su expresión. Debería haber escrito antes. Sabía que tía Elizabeth estaría impaciente por recibir una carta. Pero le resultaba tan difícil mentir a su familia, que lo había dejado para el último momento. Ahora tendría que dar explicaciones.

-Te escribí, tía Elizabeth, para decirte que me trasladaba a Londres con Anne. Ha encontrado un médico nuevo que le ha dado alguna esperanza ¿sabes?, por eso quería estar cerca de él.

-¡Es una noticia estupenda!

-Así es.

-¿Eso significa que volverás pronto, Kel? -preguntó Jean, esperanzada.

-No, cariño, Anne sigue estando muy enferma -respondió Kelsey abrazando a su hermana.

-A tu hermana la necesitan aquí, Jean -añadió tía Elizabeth con solemnidad-. Su amiga necesita que alguien le levante el ánimo, y Kelsey, con su gran corazón, es la persona ideal para hacerlo.

-Pero ¿qué hacéis vosotras en Londres, tía? -volvió a preguntar Kelsey.

Elizabeth dejó escapar una pequeña exclamación de fastidio.

-Nuestra modista se marchó de Kettering y sin previo aviso. ¿Te lo imaginas? Y yo no quería ir a esa mujerzuela francesa que competía con ella. Así que decidí que puesto que Jean y yo necesitábamos algunos vestidos nuevos para la temporada de fiestas, debíamos ir al sitio mejor, y varias de mis amigas me recomendaron a la señora Westbury.

-Sí, es excelente -asintió Kelsey-. Yo también le he encargado varios vestidos, puesto que no traje mucha ropa.

-Pues si van a necesitarte aquí mucho tiempo más, házmelo saber y te enviaré tus cosas. No deberías privarte de nada mientras haces una obra de caridad. A propósito, ¿te has dado cuenta de que en Londres están en plena temporada de fiestas? Tengo muchas amigas que estarían encantadas de presentarte en sociedad.Estoy segura de que tu amiga no te reprochara que le robes alguna hora de tu tiempo para mantenerte animada tú también.

Tía Elizabeth tenía buenas intenciones, desde luego, pero Kelsey no podía aprovechar la temporada de fiestas para buscar marido. Pero puesto que no podía mencionar ese tema, se limitó a decir:

-Eso tendrá que esperar, tía Elizabeth. Me sabría tan mal salir a divertirme mientras Anne se queda en cama, que sería incapaz de pasar un buen rato.

Elizabeth suspiró.

-Te comprendo, pero ¿te das cuenta de que estás en la edad ideal para casarte? En cuanto regreses a casa haremos planes para tu presentación en sociedad. Comenzaré a hacer los arreglos necesarios de inmediato. Se lo debo a mi hermana. Ella hubiera querido que te casaras bien.

Kelsey se entristeció. No deseaba que su tía derrochara su tiempo en planes que nunca podría llevar a la práctica. Pero no podía decirle que no se molestara sin contarle la verdad. ¿Y qué le diría dentro de seis meses?, ¿Y dentro de un año? ¿Qué Anne seguía enferma? Esa excusa se volvería cada vez menos creíble a medida que pasaran los meses.

Lo único que podía hacer era advertirle.

-No hagas ningún plan concreto por el momento, tía. Aún no sé cuánto tiempo van a necesitarme aquí.

-Desde luego -convino Elizabeth- Y a proposito, ahora que estoy en Londres, me gustaría presentar mis respetos a tu amiga.

Kelsey se sintió presa del pánico. Su mente quedó en blanco. No se le ocurría una sola excusa para negarle ese deseo a su tía. Peor aún, comprendió que Elizabeth también querría visitarla a ella y que si lo hacía no vería a Anne, sencillamente porque Anne no existía. Pero su tía no tenía sus señas ni las tendría hasta que regresara a casa y leyera la carta de Kelsey. ¿Por qué había puesto sus verdaderas señas en ella? Porque había dado por sentado que su tía no viajaría a Londres. Elizabeth nunca iba a Londres porque detestaba las multitudes. Pero allí estaba... y Kelsey no se atrevía a darle su dirección sin saber en qué momento pasaría a verla.

Afortunadamente, mientras pensaba en estas cosas se le ocurrió un pretexto.

-Anne no está en condiciones de recibir visitas. El viaje a Londres supuso un gran esfuerzo para ella, y necesita todas sus fuerzas para ir a visitar al médico.

-Pobrecilla, ¿tan mal se encuentra?

-Pues sí, estaba al borde de la muerte antes de iniciar este tratamiento. El médico dice que pasarán varios meses antes de que notemos algún efecto. Pero a mí sí que me gustaría veros mientras estéis en Londres. ¿En qué hotel os alojáis?

-En el Albany. Espera, aquí tengo las señas. -Rebuscó en su bolsa hasta encontrar una tarjeta y se la entregó a Kelsey.

-Pasaré a visitaros -prometió Kelsey-. Os he echado mucho de menos a las dos. Pero ahora tengo que volver. No me gusta dejar a Anne sola mucho tiempo.

-Mañana por la mañana, Kelsey -dijo Elizabeth como si fuera una orden-. Te estaremos esperando.

36

-Bueno, ya era hora de que el muy condenado se bajara del coche -dijo Artie a su amigo francés mientras refrenaba a los caballos del coche en el que perseguían a David Ashford-. Comenzaba a pensar que nunca lo iba a encontrar a solas.

-¿Y a eso le llamas «a solas», mon ami? -preguntó Henry sin apartar los ojos de su presa-. Lleva consigo a una chica.

Artie suspiró.

-Bueno, fue más fácil secuestrar a la sobrina del capitán que seguir a este nabab.

-Estoy de acuerdo, pero no quiero recordarte el desastroso final, puesto que resultó ser la sobrina del capitán en lugar de la esposa de su enemigo.

-Cómo íbamos a saberlo -gruñó Artie-. Ni siquiera lo sabía el propio capitán, hasta que ella se lo dijo. Además, esta vez no podemos equivocarnos. Ésa es nuestra presa. Para atraparlo, sólo necesitamos pillarlo solo, sin sus criados.

-Llevamos una semana esperando ese momento -le recordó Henry-. Pero el muy tunante nunca se aleja demasiado de su casa o de su coche.

-Insisto en que debimos haberlo cogido en la taberna. Podíamos haberlo sacado por la puerta trasera. Su cochero aún seguiría esperándolo frente a la principal.

Henry negó con la cabeza.

-El capitán dijo que fuéramos discretos. Y la taberna estaba hasta los topes.

-¿Y esta calle no?

Henry miró de un extremo al otro de la calle antes de confirmar:

-No tanto. Además, los transeúntes no suelen meterse en asuntos ajenos. ¿Quién se enteraría si lo escoltamos a nuestro coche, en lugar de al suyo?

-Sigo pensando que debimos cogerlo en esa casa que visita a las afueras de Londres. No creo que allí hubiera nadie más, pues parece abandonada.

-La última vez que fuimos allí había una luz en el interior. ¿O acaso dormías?

-¿Cuánto tiempo piensas seguir chinchándome porque me quedé dormido sólo una maldita vez? -protestó Artie.

-Dos veces, pero ¿quién cuenta...? -Henry se interrumpió y frunció el entrecejo sin apartar la vista de Ashford y la mujer que lo acompañaba-. La chica parece aterrorizada.

Artie estudió a la pareja.

-Puede que lo conozca. Si yo fuera mujer y lo conociera, también tendría un miedo de todos los demonios.

-Artie, no me parece que lo acompañe por voluntad propia.

-Diantres, ¿quieres decir que la está secuestrando?, ¿cuando en teoría somos nosotros quienes debemos secuestrarlo a él?

El cochero de Kelsey se había visto obligado a mover el coche para dejar paso a un carro de mercancías, de modo que no estaba donde la joven lo había dejado. Estaba casi en la esquina, y agitaba los brazos para llamar la atención de Kelsey. La joven echó a andar hacia allí, aunque su atención seguía centrada en el inesperado encuentro con su tía y su hermana.

De modo que no notó que lord Ashford se le acercaba. No lo vio hasta que él le cogió el brazo con fuerza y comenzó a andar a su lado.

-Si haces el más mínimo ruido, bonita, te romperé el brazo -le advirtió con una sonrisa.

¿Se había percatado de que Kelsey estaba a punto de gritar a voz en cuello? Había palidecido al verlo. Y Ashford tiraba de ella, aunque, gracias a Dios, en dirección al coche de Kelsey. ¿Notaría su cochero que necesitaba ayuda? ¿O acaso daba la impresión de que acababa de encontrarse con un amigo?

-Suélteme -ordenó ella, anque más que una orden pareció una tímida protesta.

Pero Ashford rió. ¡Rió! Y el sonido de su risa heló la sangre de Kelsey.

Sabía que debía gritar a pesar de la amenaza de Ashford. Al fin y al cabo, ¿qué era un brazo roto comparado con lo que era capaz de hacerle ese hombre?

Sin embargo, Ashford debió de percibir que ella estaba a punto de crearle dificultades porque la hizo callar con una escalofriante confesión:

-He matado a ese bastardo de Lonny, ¿sabes? Por alentar mis esperanzas con la promesa de una virgen. Debería haberte vendido directamente a mí, en lugar de organizar una subasta. Pero ahora me arrepiento, porque su hermano ha ocupado su lugar. Es un hombre mucho más estricto y no creo que me permita azotar a las zorras. En fin, ese lugar sólo me ofrecía aperitivos. Tenía que ir a otros sitios para obtener auténtico placer, como el que tú me darás ahora.

Lo dijo con tono indiferente, como si estuviera hablando del tiempo. Incluso el pequeño arrepentimiento que demostraba no era por haber matado a un hombre, sino porque el asesinato le haría perder algo a lo que estaba acostumbrado.

Kelsey estaba tan asustada que ni siquiera se percató de que habían cruzado la calle en dirección al coche de Ashford, hasta que éste la obligó a subir.

Entonces gritó, pero él ahogó sus gritos aplastando su cara contra el asiento acolchado.

La mantuvo así hasta que la joven sintió que no podía respirar y fue presa del pánico. ¿La mataría allí y entonces? Cuando le soltó la cabeza, lo único que hizo Kelsey fue respirar hondo para recuperar el aliento. En realidad, era lo único que podía hacer. Pero le dio tiempo a amordazarla antes de que intentara gritar otra vez.

¿La había visto su cochero? ¿Había hecho algo para ayudar? Pero ya era demasiado tarde. El coche de Ashford se había puesto en marcha en el mismo momento en que habían subido, y no iba precisamente despacio.

La mordaza no era lo único que le impedía defenderse. En cuanto Kelsey consiguió incorporarse se volvió hacia Ashford para atacarlo, pero apenas levantó la mano para clavarle las uñas, él le cogió el brazo y se lo retorció a la espalda, donde lo ató al otro.

La cuerda estaba tan apretada que sus dedos se entumecieron. La mordaza, atada en la nuca, era igualmente prieta y le lastimaba las comisuras de la boca.

Pero Kelsey sabía que aquellas molestias eran insignificantes. Habría preferido no saberlo. Habría preferido que Derek no le hubiera hablado de las crueldades de que era capaz ese hombre.

Tenía que escapar antes de llegar a su destino. Todavía podía usar los pies, pues no se los había atado. ¿Se abriría la puerta si le daba una patada? ¿Podría arrojarse fuera del coche antes de que él la sujetara? Estaba lo bastante desesperada para intentarlo. Sólo tenía que girarse un poco para dirigir la patada...

-Habría esperado a que se cansara de ti y te abandonara, pero por la forma en que te protegía supe que no iba a dejarte hasta dentro de bastante tiempo. La paciencia no es una de mis virtudes. Y por desgracia para ti, bonita, ahora no podré liberarte, todo por culpa de él.

«Él», naturalmente, era Derek. Pero Ashford había acaparado toda su atención con la frase «ahora no podré liberarte». ¿Tanto temía a Derek? Si conseguía escapar, le contaría a Derek lo sucedido y él buscaría a Ashford... Sí; tenía razones para temer a Derek. Quizá pudiera aprovecharse de ese miedo... si le quitaba la mordaza el tiempo suficiente para poder hablar.

-A menos que también lo mate a él, desde luego.

La sangre de Kelsey volvió a helarse. Ashford ni siquiera la miraba mientras hablaba; tenía la vista fija en la ventanilla. Era como si hablara para sí. Los locos hablaban solos, ¿verdad?

-Se lo merece, teniendo en cuenta todos los trastornos que me ha causado. -Entonces la miró con unos ojos tan fríos como el hielo-. Quizá consigas convencerme de que le perdone la vida.

A pesar de la mordaza, Kelsey quiso hablar, decirle lo que podía hacer con esa clase de tratos, pero sólo consiguió articular sonidos ahogados. No obstante, sus ojos cargados de furia, temor y odio hablaron por ella.

Ashford rió.

Kelsey no era tonta. Sabía que si ese hombre estaba decidido a matar a Derek, nada de lo que ella dijera le haría cambiar sus planes. Pero a Derek no lo pillaría por sorpresa, como a Lonny. Y no sería fácil matarlo. Ashford lo sabía y por eso le temía. Si al menos pudiera sacar ventaja de ese miedo...

37

La casa grande y húmeda parecía deshabitada. Los pocos muebles que se veían a través de las puertas entornadas estaban cubiertos con sábanas. Las cortinas echadas impedían el paso de la luz y hacían necesario el uso de una lámpara para alumbrar el camino. En todos los rincones había telarañas.

Pero un anciano les abrió la puerta, de modo que la casa estaba habitada. Sin embargo, tras mirarlo mejor, Kelsey comprendió que aquel hombre no era viejo, sino deforme y muy, muy feo. Tenía un brazo más largo que el otro o quizá sólo lo pareciera a causa de su cuerpo contrahecho. Y su grotesca cara estaba desfigurada: le habían cortado la nariz y sus carrillos abultados hacían que se asemejara a un cerdo. El cabello cano lo hacía pasar por un viejo, cuando en realidad no lo era.

Al verlo, la primera idea que cruzó por la mente de Kelsey fue que Ashford era el responsable de esas deformidades. Luego prestó atención a lo que decían mientras la arrastraban por un pasillo.

El casero, que respondía al nombre de John, parecía adorar a Ashford por haberle dado un empleo cuando nadie más quería hacerlo. Aunque Kelsey imaginó cuál era ese empleo, pues John no se sorprendió en lo más mínimo al ver que Ashford traía consigo a una mujer atada y amordazada.

-¿Una nueva belleza para su colección, señor? -preguntó.

-Así es, John, y muy difícil de obtener, por cierto.

Llegaron ante unas escaleras que descendían hacia la más siniestra oscuridad. John bajó en primer lugarpara alumbrarles el camino. Cruzaron un sótano grande y llegaron a otra escalera que descendía a las entrañas de la casa... Y entonces oyó gemidos.

Era como una prisión. Kelsey se convenció de que lo era cuando cruzaron puerta tras puerta con barrotes y grandes candados. El hedor que emanaba de las celdas le producía náuseas. La única luz la arrojaba una antorcha adosada a la pared al final del pasillo. No se veía el más mínimo resplandor a través de los barrotes.

Al fondo del pasillo había señales de que estaban construyendo más celdas. Kelsey había contado cuatro celdas. ¿Estaban todas ocupadas? La empujaron al interior de la quinta celda.

John ya estaba dentro. Había dejado la lámpara en el suelo. En el centro de la pequeña habitación habíauna cama cubierta con una sola sábana. La celda era nueva, estaba limpia y olía a madera. Contra la pared había cuatro cubos... ¿para lavar la sangre?

-Muy bonita, John -dijo Ashford mirando alrededor-. Y la has terminado justo a tiempo.

-Gracias, señor. Podría haber terminado antes si hubiera tenido ayuda, pero entiendo que aquí no puede entrar nadie más.

-Te las apañas muy bien solo, John. Si tuvieras ayuda, tendrías que compartir tu sueldo.

-No, no quiero compartirlo. Terminaré la próxima habitación a fin de mes.

-Estupendo.

Kelsey no los escuchaba. Miraba horrorizada la cama situada en el centro de la habitación, que tenía correas de piel con gruesas hebillas en las cuatro esquinas. Al ver las correas la asaltó el pánico. Si la amarraban con ellas, nunca conseguiría escapar, y sin duda eso era lo que pretendía Ashford.

Había intentado dar una patada a la puerta del coche, pero sólo había conseguido hacerse daño en el pie y divertir a Ashford. El maldito se había reído de su frustrado intento de fuga. Y ahora le sujetaba el brazo con tanta fuerza como al principio, impidiéndole escapar. Pero tenía que hacer algo. Ahora que estaban enfrascados en la conversación y no la miraban era la oportunidad perfecta...

Cayó sobre Ashford como si hubiera tropezado casualmente. Era la única estratagema que se le había ocurrido para que él aflojara la presión en su brazo. También podría haber fingido un desmayo, pero no habría podido levantarse con facilidad, pues aún tenía las manos atadas a la espalda.

Ashford le soltó el brazo, aunque para apartarla de su lado. La empujó con tanta fuerza que Kelsey comprendió que no soportaba su contacto, cosa que le habría extrañado mucho si hubiera tenido tiempo para reflexionar.

Pero no lo tuvo. Aprovechó ese precioso instante de libertad para huir de la habitación. A su espalda, oyó que Ashford reía y decía algo ininteligible. Pero ni él ni su casero corrieron tras ella. Kelsey comprendió el motivo cuando llegó a la escalera y tropezó en el primer escalón, cayendo sobre los demás.

¡Su maldita falda! Con las manos atadas a la espalda, no podía levantársela para subir. Por eso reía el muy bastardo. Sabía que el vestido largo la detendría.

Pero no lo haría. Seguiría subiendo, aunque quizá no tan rápidamente como hubiera deseado. Levantó cuanto pudo las piernas para subir cada peldaño, llegó al sótano y luego a las escaleras de arriba que conducían a la primera planta.

Había conseguido llegar tan lejos, que estaba convencida de que escaparía. Pero encontró la puerta principal cerrada con un cerrojo. Se volvió de espaldas y logró mover el picaporte, pese a sus dedos entumecidos, pero el cerrojo estaba demasiado alto y no pudo alcanzarlo.

Tal era su decepción que estuvo a punto de dejarse caer, derrotada. Pero tenía que haber otras puertas en la casa. No podía haber cerrojos en todas. Aunque no tenía mucho tiempo para buscarlas y el dolor en sus manos, ahora que la sangre circulaba otra vez, prácticamente la inmovilizaba. Debería haber buscado la cocina, donde podría encontrar un cuchillo para cortar las cuerdas mientras se escondía... Tenía que esconderse. Pero era demasiado tarde para buscar la cocina, que sin duda estaría en la parte trasera de la casa, en la misma zona donde estaba el sótano y donde pronto aparecería Ashford.

La oscuridad era una bendición, o al menos eso esperaba Kelsey. Pero ¿cómo esconderse cuando las habitaciones de la planta baja tenían tan pocos muebles? No tenía tiempo para cerciorarse. Debía subir las escaleras que conducían a la planta alta. Corrió hacia ellas. Escaleras otra vez, ¿pero qué otra posibilidad tenía? En cualquier momento le cerrarían el paso a la parte trasera de la casa y a cualquier otra puerta que condujera al exterior.

Había hecho una buena elección. Oyó a Ashford a su espalda antes de llegar a lo alto de las escaleras. Pero aunque él mirara hacia arriba, no la vería. Llevaba la lámpara pegada al cuerpo, de modo que su luz no la alcanzaba y sólo conseguía proyectar tantas sombras como las que dispersaba.

-Ha llegado el momento de tu castigo, bonita. No podrás escapar. Debes pagar por los pecados de ella, como han hecho tantas otras.

¿Ella? ¿Había una razón para su locura? ¿Quién diantres era «ella»?

Todas las puertas de la planta alta estaban cerradas. Kelsey procuró abrir la primera y descubrió que sus dedos habían vuelto a entumecerse. Se encogió al sentir aquellos horribles pinchazos. Y la maldita habitación no tenía un solo mueble.

La segunda habitación estaba tan atestada de objetos que era evidente que alguien vivía en ella. ¿El detestable casero? Pero entraba demasiada luz a través de las deshilachadas cortinas, y sería fácil descubrirla aunque se escondiera detrás de un mueble. No podía meterse debajo de la cama. Sería una trampa mortal, el primer lugar donde la buscaría Ashford.

La tercera habitación estaba tan oscura que Kelsey se preguntó si tendría ventanas. Caminó a tientas, pegada a la pared, hasta que encontró unas cortinas y las apartó con el hombro. Nada. Estaba vacía como la primera.

No le quedaba mucho tiempo. Ashford la buscaría primero abajo, convencido de que no se arriesgaría a subir más escaleras. Pero en cuanto terminara de registrar la planta baja, subiría tras ella. Había ganado unos minutos, no más.

-Te prometo que esta tontería tuya endurecerá el castigo. Te conviene salir de tu escondite ahora mismo.

Su voz sonó lejana, como si procediera de una de las habitaciones de la planta baja. Aún le quedaban unos instantes...

Kelsey corrió hacia la puerta siguiente. Un armario vacío. Y a la siguiente... ¡más escaleras! ¿Acaso la conducirían a un desván? Un desván sería el sitio perfecto para esconderse, pues sin duda estaría lleno de objetos y muebles viejos.

Pero había rogado, implorado, que hubiera otras escaleras que condujeran a la parte trasera de la casa. No veía el final del pasillo, así que ignoraba cuántas puertas le quedaban por abrir. ¿Qué era preferible? ¿Un buen escondite o unas escaleras que condujeran a una puerta que diera al exterior? ¡Cielos, era incapaz de decidirse!

Su única posibilidad era salir de la casa, que estaba rodeada de bosques. Ashford nunca la encontraría en el bosque.

Continuó avanzando. Otra puerta, y en el interior no había cortinas. La radiante luz del día, incluso filtrada a través de los cristales sucios, estuvo a punto de cegarla. Tardó unos instantes en distinguir una cama rota, un baúl enorme con la tapa abierta, un armario al que le faltaba una puerta. ¿El baúl? No, demasiado previsible, una trampa segura.

Sin embargo, la luz de esa habitación le permitió ver que sólo quedaba otra puerta al final del pasillo.

Cuando llegó junto a ella, descubrió que estaba cerrada con llave. Pero perdió demasiado tiempo creyendo que estaba atascada e intentando bajar un poco más el picaporte. Oía pasos en la escalera...

Regresó corriendo a la habitación iluminada y cerró la puerta para que la luz no llegara al pasillo, aunque dejó apenas una rendija abierta por si necesitaba salir rápidamente. Si Ashford veía la puerta abierta, sabría que estaba allí. Kelsey contuvo el aliento y aguzó el oído con la esperanza de que el hombre volviera a hablar y el sonido de su voz le permitiera localizarlo.

Pero Ashford no habló. Sólo oía pasos, una pausa, más pasos, otra pausa...

¿Acaso él también pretendía localizarla por el ruido? Quizá. Sus pasos sonaron más fuertes cuando llegó a lo alto de las escaleras. Caminaba a grandes zancadas. ¿Lo hacía adrede? ¿Para que ella lo oyera y supiera que se aproximaba?

Kelsey supo que había entrado en la primera habitación, alumbrándola con la luz de la lámpara. Entonces recordó que había dejado todas las puertas abiertas, excepto las dos últimas. Lo único que tenía que hacer Ashford era asomar la cabeza al interior. Los pasos cada vez más próximos confirmaron su sospecha.

No obstante, aún tenía que entrar en la habitación atestada. Miraría bajo la cama y en el armario. Eso le daba unos segundos para salir de la habitación y correr hacia las escaleras. Era probable que abajo se topara con el casero, pero arriba no tenía escapatoria. Sin embargo, perdió el poco tiempo que tenía cuando al ir a abrir la puerta ésta se cerró del todo.

Y como estaba obligada a volverse de espaldas para bajar el picaporte... No había recorrido ni la mitad del camino hacia la habitación que registraba Ashford cuando oyó sus pasos aproximándose a la puerta.

Así que se giró hacia el desván y rogó que el miedo que la embargaba no la hiciera tropezar con los peldaños. Aún le quedaba la esperanza de que el desván fuera grande y estuviera atestado de objetos, para que Ashford tardara un buen rato en registrarlo.

Entonces tendría ocasión de correr y bajar las escaleras. Cuando llegó a la puerta en lo alto de las escaleras y la cerró a su espalda, tenía los ojos llenos de lágrimas. El desván era una estancia grande y larga, que ocupaba toda la planta superior de la casa... y estaba vacío. Debió haberlo supuesto, teniendo en cuenta la escasez de muebles en las demás habitaciones de la casa.

Era obvio que el antiguo propietario del inmueble se había llevado todas sus pertenencias. Y el propietario actual, seguramente Ashford, había traído sólo lo indispensable,

porque no tenía intención de residir en la casa. Aprovechaba su aislamiento para practicar sus perversiones sin riesgo de que nadie oyera los gritos de sus víctimas. Era una prisión...

Kelsey no tenía escapatoria. Ashford ya subía las escaleras, y en cualquier momento se abriría la puerta. En el desván no había sitio donde ocultarse. Estaba atrapada, acorralada, y seguía atada. Si no fuera por las cuerdas...

La puerta se abrió. Con ojos como platos, Kelsey miró a Ashford, que estaba a escasos metros de distancia. Él sonrió y dejó la lámpara en el suelo. No la necesitaba. El desván estaba iluminado por la luz que se colaba por una serie de ventanucos.

La sonrisa de Ashford le heló la sangre. Debería estar furioso porque lo había obligado a registrar la casa, pero no parecía enfadado, sino contento, divertido incluso.

Kelsey comprendió que su intento de fuga había formado parte de la diversión; le había permitido albergar una esperanza para destruirla poco después. Por eso no la había seguido de inmediato. El muy maldito quería, que intentara huir, que creyera que tenía una posibilidad, cuando evidentemente no era así. Lo único que había conseguido Kelsey era postergar lo inevitable.

-Ven, bonita. -Hizo un ademán, como si de verdad esperara que ella se acercara voluntariamente-.Ya has tenido tu pequeña oportunidad.

Esas palabras confirmaron las sospechas de Kelsey y la enfurecieron. ¿Que no podía pelear? Vaya si no.

Sin pensárselo dos veces se arrojó contra él, golpeándolo con todas sus fuerzas contra el pecho, sin importarle si caía por las escaleras con él, mientras él también lo hiciera. Ashford cayó. Pero ella no. Aunque a él lo había pillado desprevenido, Kelsey había conseguido recuperar el equilibrio en el último momento.

Atónita, miró el cuerpo tendido al pie de las escale ras. No estaba muerto, pero sí inconsciente. Voló escaleras abajo y saltó sobre los pies de Ashford en dirección a la otra escalera.

Ahora sí su esperanza estaba fundada. Quizá el casero estuviera en la planta baja, pero también era probable que siguiera aguardando a su amo en el sótano. Después de todo, Ashford no había querido encontrarla enseguida para no echar a perder la diversión.

Pero se equivocaba, y lo descubrió de la peor manera cuando chocó con el casero en el rellano de las segundas escaleras. Esta vez el impacto no arrojó al hombre escaleras abajo, como había ocurrido con Ashford. Kelsey se quedó sin aliento, pero John era más sólido que un toro y ni siquiera se inmutó.

38

-No te muevas, inglés. No quiero verme obligado a rebanarte el pescuezo.

El cuchillo apoyado en su garganta fue la única advertencia que el hombre necesitó. Se detuvo de inmediato, agazapado entre los arbustos.

-¿Qué... qué quiere de mí?

-Quiero saber qué haces husmeando por estos bosques.

-No estaba husmeando... Es decir, bueno, sólo intentaba decidir qué hacer -trató de explicarle el hombre, aunque las palabras no le salían con facilidad bajo la presión del cuchillo.

-¿Qué hacer acerca de qué?

-Verá, iba siguiendo a un coche, pero lo he perdido. Un estúpido carro se interpuso en mi camino y me entretuvo. Pero tomó este rumbo, y como esa casa es la única de la zona, quería ver si localizaba ahí el coche. No estaba seguro de si debía llamar a la puerta y preguntarlo directamente, porque hay algo en todo este asunto que no me gusta.

El cuchillo, que ya no se apoyaba contra el cuello del hombre, volvió a acercarse.

-Tienes cinco segundos para explicarme con claridad lo que acabas de decir, inglés.

-¡Espere! Se trata de mi patrona, la señorita Langton. Soy su cochero. La dejé en casa de su modista, pero cuando salió, un caballero la abordó, la llevó hasta su coche y ambos se marcharon en él. Pero ella sabía que yo la estaba esperando. Y me vio. Me habría dicho qué estaba ocurriendo, ¿comprende?, antes de marcharse con ese hombre... a menos que no fuera con él por voluntad propia. Y por eso los seguí. Creo que mi patrona está en apuros.

El cuchillo se apartó y el hombre ayudó al cochero a ponerse en pie.

-Creo que ambos buscamos lo mismo, mon ami -dijo Henry, ofreciéndole su mano y una sonrisa de disculpa.

-¿Ambos?

-Es cierto que la señorita Langton fue conducida a esa casa. Y estoy convencido de que no desea permanecer ahí. El coche que la trajo hasta aquí regresó a la ciudad, pero no he podido determinar cuántos sirvientes hay en la casa, con los cuales habrá que negociar para rescatar a tu señora. Un amigo mío ha ido en busca de ayuda, pero por desgracia los conducirá a un sitio equivocado.

-¿Rescatarla? ¿Y cómo sé yo que usted mismo no ha salido de esa casa? -preguntó el cochero con desconfianza.

-Si así fuera ahora estarías tendido en el suelo y degollado.

-¿Ella corre esa clase de peligro?

-¿He olvidado mencionarlo?

Derek llegó a casa de su tío en el mismo momento en que James la abandonaba. Derek ya estaba ansioso, tras recibir el críptico mensaje, que en realidad no le decía nada. Y la expresión de James no hizo otra cosa que incrementar su ansiedad.

-¡Tu hombre dijo que era urgente! -gritó Derek cuando se disponía a apearse del carro.

James le indicó por señas que volviera a entrar en el vehículo.

-Iré contigo y te lo explicaré por el camino. Supuse que no llegarías antes de que yo me marchara.

Derek había acudido en su coche porque acababa de llegar a casa en él cuando el lacayo de James lo encontró. James ya había ordenado que trajeran su montura, con instrucciones de que la ataran detrás del coche de Derek.

Artie aún seguía en el interior del coche que había alquilado cuando él y Henry seguían a Ashford para comprobar que se dirigía a su casa de la ciudad. Tras dejar a Henry, había

regresado a Berkeley Square para informar a James de lo ocurrido, y éste había mandado avisar inmediatamente a Derek y a Anthony.

Antes de subir al coche de Derek, James ordenó al cochero que siguiera al coche de alquiler.

-Al parecer, Tony no llegará a tiempo para reunirse con nosotros -dijo.

-¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

-Lo que creíamos que no podía ocurrir. Ashford se ha llevado a Kelsey... al menos la chica que obligó a subir a su coche encaja con su descripción. En realidad Artie no la había visto nunca, así que no lo sabe con certeza. Ese estúpido la ha secuestrado esta mañana a un paso de Bond Street.

Derek palideció.

-Kelsey iba hoy a Bond Street, a ver a su modista.

-Aun así es posible que no fuera ella, Derek. Yo me detendría en su casa para asegurarme, pero no creo que tengamos tiempo suficiente para desperdiciarlo de ese modo.

-Oh, Dios mío -interrumpió Derek-. Lo mataré.

-Le reservo otros planes, mucho más apropiados para...

-Si le ha hecho el más leve rasguño, es hombre muerto -volvió a interrumpir Derek con tono amenazador.

James suspiró.

-Como quieras.

No tardaron mucho en llegar a la residencia de Ashford, pues Derek no dejó de gritarle al chófer que se diera prisa. Pero registrar la casa les llevó mucho tiempo. Los sirvientes de Ashford juraron que él no se encontraba en casa, pero James no se fiaba de la palabra de ninguno de ellos. Sin embargo, pronto llegó Anthony, que supo dónde encontrarlos gracias a Georgina. Se apresuró a señalar que, con tantos sirvientes de testigos -pues Ashford tenía un pequeño ejército a su servicio-, nunca osaría llevar a su propia casa a una mujer de la que intentaba abusar, sobre todo porque era más que probable que ella gritara, pataleara y armara un gran alboroto pidiendo ayuda, a menos que la hubiera amordazado, cosa que llamaría aún más la atención de la servidumbre.

De hecho, no era una conjetura demasiado descabellada suponer que los sirvientes de lord Ashford no estaban al tanto de sus despreciables costumbres, pues de lo contrario no habrían aceptado trabajar para él... a menos que tuvieran las mismas aficiones. Varios de ellos podían gozar de su absoluta confianza, pero difícilmente todos.

Para entonces, Derek estaba frenético. Cada minuto de retraso aumentaba el riesgo de que Ashford estuviera lastimando a Kelsey, y ya habían desperdiciado treinta minutos registrando la casa.

39

-¿Por qué diablos te has retrasado tanto? -gruñó Ashford a su casero mientras se incorporaba lentamente, frotándose la nuca.

-Intrusos, mi lord -respondió John mientras recorría el vestíbulo sujetando a Kelsey con tanta fuerza que la joven tenía una permanente mueca de dolor-. Los vi desde la cocina cuando la estaba registrando en busca de la joven. Noté unos movimientos raros al borde del bosque que da a la parte trasera de la casa. Estaban demasiado cerca para mi gusto.

-¿Intrusos? ¿Tan lejos de la carretera principal? -Ashford frunció el entrecejo con aire pensativo-. ¿No eran simples cazadores?

-No podían ser cazadores, pues no llevaban armas. Y eran dos. Supuse que debía detenerlos para que usted los interrogara.

-¡Qué fastidio! Maldita sea -protestó Ashford-. ¿Dónde están?

-En las cuadras, atados. A uno le he dado bastante fuerte. No estoy seguro de que siga vivo. El otro no despertará hasta dentro de un buen rato.

Ashford asintió con indiferencia, como si aquello fuera un incidente habitual que se había repetido muchas veces en el pasado.

-Entonces pueden esperar, pero ella no. Excelente. Ya llevaba demasiado tiempo esperando este momento. Lo has hecho muy bien, John, como siempre.

Finalmente miró a Kelsey y le reveló por un breve instante hasta qué punto estaba furioso por lo que ella había hecho. Había conseguido lastimarle con aquella caída por las escaleras. Probablemente no estaba acostumbrado a que sus víctimas se defendieran, o por lo menos no a resultar herido por ellas.

Pero entonces le dedicó aquella sonrisa que helaba la sangre en las venas. Kelsey no necesitó oírle decir que tenía intención de desquitarse, y muy pronto. Lo llevaba escrito en su expresión y en sus ojos, y se relamía ante la idea.

Indicó por señas a John que le precediera. Kelsey fue conducida a rastras por un tramo de escalones, después por otro y por un último, donde aquel horrible hedor la asaltó de nuevo. Detrás de una de las puertas, alguien empezó a llorar con tono lastimero. Un escalofrío recorrió la espalda de Kelsey.

-¡Silencio ahí dentro! -espetó John.

El silencio fue inmediato. John gobernaba los sótanos, y quienes vivían allí obedecían, o de lo contrario...

¿De lo contrario, qué? Kelsey supuso que pronto lo descubriría.

Esta vez no se detuvieron a conversar antes de obligarla a entrar. John no esperó las órdenes de Ashford; la arrojó sobre la cama en cuanto penetraron en la estancia de reciente construcción. La joven soltó un gemido al aterrizar sobre sus brazos atados. Ya hacía tiempo que se le habían vuelto a entumecer las manos, pero ahora sintió intensas punzadas de dolor cuando el contacto con la cama les devolvió la vida. Por eso tardó un momento en caer en la cuenta de que el hombre le sujetaba firmemente una pierna y ahora se la rodeaba con una correa de cuero. Intentó detenerlo pateándolo con el otro pie, una y otra vez. Él no pareció notarlo y muy pronto la inmovilizó con las correas.

Kelsey palideció y sintió náuseas. Aquella correa ponía fin a la más mínima esperanza. Pero a pesar de ello intentó rodar sobre sí misma para bajarse de la cama, desesperada, presa del pánico. Su otro pie fue inmovilizado con una presa tan férrea que la obligó a gemir. Adivinó que sus patadas habían conseguido hacerle daño al hombre, después de todo. Y en pocos segundos, la otra correa estaba en posición.

Reparó entonces en Ashford, que estaba en pie junto a la cama. Le sonreía, y ella casi pudo leerle la mente.

Se estaba deleitando con su indefensión y su miedo, disfrutando por anticipado de lo que le esperaba. ¿Ahora? ¿Iba a ocurrir ahora?

-¿Las mismas reglas, mi lord?

La pregunta del casero hizo que Ashford apartara la vista de la mujer, y una vez más su expresión se volvió casi indiferente.

-Sí, no debes tocarla hasta que yo la haya forzado a mi entera satisfacción. Pero después será tuya para que hagas lo que te plazca, igual que con las otras.

-¿Y la rubia a la que ha dedicado su atención últimamente? -preguntó John con voz esperanzada.

-Sí, sí, ya puedes recuperarla -dijo Ashford con impaciencia-. No dudo de que transcurrirá algún tiempo antes de que vuelva a desearla, ahora que tengo a ésta para divertirme.

-Gracias, mi lord. He de reconocer que la rubia era mi favorita, aunque estoy seguro de que ésta será... En cuanto usted haya acabado con ella. Lo que más me gusta es domesticar a las nuevas. Las dejo sin comer varios días y se alegran de hacer feliz al viejo John, de complacer todos mis deseos.

Ashford dejó escapar una risa cascada.

-Y estoy seguro de que hay muchas maneras de hacerte feliz.

-Oh, sí, mi lord. Doy gracias por el día en que usted me ofreció este trabajo, hablo en serio. Todas esas hermosas jóvenes que nunca habrían dejado que el viejo John se les acercara siquiera, cambian de opinión en cuanto están aquí abajo. Y en cuanto a esta belleza, ¿quiere que se la prepare ahora?

-En realidad me muero de hambre -dijo Ashford-. Creo que comeré un bocado antes de iniciarla. La he esperado con impaciencia y no quiero que nada me distraiga de mi placer una vez que empiece. Confío en que la cocina estará bien surtida...

-Sí, en ella encontrará todos sus caprichos, como me ordenó.

-Bien, bien. Pero comprueba las correas. No quiero que exista la más mínima posibilidad de que ella no siga aquí cuando yo regrese, que será muy pronto.

-Seguirá aquí, tiene usted mi palabra.

Ashford asintió y sonrió a su casero.

-Realmente cuento contigo, John, lo digo sinceramente. Aunque debo ocuparme de los demás. También espero eso con ansiedad. Ah, y ve a buscar mis herramientas -dijo tras reflexionar un instante-. No quiero molestarme en abrir la celda de la rubia para cogerlas.

40

¿Herramientas? ¿Qué herramientas? A juzgar por lo que sucedía allí abajo, debía tratarse de instrumentos de tortura. ¿O acaso llamaban herramientas a los látigos?

Las palabras de Derek resonaron de nuevo en sus oídos, obsesivamente. «Las azota hasta dejarlas bañadas en sangre. Al parecer, no puede mantener relaciones sexuales con ellas sin la visión de esa sangre.»

Dios, ¿por qué había tenido que contárselo? Habría preferido no saber lo que iba a ocurrirle hasta que ocurriera. No saberlo habría sido aterrador, pero ahora... La ignorancia es una bendición. El conocimiento, en este caso, era absolutamente terrorífico.

Ashford se había ido a comer. Una cosa tan normal en medio de aquella pesadilla para ella. ¿Era de los que comen deprisa o despacio? ¿Cuánto tiempo exactamente le quedaba hasta que él volviera para iniciarla?

Sólo había conseguido demorarlo un poco cuando se había escapado. Pero él se lo había permitido. Formaba parte de la diversión. Y puesto que este retraso era por su propia conveniencia, podía estar de regresó en pocos minutos.

John aún seguía allí. Le habían ordenado que acabase de ceñirle las ataduras a Kelsey y hacía precisamente eso, obligándola a girar y apoyarse sobre un costado para desatarle las manos, pero en realidad retorciéndoselas más allá de lo que sus músculos permitían.

Y la mantuvo en esa posición mientras enlazaba una correa alrededor de una de sus muñecas, porque así impedía que la otra mano le estorbara, atrapada debajo y detrás de la joven.

Aunque de cualquier modo Kelsey no podía hacer nada para evitar que aquellas últimas correas la sujetaran. Una vez más, sus manos se habían quedado entumecidas por las apretadas ligaduras y también le dolían los brazos por haberlos tenido doblados detrás de la espalda tanto tiempo.

El hombre abandonó la habitación en cuanto hubo terminado, pero no fue demasiado lejos. Kelsey lo oyó hurgar en la cerradura de otra de las habitaciones y también oyó los gritos cuando su ocupante anticipó la visita, fuertes alaridos que no cesaron hasta que la puerta volvió a cerrarse con llave.

Kelsey se estremeció. Dios Santo, cuánto horror sólo porque una de aquellas mujeres había pensado que Ashford o su casero se disponían a entrar. Supo que no duraría mucho allí. Si lo único que podía esperar cada día era sentir dolor y más dolor, se volvería loca.

John volvió a entrar en la habitación de la joven y depositó sobre su estómago tres látigos de aspecto y longitud diferentes... y un cuchillo. Las herramientas de Ashford. Las que iba a emplear con ella. Kelsey había alzado la cabeza para mirarlas fijamente y no podía apartar la vista de ellas. Estaba a punto de vomitar.

El hombre soltó una risita al ver la expresión de sus ojos.

-Cuando él termine contigo, aún quedará lo suficiente para satisfacerme a mí -le aseguró-. No soy exigente.

Kelsey clavó la mirada en los ojos del hombre y vio que los tenía azules, en realidad de un color azul muy bonito. No era fácil advertirlo en su rostro desfigurado.

Había olvidado que Ashford había dicho que luego la entregaría a John para que él hiciera con ella lo que quisiera. ¿Le importaría a Kelsey para entonces?

El casero no se recreó con la angustia de la joven y cerró la puerta a su espalda, aunque sin llave. Dejó la lámpara encendida en la habitación. ¿Con la intención de que Kelsey siguiera contemplando los instrumentos que había dejado?

Kelsey arqueó bruscamente la espalda en el mismo instante en que se cerró la puerta, con la intención de arrojar los látigos y el cuchillo al suelo. Pero quitándoselos de encima de su cuerpo no los hacía desaparecer. Se estremeció una vez más, sintiendo aumentar sus

Librodot

náuseas. Y se preguntó si, de no haber tenido la mordaza todavía puesta, habría empezado a gritar. Quizá lo hiciera de todos modos.

Las correas no cedían. Tiró de ellas violentamente, se arqueó y se contorsionó, pero no notó la menor diferencia. Le resultaría imposible librarse de ellas o conseguir que se zafaran de la cama.

La puerta se abrió nuevamente, demasiado pronto, al cabo de lo que le parecieron apenas unos segundos. Era Ashford. Por lo visto, se había dado prisa con la comida.

Los músculos de Kelsey se tensaron de miedo. El hombre contempló sus «herramientas» esparcidas por el suelo y chasqueó la lengua con disgusto. Se inclinó para recoger una. Era el cuchillo. Kelsey palideció. Ashford lo acercó a su mejilla. De un solo tajo cortó la mordaza de Kelsey, que pudo escupirla de inmediato. No se lo agradeció. Sabía condenadamente bien que no se la dejaba puesta para oír sus gritos.

Pero no iba a gritar. Iba a usar su ingenio y salir del atolladero con argumentos. Era la única posibilidad que le quedaba. Ashford no estaba loco... no por completo. Si conseguía presionarle lo suficiente para hacerlo razonar, quizá la dejara en paz o incluso la liberase. Era una esperanza descabellada, pero la única que tenía.

-Suélteme ahora, lord Ashford, antes de que sea demasiado tarde. No debió secuestrarme, pero no diré nada acerca de lo que ha hecho si...

-No te he traído aquí para soltarte, preciosa -dijo él, situándose a los pies de la cama.

-¿Pero por qué me ha traído? Ya tiene otras chicas aquí. Las he oído... -Consiguió contenerse para no decir «gritar».

-Sí, golfillas sin hogar, en su mayoría, a las que nadie echa de menos y que no tienen amigos a quienes les importe lo que les ocurra. Aunque tengo alguna que otra adquirida en una subasta, como tú.

-¿Por qué las retiene aquí?

Él se encogió de hombros.

-¿Por qué no?

-¿Nunca las deja marchar?

-Oh, no, no puedo hacer eso. Una vez que vienen aquí, ya no pueden irse.

-¡Pero no vienen voluntariamente! -gritó ella-. ¡Al menos yo no!

-¿Y qué?

-¿Por qué necesita tantas?

Ashford se encogió nuevamente de hombros.

-Las cicatrices tienden a inhibir la hemorragia.

Lo dijo con tono desapasionado, como si no fuera él quien provocaba esas cicatrices. Lo que hacía no lo turbaba ni le provocaba el menor remordimiento. Lo que Kelsey estaba oyendo sólo confirmaba lo que ya había adivinado.

El hombre introdujo bajo su falda el cuchillo que aún empuñaba y tiró de él hacia sí, rasgando la tela. Ella soltó un involuntario gemido. Él sonrió.

-No te preocupes, bonita. Ya no volverás a necesitar estas ropas -dijo, y rasgó el resto de la falda hasta llegar a la cintura. A continuación se situó de nuevo al lado de la cama para examinar la manga de la chaquetilla de la joven-. Las zorras os las estáis quitando continuamente, innumerables veces al día, de modo que aquí abajo tenemos la amabilidad de ahorraros esa molestia.

Se echó a reír de lo que consideró un divertido chiste.

-Yo no soy una zorra.

-Claro que lo eres, igual que ella.

Volvía a mencionar a aquella otra mujer, con un tono que daba a entender que era la mayor pecadora del mundo.

-¿Quién es ella?

Una fría llamarada brotó de los ojos de Ashford justo antes de que la abofeteara.

-¡No vuelvas a mencionarla!

El bofetón había obligado a Kelsey a apartar el rostro. El cuchillo se deslizó bajo la manga y empezó a cortar antes de que ella se volviera para dirigirle una mirada fulminante.

-¿O qué? ¿Me pegará? ¿No es eso lo que ya tenía intención de hacer?

-¿Crees que no hay maneras de hacerte sufrir aún más, como le ocurrió a ella? Te lo aseguro, sólo las otras zorras de ahí abajo oirán tus gritos.

Dios, cada una podía oír sufrir a las otras. Pero ella ya lo sabía, ya había oído sus desgarradores gritos. Y ahora ellas oirían los suyos.

¿Era algo intencionado, un horror más que añadir a los de cada mujer encerrada allí abajo? Ashford parecía hacerlo todo deliberadamente, como si hubiera representado la misma escena en ese mismo escenario incontables veces en el pasado. Sólo había un sirviente en la propiedad... y era absolutamente fiel a Ashford. No había nadie, ni lo habría jamás, que contara las atrocidades que se llevaban a cabo en aquel sótano.

¿Cuántos años hacía que Ashford se dedicaba impunemente a aquello? ¿Cuánto tiempo llevaban encerradas algunas de esas mujeres? Había azotado tan brutalmente a la ramera de la taberna que le había dejado cicatrices de por vida. Derek lo había presenciado. Sin embargo, aquellas mujeres conservaban su libertad cuando él terminaba con ellas. Pero ¿y las mujeres del sótano, a las que nunca dejaba escapar para que no pudieran contarlo? ¿Les hacía cosas aún peores?

Tenía que conseguir que siguiera hablando. El hombre dejaba de cortarle la ropa cada vez que decía algo. Pero ella titubeó antes de volver a mencionar a la misteriosa mujer.

-Usted me ha robado de lord Malory. ¿Cree que no se enterará y vendrá a vengarse?

Ashford se detuvo. Una sombra de preocupación cruzó su rostro, pero la disipó rápidamente.

-No seas ridicula -la reconvino-. Las zorras huyen continuamente.

-No cuando no lo desean, y él sabe que yo no quería. Y no es idiota. Sabrá exactamente dónde buscarme. La única esperanza para usted es dejarme marchar.

-Si viene, le mataré.

-Cuando venga, él le matará a usted -recalcó Kelsey-. Pero eso ya lo sabía, lord Ashford. Es muy valiente por su parte jugar así con la muerte.

El hombre palideció, pero no lo suficiente.

-No hará nada sin pruebas. Y nunca te encontrará aquí. Nadie conoce este lugar, ni nadie lo conocerá jamas.

Tenía respuestas para todo. Mencionar a Derek no estaba sirviendo de nada. Ashford le temía, sí, pero se consideraba a salvo de la venganza de Derek.

El hombre rodeó la cama y procedió a cortar la otra manga de la chaquetilla, hasta llegar al hombro. A Kelsey se le estaba agotando el tiempo. Tenía que arriesgarse a mencionar de nuevo a aquella mujer. Era lo único que alteraba realmente a Ashford.

-¿También la trajo aquí?

-Cállate.

Lo había sobresaltado hasta el punto que el cuchillo resbaló de su mano y produjo un corte en el brazo de la joven, que no pudo contener un respingo. Pero no podía dejar que eso la detuviera. Por lo menos no había vuelto a pegarle.

-¿Por qué la odia tanto?

-¡Cállate! No te odio. Nunca te he odiado. Pero no debiste haberte fugado con tu amante cuando papá descubrió que eras una zorra. Me pegó a mí en tu lugar, porque tú no estabas. Debiste dejar que te matara, como pretendía. Te lo merecías. Yo no quería hacerlo por él cuando te encontré, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Tenía que castigarte. Aún tengo que castigarte.

Oh, Dios, ahora creía que ella era esa otra mujer... su propia madre. Él la había matado, y volvería a matarla cuando acabara de «castigarla» por sus pecados. Sólo se había condenado a sí misma a sufrir mucho más dolor del que habría recibido... si no le hubiera empujado definitivamente más allá del borde de su locura.

41

El coche de alquiler se había detenido delante de ellos y el de Derek se situó a su lado.

-¿Por qué nos hemos detenido? -preguntó James a gritos desde el interior.

En pocos segundos, Artie se acercó a la ventanilla del coche para hablar con ellos.

-Ésa es la casa, ahí enfrente, capitán. Es la casa de la que le hablé, a la que Ashford ha venido un par de veces. No conozco ningún otro lugar al que pudiera haber ido con la chica, pero supongo que no está aquí.

-¿Por qué no?

-Porque no hay ni rastro de Henry por los alrededores. Henry estaría aquí, si aquí fuera donde Ashford trajo a la chica. Además, ese lugar parece tan abandonado como siempre. Yo diría que no hay nadie en varios kilómetros a la redonda.

James se apeó del vehículo para observar la casa y los terrenos circundantes. Derek y Anthony le siguieron.

-Este maldito lugar parece encantado -dijo Anthony-. ¿Vive alguien aquí, realmente?

Artie se encogió de hombros.

-Nunca hemos visto a nadie, las otras veces que hemos estado aquí.

-Aún tenemos que inspeccionar la casa -dijo Derek-. Si ésta es nuestra última esperanza, no pienso, marcharme sin haber examinado hasta el último rincón.

-De acuerdo -replicó James, y empezó a dar órdenes-. Artie, encárgate del exterior y de las cuadras, si las hay. Tony, para ahorrar tiempo, intenta encontrar una entrada posterior que esté abierta, o abre una si no lo está. Derek y yo nos conduciremos con normalidad y probaremos suerte con la puerta principal.

-¿Por qué a vosotros os toca lo decente y a mí el trabajo sucio? -protestó Anthony.

-No le des más vueltas, muchacho -dijo James-. Ahora no tenemos tiempo para discusiones.

Anthony dirigió una larga mirada a Derek y tosió.

-Tienes razón -dijo.

-Y será mejor que nos demos mucha prisa -añadió James-. Es poco probable que ese bastardo esté aquí, puesto que Henry no está. Pero ésta no es nuestra última esperanza. Henry nos hará saber adonde ha ido, tarde o temprano, en cuanto pueda apañárselas. Y nos conviene estar allí cuando lo haga.

Dijo esto último en beneficio de Derek, pero no sirvió de nada. «Tarde o temprano», como todos sabían, sería demasiado tarde para la chica.

-Vaya, al parecer sí hay alguien aquí -dijo Anthony con la mirada fija en la casa-. Si no estoy equivocado, veo una luz parpadeando en el desván.

En efecto. Era muy tenue, apenas perceptible, pero había una luz encendida allí arriba. Y eso les confirmaba que el lugar no estaba deshabitado.

Se separaron para acercarse a la casa por caminos diferentes. Derek ordenó a su cochero que fuera directamente a la puerta principal y éste saltó del coche para obedecerle. La encontró atrancada y tuvo que llamar golpeando con los puños.

James lo siguió un poco más despacio. Estaba preocupado por su sobrino. Nunca lo había visto furioso ni tan lleno de energía. Derek no podía quedarse quieto. Se balanceaba sobre sus talones. Se pasaba la mano por los cabellos. Volvió a llamar a la puerta.

-Henry es un buen hombre, Derek -quiso tranquilizarle James mientras aguardaban que la puerta se abriera... o no-. Si puede poner a Kelsey a salvo de Ashford, lo hará. Por lo que sabemos, puede que incluso esté ya con ella.

-¿Lo crees realmente?

Resultaba difícil sostener la mirada de esperanza que brilló en los ojos de Derek. Maldición. Un hombre no debía experimentar esa clase de sentimientos por su amante. Que

en un tiempo James hubiera planeado convertir a su esposa Georgina en su amante era otra cosa. En la práctica no lo había hecho: por el contrario, se había casado con ella. Pero esta Langton no era de las que se casan. Aunque eso no cambiaba nada para James. Siempre había hecho lo que se le antojaba y siempre lo haría. Sin embargo, el futuro marqués de Haverston no podía permitirse ese lujo.

Cuando todo esto hubiera terminado, no le quedaría más remedio que mantener una seria conversación con el muchacho. O mejor aún, con el padre de Derek. Sí; que Jason cumpliera con su deber y le confiase la dura verdad a su hijo.

James no tuvo ocasión de responder. La puerta se abrió y se encontraron frente a frente con un irritadísimo... ¿qué?

James había visto muchas cosas en su ajetreada vida, pero incluso él se quedó anonadado ante las deformidades de la criatura que les miraba desde el portal. Pero habló. Era un hombre, no un error de la naturaleza.

-¿A qué viene tanto alboroto? No tienen nada que hacer aquí.

-Me permito disentir -le interrumpió James-,de modo que sé un buen chico y apártate. Es necesario que hablemos con lord David Ashford... inmediatamente.

El nombre provocó cierta sorpresa en el tipejo.

-No está aquí -fue lo único que dijo.

-Resulta que sé que sí está -replicó James, sin duda tirándose un farol, pero útil en aquellas circunstancias-. Llévanos hasta él o nos veremos obligados a buscarlo nosotros mismos.

-No, eso no puedo permitirlo, caballeros. Tengo órdenes de no dejar entrar a nadie aquí... nunca.

-Tendrás que hacer una excepción.

-No lo creo -dijo el hombre confiadamente, y la mano que mantenía a su espalda se extendió empuñando una pistola.

Había atendido la puerta preparado para respaldar sus órdenes de «prohibida la entrada». Y a tan corta distancia, se encontraban efectivamente en situación de tablas... por lo menos hasta que James lograra introducir la mano en el bolsillo de su abrigo para sacar la pistola que llevaba consigo. Pero no se decidía a intentarlo, con Derek allí y el arma del hombre apuntándoles alternativamente. No le importaba arriesgar su vida, pero sí la de otros miembros de su familia.

-No hay motivo para recurrir a las armas -señaló James, intentando mostrarse razonable.

-¿No lo hay? -El hombre sonrió maliciosamente y luego le espetó a James las mismas palabras que él había utilizado-: Me permito disentir. Y como ustedes no han hecho caso de los letreros que hay en el camino que conduce a la propiedad, que les advertía claramente que es privada, quizá debería matarles a los dos por su intrusión.

Pero la voz de Anthony sonó de pronto detrás del hombre de la puerta, en un tono mortalmente tranquilo.

-Este tipo no te estará amenazando en serio con disparar, ¿verdad, camarada? -dijo Anthony.

El hombre giró en redondo, naturalmente, para enfrentarse a la nueva amenaza que había surgido a sus espaldas. Anthony había hallado otro modo de entrar en la casa y se había colocado detrás de él cruzando el vestíbulo sigilosamente.

-Excelente coordinación, viejo amigo -dijo James, al tiempo que arrebataba la pistola de la mano del hombre y le agarraba por la pechera de la camisa para retenerle allí.

-Ya me lo agradecerás más tarde -replicó Anthony sonriendo, ahora que el tipo estaba desarmado.

-¿Por fuerza? -repuso James. Pero luego, tras mirar de reojo al tipo que sujetaba, y justo antes de estrellarle un puño en plena cara, añadió-: Maldición, ¿cómo se le rompe la nariz a alguien que no tiene?

Después, James soltó al hombre, que había perdido el conocimiento y yacía en el suelo hecho un guiñapo.

-¿Era necesario? -preguntó Anthony, dando un paso al frente-. Podía habernos dicho dónde está Ashford.

-No habría dicho nada -replicó James-. Excepto, quizá, si se lo hubiéramos sacado a golpes, y no tenemos tiempo para semejantes diversiones. Derek, tú busca en la planta baja. Yo subiré al primer piso. Tony, averigua si hay sótano.

Anthony sabía tan bien como James lo remota que era la probabilidad de que Ashford estuviera en la planta baja de la casa, cuyo registro había asignado a Derek. Antes estaría en la primera planta, en su dormitorio, pues era el lugar idóneo para su propósito, o encerrada en una celda del sótano para que no se oyeran los gritos. Evidentemente, James no quería que Derek fuese el primero en encontrar a Ashford o a la chica, si es que estaban allí.

-¿Otra vez me toca el trabajo sucio? -refunfuñó mientras retrocedía por donde había venido, pero añadió por encima del hombro-: Pero no olvides dejar un trozo para mí, hermano.

James ya estaba a medio camino de las escaleras y no se molestó en responder. Y como la mayoría de las habitaciones estaban vacías, no tardaron prácticamente nada en registrar la casa entera. James volvía a bajar a la planta en el momento en que Anthony llegaba de nuevo al vestíbulo.

-¿Nada? -preguntó James.

-Hay un largo sótano bajo nuestros pies, pero sólo contiene estanterías y cajas de madera vacías, y unos cuantos barriles de cerveza. ¿Y vosotros qué?

-El desván estaba totalmente desierto. Sólo había una lámpara encendida en el suelo, lo cual no tiene mucho sentido.

-¿Nada más? -preguntó Derek, atravesando el vestíbulo para unirse a ellos.

-Arriba había una puerta cerrada con llave. Maldición, cuando la encontré, creí de veras que ya lo tenía.

-¿Conseguiste entrar? -preguntó Anthony.

-Sin duda -exclamó desdeñosamente James-. Pero no había nadie. A diferencia de las otras, estaba bien provista de muebles, pero no parece que nadie haya ocupado esa habitación desde hace muchos años, más de diez o veinte, por el aspecto anticuado de los vestidos del guardarropa. Las paredes están cubiertas de retratos de la misma mujer, algunos de ella con su hijo. Si queréis saber mi opinión, parece un maldito santuario.

-Ya os dije que este lugar está encantado -dijo Anthony.

-Bueno, no lo ha encantado Ashford. No hay ni un sirviente más...

James fue interrumpido bruscamente por la precipitada aparición de Artie por la puerta principal.

-¡He encontrado a Henry! Estaba atado en la cuadra, él y otro fulano, y en bastante mal estado. Alguien les ha atizado un buen golpe en la cabeza.

-¿Pero están vivos?

-Sí. Henry recuperó un poco el sentido y dijo que algún cerdo les atacó. El otro hombre no tiene tan buen aspecto, quizá no sobreviva. Los dos necesitan un médico cuanto antes.

-Llévalos a la ciudad, Artie, y busca un médico -le ordenó James-. Nosotros te seguiremos en breve.

-Ya había notado yo que éste se parece bastante a un cerdo -observó Anthony cuando Artie se hubo marchado. Miraba al hombre inconsciente, que seguía tendido en el suelo.

-Sea lo que sea, se diría que tiene la maldita costumbre de matar a cualquiera que penetre en esta propiedad -dijo James con un gesto de repugnancia-. Tengo la sensación de que eso nos reservaba también a Derek y a mí.

-Ah, pero ¿por orden de quién?

-Ashford ha estado aquí, maldita sea, de lo contrario Henry no habría venido -apuntó Derek.

-Sí, pero ya no está. Tiene que haberse llevado a la chica a algún otro sitio después de que Henry llegara.

Anthony empujó al casero con su bota.

-Apostaría a que él sabe dónde.

-Esta vez coincido contigo -dijo James-. Si alguno de los sirvientes de Ashford goza de su plena confianza, sin duda es éste. ¿Lo despertamos?

-Iré a buscar un poco de agua -replicó Anthony, y enfiló una vez más por el vestíbulo.

Derek estaba demasiado impaciente para esperarlo. Incorporó a medias al hombre del suelo y empezó a sacudirlo y abofetearlo.

-Calma, muchacho -le previno James-. Conseguiremos que hable en pocos minutos.

Derek dejó que el hombre volviera a caer tendido, pero miró a James con expresión sombría.

-Lo que me está matando, tío James, es que ya ha tenido a Kelsey el tiempo suficiente para... para...

-No pienses en eso. No lo sabremos hasta que no la encontremos, y te prometo que la encontraremos.

Anthony regresó y arrojó un balde de agua sobre el casero. El hombre se incorporó tosiendo y balbuceando, y bastante lúcido por cierto, pues se detuvo prudentemente cuando advirtió que James estaba en pie junto a él.

James le dedicó una sonrisa especialmente desagradable.

-Ah, volvemos a vernos. Ahora presta atención, muchacho, porque sólo voy a explicártelo una vez. Voy a preguntarte dónde está lord Ashford, y si no me gusta tu respuesta, voy a meterte una bala en el tobillo. Los huesos del pie se harán añicos, naturalmente, porque son muy delicados, pero ¿qué puede importarle ser cojo a alguien acostumbrado a las deformidades, como sin duda es tu caso? Ah, pero entonces, ¿sabes?, volveré a hacerte la pregunta. Y si tu respuesta tampoco me gusta, te meteré una bala en la rodilla. La cojera que te quedará después será mucho más acusada. Y luego pasaremos a tus manos y a otras partes de tu anatomía que estoy seguro no echarás de menos. ¿Me he explicado con suficiente claridad? ¿Necesitas que te aclare algún punto?

El hombre asintió y negó con la cabeza casi al mismo tiempo. James se puso en cuclillas y apoyó la boca del cañón de la pistola que empuñaba sobre el tobillo del hombre.

-Y ahora, ¿dónde está lord Ashford?

-Abajo.

-¿Aquí?

Anthony chasqueó la lengua.

-Que me aspen, no creía que fuera a mentir, de verdad, no lo creía.

-¡No miento! -reclamó al punto el hombre.

-Yo he estado abajo. Lo único que hay es un sótano -dijo Anthony-. Y sólo tiene una salida, las mismas escaleras que sirven para entrar en él.

-No; hay otras escaleras, se lo digo yo. Cuando la puerta está abierta, parecen escaleras normales. Cuando se cierra, sólo se ven las estanterías de una pared lateral del sótano. La puerta está cerrada. Siempre está cerrada cuando él está abajo.

-Enséñanoslo -dijo James con rudeza, y a empujones obligó al hombre a ponerse en pie y a avanzar por el vestíbulo.

Lo que ocurrió a continuación fue demasiado rápido para prevenirlo. El casero trató de dejarles atrás precipitándose por las escaleras del sótano, quizá con intención de llegar al otro lado de la puerta que había mencionado y cerrarla. Pero sus botas estaban mojadas porque había pasado largo rato tendido sobre un charco de agua, formado por el agua del cubo que le habían arrojado. Resbaló y cayó dando tumbos delante de ellos.

Anthony corrió hasta el pie de las escaleras y buscó el pulso del hombre; después levantó la vista para mirar a su hermano.

-Al parecer, se ha partido el cuello.

-Maldición -dijo James-. Ahora tendremos que encontrar la puerta por nuestros propios medios. Separémonos. Buscad tiradores ocultos, rendijas evidentes, o listones de madera que puedan servir para disimular el quicio de una puerta. Si no la encontramos enseguida... diablos, empezad a echar abajo las paredes.

Librodot

42

Kelsey había puesto en práctica todas las tácticas que se le habían ocurrido, convencida de que Ashford había perdido por completo la cabeza. Había adoptado el papel de su madre, reprendiéndole, disculpándose, ideando explicaciones plausibles para defenderse de las acusaciones de su hijo, pero en su mente estaba tan grabado que su madre era mala, que nada había funcionado. No estaba dispuesto a admitir que su padre fuera quien había sido injusto con él.

Sin embargo, por alguna de las cosas que decía, Kelsey dedujo que la madre había abandonado a su marido y a su hijo, aunque era posible que simplemente quisiera salvar su propia vida, huyendo de un mando vengativo... por lo menos hasta que su hijo la encontró, años después Ashford había matado a su propia madre. La había condenado sencillamente porque su padre la había condenado. La había matado porque eso era lo que su padre deseaba. Y en determinado momento, se convirtió en su propio padre. Hablaba de su madre como si se tratara de su esposa. Sus pensamientos eran los de su padre. Y Kelsey tuvo que preguntarse si no estaría suplantando a su padre cuando la mató. El castigo, después el sexo. Algo que su padre habría hecho y Ashford revivía una y otra vez con cada mujer a la que capturaba, con cada prostituta de taberna por cuyo uso había pagado.

Era un hombre verdaderamente enfermo. Pero Kelsey no consiguió sentir lástima por él. Había matado a varias personas. Había mencionado dos asesinatos, pero ella estaba segura de que había más. Había hecho sufrir a demasiadas personas con su locura, y Kelsey sería una más.

Hablándole como si fuera su madre sólo había conseguido retrasar el castigo. Estaba desesperada por seguir aplazándolo. Aunque no esperaba que se produjera un milagro que lo detuviera.

Era el terror de aquella paliza lo que no podía afrontar, lo que había intentado posponer. Nunca le habían pegado, de ninguna manera. No tenía idea de lo que era capaz de soportar. ¿Y qué vendría después? ¿La muerte, si Ashford seguía pensando que ella era su madre? O si estaba parcialmente racional para entonces, ¿la violación mientras todavía gritaba por el dolor que ya le había infligido? ¿O ambas cosas? Sinceramente, no sabía qué habría preferido.

En aquel momento volvía a ser él mismo, no su padre. Pero seguía viendo a su madre cuando miraba a Kelsey. Y ella seguía intentando desesperadamente desencadenar algún remordimiento o temor en él que le indujera a soltarla.

-A tu padre no le gustaría que me matases -le dijo-. Quiere hacerlo personalmente. Sin duda volverá a azotarte si... cuando se entere.

Aquello introdujo un matiz de auténtico horror en la expresión del hombre. El cuerpo de Kelsey se estremeció con una nueva esperanza.

-¿Eso crees? -preguntó él, confuso.

-Sé que sí. Le estarías privando de su venganza. Se pondría furioso contigo.

Un ruido procedente de la planta superior distrajo a Ashford. Echó una última ojeada al último jirón de tela que aún cubría a Kelsey e introdujo el cuchillo por debajo. Las prendas desgarradas colgaban hasta el suelo a ambos lados de la cama. No quedaba ninguna para cubrirla.

-¿Me has oído? -preguntó frenéticamente, presa de un creciente pánico.

Ashford ni siquiera la miró. Soltó el cuchillo, que cayó al suelo. Había terminado con él... de momento. Después buscó sus látigos por el suelo y soltó una imprecación al no encontrarlos enseguida. Tuvo que inclinarse para apartar la tela del vestido y localizar uno de ellos, pero volvió a incorporarse empuñándolo. Era de mango corto, con múltiples tiras de cuero, largas y estrechas, balanceándose en la punta. Frotó la empuñadura contra su mejilla, casi cariñosamente.

-¡Contéstame, maldita sea!

El hombre se mofó de su apremio.

-¿Contestarte?

-Tu padre se pondrá furioso contigo. ¿No te das cuenta?

Ashford soltó una risita.

-No lo creo en absoluto, preciosa. El viejo murió hace unos cuantos años. Su corazón dejó de latir mientras estaba... divirtiéndose. No es una manera desagradable de morir.

Oh, Dios. Había vuelto a su estado normal, lo que significaba que a Kelsey se le agotaba el tiempo. ¿Serviría de algo suplicarle? Lo dudaba mucho.

Ashford depositó el látigo cruzado sobre las piernas desnudas de la joven mientras se quitaba el abrigo. Ella no consiguió encorvar las piernas lo suficiente para hacerlo caer al suelo. Y al sentir el contacto del cuero sobre su piel desnuda, se echó a temblar.

El hombre dejó también el abrigo sobre las piernas de la mujer mientras empezaba a desabrocharse la camisa. Sólo cubría una parte de sus pantorrillas. Aquello sí que no se lo esperaba. ¿Pensaba violarla primero, después de todo?

-¿Qué haces?

-No creerás que voy a estropear unas ropas en perfecto estado, ¿verdad? -respondió Ashford-. Es demasiado laborioso limpiar la sangre de un buen brocado.

Kelsey se puso lívida. ¿Ashford esperaba tanta sangre que no quería que le salpicase? Entonces los cubos de agua estaban allí probablemente para que él se limpiara la sangre al terminar, no ella. Aquel fastidioso bastardo había pensado en todo, ¿no? Eso significaba que hacía aquello tan a menudo que había aprendido a simplificarlo.

Y no podía detenerle. Ya no podía hacer nada más... salvo expresarle su rabia.

-Espero que cuando Derek te encuentre te rebane el pescuezo... lentamente. Eres un patético remedo de hombre, Ashford, tan tullido como tu casero. Ni siquiera puedes...

Súbitamente dio un respingo. Ashford había empuñado el látigo y le había azotado los muslos. Brotaron unos verdugones en varios puntos, pero la piel no se había roto. Y él volvió a depositar el látigo encima de las piernas de Kelsey mientras terminaba de desnudarse.

La había azotado para hacerla callar, y eso la puso absolutamente furiosa, que ni siquiera fuese a permitirle aquella vía de escape a sus emociones. Ni el diablo iba a impedírselo.

-¡Cobarde! -le espetó con todo su desprecio-.Tienes miedo incluso de afrontar la verdad.

-¡Cállate! No sabes nada de mí.

-¿Ah no? Sé que no sabrías qué hacer con una mujer si no la tuvieras atada e inmovilizada. Eres un niño enfermo que no ha crecido.

Ashford cogió de nuevo el látigo. Ella se envaró, esperando el golpe. No llegó. En su lugar, el hombre miró hacia la puerta y frunció el entrecejo. Kelsey siguió su mirada, pero no supo qué la había atraído. No había oído nada. Pero él sí.

-John, deja de hacer ruido -gritó-. Ya deberías saber que no te conviene molestarme cuando estoy... ¿Cómo han entrado aquí? ¡No pueden entrar aquí!

Kelsey rompió a llorar al ver a James Malory bloqueando de repente la entrada. Su alivio fue tan increíble que se adueñó de ella por completo. Lo único que podía hacer era sollozar, quizá porque en realidad no podía creerlo. Y si su mente le estaba jugando una mala pasada.

Pero entonces vio también a Derek detrás de James, empujándolo para abrirse paso. Ashford estaba, bueno, meramente indignado por la presencia de James. Pero en cuanto a Derek, ante Derek estaba aterrorizado, porque ya se había enzarzado con él en dos ocasiones, y en ambas había salido perdiendo.

Derek miró primero a Kelsey, después a Ashford, que estaba más allá con el látigo en la mano, y cruzó la habitación como una exhalación. Ni siquiera rodeó la cama para alcanzar su objetivo, sino que saltó por encima, derribó a Ashford y cayeron juntos al suelo, donde Kelsey no podía verlos bien, sólo podía oír...

James se acercó a la cama, quitándose la chaqueta por el camino con intención de cubrirla cuando llegara a su lado.

-Chst, cariño, ya ha pasado -dijo suavemente.

-¡Lo... lo... lo sé! ¡No... no puedo... evitarlo! -consiguió articular ella entre sollozos.

James le sonrió, manteniendo los ojos decorosamente alejados de sus miembros, todavía desnudos.

Y se apresuró a soltar las correas. Anthony Malory también estaba allí, advirtió ella finalmente, a los pies de la cama, mirando cómo su sobrino aporreaba a Ashford.

-Maldición, no va a dejar nada para nosotros,¿verdad? -se quejó Anthony a su hermano.

James soltó una carcajada.

-Será mejor que lo detengas. Tony. No creo que ese bastardo esté sintiendo ninguno de esos golpes en este momento, y detesto ver una buena tunda desperdiciada, en especial cuando se la merece tanto. Además, el chico tiene que sacar a Kelsey de aquí.

Para entonces, la aludida ya se había incorporado, y rápidamente se puso la chaqueta de James. Pudo ver por sí misma que Ashford estaba inconsciente. Pero eso no impedía que Derek siguiera azotándolo.

Anthony tuvo que arrancar literalmente a Derek de allí. La furia tardó unos segundos en evaporarse de los ojos del joven. Pero en cuanto éstos se encontraron con los de Kelsey, fue hacia ella y la estrechó contra sí, con mucha fuerza... y ella rompió a llorar nuevamente.

James puso los ojos en blanco.

-Mujeres. Cuando entramos por esa puerta, estaba maldiciendo, y ahora que está a salvo, se echa a llorar. Nunca lo entenderé, aunque me condene.

Anthony rió por lo bajo.

-Las mujeres son así, hermano. No es necesario que las entendamos.

James soltó un bufido, pero miró a su sobrino e hizo un gesto con la barbilla para señalar a Kelsey.

-Derek, llévatela de aquí... a la ciudad, si quieres. Tony y yo nos ocuparemos de esta escoria.

Derek titubeó, fulminando nuevamente a Ashford con la mirada.

-Todavía no ha sufrido bastante.

-¿Bastante? Créeme, valiente, ni siquiera ha empezado a sufrir.

Derek miró fijamente a su tío un largo instante y después asintió, satisfecho. Cualquiera fuese el plan que James le reservaba a aquel hombre, no sería nada agradable.

Derek levantó en brazos delicadamente a Kelsey y la sacó de la habitación. Ella se aferraba a su cuello en un abrazo casi tan estrecho como el de la muerte.

-No puedo creer que hayáis venido... que me hayáis encontrado -susurró-. ¿Cómo?

-Había apostado a dos hombres para que siguieran a Ashford.

-Dijeron algo de unos intrusos -dijo Kelsey mientras subían las escaleras-. El casero los encerró en las cuadras. Uno quizá esté muerto. ¿Eran hombres de tu tío?

-Uno de ellos sí. El otro era tu cochero. Pero ambos están vivos. Los demás hombres de James fueron a decirle que te habían secuestrado. Y ya habían seguido a Ashford hasta aquí en ocasiones anteriores, por lo que sabíamos que éste era uno de los lugares donde debíamos buscarle.

No mencionó que habían temido que fuera demasiado tarde y ella no mencionó el infierno que había vivido intentando posponer su «castigo».

Se abrazó con más fuerza al cuello del joven.

-Hay otras mujeres encerradas ahí abajo. Este lugar ha sido su prisión. Tenemos que liberarlas.

-Serán liberadas.

-Está verdaderamente enfermo, Derek. Mató al propietario de esa casa, el hombre que me subastó.

-¿Lo reconoció?

-Sí. También mató a su madre y sólo Dios sabe a quién más.

Empezó a temblar una vez más.

-No pienses en eso, amor mío. No volverás a verle, te lo prometo.

Anthony y James no regresaron a la planta principal hasta mucho rato después. La expresión de ambos aún era sombría, después de lo que habían presenciado en aquella prisión excavada bajo el sótano. James tenía esperanzas de encontrar a una de las víctimas de Ashford. Tenía hombres buscándola en las tabernas y los burdeles del muelle desde hacía una semana. Lo que no esperaba era encontrar lo que encontró, cuatro mujeres tan aterrorizadas y torturadas que jamás se recuperarían por completo.

Sorprendentemente, estaban en mucho mejor estado de lo que cabría esperar... aparte de las cicatrices que les habían dejado. Las heridas abiertas habían sido tratadas regularmente antes de que volvieran a abrirse.

Las habían alimentado. Sus celdas no eran cálidas, pero tampoco excesivamente frías, lo que posiblemente había mantenido a raya las infecciones y la proliferación de gérmenes. El hedor con el que convivían y al que se habían acostumbrado, procedía de la sangre derramada que sólo había sido baldeada y se había coagulado bajo las tablas del suelo, y de los cubos de deshechos corporales que se vaciaban ocasionalmente.

Sólo una de las mujeres, una joven y bella rubia, tenía aún heridas abiertas y era la que estaba más aterrorizada. Las otras estaban cubiertas de cicatrices de cintura para abajo, pero sus heridas habían sanado por completo y no tenían tanto miedo, debido a que Ashford había dejado de visitarlas hacía mucho tiempo. Y lo que el casero hiciera con ellas, bueno, no era nada que no hubieran experimentado antes.

Podía haber sido muchísimo peor, lesivo para sus mentes además de para sus cuerpos, si no hubieran estado ya habituadas a la brutalidad de algunos hombres antes de que Ashford las hubiera encontrado... y acostumbradas a vender sus favores para vivir. Completamente vestidas, nada visible revelaría la horrible experienda que habían vivido allí. Pero ellas lo sabrían, y nunca lo olvidarían.

Y James les estaba ofreciendo la ocasión de vengarse. Anthony había encontrado ropas para ellas en la habitación cerrada del piso de arriba, sin duda ropa antigua, pero al menos aprovechable. Sin embargo, habían rehusado vestirse... todavía.

La mayor de ellas se explicó:

-Siempre se desnudaba antes de los latigazos. Por las salpicaduras de sangre, ya sabe.

Una observación excelente, ya que James y Anthony habían amarrado a Ashford en la misma cama que Kelsey había ocupado, antes de despertarle. Allí estaban los látigos. Allí estaba el cuchillo. Y se marcharon dejando a las mujeres allí, solas con él.

-Puede que lo maten -señaló Anthony mientras cerraban la puerta del sótano para que ahogara los gritos que ya empezaban a sonar abajo.

James asintió.

-Si lo hacen, le proporcionaremos un bonito entierro.

Anthony soltó una risita.

-¿No crees que lo maten?

-Creo que querrán pagarle con la misma moneda, y eso, mi querido muchacho, es lo que se merece ese tipo. Calculo que cuando acaben con él irá directo al manicomio. De lo contrario, tendré que encargarme de él personalmente, para impedir que lo haga Derek.

-Mmm. Estoy de acuerdo, ese chico es demasiado joven para ir por ahí matando a la gente. No quiero que digan que sigue los pasos de sus tíos.

-No le des más vueltas, hermano.

43

Tras la horrible experiencia con lord Ashford, Kelsey casi había olvidado que su tía Elizabeth y su hermana estaban en la ciudad y confiaban en verla al día siguiente. Les envió un mensaje excusándose y posponiendo la visita a otro día de la misma semana.

Aquella visita iba a ser toda una prueba para sus emociones, y en su esfuerzo por mantener la verosimilitud de sus mentiras, sin duda tendría que idear otras nuevas... y fracasaría en ambos empeños por muchoque lo intentara. No podía enfrentarse a eso, después de la terrible experiencia que acababa de vivir. Además, Derek se había negado a separarse de su lado, y a ella le resultaría muy duro tenerle pegado a sus talones al ir a ver a sus parientes, cuya existencia aún desconocía.

De hecho, necesitó toda una semana e incontables afirmaciones de que se encontraba bien para que Derek bajara la guardia y volviera a sus ocupaciones habituales. Pero ni siquiera entonces dejó de mimarla y tratara la casi como si fuera una inválida, hasta que ella accedió a hablar del incidente, imaginando que él tenía la sensación de que si no podía hablar abiertamente de ello, nunca se sobrepondría por completo.

Algo de razón podía haber en eso, porque al principio no le resultó fácil contarle todo lo que le había sucedido aquel día, pero poco a poco se hizo más sencillo y al final se sintió mucho mejor. Él también tenía otras cosas que contarle, cosas de las que ella no estaba enterada.

No sabía que el casero se había roto el cuello, no había visto su cadáver tendido en el sótano, porque Derek le había mantenido la cabeza vuelta en la otra dirección cuando habían pasado junto a él. El otro hombre que había sido aporreado y atado en el establo junto a Henry era el cochero de Kelsey y se recuperaría.

Había intentado ayudarla, y por ello Derek había añadido una inmensa bonificación a sus honorarios. El hombre probablemente sería leal a Kelsey durante el resto de su vida.

En cuanto a las desafortunadas mujeres, los tíos de Derek les habían asignado una cantidad de dinero suficiente para que no tuvieran que volver a su oficio anterior, incluso para que no tuvieran que volver a trabajar si así lo deseaban. Los hermanos Malory no tenían obligación de hacerlo. Había sido todo un detalle de su parte.

Y lord Ashford, bien, Kelsey no se sorprendió en lo más mínimo al enterarse de que estaba completamente loco, ya que no le faltaba casi nada para llegar a eso. Pero lo que le había empujado más allá de la línea divisoria entre la cordura y la locura sí la sorprendió.

-Le han internado en el manicomio de Bedlam, de donde ya no saldrá, pues ha perdido el juicio por completo -le contó Derek varios días después-. Verás, mi tío James lo dejó a solas con aquellas mujeres, y bueno, le dieron a probar su propia medicina... y un poco más.

Kelsey no comentó que si ella hubiera sido una de esas mujeres, lo habría convertido además en un eunuco y Derek no comentó que a una de ellas ya se le había ocurrido la idea.

Finalmente llegó el día en que no pudo seguir posponiendo la visita a su tía y su hermana. Y resultó tan perturbadora y agotadora emocionalmente como había sospechado. La parte más dura, que no se esperaba en absoluto, fue mantener a Derek al margen de la conversación. Sorprendentemente, el nombre del joven acudía a sus labios con toda naturalidad, y en cada ocasión tenía que morderse la lengua.

Superó la visita sin cometer errores. Sin embargo, regresó a casa bastante alterada y su ánimo no mejoró en todo el día. Por desgracia, ésa fue la noche que eligió Derek para pedirle que se casara con él.

Estaban cenando. Kelsey acababa de tomar un sorbo de vino tinto. Fue una suerte que el mantel fuera de color azul marino. Así no se vería tanto la mancha.

-Lo siento. -Derek sonrió mansamente-. No era mi intención sobresaltarte de ese modo.

¿Sobresaltarla? Conmocionarla, era más exacto.

-No deberías bromear con esas cosas -lo riñó lanzándole una mirada sombría.

-No bromeo.

-¿Cómo puedes hablar en serio?

-¿Por qué no?

-No seas obcecado, Derek. Tú sabes por qué. Soy tu amante. Un noble como tú no se casa con su aman te. Sencillamente, es imposible.

-Se hará si yo quiero que se haga.

Era una afirmación tan absurdamente obstinada, que los ojos de Kelsey casi saltaron de sus órbitas. Pero estaba demasiado alterada por la petición para encontrarle la gracia.

Naturalmente, le encantaría casarse con él. No se le ocurría nada que deseara más. Pero sabía tan bien como Derek que eso era imposible. Y que él había planteado el tema para hacerla rabiar. ¿Cómo se atrevía a tentarla? No importaba que fuera la pareja ideal para él, o al menos lo habría sido antes de venderse ella misma en una casa de mala reputación, en una habitación llena de aristócratas londinenses. Venderse la había vuelto definitivamente no apta para el matrimonio, aunque fuera él quien la había comprado.

-No me casaré contigo, Derek -dijo con voz tensa-. Y no te agradezco que me lo hayas pedido.

-¿No quieres casarte conmigo?

-Yo no he dicho eso, he dicho que no me casaré contigo. No os mezclaré a ti y a tu familia en otro escándalo más.

-Kelsey, deja que yo me preocupe por mi fam...

-Mi respuesta es no, Derek, y no cambiará. Y te agradecería que no te quedaras esta noche. Me gustaría estar sola.

El joven se quedó mirándola con incredulidad. Lo había rechazado. Y estaba furiosa. Reconoció las señales. Se contenía, pero estaba furiosa con él... porque la había pedido en matrimonio, por todos los demonios. Y encima había pensado que a ella le complacería la idea... por lo menos había pensado que le respondería que sí.

Derek suspiró. Ni siquiera se había acostumbrado a la idea él mismo, sólo había llegado a la conclusión de que deseaba casarse con ella, y eso después de una larga semana debatiéndose entre sentimientos muy extraños. El factor desencadenante había sido que una vez muerto Lonny, y Kelsey enterada de ello, no había nada que la retuviera junto a él salvo la propia honradez de la mujer. Ya no tenía que temer que Lonny la obligara a cumplir el trato que habíais sellado. Y a esas alturas debía conocer a Derek lo bastante bien para saber que nunca ejecutaría aquel documento de venta sobre ella. Podía marcharse en cualquier momento, como cualquier otra amante. Que Derek hubiera pagado un montón de dinero por ella ya no tenía importancia.

Y eso había provocado pánico en el joven. Cuando comprendió que sentía terror, intentó determinar por qué. Y la respuesta le había llegado con harta prontitud. Se había enamorado de su amante.

Era algo condenadamente estúpido. Incluso él sabía eso. Pero lo había hecho igualmente. Y sabía que no tenía que casarse con ella. Podían seguir perfectamente como estaban hasta ahora... siempre que ella deseara seguir con él. Pero a Derek no le gustaba el «siempre que». Quería continuidad. Quería que ella se instalaseen su casa. Quería que ella criara a sus hijos. No deseaba seguir ocultándola.

Pero Kelsey lo había rechazado. Y había insistido en que su respuesta no cambiaría.

Por Dios que cambiaría... aunque quizá no esa noche.

44

Derek no volvió hasta tres días más tarde. Una decisión prudente, como se demostró. Kelsey había tardado todo ese tiempo en tranquilizarse. La joven había acabado decidiendo que la petición de matrimonio de Derek era posiblemente consecuencia del incidente con Ashford, debido a la extraordinaria preocupación del muchacho por ella durante ese tiempo. También era probable que la propuesta obedeciera a un impulso. Y al disponer de más tiempo para pensar en ello, comprendió que había sido una idea absurda.

No volvió a mencionar la propuesta cuando se presentó al cabo de tres días, por lo que Kelsey decidió olvidar el asunto también ella. Por añadidura, cuando se le hubo pasado el enfado, lo tomó realmente como una buena señal, o por lo menos una señal de que él le estaba cogiendo más cariño del que ella había advertido. Cuando un hombre no expresaba abiertamente sus sentimientos, era agradable encontrar pistas de ellos, y una proposición de matrimonio era una pista bastante clara.

Fingieron, por así decirlo, que en realidad no habían discutido. Y hacer el amor con él aquella noche fue una experiencia más apasionada que de costumbre, en realidad fue explosiva, y tan prolongada que ambos durmieron hasta bien entrada la mañana.

Kelsey despertó antes. Se vistió rápidamente y bajó a ver lo que Alicia había preparado para desayunar, con la idea de subirle una bandeja a Derek.

No tenía mayordomo porque no consideraba que necesitara ese sirviente en su pequeña casa, sobre todo porque no recibía visitas. Y su lacayo solía encargarse de esos menesteres. Pero cuando él no estaba en casa, quien estuviera en la planta baja y más cerca de la puerta se encargaba de abrirla si alguien llamaba.

Esa mañana le tocó a Kelsey, pues alguien llamaba a la puerta justo cuando llegó a la planta baja. Y la sorpresa que se llevó al abrir fue muy desagradable, a aquella hora de la mañana.

-¿A que soy buena investigadora? -dijo Regina Eden, dedicándole una sonrisa deslumbrante.

Kelsey se quedó completamente en blanco, incapaz de pensar una respuesta. Las situaciones como aquélla no tenían que producirse. ¿No le había prometido Derek que no tendría que volver a tratar con su familia?

Y Reggie entró resueltamente, como si no dudara ni por un instante que sería bienvenida. Y no lo dudaba. Después de todo, se habían hecho amigas a primera vista... al menos por lo que respectaba a Reggie.

Kelsey gimió para sus adentros.

-¿Cómo me has encontrado? -fue lo único que se le ocurrió decir finalmente.

-Bueno, primero fui a casa de Percy. Pero no esta mañana, sino la semana pasada.

-¿Por qué?

-Para ver si aún seguías en la ciudad, ya que yo sí. A Nicholas le han surgido unos negocios que nos han obligado a quedarnos más tiempo del previsto. En cualquier caso, fui a casa del bueno de Percy y él no estaba, pero su mayordomo me dijo que allí no se alojaba ninguna prima suya, ni que él haya tenido ninguna prima recientemente. Le dejé el mensaje de que viniera a verme, pero no lo hizo. Y no soy famosa por mi paciencia, precisamente. De modo que empecé a preguntar en los hoteles de los alrededores, y no me importa confesarte que me puse en ridículo, presentándome en un hotel donde se había registrado una tal Langton. No eras tú, por supuesto, sino otra dama con su sobrina. Y resultó que incluso tenía además otra sobrina llamada Kelsey.

-Imagínatelo -exclamó Kelsey entre risas.

-Es exactamente lo que hice. Pero ni siquiera habían oído hablar de Percy, por lo que su Kelsey no podías ser tú. Y cuando agoté los hoteles, pregunté en las mejores agencias de

alquiler de propiedades, y no tenían constancia de haber mantenido tratos contigo o con Percy. Pero entonces, y no sé por qué se me ocurrió, salvo que Derek se ha ocupado de algunos asuntos de negocios para Percy con frecuencia en el pasado, mencioné su nombre y, con toda certeza, había alquilado recientemente esta casa. Por eso estoy aquí.

Sí, allí estaba, y Kelsey no sabía qué diablos hacer. Mal podía ofrecer una taza de té a Reggie, cuando Derek podía bajar del dormitorio en cualquier momento. Lo había dejado durmiendo, pero tendía a despertarse muy deprisa en cuanto ella se iba, como si pudiera percibir su ausencia incluso dormido.

Y que se condenara si una puerta no se abría en la planta alta en ese momento. Un instante después se oyó la voz de Derek, llamándola.

-¿Dónde te has metido, cariño? Al menos podías haberme despertado. ¿Kelsey?

Debió suponer que ella estaba en la parte de atrás de la casa y no podía oírle, porque la puerta volvió a cerrarse. Kelsey estaba a punto de caerse muerta allí mismo.

Naturalmente, Reggie había alzado la cabeza al oír la voz, y no tuvo dificultades para reconocerla.

-¿Qué está haciendo él aquí, y en las habitaciones?

Kelsey se había ruborizado violentamente, y cuando Reggie clavó la vista en ella y lo vio, exclamó: «Ah», y empezó a sonrojarse ella también. Pero de pronto debió formarse la imagen mental completa, al menos la imagen resultante de sus propias conclusiones, y añadió indignada:

-¡Vaya, menudo desvergonzado! ¿Cómo se atreve a aprovecharse de ti de esta manera?

Kelsey volvió a gemir, esta vez audiblemente.

-Sé lo que estás pensando... Quiero decir que espero las circunstancias no son... Por favor, Reggie, vete antes de que baje. Te lo explicaré más tarde.

-¿Más tarde?, ¿cuándo? Esto no es algo que pueda simplemente pasar por alto, ¿sabes?

Kelsey no sabía por qué no, pero comprendió que no se libraría de dar explicaciones.

-Iré a tu casa esta tarde.

-¿Me lo prometes?

-Sí.

-Muy bien -cedió Reggie, aunque seguía un tanto irritada-. Pero espero que tengas una buena explicación; de lo contrario me veré obligada a informar de esto a mi tío Jason. Derek sabe que no debería ir por ahí seduciendo chicas inocentes de buena familia. Incluso nuestros irreverentes tíos tienen un límite.

45

Un dilema -otro dilema- que Kelsey no tenía ningún deseo de afrontar. Mentiras truculentas. En cuanto empezaban, iban en aumento, una conducía a la siguiente... Kelsey estaba tan enredada en ellas que apenas podía recordarlas todas. ¿Y qué iba a hacer con estedilema en particular? Le había prometido a Reggie una explicación.

Pero ¿qué explicación le daría? ¿Toda la verdad? ¿O la verdad que conocía Derek, que sólo era otra sarta de mentiras? Y estaba tan asqueada de mentiras.

Llegó a la casa de Park Lane hacia las tres de la tarde. La esperaban y la condujeron directamente a un saloncito del primer piso. Una doncella le sirvió té. Reggie apareció detrás de ella.

-Quiero disculparme por haber sido tan grosera contigo -dijo Reggie de buenas a primeras, en cuantola doncella se hubo marchado-. Me quedé tan sorprendida... bueno, estoy segura de que lo entiendes. Y seguro que hay una explicación perfectamente razonable. Vaya, ni siquiera me habría sorprendido que Derek te hubiese pedido que te casaras con él. Eso le daría un cariz absolutamente distinto a las cosas, ¿sí o no? Quiero decir que Nicholas y yo... Pero bueno, aquí estoy, hablando por los codos y sin darte ocasión de decir nada. Por cierto, aquí nadie nos molestará... ni escuchará nuestra conversación.

Kelsey sonrió al oír esto último. Sin duda, tenía que preocuparse por si alguien la escuchaba... es decir, si se desahogaba contándolo todo. Y eso era lo que deseaba hacer, por lo menos con aquella Malory en particular. Pero no estaba dispuesta a hacerlo sin ciertas garantías.

Reggie se sentó frente a Kelsey, ahora guardando silencio, y sirvió té para ambas. También esperaba pacientemente a que Kelsey empezara. Ésta seguía buscando las palabras adecuadas. Pero no había ninguna... al menos ninguna que facilitara aquel mal trago.

-En realidad -empezó finalmente Kelsey-, Derek me ha pedido que me case con él.

El rostro de Reggie se iluminó de alegría.

-Lo sabía.

-Pero no lo haré, y así se lo dije.

Reggie parpadeó.

-¿Por qué no?

-Por la manera como me consiguió. Verás, lo que te han contado de mí, todo era mentira. Pero él no sabía entonces qué más podía decirte. No sabía que tú y yo ya nos conocíamos.

-¿Qué era mentira?

-No soy prima de Percy -confesó Kelsey-. Soy la amante de Derek.

Reggie puso los ojos en blanco.

-De eso ya me había dado cuenta -dijo secamente.

-No, lo que quiero decir es que ya era su amante cuando te conocí a ti. Me compró en una subasta, en una casa de mala nota frecuentada por muchos aristócratas conocidos suyos. Por eso no me casaré con él. El escándalo de semejante matrimonio sería horrendo.

Reggie tardó un rato en asimilarlo, pero finalmente dijo:

-El escándalo no es nada nuevo para mi familia. Pero ¿qué diablos hacías tú en un lugar como ése? Y si pretendes que me crea que no eres una dama, que aquél era tu ambiente, te cogeré por los pelos y te echaré de mi casa.

Kelsey abrió los ojos desmesuradamente, pero después estalló en carcajadas. Le sentó verdaderamente bien, no era en absoluto lo que había esperado encontrarse.

Aún seguía sonriendo cuando contestó:

-No, no pretendía decirte eso. En realidad, me gustaría decirte la verdad, pero no puedo... es decir, a menos que me prometas que no saldrá de aquí. Ni siquiera tu marido

puede saberlo, Reggie. Y sobre todo, Derek. Si se enterase, insistiría en casarse conmigo, y me importa demasiado para acarrearle ese tipo de escándalo.

-Pero tú y Derek sois... lo que quiero decir es que, bueno, ¿cómo es que no lo sabe al menos él?

-Porque no se lo he contado, ni lo haré. No sabe nada cierto de mí, sólo algunas mentiras que le he contado. Cuando tomé la decisión de hacer lo que hice, tuve que inventarme unos nuevos orígenes, con el fin de proteger a mi verdadera familia del escándalo que se produciría si alguna vez se descubría quién soy en realidad. Derek cree que mi madre era institutriz, que me beneficié de los excelentes tutores que tenían sus pupilos y que por eso hablo con refinamiento.

-¡Si será crédulo, el muy patán! -exclamó Reggie, furiosa-. ¿Y de verdad se creyó eso?

-¿Por qué no iba a creerme, teniendo en cuenta dónde me encontró? -dijo Kelsey en defensa de Derek.

-Mmm, supongo que tienes razón -concedió Reggie-. Pero entonces, ¿cuál es la verdad?

-¿Me lo prometes?

-¿Ni siquiera puedo contárselo a mi marido? -trató de engatusarla Reggie-. Podría obligarle a jurar...

-Ni siquiera a él.

Reggie suspiró.

-Sí, lo prometo.

Kelsey asintió, pero tomó un sorbo de té, preguntándose por dónde empezar. Quizá por sus padres...

-Mi padre era David Phillip Langton, cuarto conde de Lanscastie de Kettering.

-Santo Dios, ¿no era el aristócrata que a principios de este año murió por un disparo de...? -Reggie enmudeció, sonrojándose intensamente.

Kelsey se inclinó para darle unas palmaditas en la mano.

-No pasa nada, y al parecer es del dominio público. Sí, mi madre le disparó. Aunque no era su intención. Sólo estaba muy furiosa con él porque era jugador. Acababa de perder el resto de su fortuna, ¿sabes? Incluida nuestra casa. Y todo por una estúpida partida de naipes.

-¿De modo que ése fue el motivo?

-Sí. Y mi madre sufrió una conmoción tan fuerte por haberle matado, en lugar de limitarse a herirle para castigarle, como pretendía, que retrocedió para alejarse de él, horrorizada, y cayó por la ventana que había a su espalda. Sigo creyendo que yo podía haber evitado su muerte si hubiera corrido a la planta alta en cuanto empezaron los gritos.

Ahora fue el turno de Reggie de darle unas palmaditas.

-Es casi imposible interrumpir una discusión acalorada. Los que intervienen suelen hacer caso omiso de todo lo que les rodea.

-Lo sé. -Kelsey suspiró-. Mis padres jamás discutían delante del servicio, y sin embargo había por lo menos siete de ellos frente a la puerta de su dormitorio, que estaba abierta, escuchándolo todo con avidez e impidiéndome entrar, uno incluso me sujetó, advirtiéndome que en ese momento no había que molestarles. Y entonces sonó el disparo...

-Es terriblemente trágico. Oh, querida, lo llamaron «La tragedia», ¿verdad?

-Sí -dijo Kelsey, dando un respingo al oír aquella palabra-. Y mi padre había perdido realmente toda la fortuna familiar. El bastardo que ganó la partida de cartas vino incluso a desahuciarnos de la casa a mi hermana y a mí pocos días después de los funerales.

-Bastardo, dices bien -confirmó Reggie, enfadada por el trato que había recibido su amiga-. ¿Quién es? Me gustaría presentarle a mi tío James.

Kelsey sonrió débilmente.

-Ojalá lo supiera. Pero en aquel momento estaba demasiado afectada para memorizar su nombre.

-Pobrecita mía -dijo Reggie, sinceramente afectada-. No me extraña que hicieras lo que hiciste.

-No fue por eso, Reggie -corrigió Kelsey-. Todavía nos quedaba un pariente a quien recurrir, la hermana de mi madre, la tía Elizabeth. Es una mujer encantadora, muy dulce... a quien tú conoces.

-Oh, Dios mío -exclamó Reggie, en cuanto la identificó-. ¿Era tu tía, la mujer del hotel?

-Sí, ella y mi hermana están en la ciudad, han venido a pasar unos días y hacer unas compras... y no saben lo que he hecho. Tuve que mentirles también a ellas. Creen que me alojo aquí en Londres con una amiga que está enferma.

Reggie se reclinó en su asiento, frunciendo la frente.

-Ahora me has dejado totalmente confundida.

-Lo siento, no tenía que haberme ido por las ramas. Tras la muerte de mis padres, mi hermana Jean y yo fuimos a vivir con nuestra tía, y ella se alegró mucho de ello. Todo habría ido bien, tenía que haber ido bien, si el marido de mi tía, Elliott, hubiera tenido un poco más de carácter.

-¿Era un canalla?

-En realidad no, al parecer sólo tenía un carácter débil. Debes saber que procede de una buena familia, pero no acaudalada. Incluso la casa en que vivían pertenecía a mi familia. Mi madre nunca entendió por qué Elizabeth se había casado con él, pero lo hizo, y puedo añadir que han vivido felizmente todos estos años... y ella no sabe lo ocurrido. Conseguimos ocultárselo.

-¿Otro jugador, pues?

-Eso fue lo que pensé al principio, cuando encontré a Elliott llorando ante una botella de licor, considerando la posibilidad de suicidarse. Siempre ha trabajado para mantener a su mujer, ¿sabes?, y durante muchos años tuvo un buen empleo. Pero lo perdió. Y eso lo dejó tan destrozado que desde entonces no lograbaconservar ningún trabajo. Si hubiera intentado olvidar el fracaso y seguir adelante... Pero supongo que habíaperdido la confianza en sí mismo.

-Le faltó carácter, como has dicho -dijo hoscamente.

-Es lo que parecía. Pero seguían viviendo como si nada hubiera ocurrido. Incluso nos acogieron a mi hermana y a mí, aun cuando no podían permitírselo. Las deudas siguieron acumulándose. No entraba dinero, no había ahorros para hacerles frente ni nadie más a quien pedir prestado. Todas esas posibilidades se habían agotado. Y había llegado a un punto en que los acreedores iban a quedarse con la casa de mi tía al cabo de sólo tres días si Elliott no saldaba su deudas inmediatamente.

Reggie suspiró.

-Supongo que lo persuadiste para que no se suicidara, ¿verdad? No sé si yo lo habría intentado.

-¿Aun cuando eso sólo hubiera empeorado las cosas, al menos para mi tía? Ella no sabía lo mala que era la situación y que estaba a punto de perder su casa. Todos íbamos a encontrarnos en la calle, sin ningún lugar adonde ir ni nadie a quien acudir... y al cabo de sólo tres días. Si Elliott hubiera dicho algo antes, tal vez me habría quedado tiempo para encontrar un marido rico. Pero tres días no eran suficiente.

-No; se necesita un poco más que eso -coincidió Reggie-. A menos que ya te estén cortejando. Supongo que no era tu caso.

-No -replicó Kelsey-. Yo aún estaba de luto, y en una ciudad nueva. No había conocido a ningún hombre elegible. Y Elliott no se codeaba con la aristocracia. Ni tampoco conocía a nadie a quien proponérselo. Ni siquiera había tiempo para que yo encontrara un empleo, en caso de que hubiese alguno por el que pagaran lo suficiente para mantenernos a todos. Además, debía tener en cuenta a mi hermana. Sólo tiene doce años y está bajo mi responsabilidad.

-¿Y por eso se te ocurrió la idea de ofrecerte en pública subasta? -fue la conclusión de Reggie.

Kelsey se echó a reír.

-¿Yo? No tenía la menor idea que esas cosas se hicieran.

Reggie sonrió.

-No, supongo que no. ¿Entonces fue tu tío quien lo sugirió?

Kelsey negó con la cabeza.

-En realidad no. Esa noche estaba tan embriagado que incluso desvariaba un poco. Mencionó a un amigo suyo que se había visto ante la misma situación, pero cuya hija había salvado a la familia vendiéndose a un viejo verde que prefería a las vírgenes. Después mencionó que algunos hombres pagarían por una nueva amante si era «inocente», siempre que sus amigos aún no la hubieran descubierto.

-No puedo creer que hablara de esas cosas con su sobrina -dijo Reggie, estupefacta.

-Estoy seguro de que no lo habría hecho de haber estado sobrio, pero ciertamente no lo estaba. Y era una solución, cuando yo no pensaba que existiera ninguna. Pero en ese momento me encontraba tan conmocionada por toda la situación que no creo que pensara con mucha más claridad que él. En cualquier caso, le pregunté si conocía a alguien dispuesto a pagar por conseguir una nueva amante. No conocía a nadie, pero dijo que sabía de un lugar frecuentado por ricos aristócratas donde podría presentarme para recibir ofertas.

Reggie frunció el entrecejo.

-Eso no me suena como si hablara de una subasta.

-A mí tampoco, entonces -reconoció Kelsey-.No tenía ni idea de que lo sería ni de que el lugar fuese una casa de mala reputación. Pero ya había aceptado y me habían dejado en aquella casa. Y aún seguía pareciéndome la única manera de que Elliott saldara su deudas en el poco tiempo que le habían concedido. Es indudable que Elliott no tenía forma de reunir una cantidad de dinero tan considerable. Ya casi había agotado todas sus opciones. Su solución hubiera sido suicidarse para no tener que decirle a mi tía que estaban a punto de perderlo todo. Y yo tenía que pensar en mi hermana. No quería que perdiera su oportunidad de hacer un buen matrimonio algún día. Nada de aquello era culpa suya.

-Tampoco era culpa tuya.

-No, pero yo era la única que podía hacer algo al respecto. Y por eso hice lo que hice. El resultado no ha sido tan malo, Reggie. Soy muy feliz con Derek.

-Lo amas, ¿verdad?

-Sí.

-Entonces cásate con él.

-No. Renuncié a mis opciones de casarme cuando me subieron a aquella mesa en una habitación llena de caballeros y me subastaron al mejor postor.

-Derek no debe pensar lo mismo, si te ha pedido que te cases con él -señaló Reggie.

-Derek olvida cómo me conoció. Pero yo no lo olvidaré nunca. Y él ha tenido más tiempo para pensarlo y ha recuperado el buen juicio. No ha vuelto a pedírmelo.

-Estúpidas reglas sociales -casi gruñó Reggie-. No tienen derecho a gobernar nuestras vidas como lo hacen.

Kelsey sonrió.

-¿Olvidas que tú no estarías ahora casada con tu Nicholas si esas reglas no hubieran gobernado tu vida?

Reggie carraspeó.

-Tienes razón.

46

Era una tradición del clan de los Malory reunirse en Haverston durante las fiestas navideñas. Derek solía quedarse una o dos semanas, como la mayoría de la familia, y aquel año no tenía planes de hacer otra cosa. Pero como iba a estar fuera todo ese tiempo, se llevó a Kelsey consigo. No a Haverston, naturalmente, aunque deseaba con toda su alma haber podido hacerlo.

Le habría gustado mostrarle a la joven los jardines donde se había criado, presentarla al resto de su familia, besarla bajo el muérdago que colgaba sobre la entrada de la sala de estar cada Navidad. Pero nada de eso era posible... o al menos no lo era hasta que ella accediera a casarse con él, y ciertamente, Derek no había abandonado aún la idea. Simplemente, esperaba el momento adecuado, aguardaba la ocasión idónea para volver a plantearle el tema. Y esperaba que entonces ella no se escabullera con evasivas.

Por eso la instaló en un agradable albergue cercano, donde podía visitarla cada día. Pero la situación no le gustaba. Y eso lo ponía de mal humor. Se preguntaba si era ésa la razón de que Reggie le diera una patada en la espinilla nada más llegar. No, ella no había tenido tiempo de advertir que él estaba melancólico. Además, era muy propio de ella darle patadas sin razón, la muy... y sin darle explicaciones.

Acudieron Amy y Warren, de regreso de su luna de miel. Los recién casados parecían radiantes de felicidad. Eso sólo contribuyó a agravar el sufrimiento de Derek.

Para alejar su mente de sus problemas, Derek intentó adivinar quién era la amante fija de su padre. Pero resultó una tarea imposible. En Haverston había demasiada gente, siendo tan grande, que vivían allí desde que él tenía uso de razón. Lo único que podía hacer era preguntárselo directamente a su padre. Pero era difícil encontrarlo a solas, con la casa ocupada por la familia al completo.

Sin embargo, lo consiguió al tercer día de su estancia. Jason había madrugado, y Derek volvía de pasar la noche con Kelsey. Se encontraron en las escaleras. Derek, cansado -el tiempo que había pasado con Kelsey no lo había dedicado a dormir-, estuvo a punto de soltarle la pregunta en cuanto lo vio, pero eso habría sido obrar con poco tacto. En su lugar le pidió que hablaran a solas, y siguió a su padre hasta su estudio.

Era tan temprano que aún no habían descorrido las cortinas. Lo hizo Jason, mientras Derek se dejaba caer pesadamente en uno de los sillones que había junto al escritorio.

Al final se lo espetó de golpe igualmente.

-¿Quién es la amante que has mantenido aquí todos estos años?

Jason se detuvo, de camino a su escritorio.

-¿Cómo dices?

Derek sonrió.

-No intentes disimular. Sé de buena fuente que tu amante vive aquí mismo, en Haverston, contigo. ¿Quién es?

-No es asunto tuyo -dijo Jason, envarándose-. ¿Y cuál es esa buena fuente?

-Francés.

-¡Condenada mujer! -estalló Jason-. Me juró que no te lo contaría.

Derek estaba demasiado cansado para captar la importancia del comentario de su padre.

-No creo que fuera su intención -concedió-. La sorprendí con su amante, ¿comprendes? Y estuve a punto de estrangularle.

Al oírlo, Jason parpadeó y luego estalló en carcajadas. Sin embargo, al cabo de unos segundos tosió y adoptó una expresión tolerante.

-¿Lo dejaste marchar? -preguntó.

-Oh, sí. No habría sido deportivo acabar con un tipo tan insignificante. Pero entonces no lo pensé. Lo que ocurrió fue que Francés me detuvo cuando empezó a gritar que tú también

tenías una amante. Creo que le pareció necesario defender su posición con esa golosina, cargando sobre tus hombros la culpa de que ella te fuera infiel. Afirmó que ni siquiera consumasteis el matrimonio. Dios, eso fue una gran sorpresa.

A esas alturas, Jason ya se estaba ruborizando.

-Creí haberlo dejado claro cuando informé a la familia de que iba a divorciarme.

-Dijiste que nunca habíais sido un verdadero matrimonio, pero no creí que fuera tan poco convencional. Es decir, en todos estos años, ¿ni siquiera una vez? Pero Francés señaló que tú nunca dormías solo, desde el principio. Y eso es lo que me trae loco de curiosidad: tenías una amante todo este tiempo, y al parecer, la misma. Es un tiempo increíblemente largo para mantener relaciones con una mujer, por lo menos con una que no es tu esposa. ¿Quién es?

-Repito: no es asunto tuyo.

Derek suspiró. Jason tenía razón, por supuesto, en realidad sólo era asunto suyo y de nadie más. Derek deseó que su padre pensase lo mismo respecto a la vida privada de su hijo, pero por desgracia, Jason siempre se implicaba en las actividades personales de Derek, al menos cuando él no las mantenía en secreto. Y eso hizo en aquel momento.

-Hablando de amantes, ¿en qué diantre estabas pensando, cuando llevaste a la tuya a cenar a casa de tu prima? -exigió saber Jason.

Derek se puso en pie de un brinco, ofendido. Maldición, no esperaba que las tornas se volvieran contra él en aquel tema. Se sintió traicionado.

-¿Quién te lo ha dicho? ¿El tío James? ¿El tío Tony?

-Tranquilízate. Ya deberías saber que mis hermanos jamás me dicen nada que yo no deba saber. Sin embargo, he hablado con James. Estaba preocupado porque te veía demasiado apegado a esa chica, pero no quiso decirme por qué estaba preocupado. Y no mencionó la cena.

-¿Entonces cómo...?

-Me lo dijo mi ayuda de cámara, que mantiene relaciones con la doncella de Georgina, quien oyó a James comentándolo con su mujer. Y James ni siquiera le dijo a su esposa que acababa de cenar con tu amante. Por lo que yo sé, todavía no lo sabe. Lo único que mencionaron fue el nombre de la chica, que tú mismo me diste, por si lo has olvidado. Así pues, ¿es o no es la prima de Percival Alden?

Derek dio un respingo. Evidentemente, su padre ya había imaginado que era ella, y eso explicaba más de la mitad de su actual disgusto.

-No es ella -le aseguró Derek-. A Jeremy se le ocurrió la idea cuando Reggie nos encontró con Kelsey en las carreras. Verás, Reggie ya la conocía y había decidido que serían amigas a primera vista. Jeremy sólo intentaba ahorrarle a Reggie -a todos nosotros, en realidad- una situación embarazosa.

-¿Por qué demonios quería Reggie ser amiga de una mujer así?

Derek se ofendió al punto.

-Quizá porque no es así.

Jason suspiró y se sentó al otro lado de su escritorio.

-No te sulfures, calma esos ánimos, ya sabes a qué me refiero -masculló.

Derek también suspiró. Lo sabía. Pero en ese momento estaba un poco susceptible en todo lo referente a Kelsey. El amor y las emociones que le despertaba eran nuevas para él. Y hasta ahora, no le parecían nada agradables.

Deseaba poder compartir aquello con su padre. Pero no quería alarmar a Jason más de lo que ya estaba, diciéndole que había encontrado a la mujer con quien quería casarse. Eso no sería muy bien recibido en aquel preciso instante. En su lugar, intentó explicarse.

-El problema es que Kelsey parece una dama, se comporta como una dama, incluso habla como una dama. Casi todo el tiempo resulta condenadamente difícil acordarse de que no es de familia noble.

-¿Estás seguro de que no lo es?

Aquélla no era la primera vez que se lo preguntaban. Y le obligó a hacer una pausa, igual que antes. Después de todo, ¿qué sabía realmente de Kelsey, apañe de lo que ella misma le había contado? Pero ella no le mentiría, ¿verdad? No, ella no. Estaba convencido -bueno, casi convencido- de eso.

Pero una sombra de duda lo obligó a reconocer:

-Sólo sé lo que me ha contado, que no es mucho, pero no tiene motivos para mentirme. Y teniendo en cuenta cómo la conseguí...

-Sí, sí, supongo que tienes razón. Pero todavía no me has explicado por qué la llevaste a cenar a casa de tu prima. Eso fue pasarse de la raya, jovencito.

-Lo sé, pero Reggie insistió hasta la exasperación, y bueno, mientras pensara que Kelsey era prima de Percy, no creí que fuera a perjudicarle. Y le dijimos a Reggie que Kelsey se volvía al campo y no podrían mantener su amistad. Así debería haber terminado todo sin daño alguno. Y de hecho, ése fue el fin. Reggie no ha vuelto a verla, ni la verá. -Al menos hasta que me case con ella, pensó.

Pero no añadió la última frase. Y su padre no se había ablandado lo suficiente.

-¿No te estás encariñando demasiado con esa chica?

Derek casi se echó a reír.

-¿Y tú me lo preguntas, cuando llevas manteniendo a una amante... cuánto tiempo? ¿Más de veinte años?

Jason se ruborizó intensamente.

-Acepto tu observación. Pero no hagas ninguna tontería con relación a esa chica.

¿Ninguna tontería? ¿Como enamorarse de ella y querer convertirla en su esposa? Demasiado tarde.

47

El día de Nochebuena, Derek volvió a pedirle a Kelsey que se casara con él. Abandonó temprano la reunión familiar para ir con ella. Le insistió en que tomara vino. La sedujo con docenas de regalitos, detalles tontos que la hicieron reír, como un dedal desproporcionado, un sombrero con plumas de un metro, tobilleras con cascabeles... Guardaba el anillo de compromiso para el final.

La ocasión no podía haber sido más perfecta. Y la pregunta -«Kelsey, ¿te casarás conmigo, por favor?»- no le hizo echar espuma por la boca de rabia. Se volvió hacia él y lo abrazó. Lo besó apasionadamente. Pero después le acarició las mejillas, le inmovilizó el rostro y dijo: «No.»

Por muchas dudas que hubiera tenido Derek, no esperaba esa respuesta en esta ocasión, como tampoco la había esperado la primera vez. Por eso no había preparado ningún argumento para convencerla.

-¿Por qué? -fue lo único que le salió-. Y si vuelves a mencionar el escándalo, puede que te estrangule.

Kelsey le sonrió.

-Pero sabes que lo habría, y descomunal.

-¿No se te ha ocurrido que me importa un comino si lo hay, maldita sea?

-Eso lo dices ahora, Derek, pero ¿qué dirás después, cuando ocurra realmente? ¿Y qué me dices de tu familia, que también se verá afectada? Estoy segura de que tienen algo que objetar a que los arrastres a esa clase de escándalo.

Lo cual le dio a Derek la idea de exponérselo a su familia antes de tiempo. Su padre acababa de anunciar a bombo y platillo su divorcio. Derek podía hacer lo propio con sus planes de casarse... y comprobar en qué dirección soplaba el viento.

Decidió que la cena de Navidad era el momento ideal para anunciar sus planes, cuando todos estaban reunidos en la misma habitación. El ambiente era festivo. Había carcajadas a raudales. Pero Derek no se atrevió, no quiso estropearles el día como mínimo a unos cuantos de los presentes.

Pero al día siguiente mismo, no titubeó. Fue de nuevo durante la cena. Y esta vez no estaban todos presentes. Diana y Clare habían regresado a casa aquella mañana con sus respectivos maridos. Su primo Marshall había ido a pasar el día con un amigo en el condado vecino y todavía no había vuelto. Y la tía Roslynn estaba en las habitaciones del piso de arriba, cuidando a la consentidísima Judith, que había caído en cama por un resfriado. Pero ya le iba bien. Unas cuantas personas ausentes no supondrían mucha diferencia.

El resto de la familia estaba reunida, y de nuevo el humor general era excelente. Las mujeres charlaban sobre recetas de cocina, hijos y modas. James le había lanzado varias indirectas a Warren, pero su cuñado las había esquivado entre risas, y James no estaba enfadado. Nicholas y Jeremy estaban enfrascados en una pacífica discusión sobre el semental de Nick, que había perdido aquel día en las carreras.

Edward y Jason comentaban una de las inversiones recientes del primero. Al parecer, habían hecho las paces respecto al asunto del divorcio... lo que Derek tomó por una buena señal. Lo más agradable de su familia era que no se guardaban rencor, al menos entre sus miembros. Había habido una excepción, cuando James fue repudiado durante diez años, pero incluso aquello había terminado de una manera amistosa.

Así, antes de la llegada de los postres, Derek se puso en pie y dijo:

-Si me concedéis vuestra atención unos momentos, tengo buenas noticias que comunicar, o al menos lo que yo considero buenas noticias. Aunque algunos quizá no estéis de acuerdo. -Se encogió de hombros, pero dirigió la vista al extremo de la mesa, donde se sentaba su padre, cuando añadió-: He decidido casarme con Kelsey Langton.

Jason se limitó a mirarle fijamente, incapaz de encontrar palabras de pura incredulidad. Anthony empezó a toser. James hizo girar los ojos en sus órbitas. Jeremy se tapó los suyos.

En medio del silencio que siguió a su declaración, se oyó la voz de Georgina:

-Eso es maravilloso, Derek. Parece una joven muy agradable.

-¿Cuándo la conoceremos, Derek? -preguntó la tía Charlotte.

Edward, que se sentaba a pocos asientos de distancia de Derek, se inclinó para palmearle la espalda.

-Eso es espléndido, muchacho. ¿Sabes? Jason se mordía las uñas pensando en cuándo sentarías cabeza.

-¿Por qué no te decidiste antes? -preguntó Amy, sonriéndole cálidamente desde el otro lado de la mesa-. Podríamos haber celebrado una boda doble.

Jeremy reía por lo bajo y meneaba la cabeza al mismo tiempo.

-No quisiera estar en tus zapatos ahora mismo, primo.

Nicholas asintió, completamente de acuerdo en eso.

-Éste sabe cómo cavarse una fosa bien profunda, ¿verdad?

Reggie dio un ligero codazo a su marido en el costado.

-Tenías que haber sido así de romántico conmigo -murmuró.

Nicholas le dedicó una hosca mirada, pero de pronto comprendió las implicaciones de sus palabras.

-Santo Dios, ¿cómo te has enterado? -exclamó. lo cual atrajo varias miradas curiosas.

-No importa -susurró Reggie-. Pero creo que es muy valiente por su parte, hacer caso omiso de los convencionalismos y permitir que su corazón lo guíe en este asunto.

-Tú lo harías. -Nicholas le sonrió a su mujer.

Derek no oyó nada de eso, y no dijo nada más. Seguía mirando fijamente a su padre, preparándose para el esperado estallido. No se produjo.

Jason parecía furioso, no cabía duda, pero su voz estaba bastante tranquila cuando habló.

-Te lo prohibo -dijo simplemente. Y eso provocó un rugido general de indignación.

-Jason, ¿qué motivos tienes para hacer una cosa así? -fue lo que replicó Charlotte.

-Parece que sabe quién es la chica, ¿no? -dijo Ja-mes a Anthony.

-Ésa sería mi conclusión -replicó Anthony.

Pero Edward lo había oído y repitió:

-¿Quién es ella? ¿Por qué, quién es?

-Kelsey es la prima de Percival Alden -intervino Georgina, servicial.

-En realidad, George, no tiene ningún parentesco con Percy -dijo James a su mujer.

-Bien, ¿puede alguien decirme qué está pasando aquí? -preguntó Travis, desconcertado.

-Yo también quisiera saberlo -dijo malhumoradamente su padre, mirando ahora a Jason.

-Quizá sería apropiado, lechuguino, que añadas algo más a tu anuncio -dijo Anthony a Derek-. Si has llegado hasta aquí, también puedes soltar el resto.

Derek asintió brevemente.

-Es verdad que Kelsey no es prima de Percy, como algunos habíais creído. Es mi amante.

-Oh, cielos -dijo Charlotte, y rápidamente tomó un sorbo de vino.

-¿Has perdido el juicio, primo? -preguntó Travis, incrédulo.

Y Amy dijo a su hermano:

-No son desconocidos los hombres que se han casado con su amante, en especial cuando la dama es un buen partido.

-Pero ése no es el caso ahora, boba -dijo Jeremy a su prima.

Por lo cual Amy reprodujo la respuesta de su madre:

-Oh, cielos.

-No sé cómo cambiaría eso la situación -dijo Georgina-. Si quiere convertirla en una mujer decente, yo diría que muy bien hecho.

James puso los ojos en blanco al oírla.

-Ya estás pensando otra vez como una americana, George.

-Así lo espero -dijo Warren en defensa de su hermana, dedicándole un guiño.

-Eso no provoca miradas despectivas en tu tierra, yanqui -observó Anthony-, pero aquí sencillamente no se hace.

Warren se encogió de hombros.

-Pues que se case con ella y se traslade a Estados Unidos, donde sí se hace. Quizá hasta disfrute desembarazándose de los grilletes del convencionalismo.

-No es mala idea -admitió Derek, sonriendo. No se le había ocurrido, pero...

-Eso te lo prohibo también -dijo Jason.

-Bueno, eso zanja la cuestión, ¿no? -dijo James secamente, porque, de hecho, no zanjaba nada.

Edward lo puso de relieve por si alguien no había advertido el sarcasmo.

-Jason, ya tiene edad suficiente para que no puedas simplemente prohibírselo, por mucho que te empeñes. ¿Por qué no intentas en su lugar transmitirle un poco de sentido común hablando con él?

Con los labios tensos, Jason asintió formalmente, se puso en pie y abandonó la habitación. Derek suspiró. Ésa era la parte que menos le gustaba.

48

Jason se había retirado a su estudio. Derek entró en la habitación y cerró la puerta, previendo claramente que ésa iba a ser una de sus discusiones más sonoras. Y Jason tenía el aspecto de una nube de tormenta a punto de descargar, en pie, detrás de su escritorio y con las manos firmemente plantadas encima. Se había reprimido en el comedor. Aquí no lo haría.

Derek intentó adelantarse a la diatriba.

-No puedes decir nada que me haga cambiar de idea. Si Kelsey me acepta, me casaré con ella.

Al oírlo, Jason mudó ligeramente su expresión.

-¿Si...? -preguntó esperanzado.

La expresión del propio Derek traicionó su desazón.

-Me ha rechazado -confesó.

-Bueno, alabado sea el cielo porque Dios aprieta pero no ahoga. Por lo menos uno de vosotros tiene un poco de sentido común.

-¿Estás diciendo que no tengo sentido común porque la amo? -dijo Derek con voz tensa.

Jason negó con un gesto.

-No tiene nada de malo enamorarte de tu amante. El Señor sabe que yo amo a la mía. Ni siquiera está mal compartir tu vida con ella, si puedes hacerlo con discreción...

-¿Como tú?

-Sí -respondió Jason, y luego recalcó-: Pero no está bien casarte con ella cuando tienes la responsabilidad de casarte con alguien de tu posición... y tú tienes esa responsabilidad, Derek, como futuro marqués de Haverston.

-Conozco mis responsabilidades. Y además sé que el camino que he elegido no será fácil. Pero un escándalo no es el fin del mundo, padre. Yo soy un escándalo, lo he sido desde el día en que nací. He sobrevivido a eso; sobreviviré a esto.

Jason suspiró.

-¿Por qué no me contaste esta locura cuando hablamos por última vez?

-Porque sabía que reaccionarías así. Pero voy a seguir los dictados de mi corazón. Debo hacerlo. La amo demasiado para lo contrario. De manera que volveré a pedírselo, una y otra vez, hasta que acceda.

Jason meneó la cabeza.

-No piensas con claridad en este asunto, Derek, pero como mínimo ella sí. Y confío en que siga haciéndolo...

-¡Jason! -Molly entró de repente en la habitación, muy agitada-. Acabo de enterarme de que Derek quiere casarse... con su... -Se calló y enrojeció repentinamente al reparar en la presencia de Derek-. Oh, perdóname, creí que estabas solo.

Fue el rubor lo que los delató, porque también Jason lucía uno ahora.

-Santo Dios, ¿tu amante es ella? -adivinó Derek.

Ambos lo negaron al mismo tiempo, y con demasiada vehemencia.

Derek dejó escapar una risita, en absoluto despistado.

-Que me aspen -dijo-. Nunca habría adivinado que eras tú, Molly. -Y después volvió la vista hacia su padre, sonriendo-. Debiste casarte con ella. A mí no me habría importado llamar mamá a Molly, hablo muy en serio. De hecho, ha sido una madre para mí, mucho más que Francés.

Con lo cual Molly rompió a llorar y salió corriendo de la habitación, cerrando de un portazo tras de sí.

Derek pestañeó. ¿Qué había dicho mal?

-Maldita sea -masculló para sí mismo-. No pretendía hacerla llorar. -Y miró a Jason, en busca de una explicación.

Librodot

-Ella... esto... se vuelve muy emotiva por estas fechas. Le sucede cada año.

-Lo siento mucho. Pero asegúrale que no estoy sorprendido, ni nada... Bueno, sí estoy sorprendido. Nunca habría sospechado que era Molly. Pero le tengo cariño a esa mujer. Sólo imagino que tardaré un poco en acostumbrarme.

-¿Por qué no evitas acostumbrarte a la idea? -sugirió Jason, y añadió en tono conciliador-: Yo lo haría en cuanto tú lo olvidases por completo.

Derek sonrió y negó con la cabeza.

-No puedo hacer eso. Te colocaría en el mismo barco que al resto de los machos imperfectos que no podemos resistirnos al sexo débil. Me gusta más así, que me condenen si no.

-¡Maldición!

La conversación no había cesado en el comedor cuando Jason y Derek lo abandonaron. En todo caso, se había vuelto más acalorada después de que Jeremy dejara caer que Derek la había comprado en una subasta y explicara dónde se había celebrado dicha subasta.

Reggie pasó un rato de mil demonios por mantener la promesa que le había hecho a Kelsey, pero vaya si la mantuvo. Sin embargo, sabiendo la verdad, apoyaba plenamente la decisión de Derek y no hacía concesiones al respecto. Su tío Edward era quien más hablaba en contra, pero eso no era nada sorprendente, siendo tan conservador.

Empero, que sus dos tíos más jóvenes también estuvieran en contra era irritante. Sabía condenadamente bien que si ellos se hubieran visto enfrentados a la misma decisión que Derek, habrían hecho exactamente lo mismo, y al diablo la opinión pública.

-Puede ser la muchacha más dulce y buena de la Creación, y ni aun así saldría bien -dijo Edward-. Sería distinto si únicamente la familia estuviera al corriente de los hechos, pero no es ése el caso.

-También era bastante inocente antes de que Derek le pusiera las manos encima -señaló Reggie, quizá con demasiada franqueza-. ¿Debo suponer que eso tampoco cambia nada?

Edward se puso del color de la grana. James soltó una risita. Jeremy se irguió en su asiento, parpadeando.

-Punto en boca, prima -dijo el muchacho-. Están delante los ancianos.

Reggie ya se estaba sonrojando a su vez, pero Anthony aún la reprendió más.

-Eres demasiado romántica, niña. Sabes que el pequeño Eddie ha puesto el dedo en la llaga. Esa habitación llena de caballeros que vieron a Derek comprarla no estaba en las cercanías más tarde para saber si la chiquilla era inocente o no, ni tampoco les importaría lo más mínimo, maldición. Pero no te quepa duda de que no se olvidarán de ella. Y si Derek termina por casarse con ella, ¿crees que la historia de cómo la consiguió no se divulgaría aún más?

-El discurso no ha estado mal, viejo -dijo James-. Pero podías haberlo resumido diciendo sencillamente que la chica nunca será aceptada por la nobleza.

Reggie soltó un bufido.

-Esta familia ha hecho frente a más de un escándalo, y la mayoría de ellos podrían dejarse ante la puerta de la casa de dos de sus miembros. -Miró acusadoramente a Anthony y James mientras lo decía, antes de añadir-: Dudo mucho que uno más vaya a hundirnos.

-A nosotros no nos hará el menor daño, Regan -coincidió James, y por una vez sus hermanos no le saltaron inmediatamente al cuello por usar el mote cariñoso que reservaba a Regina-. Será Kelsey quien no pueda sobreponerse, a este tipo de escándalo, y Derek tampoco. La alta sociedad les rehuirá a ambos. En mi caso... y en el de Tony, puestos a decirlo... fuimos nosotros mismos quienes les rehuimos a ellos, por lo que no nos importó un maldito bledo si éramos aceptados o no. Pero Derek no lo vive así. Él es un ser social, siempre lo ha sido. Y si a Kelsey le importa lo más mínimo el muchacho, no le privará de eso.

-Lo tuyo también ha sido un discursito, hermano. Anthony dejó escapar una risita, a la cual James respondió con un mero encogimiento de hombros.

Pero Reggie suspiró. Derek no había mencionado que Kelsey le había rechazado, por lo que tampoco podía ella introducir aquel dato en la conversación. Y toda la discusión carecía de sentido, de todos modos, porque Kelsey no pensaba casarse con él.

Así que desarmó el tema con una observación:

-Creo que Derek ha dicho que quería casarse con ella, no que ella haya accedido a casarse con él. Bien podría rechazarle, y eso sería el fin de la cuestión.

-¿Y rechazar a un buen partido como Derek? -preguntó burlonamente Edward-. No veo cómo sería posible, de verdad que no lo veo.

-Es posible, tío Edward -replicó Reggie-. Tú no la conoces, pero a mí me da la impresión de ser una persona muy perspicaz, y en absoluto posesiva. Apuesto a que antes abandonaría a Derek que causarle algún daño. Y consideraría su ruina social como un daño para él.

Librodot

49

Cuando Kelsey abrió la puerta de la habitación del albergue, esperaba encontrarse a Derek, no a su padre.

Y era a todas luces su padre. Jason Malory se presentó inmediatamente, despejando cualquier duda de su identidad, por mucho que ella no tuvo ninguna. También entró decididamente en la habitación sin ser invitado, pero intimidó tanto a Kelsey con su formidable corpulencia y su expresión severa que no se animó a hacérselo notar.

-Derek no está aquí -se apresuró a decir la joven, esperando que eso le hiciera proseguir su camino.

No funcionó. Y ella estaba tan aturdida por su presencia que sólo después de hacerlo cayó en la cuenta de que no debía haberle proporcionado esa información involuntariamente. Aunque resultó evidente que él ya lo sabía.

-Sí, acabo de dejarlo en Haverston -dijo-. Imaginé que estarías en los alrededores, con lo loco que está mi hijo, y éste es el albergue más próximo.

-¿Entonces quería verme a mí? -preguntó, empezando a sonrojarse.

-En efecto -respondió él-. Quiero saber qué opinas de esta estupidez.

-Ah, ¿y de qué estupidez se trata?

-Que Derek quiera casarse contigo.

Kelsey se quedó sin aliento.

-¿Él le ha dicho eso?

-Se lo ha dicho a toda la familia.

Kelsey aferró la silla más próxima y consiguió deslizarse hasta el asiento. ¿Era posible morir de vergüenza? En ese momento le pareció que sí.

-No debió hacerlo -dijo casi en un susurro.

-Estoy de acuerdo, pero... ¿por qué lo crees?

-Porque, como usted dice, es una estupidez. No tengo intención de casarme con él. Se lo dije.

-Sí, también me lo ha comentado. Lo que me preocupa es ¿hasta qué punto es sincero tu rechazo? Porque él no piensa olvidar la idea.

-Si eso es todo lo que le preocupa, lord Malory, no hay necesidad. Soy consciente del escándalo que provocaría semejante matrimonio, y no es sólo a Derek a quien deseo proteger de eso, sino también a mi familia.

-¿Tu familia? -Jason frunció el ceño-. No estaba al corriente de que tuvieras familia alguna. ¿Quiénes son?

-Eso no tiene importancia -le dijo Kelsey-. Bástele con saber que mi familia lo es todo para mí. Me veo en esta situación porque... bueno, eso tampoco es importante, pero cuando hice lo que hice sabía que nunca podría casarme. Huelga decir que un escándalo de esta clase perjudicaría a mi familia tanto como a la suya, y no tengo intención de permitir que eso ocurra.

La tensa expresión de Jason se relajó. Incluso parecía un poco avergonzado también él.

-Empiezo a comprender -dijo con voz ronca-. Lamento que no haya solución en este asunto. Tengo la sensación de que habrías sido una excelente esposa para Derek, si a él le fuera posible casarse contigo.

-Gracias. Pero me esforzaré por hacerle feliz... sin matrimonio.

Jason suspiró.

-Jamás le habría deseado mi propia situación a mi hijo... pero me alegro de que te tenga a ti.

Aquél era el mejor cumplido que podía haber recibido de él. No se quedó a azorarles a ambos con nuevas expresiones de sus sentimientos. En realidad se marchó a toda prisa,

probablemente porque no quería tropezarse con Derek. Pero Kelsey supuso que el joven ya lo sabía, que debía haber visto a su padre en el vestíbulo,cuando volvieron a llamar a la puerta, a los pocos minutos de la partida de Jason.

Pero tampoco esta vez era Derek, ni Jason había decidido que tenía más cosas que decirle. Esta vez era la madre de Derek. Pero Kelsey no lo supo al principio, hasta que tuvo ocasión de advertir hasta qué punto eran idénticos algunos de sus gestos y expresiones, como la misma sonrisa, y lo preocupada que estaba la mujer.

-Lamento molestarla a altas horas, señorita Langton -empezó la mujer.

-¿Nos conocemos?

-No. -La mujer sonrió-. Soy Molly Fletcher, ama de llaves de Haverston. Acabo de descubrir que usted... Y Derek acaba de descubrir que su padre y yo... Y, bueno, necesito hablar con él.

Kelsey volvía a ruborizarse. Era evidente que el maldito anuncio de Derek ya había circulado también entre la servidumbre, pero...

-¿Usted y su padre? -La respuesta se le ocurrió a Kelsey antes de acabar de formular la pregunta-. ¡Oh! Discúlpeme. No tiene que darme explicaciones. Pero Derek no está aquí.

-¿No? Lo vi salir de Haverston. Pensé que vendría directamente a verla a usted.

-Y supuso que me encontraría en las proximidades.

-Pues sí, eso hice.

Kelsey sacudió la cabeza con incredulidad. ¿Todos los hombres viajaban con sus amantes? ¿O sólo era práctica habitual entre los Malory?

-Bueno, si no está en Haverston, no tengo ni idea de dónde está.

-Entonces habrá salido para estar solo -dijo Molly, retorciéndose las manos-. Me lo temía. Es lo que siempre hacía de niño cuando estaba trastornado. Salía solo para lamentarse.

-¿Por que cree que estaba trastornado? -preguntó Kelsey-. Últimamente se moría de curiosidad por descubrir quién era usted, es decir, por saber con quién su padre... En fin, supongo que se sentirá aliviado al saberlo.

-No debió enterarse nunca, señorita Langton. No debería haberlo averiguado. Pero como ya lo sabe, bueno, no quiero ahora que piense mal de mí.

Kelsey frunció el ceño, sin comprender muy bien la preocupación de la mujer.

-Sería un poco hipócrita por parte de Derek, ¿no cree?

-No necesariamente -replicó Molly-. Hay otros factores... pero eso no es importante. Esperaré y hablaré con él otro día. -Y después también ella se marchó.

Cuando volvieron a llamar a la puerta, Kelsey ya no esperaba que fuera Derek. Pero era él, y tenía un brazo escondido detrás de la espalda. Lo llevó al frente para ofrecerle varias rosas exquisitas.

Ella sonrió, complacida.

-Increíble, ¿dónde las has encontrado, en esta época del año?

-He asaltado el invernadero de mi padre.

-Oh, Derek, no has debido hacerlo.

El joven sonrió, rodeándola con sus brazos para abrazarla estrechamente.

-No las echará de menos, con los centenares de variedades que tiene. Pero yo sí que te he echado de menos hoy.

Kelsey se envaró, recordando sus anteriores visitas.

-Me sorprende que hayas tenido tiempo, sabiendo que has tenido un día lleno de actividades.

Derek la miró con expresión cautelosa.

-¿Cómo puedes saber cómo ha sido mi día?

-Tu padre ha estado aquí.

La soltó para pasarse los dedos entre los cabellos.

-Maldición. Te ha molestado, ¿verdad?

-No, ¿por qué iba a molestarme que le hayas contado lo nuestro a toda tu familia? Y en cuanto a tu padre, sólo necesitaba algunas garantías de que yo no me casaría contigo.

-Maldición -repitió Derek, exasperado.

Y antes de que lo hubiera digerido por completo, Kelsey añadió:

-Tu madre también ha estado aquí.

-¡Mi madre!

-Sí, estaba preocupada por si tú estabas enfadado por lo que has descubierto esta noche.

-¿Descubierto? Oh, ¿hablas de Molly? Pero ella no es... mi... ¡No! No puede ser. ¡Él me dijo que mi madre había muerto!

Kelsey palideció al oírlo.

-Oh, Derek, lo siento tanto... Había supuesto que sabías quién era tu madre, pero que no sabías que ella era la amante de tu padre. Pero, por favor, sólo ha sido una conjetura mía.... y evidentemente, errónea. Ella no dijo que fuera tu madre.

-No, jamás lo diría. Al parecer, yo no debía enterarme. Pero ahora lo veo con toda claridad. Ella es mi madre, no hay duda. Y malditos sean los dos por habérmelo ocultado.

50

Derek estaba absolutamente furioso. Su madre estaba viva... y no sólo eso: había estado viviendo todos aquellos años allí mismo, en Haverston. Y no les había parecido conveniente decírselo a él. Dejaron que creyera que Molly no era más que una sirvienta. Dejaron que creyera que su madre había muerto.

Eso no podía perdonarse. Jason podía haberle dicho cualquier otra cosa, que se había fugado con otro hombre, que estaba demasiado avergonzada para revelar su identidad, que no quería saber nada del hijo que había alumbrado. Cualquier cosa habría sido más fácil de digerir que el hecho de que su madre había estado allí desde el principio y nunca se lo habían dicho.

Fue a buscar a su padre. Imaginaba que primero debía concederse un poco de tiempo para serenarse. Kelsey se lo había sugerido, había tratado de impedir que volviera a Haverston esa noche.

Pero estaba demasiado furioso para atender a razones. Y cuanto más pensaba en ello, mayor era su enfado. No se tranquilizaría, al menos hasta que tuviera algunas respuestas.

No encontró a su padre en sus habitaciones, ni en ningún otro lugar del bloque principal de la casa.

O no estaba allí... o bien estaba con Molly. Derek sospechaba esto último y bajó al pabellón de la servidumbre para averiguarlo. No necesitaba preguntar cuál era la habitación de Molly. Había estado en ella muchas veces, de niño, cuando cayó en el hábito de ir a contarle sus penas a la mujer. Y ahora que lo pensaba, hacerlo le había parecido lo más natural del mundo.

Y estaba en lo cierto. Pudo oír sus voces en el interior de la habitación antes de llamar a la puerta. Después, el silencio, lo cual fue aún más revelador.

Molly abrió la puerta, y su sorpresa fue evidente.

-¡Derek! ¿Te ha dicho Kelsey que yo quería hablar contigo?

El joven entró en la habitación. No había ni rastro de Jason, y no parecía haber ningún sitio donde esconder a un hombre de su corpulencia. Pero él había oído la voz de su padre. No se lo había imaginado.

Clavó la vista en Molly.

-No, ¿tenía que habérmelo dicho?

-Bueno, no -dijo la mujer, advirtiendo finalmente por la tensión a duras penas contenida de la expresión de Derek que algo iba decididamente mal-. Pero entonces, ¿qué haces aquí a estas horas?

Derek no le respondió. En su lugar, le gritó al resto de la habitación:

-No tienes que seguir escondiéndote, padre. Sé que estás aquí.

Molly contuvo el aliento. Pasaron unos largos segundos mientras Jason decidía si salir a la luz o no. Y entonces se abrió una sección de la pared, que a Derek le recordó la puerta oculta de la mansión de los horrores de Ashford.

-Qué cómodo -se burló Derek-. ¿Debo suponer que conduce directamente a tu dormitorio? -preguntó a su padre, y recibió un breve cabeceo de asentimiento como respuesta-. Bueno, eso explica cómo has conseguido mantener todo este asunto en secreto durante tanto tiempo.

-¿Estás enfadado porque he ido a hablar con la chica? -preguntó Jason.

-No. Habría preferido que no la molestaras, pero no me sorprendió que tuvieras necesidad de hacerlo.

-¿Entonces estás enfadado porque yo fui a verte a ti? -preguntó Molly.

-En absoluto.

-Derek, es condenadamente obvio que estás enfadado -observó Jason.

-Oh, sí, eso sí -dijo Derek con voz fría, tensamente controlada-. A decir verdad, no recuerdo haber estado nunca tan enfadado. Pero no ocurre todos los días que la madre que te dijeron que había muerto... ¡no ha muerto!

Jason suspiró, y sonó como una triste derrota. Molly palideció.

-¿Cómo te has enterado? -preguntó ella en un susurro.

-Kelsey se percató de nuestro parecido cuando hablaste con ella esta noche, y yo no le había dicho que creía que mi madre había muerto. Supongo que alguien de fuera, que no nos conozca de antemano, puede ver similitudes que los que nos conocen desde hace muchos años no verían. -Y entonces miró a su padre con ojos llameantes-. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Fue Molly quien respondió.

-Yo se lo prohibí.

-No te engañes, Molly... ¿O debería llamarte madre? Nadie prohibe a Jason Malory hacer lo que considere que tiene derecho a hacer.

-Derek, piensas en generalidades, cuando había muchos factores implicados. Tu padre quería contarte la verdad, créeme. Incluso hace poco, cuando Francés le amenazó con revelártelo a menos que le concediera el divorcio, él quiso decírtelo.

-¿Francés lo sabía?

-Parece que sí, aunque el Señor sabe cómo o cuándo lo averiguó. Pero yo lo convencí de que ahora era demasiado tarde para cambiar la historia.

-¿Fue por eso que le concediste el divorcio? -preguntó Derek a su padre-. ¿Porque Francés te estaba chantajeando? Y yo que pensaba que eras muy generoso dejando en libertad a la vieja.

Jason dio un respingo ante el tono burlón de Derek. Por otra parte, Molly perdió los estribos.

-¿Cómo te atreves a hablarle así a tu padre? -preguntó en tono imperioso-. No tienes ni idea del infierno por el que le obligué a pasar hasta obligarle a mantener mi identidad en secreto por ti. No tienes ni la menor idea del infierno por el que pasé yo hasta decidir que eso sería lo mejor... para ti.

-¿Lo mejor? -dijo Derek con incredulidad-. Me negasteis una madre. ¿Cómo diablos puedes creer que eso era lo mejor para mí, maldita sea?

-¿Y crees que yo deseaba renunciar a ser tu madre? Lo eras todo para mí. Te amé desde el momento en que supe que habías sido concebido.

-¿Por qué, entonces?

-Derek, eso ocurrió hace veinticinco años. Yo era joven e inculta. Hablaba como un deshollinador londinense. Entonces no se me había ocurrido que podía educarme. Era tan ignorante que ni siquiera sabía que eso fuera posible. Y desde el día en que tu padre decidió nombrarte su heredero oficial, me horrorizaba pensar que el futuro marqués de Haverston se avergonzaría si supiera, si todo el mundo supiera, que su madre era una simple doncella que ni siquiera sabía leer y escribir. Mi hijo iba a ser un lord, un miembro de la aristocracia. No quería que se avergonzara de mí, y tú seguro que lo habrías hecho.

-¿De modo que también te arrogaste la facultad de predecir mis sentimientos? -dijo Derek, meneando la cabeza, y después lanzó una mirada acusadora a su padre-. ¿Y tú dejaste que te dominara con suposiciones como ésa?

Molly habló sin darle tiempo a Jason.

-Puedo ser muy convincente, y era reacia a que tú lo supieras. Pero, sobre todo, tu padre cedió a mi insistencia porque me ama. Y tú ya tenías que vivir con tu ilegitimidad, Derek. Yo sabía que no iba a ser fácil para ti, y no lo fue. Pero al menos todo el mundo asumió que eras de sangre azul por ambos lados. Habría sido mucho peor si se hubiera sabido quién era tu verdadera madre.

-Aun así, podíais habérmelo dicho. Podíais haberlo mantenido en secreto ante el resto del mundo si lo considerabais necesario, pero podíais habérmelo dicho a mí. Tenía derecho a saberlo. Y el hecho es, Molly, que no siento absolutamente ninguna vergüenza al saber que

eres mi madre. Tu suposición era sólo eso, una suposición. Lo que sí siento, sin embargo, es rabia porque nunca has sido mi madre, porque has tratado conmigo todos estos años sabiendo que era tu hijo pero sin proporcionarme a mí el mismo conocimiento. Permitiste que creyera que no eras nadie para mí. ¡Me dejaste creer que mi madre había muerto!

No pudo continuar. Se ahogó demasiado con sus emociones, sobre todo cuando vio lágrimas asomando a los ojos de la mujer. Salió de la habitación antes de sucumbir al llanto también él.

Jason acogió a Molly en sus brazos al oírla sollozar.

-¡Oh, Dios! ¿Qué he hecho? -gimió la mujer, y al punto rompió a llorar.

Jason se hacía la misma pregunta, pero lo único que pudo responderle fue:

-Todos cometemos errores cuando somos jóvenes, Molly. Éste fue uno de los nuestros. Concédele tiempo para que se acostumbre a la verdad. En cuanto reflexione, cuando reflexione de verdad, comprenderáque siempre has sido una madre para él, que siempre estuviste allí para compartir todos sus dolores y penas mientras él crecía, que contribuíste a convertirle en el hombre de bien que es hoy.

51

-Ojalá hubiera estado yo presente para oírlo -dijo Roslynn a su marido, al tiempo que le tendía a Judith con un añadido-: Toma, es tu turno de pasearla.

-Hola, corazón -dijo Tony a su hija mientras le daba un sonoro beso en la mejilla-. Hoy no estamos muy finos, ¿verdad? -A continuación se volvió hacia su mujer-. Alégrate de no haber estado presente. Fue condenadamente embarazoso.

-¿Embarazoso? ¿Entre la familia? -exclamó ella con sorna.

Tony enarcó una ceja, intrigado.

-¿Qué podías haber aportado tú?

Ya le había relatado la discusión completa, pero ella seguía resistiéndose a creer que Kelsey Langton no fuera la dama que aparentaba ser.

-Le habría dicho a tu hermano lo anticuada que estaba su prohibición.

Anthony sonrió forzadamente.

-Detesto mencionar esto. Ros, pero Jason es anticuado.

-Entonces no lo menciones -le contestó ella-. Pero, ¿qué es más importante aquí, el amor o la opinión pública?

-¿Es una pregunta capciosa?

-No tiene gracia. Tony -le reconvino su mujer-. El amor es más importante, y tú lo sabes. ¿O me estás diciendo que no te habrías casado conmigo si yo no tuviera unos cuantos condes y terratenientes en mi árbol genealógico?

-¿Tengo que responder a eso?

-Empezaré a sacudirte a base de bien, amorcito, si no te pones serio -dijo ella, empleando su acento escoces.

Él se rió.

-No mientras tengo a Judith, no puedes... eh, espera -añadió al verla avanzar hacia él. Luego dijo a regañadientes-: Oh, muy bien, sí, me habría casado contigo de todos modos, pero, afortunadamente, no tuve que preocuparme por tu idoneidad. Y además, te olvidas que compró a esa chica en una subasta de una casa de putas. Eso, querida, va un poco más allá de la simple opinión pública.

-Sólo lo saben unas cuantas personas -señaló ella objetivamente.

-Estás de guasa -replicó él-. ¿Un bocado tan jugoso como ése? La noticia probablemente habrá corrido de boca en boca.

A varias habitaciones de distancia. James y su mujer hablaban del mismo tema, tendidos en la cama y con las piernas entrelazadas. Como mínimo Georgina intentaba hablar de eso. James tenía otras cosas en la cabeza en aquel momento, y sus manos inquietas dejaban pocas dudas respecto a qué.

-No sé qué importancia puede tener que sea de clase baja. Tú te casaste conmigo, ¿no? -le recordó Georgina-. Y te aseguro que no tengo ningún título estúpido unido a mi apellido... es decir, no lo tenía hasta que me casé contigo.

-Tú eres americana, George. Ser de otro país supone una diferencia condenadamente grande, y ella no lo es. Habla como una duquesa, delatando su nacionalidad con cada palabra que sale de su boca. Además, no soy yo quien tiene que engendrar a la próxima generación de marqueses, o las dos siguientes. Esa responsabilidad, querida mía, recae sobre los hombros de Derek. Para mí no había ninguna necesidad ni siquiera de casarme, cosa que, como sabes, no pensaba hacer... hasta que te metiste en mi cama.

-Yo no hice nada semejante -replicó ella rápidamente-. Tal como yo lo recuerdo, tú me arrastraste hasta tu cama.

James soltó una risita y acercó la boca al oído de su mujer.

-¿Eso hice? -susurró-. Qué listo fui, si yo también lo digo.

-Mmm, sí... ¡No, estáte quieto! Estoy intentando hablar en serio.

Él suspiró.

-Sí, ya me he dado cuenta. Es una lástima.

-Pues bien, quiero que hagas algo respecto a este asunto -insistió ella.

-Excelente idea, George -dijo, y la estrechó entre sus brazos para besarla apasionadamente.

-No ese asunto -consiguió balbucear por fin la mujer, y enseguida se corrigió-: Al menos, no todavía. Estoy hablando de la actitud de Jason. No te haría ningún daño hablar con él, hacerle ver que no está siendo nada razonable.

-¿Yo? ¿Darle consejos a uno de los ancianos? -Y se echó a reír a carcajadas.

-No tiene gracia.

-Sí la tiene. Los ancianos están demasiado apegados a sus costumbres. No aceptan consejos, los dan. Y Jason sabe que en esta situación tiene ese derecho. Para el caso, igual que la chica. No va a casarse con el chico, George, de modo que toda esta discusión es gratuita.

-¿Y si su negativa se debe a que conoce los sentimientos del padre al respecto?

-Entonces es lo bastante lista para saber que su matrimonio no sería feliz si va en contra de los deseos de Jason. En cualquier caso, no tienen solución. Así que no le des más vueltas. No hay nada que podamos hacer por esos dos, como no fuera proporcionarle una nueva identidad a la chiquilla, y ni siquiera eso es posible. La subasta fue demasiado notoria. Maldición, si hubiera sido de otro modo, quizá podría idearse algún apaño, pero no es el caso.

Georgina masculló algo para su coleto. James sonrió.

-No puedes solucionar los problemas de todo el mundo, mi querida niña. Algunos son sencillamente insolucionables.

-¿Por qué no tratas de hacérmelo olvidar? -sugirió ella.

-Eso sí puedo hacerlo -dijo él, y procedió a besarla de nuevo apasionadamente.

En el pabellón más próximo, en el bloque siguiente, Nicholas Edén estaba hablando con su esposa.

-Tú sabes más de este asunto de lo que aparentas, ¿me equivoco?

-Un poco -reconoció ella.

-Y no vas a darme ninguna pista de qué sabes, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

-No puedo. Tuve que prometer que no diría nada.

-Confío en que sepas que esto es muy ofensivo, Reggie -se quejó él.

Ella asintió, en completo acuerdo.

-Es peor que eso, es trágico. No deberían prohibirles que se casen. Se aman. Y me voy a volver loca si no se puede hacer nada al respecto.

Nicholas la rodeó con sus brazos.

-No es problema tuyo, amor mío.

-Derek es para mí más un hermano que un primo. Nos criamos juntos, Nicholas.

-Lo sé, pero de verdad que tú no puedes hacer nada para ayudarle.

-Bueno, no creo que eso me impida intentarlo, ¿tú si lo crees?

52

Al día siguiente, después de comer, la mayoría de los miembros de la familia se reunieron en la sala de estar para tomar el té. Los recién casados eran los dos únicos que estaban tan absortos el uno en el otro que apenas se percataron del tenso ambiente que se respiraba en la habitación. En cuanto a los demás, apuntalaban la conversación como mejor sabían, esforzándose lo indecible por no sacar a colación la irremediable situación de Kelsey y Derek.

Era obvio que Derek y su padre no se hablaban. Todos supusieron que se debía a la intransigencia de Jason con su hijo. Nadie preguntó cómo había ido su conversación después de que abandonaran el comedor la noche anterior, pero resultaba evidente que no se habían puesto de acuerdo. De hecho, Derek parecía más enfadado que antes.

Y en ésas, el mayordomo se llegó hasta la puerta con una visita que no esperó a ser anunciada, que de hecho le apartó de un empujón para entrar. Era una mujer apenas cuarentona y muy atractiva para su edad, lo que apuntaba a que en otro tiempo había sido toda una belleza. Y si bien no era muy alta, era de complexión bastante robusta, y en aquel momento, su expresión y su porte le conferían un aspecto cuando menos formidable.

-Busco a Derek Malory.

Derek se puso en pie y dedicó a la mujer una leve inclinación de la cabeza.

-Se refiere usted a mí, señora -dijo, aunque lo reconoció con cierta prevención ante el tono seco que había empleado la mujer.

-¿Dónde tiene escondida a mi sobrina? -preguntó imperiosamente, volviéndose hacia él-. Y no me mienta. Sé que la tiene usted. Mi marido, ese patán, me ha hecho una confesión completa. Se enteró de su nombre por el sinvergüenza a quien usted se la compró cuando fue a recoger su sucio dinero.

No se oyó ni una palabra tras esta declaración. Silencio absoluto.

Hasta que intervino Reggie gozosamente.

-Por favor, tome asiento, mi buena señora. Estoy seguro de que Derek no tiene oculta a su sobrina. De hecho, yo no dudaría de que no se encuentra muy lejos de aquí.

Elizabeth miró suspicazmente a Regina.

-¿A usted no la conozco, jovencita?

-Sí, nos conocimos recientemente en su hotel. Yo misma estaba buscando a Kelsey, y aunque usted me dijo que tenía una sobrina con ese nombre, llegué a la conclusión de que la Kelsey que yo buscaba no podía ser ningún pariente suyo. -Y acto seguido, Reggie sonrió, encantada de que la tía de Kelsey se hubiera enterado por fin de la verdad, lo cual tal vez podría suponer una enorme diferencia-. Al parecer, yo estaba muy equivocada, ¿verdad?

-En efecto -dijo airadamente Elizabeth.

Derek intervino finalmente, con la frente fruncida por el desconcierto.

-Espere un momento. ¿Debo entender que usted es la tía de Kelsey Langton?

-Lo ha entendido perfectamente -respondió Elizabeth, fulminándole de nuevo con una hosca mirada.

-Pero yo no tenía noticia de que aún viviera ninguno de sus parientes.

-Viven muchos de ellos, pero es absolutamente irrelevante que usted lo supiera o no.

-La mayoría de los presentes conocemos a su sobrina, señora. Y al igual que Derek, no estábamos informados de que tuviera familia de ninguna clase. Quizá sería una ayuda que usted se presentara -dijo Jason.

-¿Y puedo saber quién es usted? -le preguntó Elizabeth engoladamente.

-Soy el padre de Derek, Jason Malory.

-Ah, bien. Usted podrá garantizar que su hijo colabora en esta cuestión. Y yo soy Elizabeth Perry. Mi apellido no significará nada para usted, naturalmente, puesto que me casé

con alguien de condición inferior, y en este momento significa aún menos para mí. Sin embargo, mi abuelo fue el duque de Wrighton, un título que ha quedado sin pretendiente legítimo y así seguirá hasta que Kelsey engendre un hijo varón.

-¡Santo Dios! -exclamó Anthony.

-¡Me dijo que su madre era una institutriz! -dijo Derek con incredulidad.

-En absoluto -casi le espetó Elizabeth-. Su madre, que era mi única hermana, murió a principios de este año en un desafortunado accidente... después de matar a su marido. ¿Es posible que no hayan oído hablar de ese incidente? El padre de Kelsey era David Langton, el cuarto conde de Lanscastie.

James se echó a reír.

-Eso explica por qué parecía, se comportaba y hablaba como una dama, ¿no es verdad?

-Pero esto es fantástico. Ahora es perfectamente apta...

-Perfectamente no, George -la interrumpió James.

Roslynn la secundó.

-Pero está mucho más cerca de ser...

-Ni siquiera está cerca, cariño -la cortó Anthony.

Ambas mujeres lanzaron furibundas miradas a sus respectivos maridos pero guardaron silencio. Naturalmente, tendrían mucho que decir más tarde, cuando los pillaran a solas.

Reggie aprovechó aquel momento para reflexionar en voz alta.

-Me pregunto por qué Kelsey no mencionó que su bisabuelo fue un duque cuando me contó... bueno, casi todo esto.

-¿Estás diciendo que tú sabías que era la hija de ese Langton? -preguntó Derek, mirando con hosquedad a su prima-. ¿Y no te molestaste en contármelo?

Regina se removió incómoda en su asiento, pero procuró explicarse.

-Me obligó a prometérselo, Derek. No creerás que me gustaba guardar un secreto tan grande, ¿verdad? Me estaba volviendo loca, saber la verdad y no poder aportarla a la... ejem, conversación que mantuvimos anoche.

Elizabeth miró a Regina con un poco más de simpatía. Si Kelsey había confiado en ella, cuando no le había dicho la verdad a su amante, esta chica debía gustarle. Por eso se extendió en sus explicaciones.

-Kelsey no sabe quién era su bisabuelo, de modo que no podía haberlo mencionado. Murió mucho antes de que ella naciera, y mi hermana y yo decidimos no abrumarla con ese conocimiento. La responsabilidad de engendrar al siguiente heredero de los Wrighton supuso una presión demasiado grande para mi madre, que sólo concibió hembras, y después en mi hermana y en mí, cuando nos llegó el turno. Pero ahora depende de Kelsey, porque yo no he tenido hijos, y mi hermana sólo tuvo a sus dos hijas antes de morir.

-¿No se le ha ocurrido pensar, lady Elizabeth, que lo que ha hecho su sobrina ha estropeado sus posibilidades de conseguir un buen matrimonio? -preguntó Jason, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

-Sin duda alguna -respondió Elizabeth-. Razón por la cual habría matado al estúpido de mi marido si hubiera tenido a mano una pistola cuando me confesó lo que había hecho.

-¿Qué tiene él que ver en esto?

-Kelsey y su hermana menor, Jean, vinieron a vivir con mi marido y conmigo después del funeral, y ese estúpido la convenció de que estábamos al borde de la ruina, que los acreedores iban a quedarse con mi casa irremediablemente y que la única manera de evitar que nos viéramos en la calle era que Kelsey se convirtiese en la amante de algún aristócrata, que pagaría las deudas de Elliott.

-¿Está diciendo que ése no era el caso?

-Por supuesto que no... aunque mi marido lo creía sinceramente, y había contraído fuertes deudas sin decírmelo. Pero cuando me casé con él -en contra de los deseos de mis padres, debo añadir-, mi madre me asignó una considerable cantidad de dinero, acompañada del consejo de no decírselo nunca a Elliott, y hasta el día de hoy, jamás lo he hecho. Y

hablando de eso... -Sacó un abultado fajo de billetes de su bolso de red y se acercó a Derek-. Creo que ésta es la suma que usted...

Derek la cortó en seco.

-No quiero su dinero.

-¡Pero se lo quedará! -Y le arrojó el dinero sobre el sofá que había a su espalda-. Kelsey ya no tiene obligación alguna con usted. Se viene a casa conmigo.

-No.

-¿Cómo ha dicho?

Derek se aclaró la garganta.

-Quizá he sido un poco brusco -dijo.

-¿Un poco? -dijo Anthony, riendo.

-No te metas en esto, viejo, y deja que el chico salga del apuro por sus propios medios -sugirió James-. Esto empieza a ponerse interesante.

Elizabeth había mirado sucesivamente a los dos hombres mientras hablaban. Jason masculló algo para sus adentros antes de despejar su incertidumbre, señalando a James y Anthony.

-Mis hermanos menores... que realmente no se toman nada en serio.

-Permíteme discrepar en eso, Jason -replicó James-. Si quieres una opinión seria...

-No la quiero -le interrumpió Jason.

-Yo también tengo que discrepar, Jason... Santo cielo, ¿significa eso que estoy de acuerdo con James? -preguntó Anthony con una mueca de asco fingido-. Ros, depnsa, tócame la frente. Debo haberme contagiado la fiebre de Judith.

James soltó un bufido. Jason empezó a gruñir. Edward, que hasta entonces había permanecido en silencio, se unió a la refriega.

-Parece mentira, Tony. Eso ha sido gratuito.

-¡Increíble! -exclamó Reggie, llegados a este punto-. ¿Estáis peleándoos los cuatro en un momento como éste?

-En absoluto, guapa -respondió Anthony, dedicándole una de sus picaras sonrisas-. Sólo estamos dándole a este jovenzuelo un poco de tiempo para salir de la fosa que se está cavando.

-Oh... bueno, en ese caso, continuad.

-Gracias, tío Tony, pero eso no era necesario. -Derek se enfrentó a la mujer-. Lady Elizabeth, no puedo decir que lamente que no hubiera sido usted informada antes de las dificultades económicas de su marido, pues en ese caso tal vez nunca habría conocido a su sobrina. Pero...

-Eso es muy egoísta por su parte, jovencito -le interrumpió ella rígidamente.

-Así es, pero la amo, ¿lo sabía? Y quiero casarme con ella.

Elizabeth parpadeó. Aquello no se lo esperaba. Pero tampoco se esperaba que Derek Malory fuera un joven tan apuesto. Había ido allí hecha un basilisco, dispuesta a todo lo que fuera necesario para sacar a Kelsey de aquel penoso dilema. No había tenido en consideración la posibilidad de que su sobrina no quisiera salir de él.

-¿Kelsey sabe que usted desea casarse con ella? -preguntó a Derek.

-Sí.

-¿Y qué opina al respecto?

-Se niega a casarse conmigo.

-¿Por qué?

-Por el escándalo.

-Ah, ya. El escándalo que resultaría imposible evitar. ¿He mencionado que el título que heredará su hijo a través de ella va unido a unas fabulosas tierras y fortuna? Sea cual fuere el escándalo que persiga a la chica, en realidad no tendrá muchas dificultades para encontrar marido.

-Demasiados escándalos se han asociado ya con nuestra propia familia -intervino Edward hoscamente-. Y por supuesto que no tenemos necesidad de mayor fortuna.

-¿De modo que así soplan los vientos por aquí? -preguntó Elizabeth con un mohín de indignación.

-No, aquí no -respondió Derek con énfasis, mirando ceñudamente a su tío.

-Mi hijo está en lo cierto. Contará con mi apoyo si se casa con la chica.

Todos los ojos de la habitación se volvieron hacia Jason, la mayoría de ellos desorbitados por la incredulidad. Y el silencio volvió a imponerse.

Georgina lo rompió primero.

-Caramba, James, no sabía que fueras tan persuasivo.

James resopló.

-No me mires a mí, George. Este cambio de sentimientos no es obra mía.

-¿James persuasivo? -añadió Anthony-. Sólo con los puños, querida niña, y si te fijas bien, no verás ni una marca en la cara del viejo.

-Esto es absurdo, Jason -protestó Edward-. ¿Consientes que te influya el hecho de que ahora presenta buenas referencias? ¿No se te ha ocurrido pensar que con eso el escándalo sería aún mayor?

-Probablemente lo será -admitió Jason-, pero ya había cambiado de opinión, y no volveré a cambiar ahora sólo porque haya resultado ser una dama. He decidido que le debo mi apoyo a Derek en esto, para que no cometa uno de los mismos errores que cometí yo.

-¿Qué error? -preguntó Edward.

-Eso queda entre Derek y yo. Si la chica le acepta, contarán con mi bendición.

Derek no agradeció a su padre su sorprendente apoyo, pero sí hizo mella en la ira que seguía albergando. Y de pronto notó otra vez aquel estúpido bulto en la garganta, que casi le asfixiaba.

Tuvo que aclararse la garganta varias veces antes de poder decirle a Elizabeth:

-Si tiene la bondad de acompañarme, la llevaré hasta Kelsey. Quizá usted consiga hacerle cambiar de idea acerca de casarse conmigo.

Elizabeth carraspeó intencionadamente.

-Eso será si yo coincido en que debería hacerlo. Y después de escuchar a su dividida familia, jovencito, no estoy nada segura de que ése sea el caso.

53

Kelsey estaba sentada rígidamente en el sofá de su habitación. Derek estaba presente y recorría la habitación de un lado a otro con expresión inescrutable. Elizabeth también estaba presente, sentada junto a Kelsey. Y ésa era la razón de que su rostro estuviera encendido por el rubor. Ahora ambos sabían la verdad, todo. Y se sentía tan avergonzada que había estado a punto de salir corriendo de la habitación... varias veces.

-Debiste acudir a mí, Kelsey -estaba diciendo Elizabeth-. Tenía dinero más que suficiente para saldar las deudas de Elliott. Nada de esto tenía que haber ocurrido.

-En aquel momento no me pareció una opción válida -replicó Kelsey-. Ni Elliott ni yo teníamos la menor idea de que tú tuvieras dinero propio.

Elizabeth suspiró.

-Lo sé. Y me doy cuenta del sacrificio que realizaste para protegernos a todos. Por eso se me revuelven las entrañas cuando pienso en lo sucedido. Te lo juro, de verdad habría matado a Elliott si hubiera tenido una pistola a mano.

-No me esperaba que confesase.

-Supongo que le remordía la conciencia. Sabe que había ido más allá de los límites de la decencia. Y te metió esa idea en la cabeza deliberadamente, querida. Reconoció eso también. Que estuviera desesperado no es en absoluto una excusa.

-¿Dónde está ahora?

-No lo sé, ni me importa -dijo forzadamente Elizabeth-. Lo he echado de mi casa a patadas. Jamás podré perdonarle por esta atrocidad.

-Aun así, la elección fue mía, tía Elizabeth. Él no me obligó a venderme...

-¡No le defiendas!

-Entonces déjeme a mí -intervino Derek-. Yo me alegro una barbaridad de que hiciera lo que hizo, por las razones que fueran.

-¡Derek! -exclamó Kelsey.

-Me alegro -insistió él-. Lamento la angustia que has sufrido, pero no lamento haberte conocido, Kelsey, y de otro modo no te habría conocido.

Su expresión ya no era inescrutable en lo más mínimo, era apasionada. Hablaba muy en serio. Y realmente le pareció otra vez que era... y empezó a ruborizarse de nuevo.

-Egoísta -masculló Elizabeth-. Y fuera de lugar. Kelsey se viene conmigo a casa. Dentro de un par de años, cuando todo este lío se haya olvidado, será presentada en sociedad adecuadamente.

-No -dijo Derek con firmeza-. Si usted desea que inicie un cortejo formal, accederé a ello. Pero no accederé a esperar un par de años...

-Joven -le interrumpió severamente Elizabeth-, no es usted quien debe tomar esa decisión, y no creo haber mencionado que mi sobrina podía casarse con usted.

Kelsey contuvo el aliento al ver que Derek fulminaba virtualmente con la mirada a su tía.

-Señora, usted sabe muy bien que debido a mi relación con Kelsey, la he comprometido más allá de toda redención. ¿Por qué diantre no me está usted insistiendo para que me case con ella?

-Porque no insistiré en que se case con nadie. Es ella quien debe hacer la elección de con quién se casa, y cuándo, y aún no la he oído decir que quiera casarse con usted.

Kelsey tuvo que taparse la boca para disimular su sonrisa. Ver a aquel par de testarudos era... sorprendente, cuando menos. Y sabía que su tía Elizabeth estaba siendo arbitraria sólo por hacerle pasar un mal rato a Derek. Probablemente pensaba que era la pareja ideal para Kelsey. Pero se negaba a admitirlo.

Y entonces suspiró, porque Derek la estaba mirando a ella, pidiéndole una respuesta, y su respuesta seguía siendo la misma.

-Nada ha cambiado en cuanto a eso, Derek. Yo no tengo tanta confianza como mi tía en que este asunto sea olvidado. Muchos hombres saben que tú estuviste allí aquella noche, te llamaban por tu nombre, y saben que me convertí en tu amante. Se quedarían boquiabiertos si te casaras conmigo. Y bajo ninguna circunstancia guardarían silencio al respecto.

-¿Cuántas veces debo repetírtelo, Kelsey? Me importa un rábano que nos asocien al escándalo que sea.

-Eso no es verdad y tú lo sabes -replicó ella-. Fuiste extremadamente cauteloso para no provocar ningún escándalo porque tu padre los aborrece.

-Mi padre apoya ahora nuestro matrimonio -dijo él rígidamente.

Ella pestañeó.

-¿Ha cambiado de idea porque en realidad puedo añadir el tratamiento de «lady» a mi apellido?

-No, por mi madre. Creo que quería casarse desde hace mucho tiempo, pero dejó que los convencionalismos se impusieran, y ahora se arrepiente.

-Pero el apoyo de tu padre no va a detener...

Una llamada a la puerta la cortó en seco, y Regina Eden no esperó una invitación, sino que asomó la cabeza por la puerta con una gran sonrisa.

-Reggie, estamos manteniendo una conversación privada -le dijo Derek.

-¿En serio? -fingió sorprenderse-. Oh, vaya... Bueno, no os entretendré mucho rato. Pero pensé que debíais estar avisados del escándalo que estallará mañana.

-¿Otro escándalo? -Derek suspiró-. ¿Qué va a ser ahora?

-Bueno, sé de buena fuente que mañana empezará a extenderse por los círculos sociales de Londres el rumor de que la prometida de Derek Malory... -Hizo una pausa para mirar significativamente a Kelsey-. ¿Sabías que estaban comprometidos desde que nacieron? Bueno, en cualquier caso, esta joven dama estaba tan preocupada por si él en realidad no tenía ganas de casarse con ella que decidió forzar la situación, por así decirlo, con el fin de ver cuáles eran sus verdaderos sentimientos.

-Reggie, ¿de qué estás hablando? -preguntó Derek con incredulidad-. Yo no he estado comprometido en toda mi vida.

-Claro que sí, primo, y déjame terminar. Este chisme es cada vez mejor.

-Ha perdido el juicio -le aseguró Derek a Kelsey-. Te juro que no tengo ninguna prometida...

-Oh, cállate, primo. Ahora sí la tienes -le interrumpió Reggie con una sonrisa-. Bien, como iba diciendo, esta joven dama es un poco traviesa y le gusta poner en evidencia a los demás -como a mí misma, cuando era más joven-, y decidió que la única manera de determinar los verdaderos sentimientos de lord Malory hacia ella era obligarle a comprarla, y en una subasta, nada menos. Imagináoslo. Escandalosamente extravagante, lo sé, pero la pobre chica estaba tan enamorada de él que no pensaba con claridad. Y resulta que él pagó por sacarla de aquella subasta, y una suma exorbitante, debo añadir. Qué romántico, ¿no os parece? Por supuesto, la llevó directamente a casa de su tía, y ha adelantado la fecha de la boda, para asegurarse de que ella no vuelva a hacer otra locura semejante.

Derek se había quedado pasmado.

-¡Dios Santo, Reggie! Verdaderamente lo has resuelto, ¡y de una forma brillante!

Ella le sonrió, satisfecha, aunque con cierta afectación burlona.

-¿Verdad que sí? Y, por cierto, incluso el tío Edward coincide en que este escándalo es tan tonto que sólo provocará algunas risitas entre la gente de buen tono, por lo menos entre los caballeros. Las damas, por su parte, lo considerarán muy romántico, como yo misma.

-Eso es más que posible -coincidió Elizabeth-. Tiene cierto encanto, lo del joven forzado a rescatar a la dama de su propia locura de amor.

-¿Kelsey? -dijo Derek-. Este escándalo no es nada comparado con la verdad, de la cual nadie sabrá nunca nada.

Kelsey supo lo que le estaba pidiendo. Y no respondió inmediatamente. Tardó unos instantes en asimilar que la razón que le había dado para no casarse con él había desaparecido. Y la razón que no le había dado era su propio obstáculo hacia la felicidad.

Lo soltó abruptamente:

-¿Esperas que me case con un hombre que no me ha dicho ni una sola vez que me ama?

Derek se la quedó mirando con incredulidad. Regina puso los ojos en blanco. Elizabeth rió con disimulo.

-Los hombres son tan tímidos en ese aspecto... -dijo-. Se lo dirán a todo el resto del mundo, excepto a quien necesita oírselo decir.

Kelsey enrojeció violentamente.

-Supongo que yo también he sido tímida.

-Posiblemente éste sea el momento de marcharnos -dijo Reggie a Elizabeth.

-Tienes razón.

Kelsey seguía mirando fijamente a Derek, y ni siquiera oyó cerrarse la puerta cuando salieron su tía y su amiga. Y él le cogió la mano y tiró de ella para que se levantara del sofá. Después le besó la mano cortésmente.

-Dilo, cariño. Di que me amas.

-Te amo -reconoció ella-. Mucho, muchísimo.

Él le sonrió.

-Lo sabía. Y tú sabías que yo te amo. Lo has sabido desde que te pedí por primera vez que te casaras conmigo. ¿Por qué otro motivo iba a quererte por esposa?

Ella suspiró y se inclinó hacia él.

-¿Quién sabe qué motiva a un hombre? Yo te aseguro que no. Necesitaba oírtelo decir, Derek.

Él la atrajo hacia sí.

-A partir de ahora, nunca dejarás de oírlo, tonta.

54

Derek entró en la sala de estar de Haverston junto a Kelsey, entrelazando sus dedos con los de la joven.

-Tengo otra cosa que comunicaros -dijo orgullosamente a su familia, que se encontraba reunida en la habitación.

-No es necesario, muchacho -replicó James, sonriéndole-. La expresión de tu rostro lo dice todo.

-Deja que lo diga de todos modos -dijo Anthony a su hermano-. No ocurre a menudo que un Malory se ponga los grilletes por voluntad propia.

Derek sonrió forzadamente.

-Lady Kelsey ha accedido a casarse conmigo, gracias a la habilidad de Reggie para esparcir rumores. Por cierto, ¿dónde está esa descarada? Le debo un abrazo condenadamente fuerte.

-Yo diría que ha salido a divertirse con ese patán con el que se ha casado -respondió secamente James-. La muy tunanta está demasiado satisfecha de sí misma, en estos momentos.

-Y con todo derecho -intervino Amy-. Me alegro tanto por ti, Derek...

-Sigo diciendo que irse a vivir a América era la mejor opción -añadió Warren.

-Muérdete la lengua, yanqui -dijo James-. Da la casualidad de que mi sobrino es civilizado. No le habría gustado vivir entre unos bárbaros exaltados como vosotros.

Warren se limitó a reír por lo bajo.

-Te has casado con una americana, como los que criticas, ¿o no te habías dado cuenta?

-Te hago saber que mi George es una excepción -insistió James.

-Gracias... creo -dijo Georgina con una mueca.

Pero Anthony protestó.

-¿Sabéis una cosa? Ya no es divertido aguijonearle, la verdad. Pero al menos el viejo Nick sigue mordiendo el cebo... y además de una manera muy predecible, debo añadir.

-¿Verdad que sí? -James sonrió-. Pero, en general, todos los ingleses son mucho más predecibles.

Warren se limitó a resoplar al oír la pulla adicional, pero Edward intervino.

-Dejadlo por un rato, vosotros dos. Éste es momento para los buenos deseos -y a continuación añadió bruscamente, sonriéndole a Kelsey-: Ha sido un placer conocerte, querida. Estoy seguro que será una excelente incorporación al redil de los Malory.

-Sí, lo será -dijo Jason en voz baja.

Derek observó a su padre, que estaba sentado en su lugar habitual junto a la chimenea. La expresión de Jason era cautelosa, pero el joven no podía reprochárselo. Las últimas palabras que habían cruzado no habían sido en absoluto agradables.

-¿Puedo hablar un momento contigo, padre?

Jason asintió y le precedió hasta su estudio. Derek llevó a Kelsey consigo. Y se tropezaron con Molly en el pasillo, lo que le ahorró tener que ir a buscarla.

-¿Quieres acompañarnos, por favor? -le pidió Derek, señalando el estudio, donde Jason ya había entrado.

Molly asintió, muy tiesa, y entró antes que él, avanzando para situarse al lado de Jason. Derek se sintió culpable por despertar sus recelos. Era su madre... pero aún no se había acostumbrado del todo al hecho.

-Reconozco que estaba enfadado -empezó Derek-. Pero no hay lugar para eso con la felicidad que siento ahora. -Acercó la mano de Kelsey a sus labios, por si hubiera alguna duda acerca de la causa de su felicidad-. Pero sin esas emociones acaloradas que ofuscaban mis pensamientos, he comprendido unas cuantas cosas.

Librodot

Tuvo que hacer una pausa para aclararse la garganta. Aquel maldito bulto empezaba a subir de nuevo. Y la expresión de Molly se había suavizado. Le había sonreído a Kelsey. Ahora le sonreía a Derek.

-Oh, diablos -dijo él, y atravesó la habitación para estrechar a Molly entre sus brazos-. Lo siento. No era mi intención causarte dolor. Estaba tan alterado y me sentía tan... poco valorado. -Echó la cabeza hacia atrás para verla bien-. Sé que siempre has estado allí cuando he necesitado una madre. Ojalá hubiera podido llamarte madre. Pero creo comprender por qué pensaste que no era necesario.

-No es que fuera innecesario, Derek -lo contradijo ella delicadamente-. Sólo mejor para ti... pero ahora reconozco que quizá no obré bien tomando esa decisión. Me privé de mucho por ella. Y ahora, sabiendo lo que sientes, probablemente siempre lo lamente...

-No -la cortó él-. Ya ha habido demasiadas lamentaciones. Y al menos ahora lo sé, finalmente. Aun así, lo comprenderé si prefieres que siga sin llamarte madre.

Ella rompió a llorar y le abrazó con fuerza.

-¡Oh, Derek; siempre te he querido tanto! Tú puedes llamarme como te dé la gana.

Él se echó a reír al oírlo. Jason también dejó escapar una risita. Derek volvió la cabeza para mirar a su padrey vio algo que jamás había visto antes. Jason amaba real y sinceramente a Molly Fletcher. Pudo verlo en sus ojos mientras la miraba.

-Supongo que no habréis pensado en casaros también vosotros dos -comentó.

Jason soltó un atormentado suspiro largamente contenido.

-Sigue negándose a aceptarme.

Molly refunfuñó por lo bajo mientras se secaba los ojos.

-No era necesario decírselo -dijo, y añadió para Derek-: Debo decirte que tu padre y yo vivimos muy felices tal como estamos. No hay necesidad de revolver en un avispero por un simple trozo de papel, no hay ninguna necesidad.

-Tengo intención de insistir en ello -dijo Jason, guiñándole un ojo a Derek.

Derek sonrió.

-Me imaginaba algo parecido.

-Pero no me hará cambiar de idea -dijo Molly, y después le sonrió a Jason-: Aunque no me molestarán tus esfuerzos por intentarlo.

Más tarde, esa misma noche, cuando Derek llevó a Kelsey de vuelta al albergue para que hiciera el equipaje -se trasladaba a Haverston hasta el día de la boda-le dijo:

-¿Sabes una cosa? A mi tío Anthony se le ha ocurrido una buena idea durante la cena. Es verdad que no osaré arriesgarme a que te enfades conmigo... jamás.

Kelsey sonrió.

-Tu tío estaba diciendo bobadas. Matar maridos a tiros no es algo que llevemos en la sangre los de mi familia. Ahora bien, arrojarlos al fuego es otro cantar.

Derek se echó a reír y la atrajo hacia sí.

-No lo olvidaré, amor mío. Pero no tengo intención de hacer que te enfades conmigo, nunca. Locamente enamorada de mí es como te mantendré.

-Mmm, eso suena muy bien -dijo ella, besándole en la mejilla, y a continuación en el cuello-. ¿Crees que podrías hacerme una pequeña demostración?

Derek profirió un gemido y buscó los labios de la joven para estamparles un tórrido beso.

-Tus deseos son órdenes para mí -dijo con voz ronca al cabo de unos segundos-. Y esa petición, precisamente, nunca me cansaré de oírla.

Ella lo miró y el amor resplandeció en sus ojos grises.

-Demuéstramelo, Derek. Demuéstramelo ahora.

Así lo hizo, con el mayor de los placeres.

FIN